ISABEL CÁNOVAS



El sueño de Isabella

BRIGHTON II

El sueño de Isabella

Isabel Cánovas

Bola Ocho Ediciones



Copyright © 2023 Isabel Cánovas

Bola Ocho Ediciones
www.bolaochoediciones.com
Primera edición, noviembre 2023
Copyright © 2023 Isabel Cánovas
Ilustración y diseño: Adela Aragón
Corrección y maquetación: Bola Ocho Ediciones
Todos los derechos reservados.
SaveCreative código de registro: 2310235661470

A todos los que alguna vez fueron proscritos por culpa de la ceguera de la sociedad

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Glosario
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Cinco años más tarde…
Agradecimientos

Glosario

Amriya
Maldición
Baxt
Suerte
Chaví
Chica
Choravar
Robar
Dat
Papá
Dinlow
Idiota, estúpido
Gadjo
No gitano
Gawjie
No nómada
Kak
Tío
Pral, pal
Amigo
Premi
Amada
Rom, roms
Romaníes, gitanos
Romni
Esposa
Sastipén
Salud
Vurdun
Carromato típico gitano
Whitey
En España sería payo, «blanquito»



Capítulo 1

—No voy a casarme con él —manifestó Zía con tono decidido en cuanto su amiga Demi y ella llegaron a paso ligero hasta el límite del campamento.

—¿Para eso te ha mandado llamar otra vez a su tienda?

—Sí, pero hoy no me lo ha insinuado, como siempre. Hoy me lo ha ordenado y ya estoy cansada. —La joven gitana se apretó las sienes con ambas manos.

—¿Y asustada? —quiso saber Demi.

—También. Por eso no puedo esperar más. Ha llegado el momento.

—¿Estás segura? ¿Cuándo lo harás? —Demi permitió que su rostro mostrara toda la preocupación que sentía por el destino de su amiga, y puso su mano sobre la de ella.

—De madrugada. No hay mucho por recoger. Los pocos recuerdos que me dejó mi madre caben en mi zurrón y lo demás en un atado. —Zía se encogió de hombros para indicar a su amiga que no requería de más preparativos.

Cuando el espectáculo del crepúsculo estaba por finalizar, Zía entró en la tienda que compartía con Demi y miró alrededor. Desde la muerte de su querida madre, hacía varios meses, ya no consideraba el pequeño espacio como un hogar. El hueco dejado por ella era palpable no solo en la tienda, sino también en su pecho. Por ese motivo, además de por la insistente persecución del jefe del clan, debía partir hacia Londres. Allí la esperaba su ilusión de convertirse en una admirada cantante. Los aplausos que recibía cuando actuaba en las ferias la hacían feliz, pero deseaba más. Fantaseaba con que su voz se expandiera por un gran teatro lleno de espectadores y lograra emocionarlos. Era su sueño, era para lo que había nacido, e iba a luchar con uñas y dientes por verlo cumplido, ya que su otro sueño era casi imposible de conseguir.

Nostálgica, Zía descolgó el amuleto que su madre siempre insistía en que prendiera sobre su jergón y lo unió a sus pocas prendas de ropa. Usaría la manta atada para transportar sus pertenencias y para taparse por las noches. Aunque estaban en pleno verano y al sur del país, la temperatura era agradable. Conforme fuera viajando hacia el norte, necesitaría ropa de más abrigo. No se unió a los demás para cenar alrededor de la hoguera, no tenía hambre, de manera que esperaría la vuelta de Demi para despedirse de ella y tratar de dormir algunas horas hasta que llegara el momento de su partida.



A Martin, conde de Beaconshire, el vals se le estaba haciendo interminable, a pesar de ello, su exquisita educación jamás le permitiría resoplar de impaciencia, por lo que se veía obligado a mantener en su rostro un gesto de educada resignación. Si hubiera sabido que su pareja de baile, *lady* Chloe Fulham, andaba fantaseando con el color de ojos de los futuros hijos de ambos, ni toda la educación del mundo lo hubiera retenido en la pista. No había sido idea suya el solicitar a la dama que bailara con él. La idea había partido de su hermana Amanda, que lo había aguijoneado, como siempre, hasta lograr su propósito. La buscó con la mirada hasta divisarla sentada con otras matronas de la buena sociedad de Londres y el corazón se le encogió. A su hermosa hermana cada vez le costaba más aguantar de pie, se cansaba con frecuencia y él sabía que sus dolores iban en aumento. No había un diagnóstico claro ni un tratamiento efectivo. Simplemente, les quedaba aceptar que su estado de salud empeoraría día a día.

En cuanto escuchó terminar la melodía, ofreció su brazo a Chloe y la acompañó junto a su familia. Luego, se acercó a donde estaba Amanda y se sentó a su lado.

—¿Satisfecha? —le preguntó, dándole un cariñoso codazo.

—No lo estaré hasta verte en el altar a su lado —respondió ella sin mirarlo.

—Por Dios, Amanda, dame un respiro.

—No puedo, Martin. Ya tienes treinta y cuatro años y a mí… se me acaba el tiempo; y no querría irme de este mundo sin verte casado con Chloe. Necesito saber que Simon no solo contará contigo como figura paterna, sino que también tendrá a Chloe como madre.

El conde apartó la mirada del rostro de Amanda y la posó sobre la multitud de bailarines. La culpa y el sentido del deber hicieron acto de presencia en su pecho hasta provocarle un ahogo insoportable. Las demandas de su hermana eran cada vez más frecuentes y él no podía evitar sentirse más acorralado en cada ocasión. Aprovechando la llegada al grupo de la organizadora de la fiesta, se levantó, besó su frente y se alejó en busca de la sala para caballeros.

Cambiar el ambiente cargado de perfume del salón de baile por el de la sala, lleno del humo que expelían varias pipas, ayudó a destensar la soga que Martin imaginaba alrededor de su cuello. De forma inconsciente, sujetó el nudo de su pañuelo y lo aflojó un par de veces. De nuevo podía respirar. Tomó una de las copas de oporto que le ofrecía un lacayo y, mientras daba un sorbo, paseó sus ojos por la estancia en busca de alguno de sus amigos. No obstante, quien cruzó la mirada con la suya fue Su Excelencia, el duque de Silverstone, para indicarle con un gesto de la mano que se acercara a donde estaba sentado junto a la chimenea.

Martin exhaló por la nariz al ver que el anciano estaba acompañado por el abuelo de Chloe. Pensó por un momento que había salido del fuego para caer en las brasas y encaminó sus pasos de forma reticente hacia ellos. En cuanto se detuvo para saludarlos, constató aliviado que lord Bellamy se levantaba.

—Será mejor que los deje a solas.

Martin arrugó el entrecejo, siguió con la mirada el fatigoso caminar del hombre y se volvió hacia el duque.

—¿Su Excelencia? —preguntó, esperando recibir una respuesta no solo al interés del duque por hablar con él, sino a la misteriosa despedida de su amigo.

—Tome asiento, lord Beaconshire. Lo que debo explicarle nos llevará cierto tiempo.

—Usted dirá —respondió Martin una vez acomodado.

—Tenía pensado convocarlo a mi residencia, pero, ya que ha aparecido usted tan oportunamente, abordaré ahora el tema que me preocupa —expuso el anciano.

Martin apuró su copa, la dejó en la mesa baja que los separaba y asintió, echando hacia delante su corpulento torso en una clara muestra de interés.

—Como sabe, mi hijo y mi nieto perecieron hará un mes a causa de un accidente en nuestra finca de Somerset.

—Déjeme expresarle de nuevo mis condolencias —lo interrumpió Martin con amabilidad.

El duque agitó la mano en el aire dando a entender que no eran necesarias más muestras de pésame.

—Desde el entierro, todo el mundo anda preguntándose qué haré ahora. Puedo escuchar sus murmullos, aunque mi oído ya no es el que era —dijo el noble con ironía.

—No entiendo a qué se refiere. —Martin encogió sus anchos hombros, pues no acertaba a adivinar a qué se debían los cotilleos a los que aludía el duque.

—Porque usted era demasiado joven cuando mi otro nieto desapareció y dejó a mi familia sumida en el escándalo. Sí, lord Beaconshire, no me he quedado sin herederos, como mucha gente piensa, aunque el que me queda no sea digno de llevar mi título.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Martin.

—Una mujer, eso es lo que ocurrió. Edward sucumbió a sus artimañas femeninas y se obsesionó tanto con ella como para renunciar a su posición. Quién sabe dónde andará ahora… Y eso justamente es lo que pretendo que usted averigüe.

—¿Disculpe? —Martin creyó que no había entendido bien.

—Tengo amigos entre el gobierno, muchacho. —El duque pasó a tutearlo y bajó la voz—. Sé quién eres y a lo que te dedicas. También sé que tu nombre está entre los que se barajan para ser el próximo jefe del Servicio Secreto de Su Majestad, y la misión que te encomiendo sumaría puntos a tu favor.

—Señor, yo no tengo esa aspiración. Es cierto que serví a mi país en España y que sigo prestando mis servicios para lo que sean requeridos, pero…

—No eres el típico noble que se limita a vivir de rentas, Martin. Y conozco tus méritos en España. Todos.

Martin se enderezó con cautela en su asiento y trató de leer la mirada del duque. «¿La había cruzado una sombra de sospecha? ¿Quizá de amenaza velada? ¿Realmente el duque conocía todo lo ocurrido en España? Imposible», se dijo.

—Necesito que encuentres a Edward y le comuniques que ahora es el marqués de Carisbrooke. Debe volver y ocupar su lugar como mi heredero.

Martín supo que iba a aceptar, y no por la supuesta amenaza del duque o porque ambicionara ser el jefe de los espías ingleses. Aceptaría para huir por un tiempo del inminente futuro que le esperaba. Un futuro que se acercaba al galope con intención de atropellarlo sin que él pudiera escapar. Un futuro como padre de su sobrino Simon y, probablemente, como marido de Chloe Fulham. Volvió a clavar sus ojos aguamarina en los cansados iris del duque y asintió.

—Deberá facilitarme toda la información posible para encontrar a su nieto, señor —pidió Martin.

—Hará unos veinte años, Edward se enamoró de una mujer… «inadecuada», por decirlo de

alguna manera. Deberás viajar al sur para investigar y dar con ellos. No te será fácil, es gente desconfiada que no hablará con un noble.

—¿De quiénes estamos hablando? ¿Puritanos, cuáqueros…?

—Gitanos —escupió el duque, y consiguió así asombrar a Martin.

—Vaya…

«Me tocará disfrazarme e inventarme otra personalidad para infiltrarme entre los clanes», decidió Martin, cada vez más entusiasmado con la misión encomendada.

Tras un breve silencio, planteó al duque una posibilidad.

—Señor, ¿qué ocurrirá si localizo a Edward y se niega a volver? ¿Y si tiene familia?

—Tan solo dile que seré benevolente. Que estoy dispuesto a escuchar y a… negociar, pero que vuelva. No tengo más remedio que claudicar, Martin.

El conde no quería abandonar aquella reunión sin saber las consecuencias que tendría para él un posible fracaso.

—¿Y si no doy con su nieto?

—Confío en ti. Si no lo localizas, al menos me traerás información fidedigna.

Martin asintió y se levantó. Hizo una venia ante el duque y se dio la vuelta. No había dado dos pasos cuando escuchó la cansada voz del anciano.

—No me falles, Martin.

Ahí tenía su respuesta. Esa advertencia final lo puso en alerta y lo convenció de que era posible que el duque tuviera información sobre lo ocurrido en España diez años atrás. No se giró, sino que siguió caminando hasta salir de la sala para ir en busca de su hermana.



Días más tarde, Martin rememoraba la conversación con el duque mientras se bañaba en un río cercano a la sureña población de Hastings y se maldecía por no haber indagado más acerca de la información que podía tener el anciano. Una información que, en principio, solo deberían conocer dos personas, incluyéndolo a él, y que había permanecido a buen recaudo desde el fin de la guerra. O eso creía.

Rodeado de la exuberante vegetación del bosque, se zambulló una vez más, buceó para desentumecer su cuerpo de los efectos de tantos días cabalgando y salió a la superficie. Su preocupación por lo que podía o no saber el duque había impedido que se diera cuenta, hasta ese momento, de que no estaba solo en aquel lugar. Con sus sentidos de nuevo agudizados, miró de reojo hacia los matorrales de la orilla y disimuló.

A Zía le dolían los pies una barbaridad. Sus botas eran muy cómodas y estaban hechas para aguantar las largas caminatas de alguien que vivía de forma nómada, pero no para hacerlo sin descanso. Normalmente alternaba caminar con montar a caballo o viajar en alguna de las carretas, por lo que no solía someter a sus pobres pies a tanta tortura. Pensar en un caballo la hizo suspirar de anhelo y casi creyó que soñaba cuando le pareció escuchar un relincho. Se acomodó mejor el petate que llevaba a la espalda, se caló aún más el enorme sombrero que cubría su negra melena y, sigilosa, se acercó al lugar del que le pareció que provenía el sonido. Agradeció la

comodidad que le ofrecían sus viejos pantalones para sortear la vegetación y apartó unas ramas que le permitieron descubrir un río, pero no solo fue eso lo que halló.

Sí, había un caballo atado a la rama de un árbol, pero también había un hombre nadando en el río, tan desnudo como su madre lo trajo al mundo. Zía se ordenó salir corriendo de inmediato, pero sus ojos se rebelaron contra su voluntad y permanecieron anclados con curiosidad en la potente y pálida espalda del desconocido. Obviamente, no era un *rom*. El color de su piel así lo indicaba. Su pelo, si bien se veía oscurecido por estar mojado, brillaría como el trigo en cuanto se secara. El *whitey* se giró levemente y Zía tuvo que coger aire. Una barba rubia y descuidada cubría el mentón del hombre y le daba un aspecto salvaje que despertó en Zía algo más que curiosidad. Tragó con dificultad y salió por fin de aquel peligroso embeleso. De repente, el hombre se zambulló y desapareció de su traviesa mirada, no sin antes mostrarle de nuevo su turbador cuerpo desnudo. «Vamos, es ahora o nunca», se animó a dejar de mirar para acercarse al caballo con sigilosa rapidez.

Estaba cantándole bajito al animal y desatando sus riendas cuando un potente brazo mojado le rodeó la cintura y una mano chorreante le atenazó el cuello.

—Amigo, el robo de un caballo es un delito que se paga con la horca. —La ronca amenaza, que sonó muy cerca de la oreja de Zía, le aceleró los latidos y la respiración, si bien no evitó que ella comenzara a resistirse con todas sus fuerzas.

Martin frunció el entrecejo en cuanto el olor de la lavanda se coló por sus fosas nasales. Ese cuerpo menudo que se meneaba contra el suyo… Dio la vuelta entre sus brazos al ladrón y confirmó su sospecha. Solo fue necesario un zarandeo y el sombrero cayó para descubrir una larga y espesa melena, tan negra como los ojos retadores que se clavaron en los suyos. Sí, era una mujer. La mujer más hermosa que había visto en su vida. Pero también era una ladrona de caballos y desconocía si tenía más intenciones ocultas además del robo.

—¿Quién eres? —la interrogó Martin.

—¡Suéltame! —exigió ella—. ¡Suéltame, *whitey*!

—¿Qué me has llamado? —bramó el conde, tensando sin querer las manos en sus brazos.

—No eres uno de los míos, no eres un *rom*. ¡Déjame ir! Ellos… Ellos vendrán si grito. ¡Te matarán por tocarme!

«¿Es gitana?». Martin agradeció su buena suerte e ignoró las amenazas. Volvió a contemplar su cabello negro como la noche, sus iris de ónice y su piel pintada con los colores del otoño. Se estaba reprendiendo por su inoportuna vena de poeta cuando sus ojos llegaron a los mullidos labios de la mujer. «Por San Jorge, es preciosa». De repente, fue consciente del calor que emanaba del cuerpo de ella, de su propia desnudez y de lo rápido que comenzaba a excitarse. La soltó y dio un paso atrás levantando los brazos en señal de no agresión. Por fin había dado con los romaníes y no podía desaprovechar la ocasión de investigar entre ellos asustando a la joven. Se recompuso con rapidez y adoptó la personalidad que había ideado.

—Está bien, está bien, muchacha, no voy a hacerte daño. Y no te denunciaré a menos que…

—¿A menos que qué, *whitey*? ¡No pienso encamarme contigo! —declaró ella, apretando su espalda contra el flanco del caballo.

Durante un segundo, la idea de ellos dos *encamados* se le pasó por la cabeza a Martin, lo que provocó que su cuerpo reaccionara todavía más. Debía vestirse cuanto antes, pero temía que, tan pronto como apartara la vista, ella saliera corriendo.

—Escucha, verás, te parecerá raro, pero necesito tu ayuda. Por eso no voy a entregarte al alguacil. Por eso y… porque quizá el alguacil de Hastings ande buscándome a mí —añadió él de forma misteriosa.

Zía estrechó los ojos con desconfianza. El *whitey* la había soltado, pero decía cosas sin sentido y seguía desnudo ante ella. Le costaba mantenerle la mirada, porque sus ojos del color del océano la ponían nerviosa. Sin embargo, se alteraría mucho más si cedía a la curiosidad y bajaba la mirada por su fuerte torso.

—Mi ayuda tiene un precio, *whitey* —propuso Zía con astucia.

—Por supuesto. Si me permites vestirme, te lo contaré todo —dijo él, a medio girarse hacia la roca cercana, sobre la que había varias prendas. Los ojos de Zía se habían rendido y habían emprendido el camino hacia el sur por la piel del desconocido cuando este se giró de golpe y la sorprendió—. No saldrás corriendo en cuanto me dé la vuelta, ¿verdad?

—Ya sabes que los *rom* no somos de fiar, pero la promesa de oro asegura nuestra lealtad… Igual que asegura la de tu gente. —El reproche cargado de ironía sorprendió a Martin y lo hizo esbozar una media sonrisa, justo antes de volverse hacia la roca.

Zía eludió cuestionarse el porqué de su propia temeridad al decidir concederle un voto de confianza al extraño. Quizá la soledad de tantos días había hecho mella en su prudencia. Le dio la espalda y avanzó un paso hacia la cabeza del caballo para susurrarle un antiguo cántico, a la vez que le acariciaba la crin.

—Ya puedes darte la vuelta —le anunció él a los pocos minutos.

Zía escuchó su voz y se preguntó cómo era posible que unas simples palabras se volvieran hidromiel especiada y caliente al ser pronunciadas por él. Se giró y trató de que su rostro no reflejara lo que pensaba. El *whitey* vestía ropa sencilla: camisa blanca arremangada hasta los codos, chaleco de paño y pantalones oscuros. Sus botas se veían recias, aunque no de demasiada calidad. Era curioso, pero, mientras lo había tenido desnudo ante ella, lo había considerado alguien de alta cuna. Daba igual cómo hablara o cómo fuera vestido, el maldito *whitey* tenía el porte de un rey.

—¿Por qué te busca el alguacil? —se apremió en querer saber Zía, a fin de esquivar más pensamientos sobre el cuerpo masculino.

—Después de mi última actuación, bebí demasiado y acabé *encamado* con la mujer equivocada. Con la suya. A él no le gustó mi manera de tocar… ni el violín… ni a su mujer.

—¿Eres artista ambulante? —preguntó Zía con los ojos abiertos de par en par, ignorando su confesión de ser un mujeriego y un borrachín.

—Estuve un tiempo con una pequeña compañía, pero, después de un malentendido, tuve que largarme y comenzar a ganarme la *guita* por mi cuenta.

—¿Qué malentendido?

—Otra borrachera…, otra mujer… —divagó él haciendo círculos con la mano.

—Ya veo —comentó Zía al mismo tiempo que trataba de leer en aquellos ojos una verdad que no le cuadraba con sus palabras—. ¿Y cuál es el trato? —Zía decidió ir al tema que le interesaba.

—Busco a un amigo de mi padre llamado Edward. Los dos sirvieron juntos en el ejército. Según sus últimas palabras, justo antes de morir… —Martin esperó a ver la compasión en lo bonitos ojos negros de la joven y, en cuanto la percibió, continuó hilando su historia—. Verás, el último deseo de mi viejo fue que encontrara a su amigo y le diera un mensaje. Edward debe de rondar los cuarenta años y hará unos veinte que se unió a una mujer romaní. Al decir que eras una *rom*, he pensado que quizá podrías ayudarme a dar con él.

De nuevo Zía trató de leer los ojos del desconocido, pero su maldito brillo turquesa funcionaba como un muro impenetrable. Suponían un enigma difícil de descifrar y sospechó que el *whitey* no solo era consciente de ello, sino que usaba ese camuflaje a su conveniencia.

—En mi clan, no hay nadie como el amigo de tu padre —afirmó Zía, alargando el brazo con la palma hacia arriba.

El desconocido vio el gesto, rio y negó con la cabeza. Varios mechones, todavía húmedos, cayeron sobre su frente. La joven parpadeó.

—¿Esperas que te pague por esa miseria de información? —se jactó él.

Se sentó en la roca y se cruzó de brazos. Zía se puso las manos en las caderas y elevó la barbilla.

—¿Qué más quieres que te diga?

—Quiero que me lleves con tu grupo —exigió él inclinándose hacia ella.

—Eso es imposible, *whitey*.

—¿Por qué? —demandó él sin tregua.

—Porque me he separado de ellos para tomar el camino de Londres y no pienso volver.

—Hum, ¿qué ha ocurrido para que una joven gitana se atreva a dejar la seguridad de su clan, se vista con ropas de hombre y decida viajar al norte?

—Eso no te importa, ¿vas a pagarme o no? —demandó Zía al tiempo que se recogía la melena para ocultarla de nuevo bajo el sombrero, inconsciente de que el gesto revelaba sus formas femeninas.

El desconocido observó sus movimientos con los labios fruncidos.

—No me parece justo. Yo te he contado mi historia, «*tea leaf*».

Zía cogió aire de golpe. El *whitey* acababa de llamarla ladrona en la jerga de Londres. «¿Acaso ese estúpido pensaba que ella no conocía el dialecto *cockney*?». Resopló, volvió a ponerse las manos en la cintura y decidió ofrecerle una versión disfrazada de su historia para que dejase de preguntar.

—Mi gente quiere que me case de nuevo y no estoy dispuesta a hacerlo. Honraré la memoria de mi esposo permaneciendo viuda y me reuniré en Londres con… su abuela.

El *whitey* elevó las cejas e hizo algo que la alteró de forma incómoda. Paseó los ojos por su cuerpo, hacia abajo y hacia arriba, lo que provocó en ella una mareante sensación.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él con los ojos achicados.

—Veinticinco.

—¿Y cuánto hace que murió tu… marido?

—Tres largos años —Zía simuló un sollozo.

—Ya…

Zía continuó mostrando su pesar con los labios en forma de puchero y la mirada baja.

—Haremos una cosa. Tengo entendido que hay más grupos moviéndose por la zona. Si me ayudas a acercarme a ellos lo suficiente como para poder preguntar por Edward, te pagaré mucho más al llegar a Londres. Además del oro, contarás con mi protección y respeto durante el camino.

—¿Y de dónde piensas sacar la guita? ¿Robándola? —se mofó Zía, recuperada al instante del recuerdo de su «difunto esposo».

—Tocando el violín, como hago siempre —masculló él.

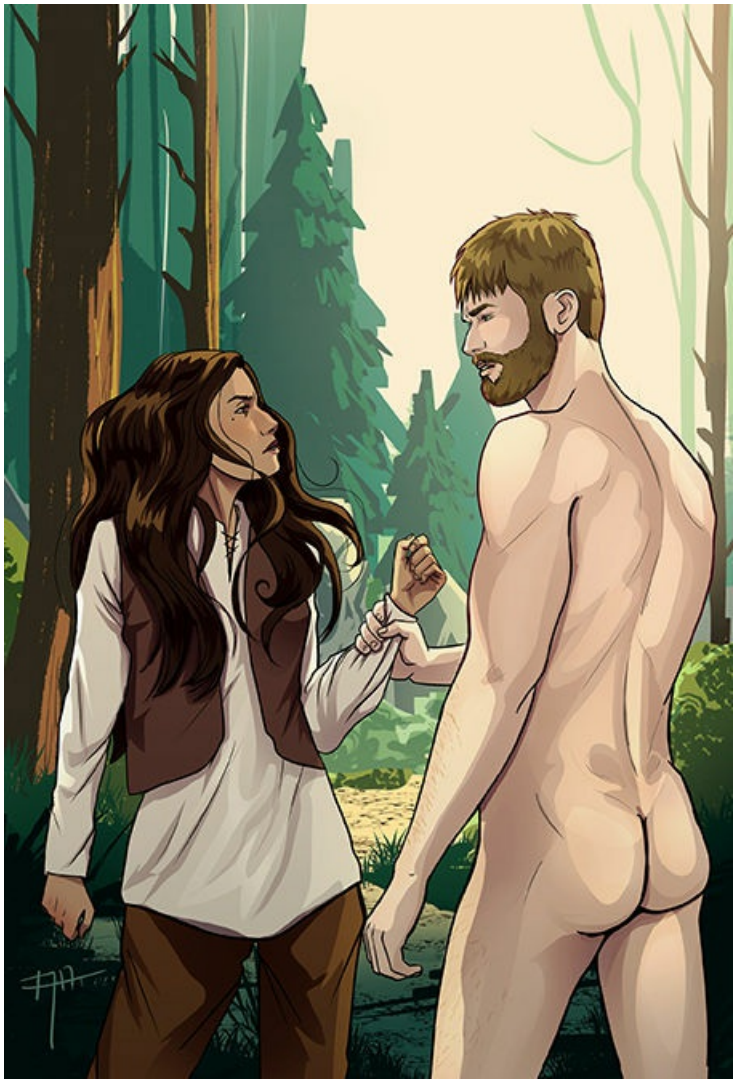
Zía guardó silencio e hizo lo mismo que él había hecho antes. Lo repasó cuan largo era con la mirada. Él tragó y se enderezó un poco en la roca. Esa reacción provocó su sonrisa.

—Está bien, *whitey*. Protección y guita a cambio de información. Cuanta más información saques tú, más guita para mí, ¿estamos?

—Estamos —accedió el desconocido, ofreciéndole su mano para sellar el acuerdo—. Por cierto, me llamo Michael.

Zía le estrechó la mano con firmeza, ignoró la corriente que le subió por el brazo y respondió:

—Yo soy Isabella.





Capítulo 2

El sol estaba en lo más alto. Sus rayos se colaban con mayor facilidad por entre las copas de los árboles y provocaban un calor cada vez más incómodo en las dos personas que seguían estudiándose tras haberse presentado. Martin fue el primero en romper el silencio.

—Debe de ser cerca del mediodía y, no sé tú, pero yo estoy hambriento. Puedo pescar algo, ya que estamos aquí, y luego tomaremos el camino hacia Normans Bay.

—Está bien, pero no me gustaría retrasarme mucho —respondió Zía mirando con recelo el sendero por el que había llegado.

—Temes que tu gente te esté siguiendo —adivinó Martin.

Esa posibilidad era exactamente la que encogía el estómago de Zía en cuanto pensaba en ella. Sin embargo, no iba a confesar sus miedos al *whitey*, por muy amigable que se mostrara. Sin responder, se acercó a la orilla del río y se sentó en una roca. Se quitó las botas, se observó los pies y descubrió con fastidio varias ampollas. Los metió en el agua y dejó ir un jadeo de placer que voló hasta Martin para perturbarlo.

Él carraspeó y trató de ignorarla, igual que estaba haciendo ella con él. Sacó de su petate un poco de hilo encerado, ató varias plumas al extremo y luego volvió a descalzarse y a arremangarse los pantalones para adentrarse en el agua. No llevaba caña, por lo que dejó que el señuelo flotara en la superficie del río. Se sorprendió al escucharla hablar.

—Si pretendes pescar así, nos moriremos de hambre, *whitey*.

Martin se giró y la descubrió untándose algún tipo de pomada en los pies. Ella también se había arremangado los pantalones, por lo que sus ojos pudieron recabar en lo delicado de sus tobillos y en el comienzo de unas pantorrillas del color de la miel. Tragó saliva y se recompuso.

—¿Acaso tienes otra propuesta, Isa-bella? —la retó.

—La pesca con mosca en seco está bien si tienes todo el tiempo del mundo, pero haz el favor de añadirle peso al señuelo para que se hunda. No tenemos todo el día —le recordó ella sin mirarlo.

Martin apretó los dientes y refrenó las ganas de cogerla en brazos y tirarla al agua. Aquella mujer no sabía la suerte que tenía de que él fuera en realidad un caballero.

—Ya que tienes tanta prisa, no te importará ser tú la que limpie y cocine el pescado.

—No habrá nada que cocinar si no me haces caso, Whi… —Zía se había sujetado el sombrero, había levantado la mirada y, al cruzarla con la de él, algo la hizo corregirse—,

Michael.

El sonido de su nombre, mejor dicho, de su segundo nombre, en labios de ella lo impactó de forma inesperada. ¿Qué tenía esta mujer que no dejaba de sorprenderlo y excitarlo? Comenzaba a ser una situación molesta. Debía centrarse en su misión y dejar de sentirse hechizado por todo lo que ella hacía o decía.

Decidió seguir su consejo y, en cuanto añadió el peso a la mosca y esta se hundió, no paró de pescar una trucha tras otra. Lo dejó cuando cayó la quinta. Salió del agua, quitó el anzuelo de su presa y se la tendió a la joven. Ella había preparado una pequeña fogata y él observó que los otros cuatro peces estaban envueltos en hojas y dispuestos en los límites de las brasas. Ella parecía saber lo que hacía y él tenía hambre, por lo que se abstuvo de preguntar nada. Volvió a calzarse y se acercó a atender a su caballo. No era mala montura para ser alquilado, pero nada que ver con Aries, su preciado pura sangre, que debía de estar echándolo de menos en su mansión de Beaconshire. Cuando volvió junto a su compañera de viaje, el olor de la comida le hizo la boca agua.

Al lado de las brasas, Isabella había dispuesto un mantel en el que había depositado los cinco curiosos paquetes de pescado, un montón de panecillos y un puñado de bayas rojas. Él se sentó con las piernas cruzadas al otro lado del improvisado banquete y miró a la mujer con las cejas levantadas.

—¿Cómo lo has preparado todo?, ¿con brujería? —bromeó.

Ella levantó la mirada dispuesta a defenderse, pero la sonrisa que él esbozaba la contuvo. El *whitey* no la estaba acusando de nada, sin embargo, era difícil no tomarse en serio todo lo que un extraño, no romaní, le dijera. Tenía muy interiorizada la actitud de desconfianza hacia ellos. Una desconfianza que siempre había sido mutua.

Trató de relajarse y de abandonar su actitud defensiva. En silencio, cogió una de las truchas, la desenvolvió y se la ofreció a Michael. Luego le señaló las bayas.

—Son comestibles, pero hay que andar con cuidado porque emborrachan si comes demasiadas.

—Eso no supone un problema para mí, suele ser mi estado habitual —apuntó él, elevando una de sus comisuras.

El gesto canalla casi provocó una sonrisa en ella. Pero fue otro de sus gestos el que sí provocó cierto cosquilleo en su vientre. Michael tomó una porción de pescado con los dedos, se la llevó a la boca y cerró los ojos con deleite.

—Mmm, esto está buenísimo. ¿Qué le has puesto? —Tras la pregunta, la miró y se relamió los labios.

Zía carraspeó y le ofreció uno de los panecillos con el pulso no muy firme.

—Llevo… Llevo algunas hierbas aromáticas en mi zurrón. También he añadido algunas a la masa del pan, porque ayer se me acabó la sal y… —Zía calló en cuanto se dio cuenta de que estaba parloteando.

La atenta mirada de él, tan pendiente de sus palabras, la había cautivado por un momento. Para su bochorno, Michael pareció darse cuenta de su turbación, pues sonrió y apartó los ojos para centrarlos en la comida. Mientras él mordía el panecillo ofrecido, lo observó por debajo de sus pestañas y disimuló con rapidez al ver su gesto de placer al saborear su pan. Un segundo más tarde, lo oyó murmurar:

—Gracias, Isabella.



Tras apagar las brasas, guardar todo en sus petates y borrar cualquier rastro de haber estado allí, Martin y Zía tuvieron qué decidir qué camino tomar. Zía buscó la posición del sol en el cielo, y luego se fijó en el musgo que subía por el tronco del árbol más cercano. A continuación, enfiló hacia uno de los senderos, sin pedirle parecer a él. A pesar de sentirse gratamente sorprendido con las habilidades de Zía para orientarse, Martin no la siguió.

—Isabella, detente. ¿No pensarás ir andando, teniendo un caballo a nuestra disposición?

—Monta tú. Yo prefiero caminar —respondió ella sin detenerse ni volverse siquiera, lo que lo obligó a tomar las riendas del caballo y avanzar tras la joven.

—Maldita mujer cabezota —masculló, adelantándola para bloquearle el camino y evitar que siguiera avanzando—. He visto las ampollas de tus pies, así que no me vengas con que prefieres caminar. Decide: delante o detrás. —Martin la miró con el ceño fruncido y señaló el caballo con el dedo pulgar.

Zía le devolvió la mirada adusta. Prefería hacerlo creer que su negativa era por terquedad y no porque la sola idea de montar con él y viajar pegada a su cuerpo la inquietara sobremanera. «En fin, supongo que detrás será menos… íntimo», cedió en silencio y dio un paso hacia la grupa del caballo.

Martin asintió, apartó su petate y la funda que contenía el violín, y dejó espacio para ella. Montó en un solo movimiento y le tendió la mano. Zía se la quedó mirando, pero, finalmente, la aceptó. Se vio izada sin esfuerzo y quedó sentada tras él. De repente, no supo dónde poner las manos.

—Otras mujeres no se lo piensan tanto a la hora de abrazarme. Lo difícil suele ser conseguir que me suelten —comentó él con tono presumido.

—No me interesan tus… ¡oh! —exclamó Zía en cuanto el caballo comenzó a moverse. De inmediato, sus manos se movieron alrededor de la cintura masculina y se unieron sobre el vientre de él. La caricia y el calor de aquellas manos causaron un inesperado tirón en la ingle de Martin que lo obligó a coger aire.

«Maldita sea, si siento esto con un roce casual, ¿qué sentiré si me acaricia por su propio deseo?». Solo se le ocurrió una manera de esquivar pensamientos tan eróticos.

—Esto, Isa-bella, ¿cuántos días llevas viajando? —preguntó, pronunciando su nombre con aquella pausa guasona que pretendía aligerar la situación.

Zía tardó en responder lo que tardó en recuperar el aliento. Jamás había estado tan cerca de un hombre, sin contar cuando él mismo la había retenido entre sus brazos desnudos al atraparla aquella mañana. Su postura, montada a horcajadas, notando en su pecho la dureza de su espalda, la cual recordaba fuerte y mojada, le provocaba escalofríos. No se atrevía a mover las manos de donde habían ido a parar, a pesar de hormiguearle los dedos de forma alarmante. Cuando fue capaz de respirar, su aroma masculino jugó con su nariz como uno de esos olores narcotizantes que robaban la voluntad. Meneó la cabeza, separó sus senos de la espalda de él y procuró sentarse más tiesa.

—¿Viajando? —Trató de volver a la conversación—. Una semana, creo.

—¿Y dónde has estado durmiendo?

—Bajo los árboles —respondió ella como si fuera una respuesta obvia.

Martin trató de girarse para mirarla con asombro, pero no llegó a cruzar sus ojos con los de ella, el paso que llevaban y la postura lo impidieron. Solo de pensar en lo que podría haberle ocurrido a la joven, se le revolvían las tripas.

—Has… Has sido muy astuta al vestirte con ropas de hombre. —Fue lo único capaz de decir tras volverse hacia delante.

Los dos obviaron comentar el peligro que hubiera supuesto para ella viajar sola y vestida de mujer.

—Tampoco me he cruzado con mucha gente —siguió contando ella, encogiéndose de hombros—. No he entrado en los pueblos y he procurado caminar bosque a través.

—¿No has tenido que reponer provisiones? —se extrañó Martin.

—Nadie me las hubiera vendido, *whitey* —respondió con sorna.

—¿No llevas nada de dinero?

Zía suspiró con impaciencia.

—El problema no es el dinero.

—¿Y cuál es el problema? —quiso saber Martin, algo exasperado.

—El color de mi piel.

La respuesta de ella cortó todo intento de Martin de mantener una conversación y los sumió en un largo silencio. Ese silencio, sumado a la cadencia del caballo, provocó que Zía se fuera relajando cada vez más, hasta terminar adormilada con el rostro apoyado en la amplia espalda de Martin y con sus manos levemente más bajas.

Al contrario que ella, Martin se sintió más despierto que nunca. Debía prestar atención por si la notaba aflojar demasiado su abrazo, como indicio de que fuera a caerse. También era necesario vigilar que sus manos no bajaran un centímetro más, por motivos obvios. Por último, las palabras de ella no dejaban de aguijonear su mente. Para él, ser espía había comportado viajar a países como España, el sultanato de Marruecos o Francia y conocer a personas de otras culturas y de clases sociales diferentes a la suya. Se las daba de tipo liberal, como su amigo Andrew Cavendish, duque de Wyndham e incansable reformista, pero solo ahí y ahora, con aquella preciosa y valiente mujer de piel bronceada recostada en su cuerpo, debía admitir que siempre se había sentido superior.

No le gustó tener que admitir aquello para sí mismo, pero debía reconocer que, si bien había visitado los bajos fondos de Londres o se había hecho pasar por alguien marginado cuando la situación lo había requerido, siempre lo había hecho siendo consciente de que volvería a su cómodo hogar tras acabar su misión. Ser un miembro de la aristocracia del todopoderoso reino de la Gran Bretaña comportaba unos privilegios que jamás había cuestionado. Hasta ese momento. Un puñado de palabras en boca de una joven gitana lo habían atravesado y habían dinamitado sus firmes, y hasta ahora creía que justas, convicciones.

Horas más tarde, el camino los llevó a la costa. Martin vio el sol a punto de ponerse por el oeste y observó luego el tramo que serpenteaba peligrosamente cerca del acantilado. Oscurecería rápido y continuar sería imprudente, por lo que Martin prefirió no abandonar la protección del bosque. Su compañera seguía durmiendo confiada en su espalda y lamentó tener que despertarla. Puso sus manos sobre las de ella y apretó con ligereza, al mismo tiempo que las separaba de su cuerpo.

—Isabella —la llamó, girando la cabeza.

—No, no. Déjame, Krall —gimió ella.
—¿Quién diablos es Krall? —Martin bramó y la despertó del todo.
—¿Krall? ¡¿Dónde?! —gritó ella, confundida, en su oído.
—¡Maldita sea, Isabella, deja de gritarme!
—¡Pues deja de asustarme! —exigió la joven mirando alrededor con temor.
Martin se zafó de su abrazo, saltó al suelo y la miró ceñudo.
—¿Quién es Krall y por qué le temes? —la interrogó en cuanto ella desmontó también.

Zía comprendió entonces que había soñado con una de las escenas de acoso de su odiado pretendiente. «¿Y si le digo la verdad a Michael? No pierdo nada y si llegara a ser necesario, quizá me ayudara… No. Mejor no involucrar al *whitey* en mis asuntos», aunque una escandalosa idea sobre cómo podría él serle útil en caso de necesidad se sembró en su mente. «Supervivencia, Zía, se trataría de supervivencia», se recordó.

Michael seguía parado ante ella y sin intenciones de dejarle esquivar su pregunta. Zía se recolocó el sombrero e improvisó:

—Krall era mi marido, he debido de soñar con él —dijo tratando de pasar a su lado.

—No parecía un sueño bonito —insistió Michael tras impedirle el paso.

Zía recabó en que aquella parecía ser su manera de retenerla. No la agarraba, no la tocaba, se limitaba a ponerse ante ella. Suspiró y elevó la mirada hacia la de él.

—Las parejas que se aman también discuten —aseguró.

Él ignoró el tonto aguijonazo en su vientre.

—Por eso es mejor limitarse a fornicar; no trae tantas complicaciones —espetó él al apartarse para, finalmente, dejarla pasar.

La siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de unos altos matorrales buscando intimidad.

A la luz de una pequeña fogata, los viajeros compartieron de nuevo panecillos, cecina y bayas. No parecía que la noche fuese a ser fría y podían haber prescindido del fuego, pero les serviría para ahuyentar a indeseados visitantes trasnochados. El sonido del chisporroteo de las llamas se mezclaba con el de las olas cercanas que rompían en el acantilado; y unían así su olor salino con el del bosque. Aquel aroma conjugado de tierra y mar barrió las preocupaciones del alma de Zía y favoreció que visualizara su sueño londinense de fama y música hecho realidad. Se sintió tan en paz que se atrevió a confraternizar con su compañero.

—¿De verdad sabes tocarlo? —Cuando el *whitey* la miró, ella señaló el violín con la cabeza.

Michael dio un trago a su petaca, se limpió los labios con el dorso de la mano y la guardó en su hatillo. Luego chasqueó la lengua con fingido fastidio y tomó el instrumento para sacarlo de su funda. Le dedicó una de sus sonrisas socarronas antes de colocarse el violín en la posición correcta y tocar una rápida y muy conocida tonada sobre cierta moza. Zía abrió los ojos escandalizada, pero, antes de que pudiera protestar, él ya canturreaba los versos más escandalosos de la canción. La joven no pudo evitar reírse. El sonido de esa risa detuvo la música de forma súbita. Michael tenía la vista clavada en sus labios y ella levantó las manos en un gesto de disculpa por haberlo interrumpido.

Martin tragó saliva. La joven gitana era cautivadora y esperaba que no riera demasiado a menudo, o el estado de excitación continua que lo acompañaba desde que la había conocido acabaría con él. La posibilidad de actuar como el pendenciero de su personaje y buscar una moza dispuesta con la que aliviarse le pasó por la mente. Al momento, agitó la cabeza y echó mano del

humor para disimular su estúpida reacción. La señaló con el arco del violín como si la acusara por haberse reído de él.

—Está bien, está bien —respondió ella, tratando aún de disimular su sonrisa—. Cantas fatal, *whitey*, y no me interesa descubrir más atributos o habilidades de la tal Mary Lou.

—Pensaba que los gitanos erais más liberales, pero tú reaccionas igual que una damisela de la alta sociedad —soltó Martin dejando a un lado su violín.

—¿Cuándo has estado tú cerca de una *encopetada* de esas? —inquirió ella levantando las cejas.

—Te sorprendería saber lo rápido que algunas de ellas pierden lo… *encopetado* —a Martin le divertía repetir las curiosas palabras que ella usaba— en cuanto se casan. Por fortuna para mí, a muchas damas no les importa… *encamarse* con un músico talentoso… No solo se me da bien tocar el violín, Isa-bella.

Otra vez el *whitey* aludía a sus proezas en la cama. Y de nuevo pronunciaba su nombre separando las sílabas. Ella no sabía si lo hacía con burla o por la oculta sospecha de que ese no fuera su verdadero nombre. Esos malditos ojos aguamarina no revelaban nada, ni siquiera estando iluminados por el fuego. Se fijó entonces en que las llamas rojas jugaban con el azul de sus iris, creando un tono violeta en sus ojos. Ese color en una mujer la convertiría en una belleza incomparable, en él… En él no hacía más que aumentar su atractivo viril y misterioso. Zía parpadeó y apartó la mirada de aquellos ojos que la habían estado juzgando, a su vez, sin ella sospecharlo.

Tras una noche tranquila en la que durmieron cada uno a un lado del fuego, se repartieron las tareas de forma espontánea nada más despertar. Desayunaron, recogieron y reemprendieron el viaje, si bien la cercanía del camino al acantilado los obligó durante la mañana a avanzar andando. La conversación se dio solo cuando fue necesaria, pero las miradas furtivas del uno al otro bajo las alas de sus sombreros aumentaban a cada paso. Ambos sentían una tremenda curiosidad por el otro que no se atrevían a saciar de forma directa. Mantener la distancia y atenerse a conversaciones banales era lo más prudente.

En cuanto volvieron a internarse en el bosque, Zía comenzó a recoger frutos y bayas. La segunda vez que se acercó a Martin para ofrecerle unas cuantas, él comentó:

—Sabes mucho de esto…

—No te queda otra cuando eres nómada, *gawjie* —expuso ella elevando los hombros.

—¿Acabas de llamarme *irresistible*? —Martin elevó una ceja y sonrió de medio lado.

—Ja, ja, ja, no; es la palabra para los que no vivís en el camino, para los que tenéis casa. —A Martin no le gustó la fugaz sombra de tristeza que cruzó los ojos negros de Isabella y volvió al tema de las bayas.

—Oye, ¿estas no emborrachan? —bromeó él, haciendo como que examinaba una mora con exagerada atención.

—No… —Zía sonrió, negó con la cabeza y se dio la vuelta para seguir andando por el borde del camino con la vista fija en los arbustos.

Martin sintió la necesidad de seguir hablando con ella; de hacerla reír de nuevo.

—¿Estás segura? Porque si pillo una cogorza, tendrás que subirme al caballo, manejar las riendas y aguantarme sobre tu espalda.

—Debes de pesar el triple que yo, *whitey*, así que no cuentes con mi ayuda. Pero te dejaría apoyado en un árbol, bien provisto de víveres y tapado con una manta. No, la manta me la llevaría. Y el caballo también. —La joven siguió la broma.

—Eres cruel, Isa-bella. Además, no peso tanto. Trataría de no aplastarte con mi cuerpo si te

tuviera deba… —Martin calló a tiempo y se reprendió al instante. La miró, pero ella había vuelto a inclinarse a arrancar algo del suelo y no parecía haberse dado cuenta de su desliz, ¡gracias a Dios! Durante unos segundos, culpó de sus pensamientos impropios a los malditos pantalones que llevaba ella y que se le ajustaban como un guante a sus formas femeninas.

«¡Joder, Martin! ¡Contrólate! Eres el maldito conde de Beaconshire, un caballero, y desearla no forma parte de tu charada».

Zía se entretuvo de más removiendo la planta silvestre. Si se incorporaba, Michael se daría cuenta de que su cara estaba tan colorada como las bayas que había estado recogiendo. Sabía lo que significaba el calor que sentía en el vientre. Era virgen, pero no estúpida, y la imagen conjurada por las palabras de él era muy clara. Consideró pura casualidad que la planta que tenía en la mano fuera zanahoria silvestre y que sus flores se utilizaran para evitar quedar preñada. Su mano tembló al guardarlas en su zurrón.

Después de comer, Martin anunció que no estaban lejos de Eastbourn y propuso continuar a caballo, de manera que la tarde transcurrió de nuevo de forma silenciosa. Solo hablaron sus cuerpos: de roces accidentales, de caricias casuales, de lo bien que la sentía Martin apoyada en su espalda y del cómodo refugio que consideraba Zía a su compañero.

Cuando aquella noche se tumbaron de nuevo cada uno a un lado de la fogata, Martin reparó en el cielo estrellado. Las copas de los árboles se abrían como el telón de un teatro, para permitir a los espectadores presenciar el espectáculo del firmamento.

—Orión —susurró de forma espontánea, elevando su brazo para señalar la constelación.

Luego giró la cabeza para comprobar si Isabella ya estaba dormida. No lo estaba. Tenía los ojos abiertos y también oteaba el cielo. La vio volver su rostro hacia él y elevar una comisura de su exuberante boca.

—El carro —respondió, también en un susurro.

—¿Así lo llamáis vosotros? —se interesó Martin.

—Así lo llamaban mis padres. Les encantaba mirar juntos las estrellas.

Martin le sonrió con tristeza.

—¿Murieron?

—Sí. Mi padre, cuando yo era pequeña; y mi madre, hace unos meses. —La vio parpadear y volver la mirada a las estrellas.

—Lo lamento, Isabella. —Martin fue consciente entonces de lo sola que estaba ella realmente en el mundo. Él al menos tenía a su hermana y a su sobrino.

—¿Cómo se llamaban tus padres?

—Kiara y Robert —musitó ella—. ¿Y los tuyos?

Martin se tensó. De repente lamentó verse obligado a mentirle, justo en un momento íntimo de confidencias, pero ya le había dicho que su padre había muerto hacía poco, después de encomendarle encontrar a Edward. No podía contarle que perdió a sus padres cuando tenía siete años y que su hermana luchó contra niñeras, institutrices y preceptores para poder estar a su lado y hacerle de madre. Se limitó a decirle sus nombres reales sin explicar nada más.

—James y Angeline.

—Angeline… Qué nombre tan bonito.

Martin continuó observándola. La sonrisa que había esbozado Isabella, al pronunciar el nombre de su madre, se le enroscó alrededor del corazón.

A pesar de la distancia que los separaba, la escena se le antojó a Martin demasiado íntima. Los dos tumbados, casi en la oscuridad, mirando las estrellas y hablándose en susurros. Se reconvino por enésima vez. Una cosa era desearla y otra sentir la necesidad de ofrecerle su pecho

para que durmiese arrullada en él.

Dos días más tarde, Zía se abandonó de nuevo en una pequeña siesta, recostada en el cuerpo de Martin y mecida por el paso del caballo. Cada vez parecía hacerlo más confiada, tanto que, esa vez, se estiró y se rozó como un gato contra su espalda. Martin se erizó al sentirla y detuvo su montura…

—Isabella, por Dios, despierta —siseó conteniendo su excitación.

—Estoy… Estoy despierta.

—Deja de dormirte en mi espalda, es… peligroso. A partir de ahora, montarás delante de mí. —Tras esas palabras, desmontó y, de forma inconsciente, ocultó su mano izquierda tras la espalda para ofrecerle la derecha y ayudarla a bajar, exactamente igual que hacía con su hermana o con cualquier otra dama. No se dio cuenta de su desliz hasta que Isabella lo miró extrañada farfullando que no sería necesario montar ante él. Martin reaccionó como siempre, disimulando con descaro.

—¿Temes que te guste demasiado?

Se ganó una mirada furibunda por parte de ella. La vio desmontar y ponerse las manos en la cintura como si fuera a sermonearlo, sin embargo, la pose se le estropeó al sobrevenirle un bostezo.

—Escucha, gitanilla orgullosa, ahí delante hay una posada. Llevamos demasiados días durmiendo a la intemperie. Necesito una cama y tú también. Vamos.

Ella se despejó del todo.

—Yo dormiré aquí. Ve tú. —Isabella señaló la posada con la barbilla.

—¿Por qué diablos ibas a dormir al raso habiendo una cama cerca?

Isabella soltó el aire por la nariz y lo miró con exasperación.

—No me dejarán entrar, *whitey*. ¿Olvidas lo que soy?

Martin comprendió de golpe sus reticencias y un ácido incómodo le inundó el estómago. Su gesto de impaciencia mutó a uno de culpabilidad e indignación.

—Quédate aquí con nuestras cosas, voy a ver de qué talante son, ¿de acuerdo? —su voz se había vuelto inesperadamente dulce.

Ella asintió con la mirada baja y a él le dieron ganas de pasarle el pulgar por la mejilla. Se dio la vuelta antes de ceder.

La posada era una construcción de dos plantas, encalada de blanco. Por fuera, constaba de un establo en un lado, un corral en el otro y un pozo, y Martin rezó por que el carácter de los dueños fuera tan amable como el aspecto exterior del lugar. Pareció que la buenaventura atendía su ruego.

—¡Bienvenido, bienvenido! Pase a brindar por la buena noticia —escuchó nada más cruzar la puerta.

Martin se acercó a la barra, saludó con la cabeza al resto de clientes y sonrió.

—Por supuesto, no voy a rechazar una pinta, ¿qué se celebra?

El posadero de enorme constitución, espíritu festivo y algo achispado respondió:

—¡Mi esposa acaba de darme otro varón!

—¡Felicidades! —Martin pensó con rapidez—. La mía me está esperando fuera, no sabíamos si habría alguna habitación libre.

—Tiene suerte, amigo, me queda una. —El posadero levantó su jarra y pidió a los demás que se unieran en otro brindis.

—¡Estupendo! —Martin sonrió, alzó la jarra, y lanzó su propuesta con zalamería—. Mi

esposa y yo somos artistas invitados a la feria de Newhaven y vamos de camino hacia allí, pero es usted tan amable y la ocasión es tan extraordinaria que podríamos actuar para su clientela. ¡Y solo a cambio de un plato del guiso que huelo desde aquí! ¿Qué le parece? —Levantó la jarra de nuevo y guiñó un ojo.

—Me parece que tienes mucha labia y muy poca vergüenza, amigo, pero me pillas de buen humor. ¡Ve a por tu parienta!

Martin no se lo pensó dos veces. Apuró la cerveza, dejó la jarra sobre la mesa y salió a enfrentarse a su «esposa».

Zía había acercado el caballo al establo y estaba acariciándole la crin cuando vio salir a Michael de la posada.

—¡Aquí! —lo avisó, al ver como él la buscaba con la mirada.

Cogió aire, se frotó las manos y se mordió el labio inferior mientras él se acercaba con paso decidido. Elevó las cejas en una muda pregunta cuando lo tuvo delante.

—Tienen una habitación y cenaremos gratis, pero están celebrando la llegada de un hijo y me he ofrecido a actuar para ellos —explicó él.

Ella refrenó las ganas de abrazarlo.

—¿De verdad? —quiso asegurarse, porque no en muchos lugares aceptaban la entrada de romaníes.

—Sí. Esto… ¿qué tal se te da cantar o bailar? —preguntó él con gesto grave.

—¡A buenas horas lo preguntas! Pero vas a estar de suerte… —A pesar de su respuesta, a él no le cambió la cara de contrariedad—. ¿Qué pasa?

—Que he dicho que estamos casados.

Zía notó un redoble en el pecho.

—¿Casados? ¡¿Casados?!

—¿Por qué pones esa cara de espanto? —Michael casi parecía ofendido.

—Los *whiteis* y los *rom* no se mezclan —le explicó ella como si le hablara a un niño. Él pareció que iba a contradecirla, pero apartó la mirada en el último momento y tiró de las riendas de su montura hacia el interior del establo. Ella lo siguió y enseguida buscó con la mirada un rincón apartado en el que cambiarse de ropa. No podía actuar ni hacerse pasar por la mujer de Michael vestida de hombre. Su mujer… De repente, le pareció escuchar sus propios latidos y temió que él también pudiera oírlos.

—Yo… iré a cambiarme —le murmuró a su ancha espalda.

Entró en un cubículo con su atado y enseguida se dio cuenta de que las separaciones no la ocultaban del todo. Sus hombros y su cabeza sobresalían y su mirada se cruzó de improviso con la de Michael.

—Date la vuelta, *whitey* —le advirtió con voz algo temblorosa antes de girarse ella también.

Sin comprobar si él la había obedecido, se quitó el sombrero y el resto de las prendas masculinas. Sacó uno de los dos vestidos que llevaba y lo agitó con fuerza para quitarle las arrugas antes de pasárselo por la cabeza. Tardíamente comprendió que no podría atar la cinta que cerraba el escote por detrás. Si no la ataba, corría el riesgo de que el escote se ensanchara y acabara enseñando demasiado al bailar. Demi siempre la asistía antes de una actuación y había olvidado eso al meter el maldito vestido en el atado. Pensó en usar el otro, pero era un vestido sencillo, la falda no tenía vuelo, y era poco adecuado para bailar. Con resignación, se sujetó el borde del escote y se giró, sin salir del cubículo, para avisar a Michael. Él tenía la mirada turquesa clavada en ella. Su vientre se contrajo y una sensación dulce y peligrosa le recorrió el cuerpo.

—¿Has… Has estado mirando?

—Por supuesto —susurró él.

—Pero…

—Prometí no tocarte. Nunca dije nada de no mirar. —Su voz ronca le provocó tal escalofrío que se preguntó si sería sensato pedirle ayuda, aunque no tuvo más remedio que hacerlo.

—Pues… Pues vas a tener que volver a prometerlo.

—¿Dudas de mi palabra?

«Dudo de mí misma».

—Michael, necesito que me ates la cinta del vestido —le rogó con mirada temerosa.

Su rostro no cambió al escucharla, pero lo vio apretar los puños mientras se acercaba. Ella se mordió el labio y le dio la espalda. Tras apartarse el cabello, aguardó. No esperaba sentir en cada pulgada de la piel su cercanía y reaccionó cogiendo aire y cerrando los ojos.

Martin tuvo que respirar hondo varias veces. La sangre le corría rápida y caliente por las venas y el corazón parecía que se le iba a salir del pecho cuanto más se acercaba a ella. Sus ojos voraces la recorrieron. El cuello despejado, el principio de su espalda, su cintura y sus hipnotizantes caderas, envueltas ahora por la tela roja del vestido… En ese momento, más que en todos los que la había deseado desde que se encontraron, quiso romper su promesa y tocarla. Las manos le hormigueaban de ansias de acariciarla y los labios le dolían de ganas de apoyarlos en la curva de su hombro, justo en el lugar donde una marca con forma de libélula acababa de llamarle la atención.

Deseaba a Isabella con toda su alma. Se moría por abrazarla, pegarla a su cuerpo y reclamar su boca. Quería subirle el maldito vestido por las piernas y colarse entre ellas para poseerla contra la pared. La adoraría con sus manos y su lengua hasta hacerla estallar de placer; ella lo miraría en medio del éxtasis con sus preciosos ojos y acabaría gritando su nombre… No. No gritaría el nombre por el que todo el mundo lo llamaba.

Recordar la mentira que interpretaban atemperó un poco su cuerpo; sin embargo, sus manos temblaron al subirlas para asir la cinta del vestido. Cerró los ojos un segundo y tomó aire. Luego, cogió los dos extremos de la cinta para anudarlos, procurando que sus dedos no tocaran la piel de Isabella. No lo consiguió. Un leve roce le quemó los nudillos. Apretó los dientes al oírla suspirar y al ver cómo su dulce cuerpo se estremecía ligeramente. Ató el lazo y dio un paso atrás. Pero entonces, la gloriosa melena de Isabella cayó suelta por su espalda y eso aumentó tanto su tortura que tuvo que darse la vuelta de golpe y salir de allí. Solo se detuvo a recoger el violín y el petate. La esperó en la puerta del establo.

Zía se tomó su tiempo hasta sentir que dejaba de temblar y notar que el aire le volvía a los pulmones. «¿Qué ha ocurrido?», se preguntó, a pesar de conocer perfectamente la respuesta. Por primera vez en su vida había deseado que un hombre la abrazara y la besara. Un *whitey* al que solo hacía cuatro días que conocía, pero al que le bastaba mirarla con sus ojos de cielo y bosque para hacerla vibrar por él.

Pese a que él había dicho que no la tocaría, ella no pudo evitar dejarse llevar por la imaginación. «¿Qué sentiría si Michael me rodeara con sus fuertes brazos, me estrechase contra su cuerpo y me cubriese la boca con la suya?». Zía notó tantas sensaciones viajando hacia la parte más íntima de su cuerpo, que salió de golpe de la ensoñación. Comenzó a guardar sus cosas, se ató una cinta roja a modo de diadema y salió del maldito cubículo a paso rápido. Le costó acercarse él, pero no tuvo más remedio.

—Estoy lista —susurró.

Michael le ofreció su brazo izquierdo sin mirarla y caminaron hacia la entrada de la posada. La puerta se abrió y una pequeña multitud se los quedó mirando con diferentes grados de sorpresa en sus caras.





Capítulo 3

Zía reconoció de inmediato algunas de aquellas miradas. ¿Cómo no hacerlo si llevaba toda su vida soportándolas? A duras penas resistió la tentación de acercarse a Michael en busca de apoyo; sin embargo, fue él quien actuó sin necesidad de pedírselo, como si hubiera percibido de qué manera se sentía ella. Le pasó el brazo tras la cintura y la apretó contra su cuerpo. Al mirarlo, la asombró lo rápido que su cincelado rostro pasó de mostrar furia contenida a amabilidad impostada.

—¡Ya estamos aquí, queridos amigos! —lo escuchó anunciar con una voz tan potente que nadie se atrevería a cuestionarlo.

—Eh… Adelante, adelante. —El posadero acompañó sus palabras de un gesto de apremio de su mano y les indicó dónde situarse.

Al momento, un par de mozos se afanaron en despejar de sillas y mesas el espacio y Michael la ciñó para guiarla hasta allí. Ella echó de menos su brazo rodeándola en cuanto él la soltó para sacar su violín de la funda, pero enseguida lo vio inclinarse ante ella a fin de buscarle la mirada y sonreírle. Solo le bastó hacer eso para transmitirle confianza. El *whitey* podía ser un zalamero, un mujeriego y un guasón, pero también había descubierto en él gestos que hablaban de un carácter más serio y responsable de lo que solía mostrar.

Asintió para hacerle saber que estaba preparada y admiró su seguridad al verlo colocarse el violín bajo el mentón y posar el arco sobre las cuerdas. Las primeras notas que interpretó le alegraron el alma. Sonrió y comenzó a girar sobre sí misma con elegancia.

El ruedo de la falda acompañaba sus movimientos fluidos llenos de vueltas; sus brazos subían por encima de su cabeza y oscilaban simulando las alas de un pájaro exótico. Luego, sus manos tomaban la falda para levantarla lo justo y mostrar los movimientos de sus pies. Estos, cubiertos por unas finas zapatillas negras, ejecutaban con precisión los difíciles pasos que marcaba la alegre música de Michael.

Zía evitaba en todo momento mirarlo a los ojos, pero, al escuchar palmadas de ánimo entre el público, lo buscó. En ese instante, supo que, a diferencia de ella, él sí la había estado admirando durante todo el baile. Sus ojos, llenos de pasión, no la cohibieron; al contrario, la estimularon a entregarse por entero. Incluso se atrevió a tararear la melodía.

Martin jamás hubiera creído que fuera posible tocar el violín y, al mismo tiempo, hacerle el amor a una mujer, pero era exactamente lo que él experimentaba. Interpretaba para ella, la veía

moverse como una mariposa y sus ojos no dejaban de acariciarla con osadía. Apenas notaba el arco entre sus dedos, era la piel de ella lo que rozaba. La de su cuello, la de sus brazos, la de su cintura y la de su escote; ese que guardaba recato gracias al nudo que él había apretado. Lo que daría por poder deshacerlo y dejar que la tela resbalara por los brazos de Isabella…

Y entonces la oyó cantar. Por si no fuera suficiente con tenerlo esclavizado con sus movimientos, su cuerpo de diosa y su rostro de ángel, Isabella cantaba y le secuestraba el alma. Había asistido las veces suficientes a la ópera y al teatro como para reconocer una voz virtuosa; y ella la tenía. Incluso detectó que se controlaba a fin de no dejarla salir con toda su potencia. Se limitaba a tararear.

Los aplausos entusiastas de todos los clientes cuando terminó la actuación lo hicieron reaccionar y volver a su papel. Vio que varias mujeres habían salido de las cocinas y también estaban aplaudiendo sin reservas. Entonces su mirada volvió a Isabella. Brillaba. Vio una felicidad en sus ojos que no le había visto hasta ahora y se conmovió. Tenía un don. Tenía el don de hacer dichosos a los demás a través de su arte. ¿Hasta qué punto sería ella consciente de su talento?

—¡Vaya si se han ganado la cena, amigos! —coreó el posadero, aplaudiendo y acercándose a ellos para felicitarlos.

También lo hicieron varios clientes y las mujeres de las cocinas. Las reticencias por el color de piel de Isabella las habían borrado su arte y su sonrisa de felicidad al terminar la actuación.

Zía se sentía exultante. No cesaba de agradecer los apretones de manos y hasta se dejó abrazar por una mujer que se limpiaba las lágrimas. Incluso ella estuvo a punto de unirse a su emoción. Siempre lo había sabido: la música atenuaba las diferencias sociales y destrozaba prejuicios. El problema estaba en que la gente se abriera lo suficiente como para dar el primer paso y acercarse al arte de los demás. Cuando el humilde público se dispersó, notó que alguien la cogía del codo a fin de acercarla a una mesa ya lista para dos.

—¿Cuántas sorpresas más me tienes preparadas, *bella* Isa-bella? —le preguntó Michael al oído, antes de apartarle la silla con galantería para que se sentara.

—¿Por qué me llamas así? —quiso saber ella, esquivando su pregunta—. Siempre pienso que te estás burlando —le dijo con los ojos fruncidos, mientras lo veía sentarse.

—Si te lo digo, te volverás… «encopetada» —bromeó él, achicando también los ojos.

—Andas todo el día pavoneándote de lo bien que tocas el violín y de lo bien que se te dan las mujeres, así que no pasará nada porque, por una vez, me alabes a mí —propuso ella, apoyando la barbilla en las manos cruzadas ante su rostro, en pose de espera.

—*Bella* significa ‘hermosa’ en italiano —se limitó a explicar él, dando por supuesto que ella entendería que la había estado halagando desde el principio. Al verla ruborizarse, añadió—: sin embargo, tú me has estado llamando *whitey* con desprecio. En España conocí a un guerrillero que me llamaba *payo*, supongo que significa lo mismo.

Zía esquivó el cosquilleo de saber que a él le parecía bonita y se concentró en sus últimas palabras.

—¿Cuándo estuviste allí?

—¿En España? Durante la guerra con los franceses y el maldito Napoleón.

—No me puedo imaginar lo que supone vivir una guerra.

—No lo hagas.

Isabella atisbó durante un segundo el horror que había vivido Michael en España y quiso acariciar con su mano la de él, pero se contuvo y sacó un tema que apartaría la crueldad del conflicto de su mente.

—Oh, Michael, muchos clanes se dirigirán a Londres para las celebraciones de los 10 años del fin de la guerra. Quizá nos crucemos con Edward en algún punto y puedas cumplir la última voluntad de tu padre.

Su misión. Isabella acababa de recordársela. Se sentía tan libre al lado de ella, haciéndose pasar por un músico trotamundos, que perdía de vista con facilidad su objetivo. Asintió, antes de apartar la mirada de sus iris de abismo a fin de concentrarse en el fondo de la jarra. La apuró, sediento, y pidió otra al posadero para acompañar los platos que ya les ponían delante.

Tras la cena, Zía vio a Michael tomar la llave de la habitación que iban a compartir y comenzó a sentir un creciente nudo de nervios en el estómago. El muy bribón la hizo girar entre sus dedos, mientras la miraba a ella con una sonrisa ladeada. Zía se envaró, puso los brazos en jarras y levantó la barbilla. Él rio en respuesta y le indicó con la cabeza las escaleras. Tras dedicarle un gesto altanero, Zía se recogió la falda y comenzó a subir delante de él sin evitar contonearse más de la cuenta. No tardó en sorprenderla un resoplido y un leve gemido.

En el descansillo, Zía se apartó para permitir que Michael abriera la puerta y entrara primero. Llevaba el violín y los petates de ambos, que dejó sobre un arcón a los pies de la cama. La joven depositó con cuidado la lámpara de gas encima de la mesilla y observó la habitación. Le sorprendió la limpieza y le agradó la sencillez de la estancia: la cama, el arcón, la mesita y un pequeño armario. En una esquina había un aguamanil con espejo; y la ventana que daba al patio trasero y a una noche sin luna estaba cubierta por unas simples cortinas blancas. Reaccionó al escuchar un carraspeo y miró a Michael. Llevaba guardado un reproche desde que habían entrado en la posada y decidió soltarlo en ese momento. De alguna manera debía impedir que aquella obligada intimidad la sobrepasara.

—¿Les informaste de que yo era gitana?

Michael puso cara de sorpresa, hundió la mano en la palangana y se la pasó por el rostro.

—No lo recuerdo. Les conté que mi mujer me esperaba fuera y que éramos artistas… —farfulló sin dar importancia al dato.

—Ya… Eres muy listo, *whitey*, pero la próxima vez no me lances a los leones sin avisarme, porque podrían no ser tan amables como estos y no serías tú el que acabara devorado —le espetó, sintiendo cómo una estúpida rabia la iba inundando.

—Oye, todo ha salido bien y, gracias a mí, has cenado caliente. Además, vas a dormir bajo techo y en una cama blanda —respondió él señalando el lecho.

—En la cama dormirás tú, yo voy a hacerlo en el suelo —espetó ella dándole la espalda para abrir su atado.

Martin apretó los dientes a fin de no dejar salir su frustración. Sí, había ocultado que ella era una romaní, pero lo importante era que la jugada había salido bien. Y ahora, a pesar de todo, su desagradecida compañera despreciaba la cama. De repente, una idea cruzó su mente y le hizo fruncir el ceño. «¿Pensará que voy a obligarla a compartir el lecho?».

—¿Desdeñas la cama porque no confías en mí? —le exigió esperando que ella girara y le respondiera.

Isabella ni giró ni le respondió. Que lo ignorara avivó aún más la ofensa.

—Está bien —comenzó a defenderse él—, soy todo lo que imaginas que soy, Isabella, pero jamás le he impuesto mis atenciones a ninguna mujer. Todas han venido a mí de buen grado. Y sí, te deseo como un loco, pero nunca se me ocurriría aprovecharme de ti porque, ante todo, soy un cab… Ante todo, soy un hombre al que le gustan las mujeres bien dispuestas. Haz lo que

quieras con la cama, yo voy a bajar a tomarme la última. O la penúltima.

Zía se estremeció con el portazo de Michael, aunque la verdad era que ya llevaba un rato temblorosa. Su inquietud había comenzado nada más verse a solas con él en aquella bonita habitación y había aumentado de golpe al escucharlo admitir que la deseaba.

—¿Tanto como yo te deseo a ti? Mantente firme, Zía Isabella, ¿vas a arriesgarlo todo por unos momentos de pasión entre sus brazos? —retó a la imagen que le devolvía el pequeño espejo sobre el aguamanil.

Su propio reflejo la traicionó, mostrándole sus manos temblorosas, sus labios abiertos y sus ojos más brillantes que nunca. Apartó la mirada y se concentró en preparar un jergón en el suelo bajo la ventana. Si lo hacía entre la puerta y la cama corría el riesgo de ser pisoteada por Michael cuando volviera. No tardó en tenerlo todo listo y se tumbó para tratar de descansar. El aguijón de la culpa no tardó en aparecer. Esa noche dormiría bajo techo y, en vez de mostrarse agradecida a la persona que lo había hecho posible, lo había reñido. Bueno, mejor parecerle una arpía y así mantener las distancias, dado lo que sentían los dos.

Martin se acomodó en la barra y preguntó a una de las mozas por el dueño. La joven de franca sonrisa le dijo que se había retirado para estar con su mujer y sus hijos y que ella solo estaba recogiendo. De igual manera, decidió aprovechar la ocasión y comenzó preguntando su nombre a la chica. Luego se inventó una historia conmovedora sobre un hombre que lo había dejado todo por amor a una joven gitana y le preguntó si le sonaba esa historia.

—Pues claro que sí —respondió ella para su asombro—. Es la vuestra, ¿no?

—¿Qué? —preguntó Martin, desconcertado.

—Un hombre que se enamora de una romaní y deja su vida por seguirla a ella. Es una historia tan bonita y ¡se os ve tan unidos! Tu esposa es muy hermosa, y baila y canta tan bien que no me extraña que abandonaras nuestro mundo para estar con ella.

—¡Matty! Deja de aburrir a nuestro huésped con tus tontas historias y ponte a fregar la cocina antes de que salgan corazones de tu cabeza hueca —se oyó la voz del posadero.

Matty le dedicó un breve mohín a Martin y salió corriendo hacia el fondo de la posada. El dueño comenzó a negar con la cabeza y sirvió dos jarras de cerveza, una de las cuales puso ante Martin.

—La sobrina de mi mujer tiene la cabeza llena de pájaros —se disculpó el hombre, alzando su jarra para dar un largo sorbo.

Martin lo imitó. Después de haber escuchado a la moza, tenía la boca más seca que un desierto. ¿Cómo podía ella pensar siquiera que le estaba hablando de Isabella y de él mismo?

—¿Problemas con la parienta? La mía me ha aguantado cinco minutos antes de largarme de nuestra habitación. Parir le ha agriado el carácter…

—Vaya… Yo… No, no tenemos problemas, solo he bajado para preguntar por unos parientes de mi… mi mujer. Su tía se casó hará unos veinte años con un hombre de fuera, llamado Edward, y le perdieron la pista. ¿Le suena haber oído hablar de ello por los alrededores?

—No, amigo. Vosotros sois los únicos enamorados, ya sabes, «diferentes», que conozco. Hay líneas que no se cruzan. Ricos con ricos, pobres con pobres… ya me entiendes. Aunque, supongo que cuando una moza se te cuela dentro, lo puedes llegar a mandar todo al carajo, ¿no? Debes de quererla mucho, amigo —afirmó el posadero alzando su jarra.

Martin volvió a sentirse incómodo.

—Claro —titubeó. No obstante, enseguida encaró su objetivo—. ¿Y pasan muchos *rom* por aquí de camino a las ferias?

—Pasar sí pasan, pero no entran. Saben que no deben hacerlo. Hará unos días, tuvimos un grupo de cuatro o cinco descansando unas horas a la salida del bosque. No molestaron, pero los estuvimos vigilando y, cuando se fueron, mi mujer fue a contar las gallinas y los conejos. Con esa gente nunca se sabe. ¡Carajo, amigo! Se me olvida que tú… Será mejor que vuelva a ver si la parienta ya se ha dormido. —El posadero se dio la vuelta, pero Martin le lanzó una última pregunta.

—¿Sabe qué dirección tomó ese grupo?

—Se fueron por el camino de Brighton. Seguro que allí tirarán para la capital.

Martin vio salir del comedor al sujeto, apuró su jarra y vaciló en su siguiente movimiento. «¿Estará dormida? ¿Y si no lo está? Tengo la voluntad por los suelos y me duele el cuerpo de deseo por ella». Martin dio una palmada en la barra y se animó a subir con una nueva charada en mente.

Zía atusó de nuevo la almohada que había tomado de la cama. No podía dormir y no era por el duro suelo. Más bien era por no saber dónde estaba Michael. ¿No tardaba demasiado? ¿Qué estaría haciendo? De sus cavilaciones la sacaron el ruido de la puerta al abrirse, un golpe y una maldición. Cerró los ojos y afinó el oído. Desde el otro lado de la cama le llegó un nuevo golpe y, luego, el sonido del colchón al hundirse y el de las patas de la cama al crujir. Después de eso, solo hubo silencio hasta que un leve ronquido flotó en su dirección. No había duda, Michael acababa de tumbarse a dormir la mona. De forma inesperada, se sintió más tranquila al saberlo cerca y el sueño la venció. Tan cansada estaba que ni se despertó con lo que ocurrió a media noche.



Capítulo 4

Lo primero que pensó Zía nada más despertar fue en lo mucho que hacía que no dormía tan bien. Parpadeó, se estiró y comprendió de repente a qué se debía el sentirse tan descansada. Había yacido en una cama. Se incorporó de golpe y miró a su lado. Vacío. Gateó por encima del colchón y descubrió a Michael durmiendo en su jergón. Tenía el antebrazo sobre los ojos, para esconderlos de la luz de la mañana, e iba descalzo y sin nada que ocultara el fuerte torso de su mirada indiscreta. Se dijo que no había nada de malo en mirar, pero el súbito deseo de tumbarse a su lado y recostarse en él le hizo reaccionar de forma algo exagerada.

—¡Michael!

—¿Hum?

—¿Puedes explicarme qué haces ahí?

Lo vio descubrirse la cara, mirarla con los ojos somnolientos y pasarse las manos por la barba. «¿Cómo estaría sin ella?», imaginó Zía. Luego, él se apoyó en un codo antes de responderle.

—¿Me caí de la cama?

El maldito *whitey* le pareció entonces igual de apetecible que un trozo de pastel de carne.

—¿Y cómo he llegado yo a ella?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Michael apartó la mirada e hizo el amago de concentrarse en pensar—. Lo último que recuerdo es a Betty…, ¿o era Matty?

Zía sintió encogérsele el estómago y se dijo que debía de ser la hora del desayuno. Se echó hacia atrás y se levantó por el otro lado de la cama. Mientras sacudía su segundo vestido, agradeció que él hubiera decidido cerrar el pico y no seguir compartiendo sus correrías nocturnas con ella.

Martin volvió a tumbarse, puso las manos tras la cabeza y clavó la mirada en el techo, así le daba tiempo a Isabella para cambiarse. Supuso que esta vez le sería fácil desprenderse del vestido rojo. Cuando a medianoche la levantó del suelo, se esforzó por no tocarla más de lo necesario, aun cuando su cuerpo rugió de deseo. Tras tumbarla en la cama, aflojó el nudo del escote que él mismo había apretado en el establo, la tapó con la sábana y su propio suspiro lo acompañó hasta el improvisado catre de ella.

—¿Piensas levantarte, *whitey* —la oyó arengarlo.

—¿Tú ya estás? —quiso saber.

—Ajá.

Martin se incorporó y caminó hacia la jofaina. Se echó agua en la cara, se la restregó y pensó en lo poco que echaba de menos la rutina del afeitado. Luego, vio a Isabella a través del espejo. «¡Por San Jorge! ¿Qué lleva puesto? ¡Joder, está preciosa! De un humor de mil demonios, pero preciosa». La repasó sin disimulo —privilegios de ser un granuja—. Isabella se había recogido su brillante melena con un pañuelo azul tirando a gris, del mismo tono que su sencillo vestido. Tan sencillo que no hacía sino acentuar las curvas de sus senos, cintura y caderas. El escote era de lo más recatado, pero eso no impedía que a él se le tensara todo el cuerpo con solo imaginarse recorriéndolo con la boca. Pasó a mirarla a la cara y le descubrió un gesto de desagrado.

—¿Qué he hecho ahora? —le preguntó al mismo tiempo que se ponía la camisa.

—Es que no te entiendo. Nos presentaste como un matrimonio feliz, fingimos estar…

—¿Enamorados? —apuntó él, al recordar las palabras de Matty.

—Sí. Pero no tardaste en buscar a otra para…

—¿«Encamarme» con ella? —la provocó, pero al ver que su gesto se volvía todavía más adusto, añadió—: tranquila, solo pensarán que somos como el resto de los matrimonios, ya sabes, los que «fingen». Y si sigues con esa cara, hasta creerán que estás celosa.

—¿Celosa? ¿De ti? —La vio envararse y coger su atado—. Qué tontería.

—No he dicho que lo estés, he dicho que creerán que lo estás… ¿O sí lo estás?

Él inclinó la cara como si quisiera leer la suya. Ella lo miró como si quisiera matarlo.

—Oh, buf. ¡No te soporto, *whitey*!

Bajaron al comedor con el eco de la discusión crepitando aún entre ellos. En cuanto Zía puso un pie en la sala, se hizo el silencio y varias miradas se clavaron en ella. No eran las mismas personas de la noche anterior y la joven se quedó inmóvil. Martin notó su nerviosismo de inmediato, maldijo por lo bajo y la abrazó por la cintura para acompañarla a una mesa algo alejada. Observó que ella tomaba asiento con la mirada baja y eso le dolió tanto que paseó sus ojos amenazantes por todos los que seguían pendientes de ellos. Cuando los vio apartar la mirada con temor, se sintió satisfecho y se acomodó ante Zía.

Se ocupó de pedir desayuno para los dos y decidió entretenerla con las noticias de la noche anterior.

—Anoche me dijeron que no hace mucho pasó por aquí un grupo de *roms* y que iban camino de Brighton. Seguro que harán lo que me contaste: tomar el desvío hacia Londres.

Zía levantó los ojos y lo miró sin hacerle la pregunta que le quemaba los labios: «¿Y eso te lo contó Betty o Matty?».

—¿Eran muchos? —preguntó, sin embargo.

—Cuatro o cinco, según el posadero —respondió él, con lo que aligeró sin saber el pecho de Zía.

La joven pensó en su clan. No faltaba nadie cuando ella se marchó, así que no era probable que los que iban por delante fueran de los suyos. Se afanó en terminar el desayuno para partir lo antes posible.

Se despidieron del mesonero y fueron en busca de su montura. Martin la llevó de las riendas hasta el principio del camino y allí se detuvo a mirar con intención a Zía. Ella le señaló unos arbustos cercanos y le pidió intimidad.

—¡Pero si acabamos de salir! Ya podías haber ido al excusado de la posada. —De inmediato reparó en sus palabras. Si su hermana lo escuchara hablarle a una dama de aquel tema, le cortaba la cabeza.

—*Dinlow*… Solo quiero quitarme el vestido porque no es nada cómodo para viajar. No pretenderías que bajara a desayunar con facha de hombre, ¿no? —Tras el rapapolvo, Zía desapareció para regresar al poco tiempo con su atuendo habitual y el sombrero bien calado.

Martin, ya montado, señaló a Zía el hueco que había dejado ante él. Ella levantó las cejas, negó con la cabeza y se acercó a la grupa del caballo. Cuando Martin se movió hacia delante y le tendió la mano a regañadientes, ella se izó y se acomodó tras él. Ignoró todas las sensaciones que la sacudieron al tenerlo de nuevo tan pegado a ella y las siguió ignorando hasta dos días más tarde.

Habían vuelto a emprender el viaje y a sumirse en su rutina de miradas, silencios y conversaciones impersonales. Los dos notaban crepitar algo demasiado intenso entre ellos y ambos sabían que, si cedían, ese *algo* podía acabar por complicarles la vida y arrasarlos en el proceso. Pero, al tercer día, tanto silencio y tanta tensión provocó una discusión de final inesperado.

Aquella mañana, Zía reparó con fastidio en la llegada de su sangrado mensual. Se aseó en un arroyo cercano y se ocupó de controlar el tema, pero no contó con tener que darle explicaciones al *whitey*. No pensaba decirle que para las molestias lo que le iba bien era caminar.

—Sube —ordenó él nada más verla regresar, con todo ya recogido.

—Me apetece caminar —se excusó ella pasando por delante de él.

Martin interpretó su actitud como un capricho que no haría más que retrasarlos y eso, sumado a la tirantez que se había instalado entre ellos, acabó con su paciencia. Desmontó, cogió a Zía en brazos y la subió al caballo.

—¡Ni se te ocurra bajarte, mujer testaruda!

Zía se inquietó aún más al verlo montar tras ella.

—¿Quién diablos te crees que eres para darme órdenes? ¿El papel de marido se te ha subido a la cabeza?

—¡Ni por un segundo! Al contrario, compadezco al pobre desgraciado que se case contigo —espetó él asegurando las riendas entre sus dedos para arrear al caballo.

—No es necesario que lo compadezcas. Ya… ya te dije que no me volvería a casar. —Zía recordó a tiempo su mentira.

—¿Y quién diablos iba a querer casarse contigo, de todas maneras? —arremetió él, nervioso.

El repentino nudo que se formó en la garganta de Zía casi la ahogó. Él había expresado sin saberlo uno de los mayores temores de ella: que cumplir uno de sus sueños conllevara renunciar al otro. Que ser gitana y artista le impidiera ser esposa y madre.

Sentirla rígida dentro del círculo de sus brazos llevó a Martin a tomar conciencia de sus palabras. Ofuscado, temió que ella las hubiera malinterpretado y hubiera creído que aludía a su origen.

—¡Maldita sea! No lo he dicho porque seas… ¡Joder, Isabella! Lo he dicho por tu dichoso carácter testarudo y orgulloso.

—Déjame en paz, *whitey* —fue el susurro de ella.

Que no le gritara lo desarmó. «Qué fácil sería abrazarte contra mi cuerpo y susurrarte al oído palabras de disculpa», deseó Martin, pero su postura envarada le indicó que no serían bienvenidas; que no era el momento. Y el momento no llegó, porque apenas un kilómetro más adelante dieron con el grupo al que buscaban.

—Isabella, mira, los hemos alcanzado —murmuró Michael a su oído.

Fue fácil disimular el escalofrío que la recorrió. El encuentro le dio la excusa para huir. Se meneó entre sus brazos, pasó una pierna sobre la cabeza de la montura y se dejó caer al suelo. Sin mediar palabra, caminó los últimos metros hacia el pequeño campamento, consciente de que Michael la seguía de cerca.

—*Sastipén, primo* —saludó Zía de forma general en cuanto se detuvo.

Un hombre de unos sesenta años, de piel curtida, pelo blanco y ojos sabios levantó la vista de la fogata a medio preparar. Zía lo identificó de inmediato como la persona de más edad del grupo e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Sa*stipén, prima*. —El hombre respondió, miró más allá de ella y lo vio alzar las cejas al recabar en el aspecto de Michael.

«¡Maldición!». ¿Cómo iba a justificar que Michael y ella viajaran solos? Seguía resentida con él por… por todo un poco y no le apetecía presentarlo como su marido, pero mucho se temía que no iba a tener más remedio que hacerlo.

—Buenas tardes —se adelantó Michael con su voz firme y a la vez amable.

—Buenas tardes —le respondió el *rom*.

Zía trató de identificar al resto de los miembros del grupo: un hombre joven y muy alto atendía a los caballos que seguían atados al *vurdun* en el que viajaban; una mujer se refrescaba el cuello en el arroyo cercano y una más joven venía hacia ellos cargando más ramas secas para la fogata.

Michael la sorprendió al desmontar, pasar por su lado y acercarse a la joven para aligerarla de la carga que llevaba.

—Permíteme —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

«Vaya, el Michael más zalamero acaba de hacer su aparición», se dijo Zía. Aunque, a juzgar por la mirada temerosa de la chica, supo que el gesto amable de Michael no la había impresionado, más bien la había asustado. Y con razón. ¿Qué *whitey* se habría prestado jamás a ayudar a una joven gitana? ¿A acercársele o a mirarla siquiera? Observó a su compañero de viaje depositar las ramas al lado del *rom* y regresar con ella. Su corazón se saltó un latido cuando él se detuvo a su lado, le pasó el brazo por la cintura y le habló con esa voz ronca e íntima que usaba para burlarse de ella.

—¿Nos has presentado, Bella?

Zía miró a las dos personas que los observaban con los ojos abiertos de par en par y se sintió obligada a hablar. La historia de Edward le serviría de inspiración.

—Él es Michael, mi… marido, y yo soy Isabella.

—Pero… pero él es… es… —la *chaví* balbuceaba mirando a Michael.

—Es un *whitey*, sí, pero no todo son defectos. Por eso me casé con él —respondió Zía a la joven, guiñándole un ojo.

—No suele ocurrir a menudo, querida Dana, pero a veces el amor es más fuerte que todo —explicó el viejo *rom* a la joven.

—Y eso es lo que ocurrió entre nosotros —afirmó Michael apretándola contra su costado.

—Yo soy Bahktalo, ella es mi sobrina Dana, el hombre que trasiega en el *vurdun* es mi sobrino Hohan y la joven que se está refrescando es Keyla.

—¿Os dirigís a Londres? —preguntó Michael mientras descargaba sus pertenencias y dejaba patente su intención de unirse a ellos.

—Sí, pero primero nos detendremos en Saltdean. Cada año participamos en los festejos por el cumpleaños del señor de allí. Sois bienvenidos si queréis hacer el camino con nosotros —expuso Bahktalo mientras miraba con ironía los petates de la pareja.

—Gracias, *primo* —correspondió Zía.

—¿Por qué vas vestida de hombre? —intervino Dana, mirándola de arriba abajo con curiosidad.

—Es más cómodo para viajar —le respondió.

La joven comenzó a alternar la mirada entre Michael y ella. Se notaba que se moría por hacer otra pregunta.

—¿Él te lo permite? —A pesar de habérselo preguntado en un susurro, Michael la escuchó claramente y fue él quien respondió.

—Mi mujer conoce bayas venenosas, ¿te parece motivo suficiente para no prohibirle nada? —Michael se pasó el pulgar de lado a lado del cuello e hizo reír a la *chaví*.

—Pues cuando quieres eres un tirano —farfulló Zía agachándose para unir a la pira otra rama más.

—Solo cuando es por tu bien, Isa-bella —le respondió él acuclillándose a su lado para buscarle la mirada.

Zía no pudo apartar la suya. Los segundos pasaron y sus miradas cayeron con anhelo a los labios del otro. Michael aprovechó el momento de intimidad y puso una mano sobre la suya.

—Lo siento —susurró.

Ella comprendió que su disculpa aludía a su última discusión y el corazón se le derritió como azúcar caliente. Lo miró de nuevo a los ojos y se sintió más indefensa que nunca. Tuvo que levantarse y alejarse de él. Barbotó una excusa y se internó en el bosque.

«¿Qué voy a hacer?» se preguntaba paseando de un lado a otro. «Tendré que aprovechar la presencia de los demás para evitarlo o me volveré loca». Sin percatarse, se había alejado más de la cuenta del límite del bosque, sin embargo, cuando cayó en la cuenta de ello y quiso regresar con el grupo, unos fuertes brazos la inmovilizaron. La manaza que cubrió su boca impidió que gritara. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a quién tenía delante.

—No le hagas daño, bruto —pidió Demi al hombre que la sujetaba.

Zía miró a su amiga con una obvia pregunta en sus ojos ya empañados.

—Krall nos ha enviado a por ti. Bueno, lo envió a él, pero conseguí que me diera permiso para venir y tratar de convencerte por las buenas de que vuelvas. De que vuelvas y te cases con él —expuso Demi con pena.

Zía se revolvió entre los brazos de su captor y consiguió darle un mordisco.

—Si no le quitas la mano de la boca no podrá hablar —avisó Demi al hombre de Krall.

—¿Y si… Y si no vuelvo por las buenas? —resolló Zía.

—Te llevaré a rastras —respondió su captor.

Antes de que Zía pudiera protestar, se escuchó un fuerte golpe y los brazos que la sujetaban se aflojaron. El hombretón cayó desmayado a los pies de Dana, que sujetaba un tronco casi más grande que ella.

—¿Lo he matado? —se horrorizó la joven.

Demi se agachó junto al hombre y luego negó hacia las otras dos, que suspiraron aliviadas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Zía a Dana, a la vez que le quitaba el tronco de las manos.

—Tu marido vino a buscarte y yo lo seguí. Ha ido en la otra dirección.

—¿Tu marido? —se sorprendió Demi.

Zía la miró con las cejas alzadas y negó brevemente. Demi asintió, haciéndole saber que entendía el mensaje y que aguardaría su explicación. Por lo pronto, entre las tres se apresuraron a darle la vuelta al hombre de Krall y usaron su fajín para atarle las manos a la espalda. Luego, le inmovilizaron los pies con el de Demi.

—Vuelve con tu… «marido» —le aconsejó su amiga—. Yo me inventaré una historia para que este me lleve de vuelta a nuestro campamento y allí ya veré cómo hago para que Krall se olvide de…, ya sabes.

—Sé exactamente lo que debo hacer para que se dé por vencido —afirmó Zía.

Antes de tomar a Dana por el brazo para volver a su grupo, preguntó a Demi:

—¿Estáis muy lejos?

—A las afueras de Seaford. —Ante la respuesta de su amiga, asintió y tiró finalmente de Dana.

Debía evitar que Michael viera lo que había ocurrido. Durante el camino de regreso al campamento, convenció a Dana para que no contara nada de lo que había visto, escuchado ni, mucho menos, de lo que había hecho.

Martin escuchó las voces de Isabella y Dana al otro lado del camino, y suspiró aliviado. Había tratado de darle algo de intimidad, pues incluso él se había sentido estremecido con la mirada compartida y el beso anhelado. No obstante, a medida que pasaban los minutos, no había podido evitar preocuparse. Las interceptó a la salida del bosque y captó una extraña señal entre ellas, justo antes de que Dana apretara el paso y los dejara a solas.

Martin se puso ante Isabella, se inclinó y le buscó los ojos con los suyos. Percibió entonces un rastro de sangre en sus labios y se aprestó a tomar su cara entre sus manos.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído? ¿Estás bien? —Acarició su labio inferior con el pulgar y eliminó la sangre. Respiró tranquilo al no ver ningún corte—. ¿Isabella? —insistió.

—Yo… —Ella le devolvía la mirada como si fuera la primera vez que lo veía.

¿Qué diablos le había ocurrido? De repente, sintió que Isabella lo sujetaba por las muñecas y lamentó que fuera a apartarle las manos de su cara. No lo hizo. En su lugar, movió los dedos y él los sintió como la más atrevida de las caricias. El cuerpo se le tensó. Todo le dio vueltas. Nada le importó. Nada, excepto la mujer que lo miraba con los ojos llenos de ganas y con los labios rebosando suspiros. Bajó su rostro y la besó. Apoyó los labios en los suyos en un roce lento que le vibró por toda la piel. Se apartó, sobrecogido por lo que sentía él y preocupado por lo que sintiera ella. Le acarició el rostro con los dedos hasta que abrió los ojos.

—Dime algo, Bella —suplicó, ronco.

—¿Puedes volver a besarme? —gimió ella.

Martin cogió aire, cerró los ojos y su boca cubrió la de Isabella a fin de besarla como se moría por hacerlo. Usando sus labios para recorrer la carne trémula de los de ella; para empujarlos de forma intensa; para humedecérselos y volverlos resbaladizos. La rodeó con un brazo y sintió los suyos subirle hasta los hombros. «¡Dios!, nos estamos abrazando, nos estamos besando y es la sensación más extraordinaria que he sentido jamás». Capturó su labio entre los dientes, ella abrió la boca y él entró. Sus lenguas se buscaron y se lamieron de tal manera que el cuerpo le dolió de deseo. Ardía, temblaba. No podía parar; si lo hacía, la frustración lo mataría.

Zía había visto a parejas besarse. Alguna prima había tratado de explicarle cómo era. Aun así, jamás hubiera imaginado que un beso de Michael pudiera provocarle fuegos artificiales en el cuerpo y en el alma. Chispazos de colores estallaban una y otra vez en su interior. Escuchaba sus explosiones atronadoras, ¿o era su propio corazón? No estaba segura. Solo sabía que quería más. Sentir su fuerte cuerpo rodeándola, apretándola, su boca mimando la suya, sus caricias entre el pelo. Se estaba muriendo y era lo más placentero que había sentido en su vida.

—Como sigan así, en nueve meses tendrán un pequeño mestizo —oyeron los dos, a pesar de que aquellas palabras habían llegado desde el campamento.

El tono del comentario era desagradable y los sacó de golpe del breve, intenso y mágico momento. Michael detuvo el beso, pero se negó a deshacer el abrazo. Apoyó la barbilla en su frente y ella lo escuchó exhalar un largo suspiro. Ella también tuvo que coger aire, aunque prefería respirarlo de él. Con los ojos cerrados, procuró disfrutar un poco más del calor de su cuerpo, del roce de su barba y del olor de su cuello.

Aquel beso había reafirmado su decisión. Sería con él o no sería con nadie. Le entregaría su honra. Lo haría con mentiras y engaños, pero era la única manera de deshacerse de Krall. «¿Y luego?», se cuestionó con temor. Luego ya vería…



Capítulo 5

Regresaron al campamento cogidos de la mano. Para Martin, aquel gesto que prolongaba su unión resultó de lo más natural. No podía haberla tenido entre sus brazos y, de repente, no tocarla. Además, Isabella no protestaba. La excusa de ser matrimonio les evitaba dar explicaciones y les procuraría, de ahora en adelante, la coartada perfecta para dejarse llevar por su deseo. Una fugaz alarma cruzó su mente, aun así, Martin se negó con terquedad a pensar más allá de esos días, ni en el pasado ni en el futuro. Besar a Isabella había cambiado muchas cosas y no sabía hasta qué punto podría replantear otras. El viaje le daría la oportunidad de averiguarlo.

Esta vez, ya estaban las cuatro personas reunidas alrededor de la fogata. Durante su ausencia, Bahktalo parecía haber explicado a Hohan y a Keyla, la del comentario desafortunado, quiénes eran ellos. El *rom* los saludó con un gesto de la cabeza, pero también con una mirada prolongada a Isabella y su atuendo que no le gustó para nada. La mujer tampoco eludió observarlos. Lo hizo con sonrisa ladeada y dejando que sus ojos expresaran una admiración que ya había recibido de otras mujeres. Apretó la mano de Isabella y la acercó más a él. Esperaba que el gesto hubiera sido entendido tanto por Hohan como por Keyla.

Dana los invitó a sentarse y enseguida Isabella sacó algunas viandas para compartir. De buen grado se hubiera pasado el rato admirándola, ahora que conocía el sabor de sus labios y las caricias de sus manos; no obstante, no podía olvidar su misión.

—Bahktalo nos ha contado que sois artistas y que participaréis en una fiesta en Saltdean —comentó para incitar la conversación.

—Yo hago acrobacias y malabarismos, mi hermana lee la buena fortuna, mi tío cuenta historias y ella… —El *rom* miró a Keyla y a Martin le pareció ver una sombra de rencor en sus ojos negros. La mujer se limitó a levantar la barbilla y eso le confirmó que entre esos dos ocurría algo—. Ella baila.

—Mi esposa también es una excelente bailarina y, recientemente, hasta se atrevió a cantar. Yo la acompaño al violín —expuso Martin con una sonrisa que compartió con Isabella.

—Entonces podréis actuar también en la fiesta, ¿verdad, *kak*? —acabó preguntando Dana a su tío.

—No veo problema. Al señor de Saltdean le gustan mucho los bailes y la música zíngara —explicó Bahktalo.

—¿Habrá más *roms* en la fiesta? —quiso saber Martin.

Tanta curiosidad por su parte provocó que Hohan alzara las cejas e Isabella se aprestó a intervenir.

—Perdona a mi marido, *primo*. Todavía no comprende la reserva de nuestra gente a contar demasiado a los de fuera. Si pregunta mucho es porque busca a un amigo de su padre. Se llama Edward, es un *whitey*, y hace años que se unió a una *rom*.

—¿Cuántos años? —Bahktalo achicó los ojos.

—Unos veinte—precisó Martin esperanzado.

—La cosa es que sí recuerdo haber oído hablar de ellos, porque es algo tan raro que, cuando se sabe, el chisme corre como la pólvora. Pero ya sabéis lo que ocurre con las parejas… Bueno…, con los matrimonios como el vuestro…

—No, no lo sé, amigo —reconoció Martin apretando la mano de Isabella.

—Se apartan… No son bien vistos ni por unos ni por otros y acaban viviendo alejados de los dos mundos.

Martin buscó la mirada de Isabella. No sabía qué quería transmitirle con sus ojos. No estaba seguro de nada, de momento.

—Eso no nos ocurrirá a nosotros —musitó.

Ella lo miró asombrada. ¿A qué se refería Michael? ¿Seguía metido en su papel de esposo? ¿Por qué la miraba como si estuviera prometiéndole algo? Y, lo que era peor, ¿por qué ella quería guardar esa promesa en su corazón? Si un solo beso los había hecho sentirse tan unidos, qué pasaría cuando… se entregara a él?

Las sorpresas no terminaron ahí. Después de cenar y escuchar unas cuantas historias de Bahktalo, se prepararon para pasar la noche. Hohan observó cómo Dana y Keyla se metían en el *vurdun* y estiró luego su jergón en el suelo. Cerca de él, se tumbó Bahktalo y, al otro lado del fuego, Zía preparó el suyo. Enseguida apareció Michael para unir las mantas de ambos. Ella se lo quedó mirando y él se le puso delante, ocultándola de la atención de los otros dos.

—No protestes, Isa-bella, estamos casados.

—No lo estamos —bisbiseó ella.

—Pero ellos no lo saben —Michael elevó varias veces las cejas y ladeó su sonrisa de pillo.

—Eres un canalla, un zalamero…

Michael detuvo sus halagos al rodear su cintura y pegarla a su cuerpo.

—Y te gusta… —le susurró muy cerca de sus labios. La sintió temblar y dejó de lado las bromas—. Solo quiero tumbarme a tu lado a mirar las estrellas.

Desarmada. Las palabras de Michael la dejaron sin defensas contra él y solo pudo asentir. Lo vio tumbarse y levantar una mano para pedirle que hiciera lo mismo. La tomó y se arrodilló a su lado. La mano de él rodeó su cintura y ella acabó acurrucada en su amplio pecho. El deseo de quedarse ahí para siempre le provocó un dulce estremecimiento. «Ni se te ocurra acostumbrarte a esto, Zía Isabella, o lo perderás todo». Cerró los ojos a la realidad, cruzó su brazo sobre el tenso abdomen de Michael y lo estrechó. Él giró la cara hacia ella.

—¡Pst!, gitanilla, si no abres los ojos, no verás las estrellas —lo oyó susurrar.

«Tengo delante las dos que más brillan y que más queman», pensó ella al devolverle la mirada.

—¿Cómo llamaban tus padres a las Pléyades?

—*Cherhen*. Las consideramos rumbos, ya sabes, norte, sur…

—¿Me dirán hacia dónde ir? —preguntó él estrechándola un poco más.

—No sé —rio ella nerviosa.

—Yo sí lo sé. Tengo mi destino justo delante.

Michael acortó la distancia a su boca y la besó con suavidad. Roces dulces y contenidos que no podían permitir que se desbordasen, aunque sus cuerpos lo estuvieran gritando. A ella la respiración se le desordenaba y los senos le hormigueaban. Lo vio apretar los ojos, soltar el aire por la nariz con frustración y mirarla atormentado. Ella se sentía igual, por lo que puso la mano en su mejilla y acarició su barba crecida.

—Eres el misterio más bonito al que me he enfrentado. —El hechizo de los besos lo confundió y Martin aludió sin querer a su faceta de espía.

—¿Misterio? —La vio fruncir el entrecejo.

—Es como si conociera tu alma, pero se me escaparan tus sueños, tus deseos. Aunque cada vez entiendo más tu reserva y la de tu gente. Las miradas de desconfianza que debéis de soportar…

—Ya te dije que era por las dos partes. A veces, por interés, la distancia parece achicarse. Como en la fiesta a la que vamos. Diversión y música a cambio de dinero. Pero nunca se llega a confiar del todo. Detrás de una sonrisa, esperas que llegue la puñalada; la traición. Son dos mundos que no deben mezclarse…

—¿Has dicho por interés? —preguntó algo irritado —¿Y qué hay de la historia de Edward?

—Ya has escuchado a Bahktalo. Lo más seguro es que tuvieran que apartarse y vivir alejados de unos y de otros, por no ser aceptados. No los comprendieron ni los *roms* ni los *whiteis*…

Tuvo que apretar los labios para no protestar. «¿Qué puedo decirte que no suene a una auténtica locura?». Algo se le rebelaba dentro del pecho. Por de pronto, la estrechó aún más entre sus brazos y besó su pelo. Cuando la sintió dormida, bajó el rostro para observarla hasta que a él también se le cerraron los ojos.

A la mañana siguiente, a Zía le resultó difícil salir del cerco de los brazos de Michael. Primero, porque la sujetaba con fuerza a pesar de estar dormido; y segundo, porque ella misma se resistía a alejarse del calor de su cuerpo y a dejar de admirar su rostro cincelado y atractivo. Tuvo que besarlo en la mejilla y decirle que iba al río para que él abriera los ojos, aunque todavía tardó en aflojar sus brazos. Sonrió con su gruñido y se levantó.

En el río, se encontró con Keyla. Aquel parecía ser su lugar favorito, y decidió aprovechar la ocasión para buscar un nuevo comienzo con ella. La noche anterior, la joven no había dejado de mostrarse distante y sus únicas palabras habían sido pullas e indirectas en general.

—Buenos días, *prima* —la saludó con amabilidad.

—¿Cómo lo conseguiste? —fue la sorprendente respuesta de ella tras limpiarse la cara con un colorido pañuelo.

A Zía la confundió su mirada incrédula y rencorosa a la vez.

—¿Conseguir el qué?

—Pescar a un *whitey* tan buen mozo. Lo normal con ellos es que te tengan un tiempo para *chingar*, te paguen y luego pasen a otra, no que se casen contigo. ¿Cómo hiciste para que dejara a los suyos y te siguiera?

—Eh… Yo no hice nada, Keyla. Nos encontramos, nos fuimos conociendo y ya no quisimos separarnos. Por eso nos casamos, por amor. —Su mentira sonó tan bien a sus propios oídos que se asustó. Temió desear que se hiciera realidad, pues estaba segura de que esa realidad conllevaría penas y renuncias.

—Ya… —soltó Keyla con ironía—. El amor no da de comer… y el hambre es muy perra. Mejor olvidarse del amor y hacer lo que haga falta para tener el buche lleno.

—Seguro que con tu baile lo consigues —Zía la animó con una sonrisa.

—Con mi baile y con mi cuerpo, *prima*. No seas tan inocentona. —Keyla apretó el pañuelo

con rabia y, todavía húmedo, se lo ató al cuello. Luego se alejó de ella para volver al *vurdun*.

El súbito nudo que sintió en el estómago se reflejó en su mirada. Siguió los pasos de Keyla con mucha pena y con su plan de futuro todavía más reforzado. No era quién para juzgar a la otra mujer y, con seguridad, sus sueños eran demasiado irreales, pero tenía claro que lucharía con uñas y dientes para evitar tomar el camino que Keyla había elegido. Ese camino la destruiría.

Cuando volvió al lado de Michael, él y los demás ya habían preparado el desayuno para compartir. Él la miró, le abrió los brazos, ladeando la cabeza, y ella ni se lo pensó. Sonrió y se dejó abrazar unos instantes. Debía comenzar a atesorar esos momentos que había decidido robar al destino.

Reemprendieron la marcha con el *vurdun* a la cabeza, conducido por Hohan, y con Bahktalo sentado a su lado en el pescante. Dana y Keyla iban dentro y ellos cerraban la pequeña comitiva montados a caballo. Esta vez no hubo ninguna discusión y Zía se sentó delante de Martin.

Viajar detrás del *vurdun* les procuró una intimidad que no dudaron en aprovechar. Zía se apoyaba en el pecho de Martin y este le prodigaba besos cortos que caían en su frente o bajaban por su cara hasta acabar en su cuello y provocarle cosquillas. Entre arrumacos, y para mantener a raya el deseo, Martin trataba de saciar su curiosidad sobre ella y los *roms*.

—¿Estrellas?

—*Chere*.

—¿Sol?

—*Kham*.

—¿Luna?

—*Shon*.

—¿Y cómo sería en romanés «muy dulce»?

—*But guli*. —Rio ella.

—Eres «but guli», Isa-bella —le susurró él al cuello, antes de posar allí sus labios y acariciarla con la lengua.

—Michael… —lo reprendió a la vez que se estremecía y se reía.

Él tuvo que detener sus mimos. Resopló frustrado y volvió a cambiar de tema.

—¿Cantarás en la fiesta? Y no me refiero a tararear. Sé tocar algunas canciones con las que te podrías lucir.

—Me niego a cantar las aventuras de mozas descaradas, *whitey* —se indignó ella.

Martin rio y la apretó un segundo entre sus brazos como reprimenda.

—Rencorosa… No solo toco esas canciones. Hay una sobre el romance imposible entre un soldado y su amada, que es la favorita de mi…

—¿De quién? —se apresuró ella en querer saber.

Martin cerró los ojos y apretó los dientes. Había estado a punto de hablar de su hermana.

—De mi madre.

Zía puso sus manos sobre las de él, giró el rostro y lo besó en el mentón.

—Si me la cantas, la aprenderé.

Martin bajó su mirada azul y la entrelazó en la oscuridad de la de ella. Se aclaró la voz y cantó en voz baja las tres estrofas, sin dejar de observarla. Se asombró cuando, al acabar, la vio enjugarse algunas lágrimas.

—¿Tan mal canto? —Martin compuso una divertida mueca.

Zía negó y se le escapó un puchero.

—Es que es una canción muy bonita, pero muy triste. Él muere en la guerra y ella vive esperándolo rota de dolor. El señor de Saltdean nos echará por afligirlo en su cumpleaños,

debemos buscar otra canción.

—Está bien, volveré a mi repertorio habitual para tabernas. Hay una muy divertida sobre un marinero que persigue a una pescadera que…

—¡Oh, calla! Ya me puedo imaginar cómo acaba.

—Sí —la voz de Martin se volvió un ronroneo—, acaban «encamados».

Zía negó y bufó para reprocharle que no tenía remedio y Martin rio como nunca en su vida. La mujer que tenía entre sus brazos lo hacía sentir totalmente libre y feliz.

La llegada a Saltdean a media tarde se produjo sin contratiempos. Detuvieron el *vurdun* en una explanada de la entrada del pueblo, junto a otras carretas de vivos colores, y se apearon para estirar las piernas. Bahktalo y su grupo enseguida se acercaron a saludar a varios conocidos. Martin, sin embargo, observó la manera en que los ojos de Zía recorrían el lugar de forma cautelosa.

—¿Temes que tu clan te encuentre y te obliguen a volver, como me dijiste? —La cogió de la mano y entrelazó sus dedos.

«¿Cómo decirte que ya me han encontrado?», pensó ella.

—No, no. Es que… —Zía bajó la mirada a sus manos enlazadas. El contraste entre el color de sus pieles era notorio—. Siempre temo la reacción de la gente, me gusta andar con ojo y procuro prepararme. Nunca sé dónde encontraré amabilidad o desprecio, y ahora…

—Entiendo. ¿Te preocupa que nos miren y nos juzguen, como dijo Bahktalo? —inquirió Martin.

—Sí, no. Bueno, no es como si fuera real… Al fin y al cabo, tú y yo… —Zía apartó la mirada.

«¿Que no es real?», se rebeló una parte de Martin.

—¿Que no es real? —acabó expresando en voz alta, tratando de no mostrar la rabia que sentía en esos momentos, pero apretando la mano de ella entre la suya.

—Da igual cómo nos miren, Michael. Total, es algo que inventaste para explicar por qué viajamos solos y… funciona. —Las palabras de Keyla de aquella mañana cruzaron fugaces la mente de Zía—. No estamos casados y nunca lo estaremos.

Martin no estaba preparado para rebatir esa afirmación y agradeció, cobarde, que ella no viera la expresión de sus ojos. Esos días con ella estaban haciendo que perdiera el norte, que olvidara sus obligaciones, su destino, su maldito futuro prácticamente escrito en piedra. No podía borrar de su presente la situación de su hermana o el futuro de su sobrino.

Un sabor amargo le subió a la garganta y un pinchazo le cruzó el pecho. Soltó la mano de Zía y se dirigió a donde estaba Hohan pidiendo una cerveza en un puesto ambulante.

—Traes cara de mal de amores, *whitey* —le dijo el gitano después de dar un sorbo a su pinta.

Martin intercambió una moneda por una jarra y se apoyó en la enorme rueda de una carreta cercana, al lado del *rom*. Buscó a Isabella con la mirada, suspiró y dio un buen trago.

—Lo que yo decía —confirmó Hohan—. Se te meten bajo la piel, *choravan* tu corazón y luego se dedican a hacértelo pedazos mientras te miran y sonríen.

Martin frunció el ceño y siguió la mirada de Hohan. La tenía clavada en Keyla, que en aquellos momentos hablaba con un tipo alto y moreno que no vestía prendas romaníes. Entendió el problema de Hohan al instante y no le extrañó verlo apretar el asa de la jarra hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

Después de intercambiar una mirada de solidaridad masculina y de comentar el programa de festejos, fue Martin el que tuvo que soportar una compasiva palmada de Hohan en su hombro. Isabella salía del *vurdun* con su vestido azul desgastado y su melena recogida con un pañuelo.

No había puesto un pie en el suelo, cuando un tipo con un sorprendente parecido a sí mismo le ofreció la mano para ayudarla a bajar.

Zía salía riendo del *vurdun* por una ocurrencia de Dana. Captó de refilón al hombre alto y rubio al pie del carromato y tomó su mano esquivándole la mirada. Todavía sentía el molesto hueco de su pecho tras la conversación con él y no quería que sus ojos aguamarina leyeran demasiado en los suyos. Pero enseguida sintió que esa mano no era la de Michael. Ya en el suelo, levantó la mirada hacia el hombre. Sí, era alto, rubio y de anchas espaldas, pero iba perfectamente afeitado y sus ropas se veían de mucha más calidad que las de su *whitey*. «¿Su *whitey*?». Retiró la mano al instante, levantó la barbilla y puso los brazos en jarras.

—¡Uy!, la gitanilla tiene genio. Me gusta. ¿Cómo te llamas?

—Se llama *Señora de Michael Beac* y, si quieres seguir vivo, no vuelvas a tocarla. —Se oyó la voz de Michael tras aparecer como una exhalación, colocarse al lado de ella y aferrarla por la cintura.

—¿Señora? —se mofó el otro—. Claro, claro… —Luego apartó la mirada de Martin y la clavó en Zía—. Esperaré mi turno con impaciencia, gitanilla.

Si no llega a aparecer Hohan para sujetar los brazos de Martin a su espalda, el bravucón yacería inconsciente en el suelo.

—No llames la atención sobre nosotros, amigo —pidió Hohan a su oído.

Martin observó la marcha del desgraciado, con ganas de ir tras él, pero un dedo repicando en su pecho con insistencia lo detuvo. Bajó la mirada a Isabella y sintió cómo Hohan lo soltaba. Oyó los pasos del *rom* alejarse.

—¿Qué? —pidió a su gitanilla altanera.

—¿Cómo se te ocurre aparecer así y amenazar a un *whitey*? —exigió ella sin dejar de puntearle el pecho.

—Te estaba… Te estaba proponiendo… —la indignación apenas lo permitía hablar.

—Solo estaba haciendo lo que hacen todos, Michael, y yo iba a responderle lo que siempre respondo. ¿Has pensado que ese *encopetado* podría ser familia o amigo del señor de aquí? ¿Y si nos denuncia? ¿Y si nos echan y no nos dejan volver el año que viene?

Michael pareció entender sus razones, pero ella intuyó que seguía hirviendo de furia y se preguntó el porqué. Luego quiso saberlo de él, porque la sospecha la hacía ilógicamente feliz.

—¿Estabas celoso, *whitey*?

Martin se sintió acorralado de nuevo. Además, le escocía demasiado la bronca que le estaba echando y, a la vez, lo desesperaba saber todo lo que tenía que soportar ella por ser *rom*. Aquella misión lo había arrojado a un laberinto y odiaba reconocer que a cada día que pasaba se sabía más perdido en él.

—Interpreto mi papel de marido enamorado y celoso… ¿No te convence? —le espetó en su preciosa cara, con cierto rencor.

Isabella tragó, volvió a poner los brazos en jarras y elevó la barbilla; exactamente igual que cuando había pretendido defenderse del tipo pretencioso.

—Por supuesto, *whitey*, no es la primera vez que te veo actuar. Tengo muy presente lo bien que se te da fingir ser quien no eres.

Ella dio en la diana con tanta puntería que se vio obligado a apretar los dientes. Frustrado, se mesó el cabello, desordenándoselo, y se alejó.

En el estado en el que estaba, le vino de perlas descubrir al tipo que se había acercado a Isabella dirigiéndose hacia el puente. Lo siguió y, cuando los dos estaban solos bajo la arcada, lo sujetó por el cuello de la levita y lo estampó contra la pared. Acercó su cara amenazante a la del

otro, que lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Ahora que nadie me retiene y que tengo toda tu atención, te lo voy a repetir: ni se te ocurra acercarte a ella, ni mirarla siquiera. ¿Me has entendido?

El estúpido no pareció hacerlo a la primera.

—Solo…, solo es una gitana y ya sabemos a qué se dedican. Esta debe de ser tremenda en la cama para tener loco por ella a alguien de tu… Alguien como tú —farfulló.

La pequeña alarma que sonó en el cerebro de Martin lo hizo achicar los ojos y observar con atención al tipo.

—¿Alguien como yo? —El hombre pareció arrepentirse de haber hablado demasiado—. ¿Sabes quién soy? —preguntó Martin a modo de anzuelo.

—No, no. —El tipo reafirmó su negativa con un movimiento compulsivo de su cabeza.

Martin volvió a mirarlo. Aunque, como buen espía, era un fisonomista de primera, no le sonaba su cara. No parecía un agente, además, que él supiera solo una persona sabía en lo que andaba metido. Prefirió no correr riesgos y ser vago en su última amenaza.

—Si no sabes quién soy, tampoco tienes ni idea de lo que soy capaz. Te aconsejo, por tu bien, que no te metas con los *roms* y que te largues de Saltdean. —Martin acompañó sus palabras con un poco más de presión de sus brazos.

—Entendido, entendido —asintió el tipo antes de ponerse a toser y agradecer haber salido ileso de su segundo encuentro con el «señor Beac».

A Martin esa conversación le dejó un regusto amargo, algo no le cuadraba. Y lo inquietó más aún que el encuentro anterior con el tipejo, cuando solo había considerado que importunaba a Isabella. Al regresar con el grupo, vio que todos estaban sacando viandas para compartirlas. Buscó la atención de Isabella, pero ella no dejó de atender a lo que le explicaba Dana sobre la actuación que harían al anochecer. No tener siquiera su mirada lo llevó a recordar, con temor, las palabras de Hohan. El hueco en su pecho se hizo un poco más hondo.



Capítulo 6

Dentro del *vurdun*, a la hora de prepararse para sus actuaciones, Dana asistió con eficiencia a las dos bailarinas. Fuera, Martin esperaba a Isabella no solo para acompañarla a la plaza del pueblo, en la que estaba todo preparado para la fiesta, sino también a fin de disculparse por haber expuesto al grupo. No se arrepentía de su intervención y sabía que lo haría siempre que ella estuviera en peligro, pero también tenía claro que su acción la había preocupado sobremanera.

En cuanto la vio salir y detenerse en lo alto de los tres escalones del carromato, toda idea de disculpa se le fue de la cabeza. Su arrebatadora belleza, vestida de nuevo de rojo, lo dejó sin palabras. Esta vez sí le ofreció la mano como un caballero de forma consciente, igual que lo haría con cualquier dama de su círculo. Enseguida que la tuvo ante él, se la llevó a los labios para besarle el dorso.

—*Bella fiamma*, eres puro fuego —atinó a susurrarle.

Ella le sonrió encantada; si bien, al oír la voz de Keyla desde dentro del carromato, la sonrisa de Isabella mudó a una mueca cautelosa.

—Vaya, sabes… Sabes halagar a las mujeres —la escuchó decir—. Las tratas como a… *encopetadas*, como si fueran damas, y les hablas igual. Entiendo que caigan todas rendidas a tus pies.

«¿Qué buscas, Bella? ¿Necesitas que te confirme que eres la única a la que deseo? ¿No lo sabes ya? Mi hermosa gitanilla, siempre desconfiando…», entendió Martin.

—No todas caen… Hay una que me atrae y me aleja. Me vuelve loco con sus besos para luego ponerme en mi lugar sin compasión. —Le guiñó el ojo, tocó su marca del hombro y rozó la tela del vestido—. ¿Necesitas que te ate el nudo?

Repetirse a sí misma que solo sería para él una más en su lista de conquistas no evitó que la caricia de sus dedos provocara rayos de deseo por todo su cuerpo. Debía hacerle saber que esa noche ansiaba ser suya y confió en que las flores de zanahoria, que venía tomando, evitaran consecuencias indeseadas.

—No, pero, a lo mejor, necesitaré que lo desates… más tarde… —«Dios mío, ¿se hace así?», dudó. Lo vio dejar caer la mandíbula y supo que Michael había entendido el mensaje. La tomó de la mano con fuerza, cogió su violín con la otra y enfiló con ella la subida que llevaba a la plaza del pueblo donde se iba a celebrar la fiesta. Detrás dejaron a Hohan y a Keyla mirándose el uno al otro.

Hohan todavía no sabía muy bien qué demonios hacía al pie del *vurdun*. Dudaba si largarse cuando su mirada se cruzó con la de la mujer que salía del carromato, vestida como toda una princesa zíngara. Esperó a que ella apartara la mirada, como siempre, pero esperó en vano. Por primera vez, Keyla no le negaba el brillo de sus ojos. Y por primera vez, él se atrevió a alargar su mano hacia ella. No le salió un gesto tan refinado como el del *whitey*, pero esperaba obtener el mismo éxito que él.

Keyla culpó a Isabella, a Michael y a las miradas que se dedicaban por haber ablandado su determinación. Ser testigo de lo que sentían esos dos había avivado un sueño que creía muerto. Los oscuros ojos del hombre que la contemplaba también tenían algo de culpa. Llevaba meses eludiéndolos. Así como veía admiración en muchos ojos masculinos, también solía soportar miradas de asco. Desde la primera vez que vio a Hohan, supo que, si él le mostraba su disgusto, ella se rompería del todo.

Observó su mano fuerte y curtida, suspendida en el aire, y se hizo una pregunta: «¿Vale la pena? ¿Un momento de ternura compensa una vida de maltratos?», decidió aceptar lo que Hohan le ofrecía. Un instante, quizá toda una noche, pero no más. Más no saldría bien.

Puso su mano en la de él y sintió sus dedos cerrarse calientes alrededor de los de ella. Era la primera vez que se tocaban desde que se conocieron, cuando ella se unió al grupo, tras haber huido de un tío depravado, y su contacto, su calor, viajó hasta el mismo centro de su pecho para arropar su corazón helado. «Qué triste sorprenderse por un roce que no duele y por una mirada que acaricia sin codiciar». Sus ojos viraron fugazmente hacia los labios de Hohan. «¿Cómo sería dar un beso en lugar de tener que soportarlo?». Él la sacó de su ensimismamiento al carraspear y tirar de ella. Sus cuerpos solo se rozaron un segundo antes de que él girara hacia el camino que ascendía en dirección a la plaza.

Al mismo tiempo que el grupo accedía al lugar de la celebración, la música comenzó a sonar. El señor estaba sentado con sus invitados a una larga mesa llena de comida y bebida. Zía vio con sorpresa que, a un lado de la plaza, también se había preparado una más modesta reservada para los artistas. Bahktalo, al ver su asombro, le comentó que el noble siempre era así de generoso.

Martin mostró cautela al observar al señor de Saltdean, por si diese la casualidad de habérselo encontrado en lugares frecuentados por la aristocracia. Efectivamente, le pareció haberse cruzado con él en la Cámara de los Lores, si bien no recordaba que hubieran intercambiado alguna palabra. Eso lo relajó, pero no tanto como para obviar el episodio de la tarde. No debía olvidar que, a pesar de no ser probable, tampoco sería imposible darse de bruces con algún conocido.

De pie, en el límite del espacio reservado para las actuaciones, Zía, Martin y los demás no dejaron de aplaudir los números del resto de artistas, mientras que Dana, de vez en cuando, era requerida para realizar alguna lectura de manos. Llegó el turno de Keyla y Bahktalo. El anciano recitó un largo poema sobre nobles señores que luchaban contra el mal. Lo hizo acompañado de las notas de su címbalo, a la vez que Keyla interpretaba la historia a su alrededor con mucho sentimiento.

Tras los aplausos, les tocó actuar a ellos. Martin la cogió de la mano para acompañarla al centro de la plaza y, una vez allí, la sintió temblar. Equivocadamente, pensó que se debía a la actuación, por lo que agachó la cabeza a fin de insuflarle ánimos al oído.

—Baila como tú sabes, atrévete a cantar y déjalos con la boca abierta. Comparte con ellos tu arte y no te guardes nada. Yo estaré tocando para ti.

—Y yo estaré bailando para ti… —le susurró ella perdiéndose en sus ojos aguamarina.

—¿Qué? —inquirió él casi sin aliento cuando ya estaba por alejarse de ella para dejarle

espacio.

Zía se limitó a sonreírle. «Haré que entiendas mi mensaje, *whitey*. Sin palabras». Lo vio marcharse caminando hacia atrás y toparse con Hohan, que tuvo que darle un codazo para que reaccionara.

Martin se colocó el violín y comenzó a tocar música festiva. Zía se movió por su particular escenario haciendo elegantes giros y agitando las manos por encima de su cabeza. En una parte rápida de la música arengó al público a hacer palmas y los deleitó con sus pasos gráciles, a la vez que decididos. Los aplausos estallaron a su alrededor y, como siempre, la llenaron de plenitud. Zía compuso una graciosa reverencia y señaló a Martin para hacerlo partícipe de la ovación. También lo miró fijamente, deseando que él leyera y entendiera su mirada de anhelo.

Se disponía a caminar hacia él cuando la voz del señor del lugar se escuchó rotunda en la plaza. Pedía otro número. En ese momento, Zía miró confusa a su alrededor y luego hacia Martin. Él asintió para transmitirle energía y ella sonrió con toda su confianza puesta en él. En él y en el brillo de sus ojos, que no se apartaron de los de ella mientras se colocaba de nuevo el violín y comenzaba a arrancarle una melodía desconocida para todo el mundo.

Zía, cautivada, se meció con suavidad, sus brazos ascendieron como queriendo acariciar la luna y sus caderas iniciaron un movimiento sinuoso que provocó un nudo en la garganta de Martin. En cuanto Zía se aprendió las notas, comenzó a tararearlas. No había palabras, pero su voz traducía la música en sentimientos que todos los presentes entendían. El público se quedó tan atrapado en aquella red romántica y sensual que muchas parejas se buscaron las manos, entre ellos Hohan y Keyla.

Sin rehuir la mirada decidida de Michael, Zía aceptó de nuevo la ovación. Se llevó las manos al pecho en señal de agradecimiento y caminó hasta salir del foco de atención. Él la estaba esperando con el brazo extendido y la palma hacia arriba, por lo que no dudó en acariciársela con los dedos para cruzarlos al fin con los de él. En silencio, la pareja abandonó el lugar.

Michael la guio hacia la explanada, no sin detenerla cada pocos pasos para devorarle los labios. Cuando llegaron sin aliento, más por los besos compartidos que por la caminata, le pidió que esperara unos minutos y entró al *vurdun*. Tras salir con sus cosas, se puso ante ella, la tomó de la barbilla para enlazar sus miradas y pronunció la pregunta que lo llevaba quemando toda la noche.

—¿Estás segura?

—Sí, pero ¿dónde…?

—He visto una casa de huéspedes pasado el puente —afirmó él.

Zía tragó y asintió. Michael dejó ir el aire que estaba conteniendo y la cogió de la temblorosa mano para que lo acompañara. Silenciosos minutos después, el intercambio de varias monedas, sumado al ambiente festivo, hicieron que la dueña de la casa no hiciera preguntas, y la pareja se dirigió a la parte de atrás. Michael abrió la puerta y le cedió el pasó a Zía para que entrara ella primero. Otra galantería.

La joven se sorprendió gratamente cuando Michael entró, alzó la lámpara de gas e iluminó la estancia. Era todavía más acogedora que la de la posada anterior. Contaba incluso con un bonito secreter y alfombras en el suelo. La ventana del fondo, entreabierta, dejaba pasar la brisa de la noche y hacia allí se dirigió Zía. La acabó de abrir y enseguida elevó sus ojos al cielo estrellado. Trató de ignorar los ruidos tras ella. Michael debía de estar dejando sus cosas sobre el arcón de la esquina.

Cuando más convencida se creía por lo que iba a hacer, tuvo que abrazarse para calmar los temblores que comenzaron a recorrerle el cuerpo. Buscó en las estrellas algún tipo de señal de

que lo que hacía era lo correcto; sin embargo, fueron los brazos de Michael al rodearla los que le confirmaron que, pasara lo que pasase después de esa noche, ella siempre la consideraría acertada. Y no porque sirviera a su causa, sino porque era lo que su cuerpo y, Dios la ayudara, su corazón deseaba.

Martin se sentía afortunado con tan solo estar allí, con ella entre sus brazos y mirando las estrellas, no obstante, su cuerpo comenzaba a sentir muchas cosas más. El olor a lavanda de Isabella acallaba su conciencia como si del mejor de los opios se tratara. La apretó contra su cuerpo y ella apoyó las manos sobre las suyas. Esa rendición lo enardeció y lo hizo sentirse honrado al mismo tiempo. Con el cabello todavía sujeto por el pañuelo, el cuello de Isabella lo tentaba demasiado. La besó tras la oreja y la sintió estremecer. Resbaló los labios por su piel y los posó sobre su marca de nacimiento. Con la punta de la lengua trazó la extraña figura e Isabella le regaló un suspiro. Quiso muchos más. Sin apartar sus labios, subió las manos por el talle de ella y las posó en sus senos. Movió las palmas hasta notar sus pezones tensos y los apretó con ternura. Los tímidos gemidos de Isabella se mezclaron con los sonidos de la noche que entraban por la ventana y su miembro palpitó contra las nalgas de ella. Estaba completamente excitado, pero recordó que ella no había estado con nadie desde hacía tres años y se obligó a ser cuidadoso.

Llevó las manos al nudo del vestido y lo desató. Luego tomó el borde de la tela entre los dedos y lo bajó por los brazos de ella. Isabella contoneó los hombros, el vestido bajó hasta su cintura y sus senos quedaron desnudos y expuestos a la brisa nocturna. Ambos gimieron. La expectativa, avanzando lenta, no hacía sino aumentar las ganas y avivar un fuego que les ardía dentro, cada vez más furioso.

—Michael. —La oyó susurrar.

—¿No te gusta? —preguntó él, que de nuevo había tomado sus senos en sus manos para jugar con los pezones.

—Es… —Calló para jadear—. Es como comer demasiadas bayas…

—No te quiero borracha, te quiero muy atenta —susurró en su oreja antes de meterse el lóbulo en la boca para chuparlo con deleite.

—Dios…, me haces temblar —sollozó.

—Y tú a mí, pequeña.

Martin notó el anhelo de los dos y la giró entre sus brazos para unir por fin sus bocas. Sus labios enseguida se movieron en un beso urgente. Sus lenguas no tardaron en buscarse para lamerse en una lucha de placer. Isabella se sujetó de sus hombros y él rodeó sus nalgas para acariciarlas. Pronto les molestó la ropa.

Ella le bajó el chaleco por los potentes brazos y lo ayudó a sacarse la camisa. La mirada que dedicó a su pecho lo calentó todavía más, por lo que tiró sin cuidado de su vestido y de sus enaguas hasta ver las prendas caer al suelo. Cogió aire de golpe. La tenía desnuda ante sí y lo miraba con tanta expectación y deseo que no pudo ni quiso hacerla esperar. La sujetó por la cintura y la tumbó en la cama. Él lo hizo a su lado, se desnudó del todo y la besó al instante. Las manos de ambos se pelearon por acariciarse. Las de Martin bajaban por su espalda, amasaban su trasero y subían por su costado hasta rodear sus senos y tensarlos. Las de ella acariciaban su musculosa espalda y las detenía la vergüenza cuando se aventuraban hacia el sur.

—Tócame, Isabella, haz magia con tus manos —pidió en un gemido que se perdió en otro beso.

Zía obedeció y sus dedos tocaron la piel suave de la frontera entre la espalda masculina y sus nalgas. Le encantó el gemido de él y bajó aún más. Sus manos, de manera natural, lo apretaron,

lo apremiaron. A pesar de no tener experiencia, lo deseaba, y no dejó de tocarlo, cada vez más ávida, hasta conseguir que Michael se tumbara sobre su cuerpo ansioso. Separó las piernas y él se encajó entre ellas. La sensación que la recorrió al sentirse tan unidos por poco no la deja sin aliento. Jadeó y subió las manos por su espalda para colarlas entre su pelo. Tiró de él y clavó la noche de sus ojos en el mar de los de él.

—Quiero… Necesito… Te necesito, Michael —le rogó.

Él se retiró lo justo a fin de pasarle la mano bajo la rodilla para facilitar su movimiento. Alzado sobre ella, la contempló, sujetó su sexo y comenzó a penetrarla. Zía se mordió el labio, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—No, pequeña. Mírame. Necesito saber si estás bien —pidió él, conteniéndose.

Zía sentía un dolor lacerante y a la vez dulce. Lo miró. Michael la estaba poseyendo poco a poco y podía adivinar en su rostro el esfuerzo que eso le suponía. Podía soportar el dolor, lo que no soportaría era que él se retirara, así que elevó las caderas y facilitó su unión completa. Los dos gimieron al sentirse el uno en el otro. Anclados a una emoción que no querían que terminara nunca, se miraron cómplices. Michael se retiró para volver a entrar en ella y Zía trató de acompasar su cuerpo al de él. Siguieron los embates y regresaron los besos: de roces suaves, de lenguas avariciosas y de labios cariñosos.

El fuego apremió y Michael aceleró sus empujes, los gemidos de ambos aumentaron y entonces él posó la mano donde sus cuerpos se unían. Acarició su carne más sensible y la hizo estallar al momento en mil pedazos. Ella gritó su nombre, se estremeció hasta el delirio y, temiendo morir de placer, lo abrazó con fuerza.

Dos latidos más tarde, notó lágrimas en sus ojos. Michael acababa de llevarla a un paseo entre las estrellas. Jamás hubiera imaginado que hacer el amor con él fuera lo más hermoso y, a la vez, lo más doloroso que había sentido en su vida. Se aferró más a él y ocultó su rostro en su fuerte cuello.

—¿Isabella? ¿Estás bien? —se preocupó él.

Asintió sin separarse.

—Voy a hacerte daño con mi peso, deja que me tumbe a tu lado.

Él salió de ella con cuidado, se acomodó y le pareció escucharlo reír cuando se dio cuenta de que seguía enlazada a él.

—Oye, gitanilla, que no pienso irme a ningún lado. Anda, mírame. —Ella sacudió la cabeza —. Si no me miras, voy a pensar que te avergüenza lo que hemos hecho.

Lo contempló al instante y él frunció el ceño.

—¿Estás llorando? ¡Mierda! ¿Te he hecho daño?

—Chsss. —Zía negó de nuevo con la cabeza y puso el índice sobre los labios de Michael—. No me has hecho daño ni tampoco me… arrepiento.

—Entonces, ¿qué pasa? —la apremió él.

—Es que ha sido… —«tan hermoso que no sé cómo aguantaré sin repetirlo, sin volver a tenerte».

Michael besó la yema de su dedo antes de hablar.

—¿Qué?

Zía no podía, ni debía, abrirle su corazón.

—Ya sabes… A las demás también las debes dejar muy contentas…

La expresión de Michael se oscureció.

—No hagas eso. No metas a nadie más aquí. Yo no pregunto por tu marido, Isabella.

Michael tenía razón, por supuesto. En ese momento, ella se sintió tan vulnerable bajo su

escrutinio que solo se le ocurrió una salida para evitar confesarle lo que había sentido o admitir que él había sido el primero, el único. Puso sus manos a cada lado de su cara y lo besó.

Pese a aceptar y devolver el beso de Isabella con ardor, Martin era consciente de que besarlo era su estrategia para huir de él. Sus labios sabían a silencio. Un silencio que también debía acatar él, a menos que quisiera recorrer un camino sin salida. «Si no fuera tan condenadamente difícil», se lamentó.

Porque sus miradas esquivas y las palabras no dichas eran como agua en sus manos, que se le escurrían sin poderlo evitar y cada vez le resultaba más insoportable no poder atesorarlas. Quizá como Michael las pudiera retener durante un tiempo, pero como Lord Beaconshire no tenía ningún derecho a esperar nada de ella. A tener nada de ella. Y eso comenzaba a lacerarle algo en el centro del pecho.

Los besos y las caricias se volvieron urgentes. Grabar su hermosa imagen a fuego en su mente se tornó necesario, por eso la sujetó por la cintura y la colocó sobre él. Isabella pausó el beso para apoyar las palmas en su pecho y abrir las piernas a cada lado de sus caderas. Lo miró como si no supiera qué debía hacer. Con las manos ciñendo aún su talle la guio en un baile que sabía que ella no tardaría en dominar. Aprendió rápido. Ella misma lo acogió en su cuerpo y onduló sobre él. Se mordió el labio y aceleró.

No dejaron de mirarse el uno al otro, al mismo tiempo que sus respiraciones tropezaban y sus latidos se desbordaban. De repente, necesitaron latir juntos y Zía bajó el torso para unir sus pieles y rozarse los labios. Martin sujetó su cabeza con una mano, rodeó su cuerpo con el otro brazo y empujó en ella de manera cada vez más intensa. La quería pegada a él, necesitaba su placer inundándolo. Pronto, le llovieron gemidos de éxtasis y, finalmente, compartieron cada gota de la euforia que los cubrió.

El sueño se coló entre besos pausados y los arropó, tejido de lentas caricias. La noche avanzó y se convirtió en cómplice de ella. El amanecer, sin embargo, se puso de parte de él. El horizonte apenas se pintaba de claridad cuando Martin despertó con frío en la piel y en el alma. Enseguida supo que estaba solo. Se levantó con rapidez. Las ropas de Isabella no estaban; sin embargo, una nota blanca destacó en la penumbra sobre el secreter. Se abalanzó a cogerla y leyó una única palabra: volveré.



Capítulo 7

Hohan llevaba tiempo despierto contemplando a la hermosa mujer que dormía a su lado. A pesar de haberse esforzado durante la noche por hacerla sentir deseada y cuidada, se fijó en que Keyla no abandonaba, ni en sueños, su expresión recelosa. Se inclinó a besar con dulzura la arruga de su frente y le dedicó una sonrisa de disculpa cuando ella abrió los ojos extrañada. Quiso retomar las caricias de la noche anterior, pero escuchó unos gritos cada vez más cercanos que lo pusieron en alerta y lo obligaron a abandonar la tienda.

—¡Hohan! —vociferó Martin al ver aparecer al gitano a medio vestir.

—¿Qué diablos te ocurre?

—Es Isabella. Ha desaparecido.

—¿Te ha abandonado?

—¡No seas imbécil! —Martin se mesó el cabello y respiró con fuerza. No ganaría nada estampando a Hohan contra el *vurdun*—. Me ha dejado una nota diciendo que volvería y mi caballo no está. ¡Joder! Tengo un mal presentimiento.

—Está bien, *whitey*, ¿sabes a dónde puede haberse largado?

—¡Si lo supiera, ya…!

—¿Por qué gritáis? —los interrumpió Dana bajando del *vurdun*.

—Su mujer se ha esfumado durante la noche con su caballo —explicó Hohan, agotando un poco más la paciencia de Martin.

La brusca inspiración de Dana llamó la atención de los dos hombres.

—¿Qué? —demandó Martin a la joven, cuyo rostro había palidecido.

—A lo mejor… A lo mejor se la han llevado a la fuerza.

—¿A la fuerza? No puede ser, me ha dejado una nota en la que dice que volverá.

— Una nota… —divagó Dana—. Pero… es que ellos, como no lo consiguieron la otra vez…, a lo mejor…

—¿La otra vez? ¿Qué otra vez? —Martin se irguió de forma amenazadora ante Dana.

—Cuando… El mismo día que nos conocimos. Yo… Ella se fue al bosque y un hombre la tenía agarrada y había una prima que pedía que la soltara, y yo… le di con un palo en la cabeza y lo tumbé, pero no lo maté. Isabella y la prima se conocían y hablaron, *y* Isabella me pidió que no dijera nada…

—Espera, Dana, ¿dices que un tipo sujetaba a mi mujer y que había otra joven? —El

recuerdo de Isabella algo magullada pasó como un rayo por su mente.

—Sí. Ella parecía amiga de Isabella, le dijo que hablaría con… Krall, sí, era ese nombre, y entonces Isabella preguntó que dónde estaban y la prima dijo que en Seaford.

Martin sintió crecer un abismo en su pecho y apretó los puños para refrenar su ira mezclada con dolor.

—¿Krall? ¿Estás segura de que la joven dijo ese nombre?

—Sí. No entendí todo lo que dijeron, pero creo que ese Krall es quien mandó a buscar a Isabella. Michael, ¿irás a buscarla?

De repente, a pesar de toda la adrenalina que le corría por el cuerpo, se sintió incapaz de moverse. Los pensamientos le cruzaban la mente a toda velocidad y no era capaz de ordenarlos. Fijó la vista en el bosque que cobijaba el camino. «Me mintió», fue lo primero que tuvo claro. «Me mintió en todo. Huía de su marido… Un marido vivo que la está buscando y ella… ¿Qué pretendes, Isabella? ¿Volver con él? ¿Justo después de haber hecho el amor conmigo? ¿De haber estado entre mis brazos? No… Tu nota…».

—¿Qué vas a hacer? —Oyó la voz de Hohan esta vez sin rastro de burla.

—Michael… —Volvió su mirada atormentada a la joven gitana—. Michael, si no vas a buscarla, le ocurrirá algo muy malo.

Martin no cuestionó las palabras de Dana, tampoco se detuvo a descifrar la sabiduría que reflejaban sus ojos oscuros. De repente, supo lo que tenía que hacer.

—Hohan, me llevo uno de los caballos —anunció con un tono que no admitía réplica.

—Bien, yo montaré el otro —respondió el gitano, dándose la vuelta hacia el *vurdun*—. No voy a dejar que vayas solo.

Martin agradeció con un cabeceo su ayuda y enseguida los dos hombres estuvieron sobre sus monturas. Dana los vio tomar el camino del bosque y lanzarse al galope. Después, unió sus manos en una muda oración y se dio la vuelta para ir a dar la noticia a su tío y a Keyla.

Con el gorro bien calado para que no le saliera volando, Zía no disminuyó su paso en ningún momento. Su decisión de enfrentarse a Krall se había renovado de madrugada, en cuanto abrió los ojos y contempló el rostro dormido de Michael ante ella. En sus brazos, pasó de la duda y la renuncia a permitirse soñar con un futuro perfecto. Uno en el que ella lograba convertirse en una artista del Drury Lane que emocionaba cada noche a los asistentes al teatro; un sueño en el que aparecía él.

Michael, su marido, que la esperaba cada noche para acompañarla a casa, un hogar pequeño y humilde en el que podían ser ellos mismos. Sin mentiras. Un lugar sin prejuicios en el que se amaban sin miedo a ser juzgados por nadie. Sería un hogar lleno de música puesto que ella cantaría de felicidad y él tocaría en su violín solo notas alegres. Seguro que Michael lograba un puesto en alguna de las orquestas que amenizaban las fiestas de los encopetados de Londres. Y algún día… otro sueño se vería cumplido. Un bebé. Un pequeñín tan rubio como su padre al que enseñarían a amar la música y a respetar a todo el mundo.

Ante el recuerdo de su sueño, Zía tuvo que limpiarse una lágrima. Los besos y caricias de Michael habían traspasado su piel para abrazar su corazón y sembrar su mente de anhelos maravillosos. ¿Querría él cumplirlos con ella?. Su cautela y su desconfianza cayeron durante la noche y se permitió confiar en él. Para ella había sido el momento más hermoso y especial de su vida. No podía ser que él no hubiera sentido lo mismo, ¿no? Sí, era un zalamero y un mujeriego; sin embargo, la había mirado enfadado cuando ella había mencionado a otras… ¿Quería eso decir que ella era especial para él? ¿Tanto como para que Michael hiciera a un lado todo lo que los separaba? ¿Se atrevería él a imitar al amigo de su padre y unirse a una mujer gitana?

En cuanto Zía vislumbró el campamento en el límite de Seaford, todos esos sueños se desvanecieron en el aire, como las semillas de los dientes de león que soplaba de pequeña. No podía permitirse soñar. O, al menos, todavía no.

Desmontó y ató el caballo a un árbol. Mientras lo hacía, respiró profundamente varias veces y cerró los ojos durante un segundo para conjurar en su mente la imagen de un teatro lleno de gente. Justo antes de volver a abrirlos, fue el rostro de Michael lo que vio.

Se dio la vuelta con decisión y comenzó a caminar hacia la carpa más grande del campamento. Se detuvo a varios metros. No tardaron en aparecer miembros de su clan, entre los cuales estaba Demi, mirándola con ojos desencajados y con la boca oculta bajo sus manos. Hizo una leve señal a su amiga para que no se acercara y esperó.

La lona de la carpa fue apartada y Krall apareció ante ella. Su cuerpo se tensó de aprensión, pero no apartó los ojos de su corpulenta figura. El jefe del clan terminó por salir de su tienda y la miró de arriba abajo con irritación. No le gustaba verla vestida de hombre, supo Zía. Sus siguientes palabras lo corroboraron.

—Sabía que volverías, Zía. Cámbiate y ven a mi tienda. —Aquel tirano creía que ella obedecería sin más, aunque todavía demostró dar más cosas por supuestas—. ¡Preparad todo para esta tarde! ¡En cuanto el sol se ponga, Zía será mi mujer!

Zía no esperó a que Krall diera más órdenes.

—¡No voy a casarme contigo! He vuelto solo para decirte que ya no te sirvo como esposa y que me dejes en paz. Búscate a otra.

El rumor que provocaron las palabras de Zía se extendió y elevó por todo el campamento, cubriendo el ruido de la llegada de un par de jinetes que desmontaron y se pararon tras la multitud.

—¡Maldita perra! ¿Qué quieres decir? —voceó Krall, conteniéndose para no caminar hacia ella y zarandearla delante de todos.

—Que ya no soy pura.

—¡Mientes!

—¡He sido de otro hombre!

—¿De quién?

—¡Mía!

La potente voz se había alzado sobre los murmullos. Zía, al escucharla, se dio la vuelta muerta de miedo. «No, Michael, no». Pero él no la miraba a ella, tenía su fría mirada aguamarina fija en Krall. Su temor aumentó al verlo avanzar por el camino que los integrantes del clan le iban abriendo.

—Michael, por favor. Te matará —le susurró cuando lo tuvo a su lado.

Él siguió sin mirarla, pero de repente sintió cómo sus fuertes dedos rozaban los de ella. Ese gesto la emocionó, aunque no hizo desaparecer su miedo por él. Michael tenía la misma envergadura que Krall, pero tan solo era un músico. Ni siquiera lo había visto llevar un arma encima. No iba a tener ni una sola oportunidad si se enfrentaban.

—¡Dime tu nombre! Quiero saber a quién voy a mandar al infierno por haber tocado a Zía —alardeó Krall mientras se sacaba la camisa por la cabeza y hacía luego un gesto chulesco a Michael para que se acercara.

Zía vio con horror como él también se quitaba la camisa y se la pasaba al hombre detenido tras él, que no era otro que Hohan. Apenas había reparado en su presencia, pero agradeció verlo allí, dispuesto a apoyar de forma temeraria a un *whitey* en contra de un jefe de clan romaní.

Michael caminó tranquilo hacia el centro del círculo que se había ido conformando y se

detuvo para medirse con su oponente.

—¡¿Quién eres?! —exigió Krall, dando un paso a la derecha.

—Su marido —respondió sin apartar la vista del otro.

Krall apretó los puños y lo miró de arriba abajo con asco.

—¡Mentira! Ningún *whitey* se casa con una *rom*. Las usáis y luego las desecháis.

Zía cogió aire al escuchar casi las mismas palabras dichas por Keyla. No supo la respuesta de Michael porque en ese momento llegó el primer golpe de Krall directo a su mentón. Su *whitey* no acabó en el suelo, tan solo agitó la cabeza para despejarse, se llevó la mano al labio y sonrió. ¿Qué hacía? ¿Provocar a Krall? Dio un paso adelante, pero Hohan la sujetó por el brazo con firmeza y negó con la cabeza.

Krall estampó su puño en el estómago de Michael, que apenas se encogió antes de enderezarse de inmediato y levantar la barbilla. «Si Krall no lo mata, voy a matarlo yo», pensó Zía, al ver su pose altiva.

Cuando el jefe del clan echaba hacia atrás su brazo, con los ojos inyectados en sangre, Michael se lo sujetó, pateó su rodilla y lo hizo caer. Luego le propinó un rápido golpe bajo la nariz que lo dejó inconsciente. El pesado silencio que cubrió la escena lo interrumpió una mujer que salió corriendo de la tienda de Krall para arrodillarse a su lado y comprobar que estuviera vivo. Zía reconoció a la hermana mayor de Krall, una mujer de la que su madre siempre le había advertido que se apartara. Sus discursos de odio hacia los *whiteis* eran constantes y denotaban un odio enfermizo que nadie en el campamento había entendido nunca. Aunque las últimas palabras de Krall quizá revelaran más de lo que pretendían.

Martin habló en voz baja hacia la mujer que atendía al jefe.

—Recuperará el sentido en un rato.

Ella le dedicó una mirada tan llena de odio que le escoció más que el golpe del estómago.

—Sois todos basura blanca. Perseguís a mi gente, violáis a nuestras mujeres y no respetáis nuestras leyes y por eso yo os maldigo. Os maldigo una y mil veces, basura. Que mi *amriya* te persiga y seas desgraciado hasta el día de tu muerte.

Martin le dedicó un gesto con la cabeza, como si aceptara la maldición, y se dio la vuelta para inspeccionar al grupo que lo rodeaba en busca de alguna posible amenaza. Los pasos hacia atrás y las miradas que evitaban la suya le indicaron que aquella gente no quería problemas.

Seguidamente, caminó hacia Hohan e Isabella, aunque a ella fue incapaz de mirarla a los ojos. Primero debía hacer una lista de todas sus mentiras y, cuando estuviera más calmado, exigirle la verdad. Apartó a un lado su propia hipocresía y pasó de largo hacia su montura prestada.

—¿Michael? —la oyó y el temblor de su voz le arañó el pecho.

—Hablaremos en el campamento.

Tras sus palabras escuchó como Hohan e Isabella, «¿o debía llamarla Zía?», montaban tras él e inició el regreso a Saltdean a toda velocidad.

Ya anochecía cuando los tres jinetes avanzaron por la explanada hasta detenerse junto al *vurdun*. No tardaron en aparecer Bahktalo, Dana y Keyla con diferentes grados de curiosidad en sus rostros. La mirada naturalmente desconfiada de Keyla se dirigió a la de Hohan, pues aquella mañana, al despertar sola, todos sus fantasmas la habían rodeado para susurrarle oscuros pensamientos. Por otro lado, el anciano y su sobrina se centraron en la pareja, especialmente en Zía.

—Dana estaba muy preocupada, espero que todo se haya resuelto a tu conveniencia, prima —manifestó el hombre.

Zía le respondió, muy consciente de que Michael escucharía su respuesta.

—Creo que mi gente ya ha entendido que no volveré, que mi lugar está con… con mi marido.

—Voy al río. —Fue lo único que dijo él después de resoplar y de echar a caminar hacia el límite del bosque Dejó a Zía con un nudo en el pecho.

Se pensó mucho si seguirlo o no, pero al final lo hizo. El enfado de Michael estaba más que justificado y sabía que, si lo seguía, debería dar respuesta a todas sus preguntas. No temía admitir que le había mentido, incluso pedirle perdón por ello, lo que temía era que esas respuestas comportaran renunciar al sueño en el que él aparecía. La posibilidad de un matrimonio de verdad con Michael era como un dibujo en la arena, podía ser borrado en un segundo con solo una palabra de sus labios. Si eso ocurría, si él le daba tan siquiera una muestra de rechazo, lo asumiría. Al fin y al cabo, no todo el mundo estaba dispuesto a enfrentar prejuicios o a ignorar la condena de la sociedad, como hizo Edward.

Se detuvo unos pasos detrás de él y observó las gotas que le caían por la espalda, y que mojaban su camisa. Su pelo se veía también húmedo y a ella le hubiera gustado peinárselo con los dedos. Lo vio tensar los hombros, cruzarse de brazos y supo que había oído sus pasos.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —lo escuchó preguntar con voz grave.

—Los dos. Me llamo Zía Isabella.

—No huías de tu gente y Krall no era tu difunto esposo.

—Huía de su insistencia para que me casara con él.

Michael se giró y clavó sus ojos en ella. Seguía con los brazos cruzados y las manos en puños apretados.

—Y cuando aparecieron tu amiga y el hombre de Krall fue cuando decidiste usarme para deshacerte de su insistencia y de tu… pureza. —Michael apartó la mirada al pronunciar esa palabra.

—Sí, puedes decirlo así y… te pido perdón por engañarte, pero los dos sabemos que no eres de los que rechazan a una mujer dispuesta, así que no veo la ofensa…

—¡Jamás había estado con una virgen! —voceó él mirándola de nuevo—. Es algo que siempre he evitado, Isab… Zía... ¡Maldita sea! Mis amantes siempre han sido mujeres con experiencia, que conocían las reglas del juego y las respetaban. No jovencitas con la cabeza llena de sueños, que a la mínima esperan que les declares amor eterno y les propongas matrimonio.

A Zía le costó tragar el súbito nudo de la garganta antes de disponerse a interpretar su mejor actuación.

—Por suerte para ti, yo no soy una joven de esas, soy un mujer gitana que no espera nada de ti. Puedes respirar tranquilo, *whitey*. —Tras decir eso, Zía quiso alejarse de él y trató de darse la vuelta. Enseguida sintió su mano aferrarle el brazo para acercarla a su cuerpo y encararla.

—No creo que pueda volver a respirar tranquilo en la vida —espetó él contemplándola—. ¿Cuál es tu edad real? Y disculpa si comienzo a poner en duda todo lo que me has contado hasta ahora.

Michael estaba demasiado enfadado y demasiado cerca, y su estúpido cuerpo reaccionó a él. Con voz temblorosa, admitió otra de sus mentiras.

—Cumplí los veinte en mayo.

El rostro de Michael y sus ojos desencajados se lo dijeron todo: no podía estar más arrepentido de haber estado con ella. Miró al suelo avergonzada y dolida.

—Isabella… ¿Por qué?

—Lo siento.

—No. ¿Por qué conmigo? —preguntó como si le estuvieran arrancando la pregunta.

«Porque nunca he sentido con nadie lo que siento estando contigo. Porque sabía que sería especial y que, si iba a ser la primera y la única vez que hiciera el amor, tenía que ser contigo. Tenías que ser tú». Aunque esa era la respuesta de su corazón, después de saber que no era de los que se casaban, no podía compartirla con él. Tampoco podía mentirle y decirle que cualquiera le hubiera servido. Negó con la cabeza y esperó que él no insistiera.

—Isabella…

—Ya tienes todas tus respuestas, *whitey*. Y yo las mías, así que hagamos como si no hubiera ocurrido nada y ya está.

Al seguir con la cabeza gacha, no pudo ver el gesto de él, aunque sí escuchó su resoplido.

—¿Y si estás embarazada? ¿Has pensado en eso?

Zía cerró los ojos con fuerza. No podía permitir que los retazos de su iluso sueño se colaran en su mente. No ahora que lo sabía completamente imposible.

—No tienes que preocuparte por eso.

—¡¿Cómo que no?! —Michael se inclinó para buscarle la mirada—. Hicimos el amor, Isabella. ¡Tres veces! ¿Acaso no sabes de dónde vienen los bebés?

Consiguió no apartar sus ojos de los de él al responder.

—Como ya te he dicho, no soy como las mujeres de tu mundo. Nosotras sabemos cuidarnos y… he estado tomando algo que previene esos… problemas.

Lo vio tragar saliva con fuerza.

—Si ese *algo* falla y descubres que estás embarazada, deberás decírmelo —ordenó.

—¿Para qué?

—Para hacerme cargo de él. De vosotros. Nunca os faltaría de nada… Yo… —Zía lo escuchaba y no daba crédito.

Michael le había dejado claro que no quería casarse, que por eso rehuía a las vírgenes y ¿ahora le decía que se ocuparía de ella y de un hijo?

—Ya te he dicho que no espero nada de ti —Zía tomó aire antes de seguir —. No puedo estar embarazada y, si lo estuviera, yo me bastaría para criar al niño, sería solo mío y…

—¡Y mío! —se indignó él.

—¿Tuyo? ¿Acaso le darías tus apellidos?

El corazón se le paró, el estómago se le encogió y tuvo ganas de golpear el árbol que había tras Isabella… o Zía. Desde que se había despertado aquella mañana, echándola de menos a su lado, el día se había ido convirtiendo en una pesadilla de miedos, mentiras, reproches y remordimientos.

Isabella no era una viuda de veinticinco años, era apenas una joven virgen de veinte y él la había hecho suya sin medir las consecuencias. Por primera vez en su metódica y calculada vida, se había dejado llevar por el deseo y por la ilusión de ser quien no era. Había creído que podía jugar a ser un maldito violinista hechizado por una hermosa gitana. Se había sentido tan libre al estar con ella que se había acabado engañando a sí mismo. Hacer el amor con Isabella había sido lo más hermoso que había vivido. Su olor y sus caricias eran capaces de borrar la culpa y las obligaciones que lo encarcelaban, para liberarlo y dejarlo respirar por primera vez. Pero ni él era un violinista despreocupado ni ella quien le había dicho.

Nunca había pensado en casarse, esa idea solo había aparecido en su vida ante la insistencia de su hermana y, aun así, se resistía a ella. «¿Y ahora? ¿Con Isabella?», se preguntó. Si él fuera Michael Beac, lo tendría claro, se respondió con firmeza. Al decirle que nunca se había liado con vírgenes, había tenido en mente a las jovencitas que hacían su presentación en sociedad cada

año, no a ella. Ella no era comparable a esas niñas.

Con ella se había sentido la mitad de un todo. La noche pasada no habían sido dos personas de mundos distintos, solo habían sido un hombre y una mujer entregándose el uno al otro, amándose con el cuerpo y haciéndose promesas imposibles con los labios… Y saber ahora su edad o ser consciente de su inocencia no cambiaba lo que había sentido.

La pregunta sobre reconocer a un posible hijo lo había resquebrajado por dentro. O eso creía, porque Isabella mencionó con voz totalmente fría otra posibilidad que sí logró romperlo del todo.

—Hay semillas que evitan el embarazo. También hay otras que lo eliminan.



Capítulo 8

—No. Isabella, no. —Michael negaba con la cabeza mientras sus manos suavizaban su agarre.

—Esta conversación no tiene sentido.

—Isabella, prométeme que me lo dirás. Si estás embarazada, no me lo ocultes —le rogó.

Zía se perdió en sus ojos atormentados de azul noche. A diferencia de otras veces, ahora sí podía leerlos. Le mostraban una lucha interna parecida a la que ella libraba consigo misma. Finalmente, y para terminar aquella dolorosa conversación, asintió y susurró un «te lo prometo».

Su promesa pareció calmar la tormenta en Michael, que la soltó y dio un paso atrás. Su paz mental agradeció que se alejara, su tonto corazón, sin embargo, protestó. Entonces, Zía lo vio tocarse la comisura de la boca y reaccionó sin pensar.

—Tienes el labio partido. —Levantó la mano hacia la herida, pero Michael la esquivó.

—No me toques —susurró.

Su mano quedó en el aire durante unos lacerantes segundos, luego la bajó y se dio la vuelta. Era hora de volver al campamento, de recordarse quién era y de recordárselo a todo el mundo.

«No me toques, porque si lo haces me muero», habría querido decirle Martin. «El maldito labio no es lo único que tengo roto y, a pesar de todo lo que nos separa, tú eres la única que me puede recomponer».

La vio caminar hacia la explanada, recorriendo sin vergüenza su figura vestida de hombre. Los pantalones evidenciaban las curvas que él había acariciado y que jamás volvería a tocar. No sabía cómo resistiría cuerdo a su lado lo que quedaba de camino a la capital. Perdería la razón por el trayecto. «¿Y una vez en Londres?». Al hacerse esa pregunta a sí mismo, cayó en la cuenta de que había olvidado otra mentira de Isabella. La siguió y esperó el momento oportuno para destaparla.

Ese momento tardó en llegar. Aquella noche, Isabella durmió con las mujeres dentro del *vurdun* y a él le tocó aguantar las miradas de misericordia de Bahktalo y Hohan, pues los dos hombres seguían creyendo que Isabella y él estaban casados, aunque obviamente distanciados. Con el amanecer, y tras un rápido desayuno durante el cual el supuesto matrimonio se ignoró, llegó la orden de Bahktalo de seguir camino hacia Brighton. Les comunicó también que antes se detendrían en la feria de Kemptown.

—Primo —Zía llamó la atención de Bahktalo—, no pararemos en Brighton, ¿verdad?

Al anciano le pareció entrever cierta reticencia en la pregunta.

—Depende de si la feria de Kemptown nos es provechosa. Si está animada y hacemos noche allí, al día siguiente podemos pasar de largo Brighton.

—Las gentes de Brighton son amables con los rom. ¿Has tenido problemas allí? —le preguntó Dana.

Michael había dejado de meter sus cosas en el petate para prestar atención a la conversación. Zía no quiso aumentar su curiosidad. Volvían a estar como al principio, cuanto menos supiera de ella, mejor.

—No, yo no. Solo escuché rumores —farfulló.

—¿Rumores sobre los duques? —fue la extraña pregunta de Michael.

Zía no lo miró. Se afanó en revisar el contenido de su zurrón antes de responder.

—No. Ni sé quiénes son esos *encopetaos* —dijo con desdén.

—Las tierras de Brighton son del ducado de Wyndham, y el Señor y la Señora que hay ahora no nos… persiguen. Nunca hemos tenido problemas por acampar allí —explicó Hohan.

—Vosotros no habíais nacido, pero en época del viejo duque no nos podíamos ni acercar —añadió Bahktalo.

—Yo escuché que en Navidad el duque y la duquesa repartieron cestas con alimentos y mantas, y que a los primos del clan Merry, que estaban acampados en el bosque, también les dieron.

—Qué *desprendíos*… Qué *whiteis* tan buenos que no nos muelen a palos *namás* vernos llegar… —soltó Zía, que asombró a los demás con su irónica e inesperada forma de hablar.

Notó la mirada sorprendida de Michael sobre ella y sintió una tonta satisfacción. Duró poco. La tensión de evitar estar cerca de él, de mirarlo siquiera, le pasaba factura. Adujo un dolor de cabeza y se refugió en el *vurdun* durante el resto del día y toda la noche.

Al llegar a las afueras de Kemptown al día siguiente, constataron que los comerciantes ya habían comenzado a montar la feria. En ella mostrarían, entre otras cosas, prendas de vestir, jabones, platos típicos de la zona y artesanía. Todo el espacio estaba decorado con telas de colores, que iban de un poste a otro, y habían montado en el centro un pequeño escenario para las actuaciones que amenizarían la jornada después del parón para comer.

El grupo se afanó en dejar todo listo a fin de poder ir a pasear entre los tenderetes y saludar a los conocidos. De forma no premeditada, las mujeres caminaron hacia los puestos de un lado y los hombres hacia los del otro. Martin, al no tener cerca a Isabella, pudo concentrarse en su misión. Uno de los puestos de artesanía estaba regentado por una pareja de ancianos romaní a la que Bahktalo y Hohan saludaron con mucho cariño. Martin se vio incluido en el cordial saludo y pronto aprovechó la oportunidad de mencionar la historia de Edward. Por detrás de él, Bahktalo asintió hacia la pareja en una señal silenciosa de que se podía confiar en Martin.

—¿Una pareja mezclada, dices? —preguntó la mujer a la vez que fruncía el ceño.

—Yo solo recuerdo una —comentó el hombre apoyando la mano en el hombro de su mujer —. ¿Los recuerdas, *romni*? Hace muchos años. Ella se encaprichó de uno de mis cofres y el marido se lo compró.

—Si no lo hubiéramos escuchado hablar a él, hubiéramos pensado que los dos eran *rom*. Vestían ropas romaníes y él tenía el pelo tan negro como ella.

—Pero a la que el *gadjó* abrió la boca, supimos que era un *whitey*.

—¿Venden todavía alguna caja igual a la que se llevaron? —preguntó Martin.

El anciano señaló una de las varias que tenía expuestas sobre una brillante tela.

—Esa es la más parecida, pero la de ellos no tenía grabada una mariposa, tenía una *odonata*.

—¿Una qué?

—Una libélula —aclaró Hohan, tras él.

Martin elevó las cejas y de manera inconsciente volteó para buscar la figura de Isabella entre la gente. La localizó no muy lejos, ojeando un libro.

—¿En qué feria fue? ¿Recuerdan el pueblo?

—Recuerdo que ese año teníamos a nuestra hija preñada y no quisimos alejarnos mucho. Seguro que fue por aquí cerca —manifestó la señora.

Martin asintió con agradecimiento y paseó la mirada por los artículos expuestos. Sus ojos se detuvieron en un colgante que pendía de una correa de cuero roja. El artesano siguió su mirada con interés y sopesó una posible venta.

—Es hilo de plata, hijo, muy trabajado y hecho a mano por mí, por supuesto.

—Es una… una… ¿cómo la llamó antes? —preguntó Martin señalando la libélula de plata.

—Una *odonata* —dijo el anciano.

—Cómprasela a tu mujer, a ver si te perdona —lo animó Hohan, palmeándole el hombro.

Martin se limitó a sacar su bolsa e intercambiar una moneda con el artesano. El hombre metió el colgante de la libélula en una bolsita de tela y se la ofreció. Martin se la guardó rápidamente en el bolsillo del chaleco y volteó la cabeza para localizar de nuevo a Isabella, detenida ante un puesto de libros. Llevaba puesto su vestido azul y el cabello recogido con un pañuelo. Estaba preciosa y él ya no aguantaba más sin acercarse a ella. Su fuerza de voluntad en lo que respectaba a ella era escasa. Caminó hacia donde estaba de forma sigilosa y la sorprendió al hablarle al oído.

—¿Sabes leer?

La voz ronca de Michael tras su oreja le provocó un repentino estremecimiento. Su manera furtiva de acercarse a ella había impedido que tuviera tiempo de armarse contra él y, durante un segundo, solo quiso apoyarse en su pecho y ser rodeada por sus fuertes brazos. Por fortuna, la locura fue fugaz. Se apartó de él y lo miró con desdén.

—¿Te ofende mi pregunta? Porque ni siquiera muchas mujeres *whiteis* saben leer —se excusó él.

—Yo…

—Escribir sí sabes, o no habrías podido dejarme tu nota.

La nota. La nota que debía evitar que se preocupara, tras su noche de amor. Se había delatado ella misma. Ahora no podía mentirle, aunque tampoco vio un motivo de peso para hacerlo con ese tema.

—Aprendí de pequeña, pero no suele haber muchos libros a mi alcance y leo muy lento.

—¿Quién te enseñó?

—Mi padre.

—Ahora entiendo tu forma de hablar. —Michael sonrió de medio lado, lo cual la incitó a preguntar de forma altanera:

—¿Y qué forma es esa?

—A pesar de tus intentos del otro día de hablar como una pescadera del West End, siempre he notado que te expresabas muy bien, ya sabes, casi como una *encopetada*.

—Porque cuando esté en Londres… —Zía calló de repente y giró para dejar el libro donde estaba.

Martin aprovechó la ocasión para destapar la única mentira de ella que todavía le faltaba por descifrar. Trató de hacerle la pregunta sin mostrar reproche alguno; sin embargo, no lo logró del todo, porque sus mentiras todavía le escocían.

—Cuando lleguemos a Londres… Está claro que no te vas a reunir con la abuela o la tía de tu

fallecido esposo, ¿qué harás?

—Tengo un plan, *whitey* —le respondió ella dándole la espalda para alejarse de él. Michael no se lo permitió. Se puso a su lado para caminar juntos.

—¿Qué plan? —insistió él.

—Uno que no te incumbe.

—Tan solo dime si tienes con quién quedarte. ¿Amigos? ¿Familia?

—A los gitanos nunca nos faltan primos. Siempre somos bienvenidos entre nosotros.

—Y ¿qué harás en Londres? ¿Seguirás bailando? —Notaba verdadero interés en la voz de Michael, pero no quería caer de nuevo en sueños imposibles. Se detuvo y lo miró a los ojos para responderle con otra evasiva.

—Michael, Isabella, sois los primeros en actuar. —Llegó interrumpiendo Dana casi sin aliento. Luego tomó su mano—. Ven al *vurdun*, que te ayude con el vestido rojo.

Martin vio a Isabella seguir a Dana sin dedicarle a él ni tan solo una mirada, y se quedó pensando en lo poco que había averiguado: que tenía un plan que requería hablar de forma correcta y que viviría con su gente. No le gustó. Londres era peligroso, era un monstruo que en cualquier momento podría devorarla. Ella era especial, ella merecía más, mucho más; y él, con sus malditas manos atadas, no podía ofrecérselo.

Momentos después, se hallaba afinando el violín al pie del escenario cuando la vio aparecer con el glorioso vestido rojo. Se le tensó el cuerpo y se le aceleró el corazón. Si ella fuera el enemigo a espiar, lo desarmaría con solo aparecer y mirarlo. Ante ella no aguantaría ningún interrogatorio, se lo confesaría todo. Era incapaz de ocultar las señales de su cuerpo que respondían a la dulce tortura de sus ojos negros.

Isabella se situó en el centro del entarimado como toda una reina, a la espera de la música que debía rendirle pleitesía, pero Martin siguió inmóvil. O lo miraba o no tocaría para ella. Sería su súbdito más fiel, siempre y cuando ella le concediera ver el brillo de sus iris de abismo. Lentamente, Isabella giró el rostro y lo observó. Trató de hacerlo de forma altiva, pero Martin le adivinó un punto vulnerable. «Sí, tú tampoco has olvidado lo que ocurrió la última vez que llevaste ese vestido». Con ese recuerdo, comenzó a tocar.

Su reina morena vestida de rojo. Su reina, envuelta de noche y sangre, dibujó su danza interpretando encuentros y despedidas. Sus brazos se abrían, acogían el amor y giraban con él acunado en ellos. Luego caía arrodillada, herida, y abría los brazos para dejarlo marchar. Martin tocaba con un tenso nudo en la garganta. Isabella y su forma de interpretar su música lo emocionaba y lo desgarraba por dentro. Quería llorar, él, que no lo había hecho desde la muerte de sus padres; quería desahogar en lágrimas la rabia, el dolor y el desamparo que los movimientos ondulantes de Isabella le inspiraban en el alma.

El estallido de los aplausos lo sacó de su tormento privado. Tal y como había acordado con los demás durante el camino, cambió su música a una más alegre. Esta vez, era Keyla la que debía subir al escenario.

La romaní permanecía envarada en una esquina con la vista fija en la figura de Isabella. Hohan se acercó a ella y la tomó por el brazo para llamar su atención.

—La miras con envidia cuando no deberías hacerlo.

—Se la ve tan inocente y pura que… me recuerda quién fui yo una vez —respondió ella con amargura.

—La envidia pudre el alma, *premi*, y tu alma es hermosa.

—Ya no…

—Hermosa y herida, pero yo la sanaré, mi amor, *premi* —susurró Hohan a su oído.

Keyla se detuvo un segundo a contemplarlo tras escucharlo llamarla así. La envidia se diluyó y el sentimiento que Hohan le inspiraba la llenó antes de salir al escenario.

Zía se había detenido en la esquina contraria. No sabía nada de que Michael tocaría para Keyla y se sintió desconcertada. El imprevisto hueco en el pecho le insinuó que lo que sentía era otra cosa: «¿celos?, ¿sentimiento de posesión? ¿Acaso Michael no puede tocar para que otras bailen? ¿Y si las mira como me mira a mí cuando toca?».

Habían pasado cuatro días y tres noches desde que habían hecho el amor, desde que se había entregado a él, y a cada noche que pasaba, más lo extrañaba. Su lucha contra los recuerdos la dejaba débil. A pesar de ser consciente de que no podía rendirse, a pesar de recordarse, una y otra vez, que su sueño era ser una cantante respetada, de moral intachable, flaqueaba con solo sentirlo cerca.

Apartó la mirada de la sonrisa masculina dedicada a Keyla y la paseó por el público. Varias mujeres se habían quedado prendadas de esa misma sonrisa y supo que a Michael no le faltarían ofertas cuando terminara la actuación. «¿Aceptaría alguna?», se preguntó notando el hueco del pecho cada vez más grande. Todavía no sabía si harían noche en el pueblo o si partirían de inmediato, pero, de repente, quiso que Bahktalo decidiera continuar el viaje.

Aplaudió la actuación de Keyla y giró en busca del puesto de Dana. Allí se acercaron los otros cuatro, al terminar las actuaciones de Hohan y Bahktalo, para interesarse por la recaudación de la joven. Zía se sintió desleal, pero no lamentó las pocas ganancias del grupo, porque eso provocó que Bahktalo aconsejara seguir viaje.

En ese momento, Zía sintió los ojos de Michael en su piel, se giró y lo descubrió con la mirada fija en su espalda.

—El nudo… —Lo vio tragar saliva con dificultad—. El nudo de tu vestido parece flojo.

Zía recibió la insinuación y no pudo evitar derretirse por dentro. Era incapaz de decirle nada por lo que no le respondió. Tan solo procuró que la mirada aguamar de él encontrara la suya para comunicarse sin palabras.

Después de comer algo rápido en uno de los puestos de la feria, se dispusieron a marchar. Los ojos de Zía y Martin se encontraron de nuevo cuando él ya había atado todo en la grupa del caballo. La joven se le acercó sin prisa y él supo que su silencioso ruego de montar juntos había sido aceptado. Martin sujetó la cintura de Zía y la aupó a su caballo, a continuación, montó tras ella, la rodeó con los brazos y aseguró las riendas entre sus dedos.

Martin esperó impaciente a que el *vurdun*, conducido por Hohan, encabezara el camino y se situó tras él. No pudo resistir más y enseguida coló su nariz en la melena de Isabella para aspirar su aroma. La había echado tanto de menos que no quería desperdiciar ni un segundo sin sentirla.

—Dime que tú tampoco soportas no tocarnos. Tres noches alejado de ti bastan para mandar al infierno todas las líneas rojas.

Isabella respondió acurrucándose en su pecho y girando el rostro hacia él.

—¿Y el arrepentimiento de después? Los reproches, los miedos, la frustración… ¿Vale la pena pagar ese precio?

Martin la estrechó, puso la mano en la mejilla de ella y se la acarició con el pulgar. Luego lo bajó a sus labios y se los rozó con ternura.

—Yo estoy dispuesto a pagarlo, pequeña.

—Solo una vez más… Solo una vez —susurró Isabella, que elevó el rostro y cerró los ojos.

Enseguida unieron sus labios en un beso de roces largos y suspiros entrecortados. Aunque trataron de contenerse, las ganas de sentirse se fueron avivando. Los labios de Martin corrieron al cuello de Zía y llegaron a su hombro marcado. Su mano izquierda ascendió por su vientre y

rodeó su seno, lo que arrancó un gemido de la boca de ella. Aquel glorioso sonido endureció más su miembro, que se apretó contra las nalgas de ella para evidenciar el momento de urgencia y necesidad.

—Isabella…

Ella respondió poniendo las palmas de sus manos en su cara y asintió. Martin suspiró, besó su frente con devoción y luego se apartó para gritar hacia la parte delantera del carromato.

—¡Hohan, nos detenemos! ¡Os alcanzaremos luego!

Sin esperar respuesta, Martin tiró de las riendas para virar y los sacó del camino hacia un grupo tupido de árboles. Allí, detuvo la montura, descabalgó y elevó los brazos hacia Isabella. La mirada de ella era brillante y triste a la vez, sin embargo, no dudó en apoyar las manos en sus hombros y deslizarse por su cuerpo. Martin la abrazó intensamente contra su pecho y respiró con fuerza.

—Te deseo como jamás deseé nada en mi vida —gimió antes de apoyarse en un árbol cercano y atraerla entre sus piernas.

Sus bocas se buscaron de nuevo. Reemprendieron besos y caricias. Y resbalaron al suelo. Isabella se acomodó a horcajadas sobre sus rodillas y él pudo sentirla caliente y temblorosa contra su sexo. Llevó sus manos al lazo del vestido y lo soltó. Vio caer el escote y admiró sus senos lo justo. No soportaba no lamerlos con codicia, deseo y cariño. Los succionó apasionado. La escuchó gemir y sintió al momento sus suaves manos aferrarse a su pelo. Isabella también estaba impaciente y eso lo endureció más. Bajó las manos por su espalda y las abrió sobre sus glúteos, los masajeó y sintió cómo a ella la recorrían temblores de anticipación. No quiso alargar el tormento. Metió la mano entre sus cuerpos y apartó la tela de su vestido. Frotó sus pliegues húmedos hasta que sus jadeos lo llevaron al límite.

—Ya voy, cariño.

Liberó su miembro, alzó las caderas de Isabella y la empaló entera en él; tan profundo que el ramalazo de placer los asoló a ambos. Compartieron un hondo suspiro y se lanzaron a un beso jadeante y brusco. Sus movimientos ya no eran lentos, eran salvajes. Se pedían más y se rogaban no parar. Necesitaban tocar el éxtasis juntos y, tras varias embestidas intensas, lo lograron. Recuperaron la cordura en un abrazo apretado y largo. Luego, unieron sus frentes y se acariciaron el rostro. Pronto los dedos de Martin recibieron las lágrimas de Isabella.

—¿Cómo diablos se renuncia a esto? Dime cómo hacerlo, Bella.

—Quizá… a fuerza de pensar en lo que tenemos por perder —gimió ella, que se fijaba, sin él percatarse, de qué manera sus dedos destacaban en su pálida mejilla.

Martin quiso estrecharla más, amarrarla a su cuerpo, pero ella consiguió levantarse con dificultad y alejarse un par de pasos. Se incorporó y alargó un brazo para alcanzarla. No soportaba que se alejara; sin embargo, fue lo que hizo.

—Necesito un momento a solas, Michael, por favor.

La observó alejarse con inquietud por un sendero estrecho. Resignado, recostó la espalda contra el tronco y elevó los ojos a las copas de los árboles. Fue entonces cuando vio que el cielo se había cubierto de nubes grises, al mismo tiempo que escuchó el ruido de un trueno lejano. Las primeras gotas cayeron de inmediato. Caminó hacia el sendero llamando a Isabella. Transcurridos varios minutos sin que ella respondiera, comenzó a inquietarse de veras. «¿Dónde estás, pequeña? No has podido alejarte tanto, maldita sea». A pesar de que la lluvia no dejaba de cobrar fuerza, Martin no se detuvo en su búsqueda. La desesperación lo llevó a gritar su nombre de forma cada vez más desgarrada. Oteó una parte del terreno que descendía y descubrió una mancha roja a los pies de la bajada. Era el vestido de Isabella.

Bajó trastabillando por la prisa y se arrodilló al lado del cuerpo de ella, que yacía boca abajo sobre una fina corriente de agua. Le dio la vuelta, la recogió en sus brazos y la estrechó contra su pecho, susurrando su nombre. Estaba helada. Aunque sus propias prendas estaban mojadas, se quitó la camisa y el chaleco para cubrirla por si pudiera procurarle algo de calor. Con ella en brazos, ascendió no sin dificultad hasta el sendero y caminó rápido en busca del caballo. Una vez montados, emprendió el galope y no se detuvo hasta alcanzar el *vurdun*.

—¿Qué ha ocurrido? —fue la pregunta de Bahktalo desde el pescante, cuando los vio aparecer y detenerse ante el carromato.

—No despierta, está fría y… no despierta —farfulló Martin como ido sin dejar de agitar a Isabella entre sus brazos.

Dana y Keyla, alertadas por las voces, se asomaron desde el interior del carromato. Bajaron de inmediato con ayuda de Hohan y se acercaron a la pareja.

—Michael, tienes que soltarla para que podamos ver qué le ha pasado.

Hohan se unió a ellas en la petición y elevó los brazos para recibir el cuerpo de Isabella. Sin esperar a que Martin desmontara, la introdujo en el *vurdun* por la parte de atrás. Dentro, Dana y Keyla corrieron la lona trasera a fin de garantizar la intimidad de Isabella, también para resguardarla del frescor de la llovizna. La desvistieron y la taparon con todas las mantas que pudieron. Advirtieron en su nuca la señal de un golpe y lo limpiaron con cuidado. La alegría por haberla hecho entrar en calor pronto se volvió preocupación.

Al cabo de lo que a Martin le pareció una eternidad, Dana apartó la lona. Se lo quedó mirando preocupada no solo por la noticia que iba a darle sino porque él parecía no verla, no apartaba los ojos del interior del carromato.

—Michael, a Isabella no deja de subirle la calentura.

—¿Qué?, ¿la qué? —musitó él.

—La fiebre —aclaró Bahktalo acercándose a escuchar sobre el estado de la joven.

—No podemos hacer nada más por ella. Debes llevarla a una sanadora o… —Dana apretó los labios.

Martin comenzó a negar con la cabeza, cogió aire y llamó a Hohan.

—Ayúdame a montarla en mi regazo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el *rom*, mientras lo veía entrar al *vurdun* y cargar en sus brazos a la joven inconsciente.

—Sé dónde llevarla —dijo Martin mientras aceptaba la ayuda de su ya amigo para colocar bien a Isabella sobre sus piernas.

La miró sintiéndose más culpable que nunca y besó su frente.

—Te seguiremos —afirmó Bahktalo, apoyado por los gestos de asentimiento de las mujeres.

—Acampad a las afueras de Brighton —indicó Martin apretando las riendas.

—¿La llevas con una sanadora? —preguntó Dana esperanzada.

—No, la llevo con una duquesa.



Capítulo 9

—Mmm, te quiero —murmuró la mujer en cuanto recuperó el aliento que la pasión de su marido le había robado.

—Sigo sin saber el motivo, pero doy las gracias por ello cada mañana, cuando despierto y te veo dormida a mi lado.

—¿Estás seguro de no saber por qué? —La mujer dejó resbalar los dedos por el musculoso torso de su marido hasta que la mano de él la atrapó y la detuvo cuando cruzaba sobre su vientre.

Su Excelencia, el duque de Wyndham, aprovechó el agarre para tumbar a su mujer bocarriba y posicionarse otra vez entre sus piernas.

—Voy a ver si me gano un poco más de ese amor interesado —gruñó.

—Mmm, sí, aprovechemos todo lo que podamos, antes de que tus hijos despierten, griten y haya que salir corriendo a alimentarlos.

No fueron las exigencias de sus mellizos quienes interrumpieron el momento íntimo de los duques de Wyndham, fue una llamada, para nada discreta, en la puerta de sus aposentos.

—Ya decía yo que estábamos teniendo mucha suerte —farfulló Su Excelencia.

Andrew Cavendish, noveno duque de Wyndham, abandonó los cálidos brazos de su mujer, se puso la bata y caminó hacia la puerta con su magnífico ceño fruncido bien colocado.

—Espero que tengas una buena excusa para interrumpir nuestro sueño, Thomas —advirtió el duque a su mayordomo.

—Su Excelencia, lord Beaconshire ha llegado a las cocinas con una dama herida en sus brazos. Ruega la presencia de la señora para atenderla. Lo he acompañado a una de las habitaciones de invitados.

Ante aquellas palabras, el duque asintió algo preocupado.

—Ha hecho bien, Thomas. Dígale a lord Beaconshire que enseguida vamos.

Martin depositó a Isabella con sumo cuidado en la cama y, sin apartar las mantas que la habían cubierto durante el viaje, la tapó con la lujosa colcha. Puso la mano en su frente y apretó los dientes. Isabella seguía con fiebre y no dejaba de tiritar. Si le ocurría algo, no se lo perdonaría en la vida. Miró hacia la puerta con impaciencia justo cuando esta se abrió y dio paso a sus amigos, Emily y Andrew Cavendish.

—Gracias a Dios —murmuró.

—¿Martin? ¿Eres tú? —dudó el duque mientras Emily corría al otro lado de la cama y dejaba su maletín a los pies de esta—. Pareces un mendigo.

—Luego te cuento todo. Lo primero es curarla a ella —Martin giró hacia Isabella y buscó la mirada de Emily por si podía leer en ella algún tipo de alarma.

—Cariño, que Thomas avise a Betty y a Lissette, necesitaré su ayuda. Que suban paños y palanganas. Hay que hacer que le baje la fiebre. Que me traigan también agua hirviendo, he de preparar una tisana enseguida.

Martin agradeció la seguridad de la duquesa tanto en la manera de atender a Isabella como a la hora de dar órdenes a su poderoso marido. En cuanto aparecieron las doncellas con todo lo requerido por la duquesa, esta fijó una comprensiva mirada en él.

—Martin, necesito que salgas de la habitación.

—No pienso apartarme de…

—Ya has oído a la doctora, Martin, aquí no tienes nada que hacer. Bajemos a la biblioteca, tomemos un trago y me cuentas qué ha pasado —manifestó el duque.

Martin respiró profundo. Entendía que debía dejar que Emily atendiera a Isabella, pero se resistía a apartarse de ella. Finalmente y sin importarle qué pudieran pensar sus amigos, se inclinó sobre la cama, besó la frente de Isabella y, a continuación, caminó hacia la puerta en la que lo esperaba el duque.

El silencio solo duró lo que tardó Andrew en servir el *whisky* en dos vasos y pasarle uno a Martin.

—¿Y bien? —requirió el duque.

Martin se tomó la bebida de un solo trago, se pasó el antebrazo por la boca de manera poco refinada y buscó los azules ojos de su amigo.

—Estoy en medio de una misión.

—¿Para el gobierno? —se extrañó Andrew.

—Para William Aincourt.

—¿Y qué quiere de ti el viejo duque de Silverstone?

—Que localice a su nieto Edward y lo convenza para que vuelva y asuma su título de Marqués de Carisbrooke. Es el único heredero del ducado.

Andrew recordó la reciente pérdida por parte del duque de su hijo y su nieto mayor, así como la vieja historia del nieto desaparecido.

—Martin, han pasado muchos años, ese hombre puede estar muerto.

—O seguir vivo y feliz con la mujer por la cual se apartó de la sociedad. Podría tener hijos, incluso, y esa es la información que se me ha requerido o… exigido, no estoy seguro.

Andrew frunció el ceño por las palabras elegidas por Martin.

—¿Te amenazó? ¿No aceptaste la misión por tu propia voluntad?

—Sí, lo hice, pero hubo algo en la conversación con el duque que no me gustó y ahí es dónde tú me puedes orientar.

—¿Yo?

—El duque me cameló…

—¿«Cameló» has dicho? —Las cejas de Andrew salieron disparadas hacia arriba.

—Últimamente he pasado mucho tiempo entre los romaníes… —comentó Martin con una triste sonrisa y una mirada hacia la puerta—. En fin, para acabar de convencerme, el duque me ofreció sus influencias para lograr el puesto de jefe del Servicio Secreto.

—Para eso no te hacen falta sus influencias, te lo has ganado con creces. Sabes que el cargo es tuyo si lo quieres. Solo están esperando que aceptes formalmente.

—También me comentó que estaba al tanto de todas mis hazañas en España. No me gustó su tono ni su mirada cuando repitió el «todas», Andrew. ¿Es posible que Silverstone sepa lo que ocurrió en Cádiz justo antes de la maldita batalla de Trafalgar?

Andrew negó con un gesto.

—En la habitación de aquella posada solo estaba el despreciable de lord Fulham que, gracias a Dios y a tu rápida intervención, bajó directo al infierno esa noche.

—Y hasta hace poco yo confiaba en que eso solo lo sabíamos tú y yo.

—Y la niña a la que salvaste de la perversión de Fulham, no olvides por qué hiciste lo que hiciste, Martin. Ni se te ocurra cuestionarlo ahora.

—No lo hago, pero desde que Silverstone lo comentó, trato de recordar la escena por si se nos pasó algo.

—A ver, cuando entré en la habitación, no vi a nadie más que a la niña en el catre, a Fulham encima de ella con el cuello roto y a ti. Allí no había nadie más —reiteró Andrew.

—Pues si eso quedó entre tú y yo…

—Y, afortunadamente, la niña era muy pequeña como para darse cuenta de algo o recordarlo después —añadió el duque.

—Solo nos quedan los soldados que bebían en el comedor para los que inventaste la explicación del desgraciado accidente de Fulham mientras yo llevaba a la niña con su familia —Martin agitó la cabeza—. ¿Cómo ha podido llegar la información a Silverstone? ¿Lo sabrá lord Bellamy? Él estaba con Silverstone justo antes de que me hiciera la propuesta y… ¡Mierda! —Martin recordó otro dato—. Lord Bellamy es el abuelo de Fulham. Quizá no creyó la versión que dimos sobre la muerte de su nieto.

—Martin, el duque de Silverstone no te dio ningún dato concreto, solo te hizo creer que sabía algo de lo que ocurrió en España. Quizá no creyó del todo nuestra versión, pero no creo que sepa exactamente lo que pasó. Y tampoco es probable que lord Bellamy sepa nada. El cuerpo de Fulham fue enterrado aquí con honores por lo que nadie se enteró del monstruo que era en realidad. ¿No te estarás atormentando de más por el tema de tu boda?

—¿Mi boda?

—Sí, tu boda con nada más y nada menos que la prima de Fulham y nieta de lord Bellamy.

—¿Estás hablando de Chloe Fulham? ¡¿Quién te ha dicho que yo vaya a casarme con ella?!

—¡Medio Londres! Es lo único de lo que se habla desde hace semanas en bailes, conciertos y picnics, además de que es el rumor de moda en todos los tabloides.

—¡Maldita sea! Esto es cosa de Amanda… —lamentó Martin frotándose los ojos con cansancio.

—¿Te está haciendo de casamentera? —Andrew sonrió de medio lado, sabía lo mucho que Martin quería a su hermana—. Oye, espero que se encuentre mejor, hace mucho que no coincido con ella.

—No, no está mejor. Su salud empeora sin que ningún tratamiento haga efecto —dijo Martin mesándose la barba.

—Quizá Emily podría visitarla… —propuso Andrew.

—Te lo agradezco, pero esa es una posibilidad que ya le planteé y ni siquiera me dejó terminar de hablar. Lo siento, pero es de las que no aprueban que tu esposa sea doctora.

—Al contrario que tú…, que hasta le has traído una paciente. —Andrew señaló con la cabeza hacia la planta de arriba—. ¿Quién es? ¿Qué le ha pasado? Y ¿por qué te importa tanto?

Martin miró a su amigo con los ojos atormentados por la culpa y se sirvió otro *whisky*. Responder a la primera y a la segunda pregunta era fácil. La tercera tenía una respuesta mucho

más complicada.

—Se llama… —Martin tomó aire, bebió un trago y lo intentó de nuevo—. Se llama Zía Isabella y, como habrás adivinado, es una *rom*. Nos encontramos a las afueras de Hastings cuando yo salía del pueblo en el que estuve preguntando por Edward. Ella huía de su clan. Viajaba sola, vestida de hombre y pretendió robarme el caballo mientras me bañaba en el río.

Andrew leyó la ligera sonrisa que el recuerdo inspiró en su amigo; estaba en más problemas de los que suponía.

—Al saber que era romaní aproveché la oportunidad, le conté que buscaba a un amigo de mi padre llamado Edward que se había unido hacía años a una mujer gitana. Por descontado, no le conté quién es Edward…

—¿Y tú? Supongo que tampoco sabe quién eres en realidad…

Martin apuró el *whisky* y miró al suelo.

—Para ella soy Michael Beac, un violinista buscavidas, mujeriego y apegado a la botella, y debo seguir siéndolo hasta que lleguemos a Londres y nuestros caminos se… separen.

—¿Cómo vas a explicarle dónde está cuando despierte?

—Le diré la verdad. Que tú y yo nos hicimos amigos en la guerra y que, cuando la encontré herida en el bosque, solo pensé en traerla con tu esposa para que la curara.

—¿Habéis estado viajando solos? —El ceño del duque se frunció ligeramente.

—Hasta hace unos días, sí. Nos encontramos con una pequeña compañía de artistas y nos unimos a ellos fingiendo ser matrimonio.

—A pesar de tus pintas, de tu personaje y de tu misión, eres un caballero, Martin… ¿Ha ocurrido algo con ella por lo que debas responder?

Martin tragó saliva como si en vez de estar ante su amigo, estuviera ante un tribunal de la Santa Inquisición.

—Sí, pero las cosas no funcionan como en nuestro mundo, es todo más complicado.

—La has deshonrado.

—Sin saberlo…

—¿Qué diablos quieres decir con eso? ¿Acaso eres un mozalbete inexperto?

—Ella me dijo que era viuda desde hacía tres años, que tenía veinticinco años y que viajaba a Londres para vivir con la abuela de su difunto marido. No sabía que era virgen, Andrew.

—Pero ahora sí lo sabes…

—¡Por el amor de Dios! ¿Crees que un conde puede casarse con una mujer gitana? Tanto ella como yo seríamos repudiados por la sociedad y, antes de que digas nada, eso es algo que me traería sin cuidado si yo fuera un hombre libre, pero están Amanda y Simon. Mi hermana no deja de recordarme que cuando…, ¡joder!, que cuando muera yo seré el tutor de Simon. Siempre fue mi heredero. Sabes que yo nunca quise casarme, pero a medida que ella ha ido encontrándose peor, no ha parado de insistir en que Simon será mi responsabilidad y que necesitará un padre y una… madre.

—¿*Lady* Chloe Fulham? —apuntó Andrew.

—Sí, maldita sea, eso es lo que Amanda desea. Pero Isabella ha aparecido en mi vida y…

—¿Ella siente por ti lo mismo que tú por ella?

A Martin lo recorrió una ola de frío que le llegó al mismo centro del pecho.

—¿Qué? ¿Sentir?

—¿El amor te ha vuelto estúpido?

—No digas esa palabra en voz alta, por Dios. Es imposible. Es impensable. Es…

—Lo mejor que te puede pasar, amigo. Para mí lo fue. Estaba muerto en vida hasta que llegó

Emily, y ya con el nacimiento de nuestros hijos… No tienes ni idea de lo feliz que…

—Ni llegaré a saberlo, Andrew.

—Eres una de las pocas personas que conozco que se ha ganado con creces ser feliz. Siempre estás para los demás, Martin: para tu hermana, para los jóvenes a los que preparas para servir a nuestro país y para tus amigos. Nunca olvidaré tu ayuda hace un año.

Martin guardó silencio. Evadió las palabras de Andrew y tan solo recordó que tanto el malestar de Amanda como el de Isabella eran culpa suya. Puede que solo tuviera siete años cuando encerró a su hermana en aquel húmedo cobertizo mientras jugaban, pero las horas que pasó allí le provocaron su primera neumonía. Y ahora, al haber arrastrado a Isabella al bosque para hacerla suya, la había puesto en peligro.

En ese momento, Emily entró en la biblioteca. Se acercó a Martin y puso la mano en su brazo. Él se envaró a la espera del diagnóstico de ella.

—La fiebre ha comenzado a bajar y se recuperará del enfriamiento.

—¿Pero? Sé que hay uno.

—Me preocupa el golpe en la cabeza. Hasta que no despierte no sabremos cómo le ha afectado. Puedes… Puedes subir para estar con ella, pero antes me gustaría saber quién es.

Martin le agradeció la ayuda y luego cabeceó hacia Andrew para indicar a la duquesa que su marido la pondría al corriente, antes de salir con rapidez de la biblioteca. Abrió con cuidado la puerta de la habitación, permitió la salida de Betty y se quedó a solas con Isabella. Podría haber elegido la butaca cercana a la cama, pero decidió sentarse a su lado lo más cerca posible de ella. Tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Lo siento, pequeña. Solo debía retener mi deseo por ti y no te habría ocurrido nada. Mi excusa es que soy un maldito egoísta y quise tenerte una vez más, aunque prometo no ponerte en peligro de nuevo, no volver a… buscarte.

Con aquella promesa comenzaba su tortura y, esperaba, también su redención.



Capítulo 10

Dos días más tarde, Zía abrió los ojos. El cuerpo le pesaba como una losa, la cabeza le martilleaba si la movía y comprendió que estaba muerta. Únicamente estando muerta y habiendo sido bendecida por el Señor podía encontrarse en el lugar que estaba. Moviendo solo los ojos, contempló lo que la rodeaba.

Sentía bajo su cuerpo la comodidad de una cama enorme y en la punta de los dedos la suavidad de las sábanas de algodón. Frente a ella, la luz del sol entraba por una enorme ventana. A su derecha había un delicado mueble blanco con un jarrón lleno de flores y, justo en la pared de encima, un espejo de marco trabajado. A su izquierda, veía un trozo de alfombra que solo debían de poder pisar los ángeles y que se extendía hasta una pared cuya puerta se mantenía cerrada.

No sentía frío ni calor y, al respirar, un maravilloso olor a lavanda jugaba con su nariz. Su paz se vio interrumpida por el ruido de la puerta al abrirse. En el marco, apareció un hombre muy alto y de anchos hombros. Mientras él se acercaba despacio, observó su pelo rubio peinado hacia atrás, su barba y sus brillantes ojos de color… Del color que sin duda lo tenían los ángeles. «Dios mío, ¿así son los ángeles?». Tuvo que retroceder su pensamiento al ver al otro hombre que venía tras él. «No, ese desde luego no es un ángel, más bien parece…».

—¿Ma… majestad? —tartamudeó con voz seca.

—Querida Isabella, con solo una palabra ya te has ganado a mi marido para siempre —dijo la joven que adelantó a los dos hombres, se inclinó sobre ella y le puso una suave mano en la frente.

—¿Quién? ¿Dónde? —balbuceó sin saber a quién mirar de los tres.

De repente, el poderoso ángel rubio se situó a su lado y la observó con preocupación.

—¿Cómo estás? ¿Te duele algo? Yo…

—Está desorientada, Mar… Michael. Es normal, dale tiempo —intervino la dama amable.

Le costó apartar la mirada del hombre que se mostraba tan preocupado por ella cuando sintió una mano en el hombro que requería su atención desde el otro lado de la cama. Con cuidado, movió la cabeza y atendió.

—Isabella, estás en Wyndham Manor porque tuviste un accidente. Michael te trajo para que te atendiéramos. Yo soy Emily y él —miró al hombre moreno y le guiñó un ojo—, él es mi marido, Andrew. Y no, no es el Rey, tan solo es un duque.

Cerró los ojos y trató de recordar, pero una niebla blanca y espesa le impedía avanzar. Sintió una mano grande y cálida sobre la suya y volvió a abrir los ojos buscando a su dueño.

—¿Michael? —pronunció su nombre poco a poco. «No eres un ángel, entonces…»—. ¿Quién eres?

«Tu marido, tu amante, un mentiroso, el culpable de que estés así…». Martin podía elegir cualquiera de aquellas respuestas, pero sin saber el alcance del malestar de Isabella no quería arriesgarse a hablar demasiado e inquietarla. Ella seguía interrogándolo con sus preciosos ojos negros por lo que, al final, dio una respuesta poco comprometida.

—Un amigo. Los dos actuamos en la misma compañía ambulante de artistas. ¿Te acuerdas de Bahktalo, Hohan, Dana o Keyla?

La vio negar con cuidado y arrugar el ceño con extrañeza.

—Isabella, te diste un golpe en la cabeza y eso parece que te ha causado una pérdida de memoria, pero confío que con descanso y cuidados pronto la recuperarás —intervino Emily.

—Michael y yo nos conocemos desde hace tiempo, y sus amigos son bien recibidos aquí. Eres nuestra invitada, así que no te preocupes por nada. Estás en tu casa —añadió Andrew.

Martin dedicó un discreto gesto de agradecimiento a su amigo y, al bajar la vista, se dio cuenta de que aún sostenía la mano de Isabella entre las suyas. Se la soltó con reticencia y dio un paso atrás. Cuanto antes se metiera en la cabeza que no tenía derecho a estar cerca de ella, mejor. Mejor para ella; para él, no. Para él, verla convaleciente en la cama con una venda en la cabeza lo corroía por dentro. Por saberse culpable y por tener que refrenar las ganas de tumbarse a su lado para abrazarla. La mirada de Isabella voló a sus manos, ya separadas, y frunció el ceño. Se quedó mirando la suya propia como si la analizara.

—Caballeros, si son tan amables de dejarme a solas con Isabella —anunció Emily señalando la puerta.

Isabella se dejó cuidar todo el día por aquella duquesa tan rara. Rara en el buen sentido de la palabra, porque tenía la intuición de no haberse relacionado jamás con duques o príncipes. Se esforzó en recordar y su mente volvió a ofrecerle una desesperante página en blanco. Su pasado no existía y en su presente comprendió que solo una persona podía decirle quién era ella. Aquella idea no abandonó su cabeza en todo el día por lo que, al anochecer, y ansiosa por recuperar sus recuerdos, pidió a la duquesa hablar con Michael.

De manera inconsciente, se tocó la cara. No tenía ni idea de cómo era su rostro. Sus manos ascendieron por sus mejillas en dirección a su pelo, se toparon con el vendaje que rodeaba su cabeza y torció el gesto. Saber que aquel amigo tan impresionante estaba a punto de llegar la había llevado a querer presentar buena imagen, solo que no tenía ni idea de cómo se lograba eso. Se pasó los dedos por entre los mechones y trató de arreglarse la melena lo mejor que pudo.

Comprobaba que los botones del camisón prestado estuvieran cerrados cuando se abrió la puerta para dar paso a Emily que, ligeramente ruborizada, hizo dos anuncios sorprendentes: que la puerta permanecería abierta para salvaguardar la reputación de Isabella y que Michael no debería quedarse más de quince minutos.

Después de esas advertencias, las cuales no hicieron sino ponerla aún más nerviosa, Emily dejó pasar a Michael y se retiró tras dejar la puerta abierta la medida de un pie.

Sus nervios no menguaron al quedarse a solas con el hombre que la conocía más que ella misma, a pesar de saber que era su amigo. La miraba de tal manera que notaba los latidos de su corazón golpear con fuerza dentro de su pecho. Respiró profundo y, con mano temblorosa, le señaló una butaca cercana.

—Estaba deseando verte —soltó sin pensar, en cuanto él tomó asiento y la miró.

Los extraños ojos de Michael brillaron de forma intensa y ella sintió como algo dentro de ella se deshacía. ¿Qué le ocurría? Había creído que la presencia de alguien que la conocía le aportaría tranquilidad y, por el contrario, tener a Michael tan cerca provocaba carreras locas en su corazón, fuego en su vientre y escalofríos en su piel.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó para tratar de calmarse a sí misma.

—Eres tú quien me ha llamado —respondió él en voz baja.

—Sí, claro. —«No te recuerdo y aun así tu voz me estremece»—. Quiero… quiero que me digas quién soy. Que me hables de mí. Es desesperante no recordar nada y tú eres el único que puede iluminar tanta… oscuridad.

Michael apoyó los codos en las rodillas, se inclinó hacia delante y cruzó los dedos entre sus piernas abiertas. Las malditas manos le dolían de ganas de apartarle el pelo de la cara a Isabella, de acariciarle la barbilla y de pasar los dedos por sus labios. Él se moría por abrazarla y ella solo quería respuestas. Él no dejaba de rememorar sus momentos juntos y ella no guardaba en su mente ni un mínimo recuerdo de él. Se martirizó un segundo comprendiendo que quizá eso sería lo mejor para ella en el futuro: no recordarlo.

La vio tratando de incorporarse en la cama y se levantó de golpe para ayudarla. Una mano voló a la espalda de ella y con la otra le recolocó las almohadas. Su cuerpo gritaba de ganas de sostenerla, sin embargo, ella solo lo miró agradecida y él se tragó un inesperado suspiro. Aquello era una maldita tortura. Con la mandíbula apretada dio un paso hacia atrás y se sentó de nuevo. Cogió aire y habló.

—Tu nombre completo es Zía Isabella y, cuando nos conocimos, huías de tu clan porque su jefe quería obligarte a que te casaras con él. Y por eso viajas a Londres. —Martin vio un gesto de temor en sus ojos y abandonó el tono frío con el que había comenzado su explicación—. Ya no tienes que preocuparte por él. Eh… Te gusta mirar las estrellas porque tus padres, Kiara y Robert, solían hacerlo. También eres capaz de preparar un banquete con pocos alimentos y compartirlo con un desconocido.

—¿Qué más? —quiso saber ella, con la emoción pintando sus palabras.

—Montar a caballo te adormece y… lo que más te… apasiona es bailar y cantar. Tienes un don para ello.

—¿Tú y yo… —Martin se tensó— nos conocemos desde hace mucho? —Isabella había terminado la pregunta en un susurro.

«A veces siento que nos conocemos desde siempre y que eres la única que sabe realmente quién soy y lo que me hace feliz», quiso responderle. Optó por una verdad a medias.

—Solo hace unas semanas que viajamos juntos con los demás.

—No los recuerdo, lo siento.

—No es culpa tuya, es mía —confesó sin poderlo evitar.

—¿Tuya? —Isabella lo miró con incredulidad.

—Insistí en… internarnos en el bosque. Allí te perdiste y debiste de caerte y golpearte la cabeza. Te encontré sobre un riachuelo, en medio de la tormenta. Lo siento, Isabella, no vi las nubes, tardé en llegar a ti y tú pasaste demasiado tiempo mojada y sin sentido y…

De repente, Isabella se echó hacia delante y puso la mano sobre la de él, que en ese momento se apretaba en un puño.

—Michael, a pesar de no recordar nada, estoy segura de que no fue culpa tuya. Tú me buscaste y me encontraste. Al traerme aquí me salvaste la vida, por favor…

Tras el ruego de Isabella, Michael aflojó el puño y acabó por cruzar sus dedos con los de ella. Miró sus manos unidas y se maravilló con el contraste, el calor que generaba la caricia le reptó

por el brazo y tuvo que substituir las ganas de abrazarla por un beso en el dorso de su mano.

Isabella sintió la aflicción de Michael como suya e interpretó que eso debía comportar la amistad; sin embargo, el beso que él dejó a continuación en su mano la hizo olvidarse de cualquier sentimiento amistoso. Michael no levantaba la cabeza. Sus labios seguían pegados a su piel y podía escuchar las respiraciones de los dos cada vez más fuertes. Una parte de su cuerpo tembló y de forma vergonzosa apretó los muslos. Por el amor de Dios, ¿qué quería decir aquello? ¿Y esas ganas de posar su mano libre sobre la cabeza de Michael para acariciar su pelo? ¿Y el anhelo de dejar de sentir sus labios en la mano para sentirlos en la boca? Estremecida, lo vio levantar la mirada con la intención de decir algo, pero dos golpes en la puerta la dejaron sin saber el qué. La entrada de la duquesa provocó que Michael se levantara con rapidez, se inclinara hacia ella y caminara hacia la salida de la habitación.

—¿Estás bien? —oyó que le preguntaba Emily.

Ella solo pudo asentir, aunque, en cuanto volvió a quedarse sola, comenzó a negar. Michael le había dado varios datos sobre ella y le había aportado algo de luz, si bien se había marchado dejándola con una duda todavía más grande: «¿Qué hay entre nosotros?».

Al parecer, era poco lo que había y la conexión experimentada dos noches atrás solo había sido imaginación suya. Mientras permanecía en la cama por orden de la duquesa, Michael solo había acudido a visitarla acompañado por el duque e incluso en esas ocasiones se mantenía alejado y dejaba que fueran sus anfitriones quienes le dieran conversación. «¿Sigue sintiéndose culpable o más bien se arrepiente de haberme besado la mano? ¿Y si cree que con el beso ha creado falsas ilusiones en mí y ahora actúa así para decepcionarme?». Isabella tenía la cabeza hecha un lío pues, por un lado, no conseguía recordar nada de su pasado y, por otro, necesitaba averiguar si entre Michael y ella había algo más que amistad.

Tras una de aquellas visitas por parte de Michael y el duque, la duquesa se sentó a su lado y le anunció que era hora de retirarle el vendaje de forma definitiva. Cuando terminó, le colocó toda la melena sobre un hombro con cariño y la miró sonriendo.

—¿Te apetece un baño?

—¿Un baño? ¿En una bañera? —La idea la impactó, esos días solo había podido asearse con paños húmedos.

—Claro, ¿dónde, si no?

Aquella duquesa-doctora que quizá no fuera un ángel, pero que se comportaba como tal, la observó durante unos segundos e Isabella vio cómo su gesto mudaba de la confianza a la vergüenza. Incluso sus mejillas se ruborizaron.

—Lo siento. Olvidé que, como nómada, debes de estar acostumbrada a otros… baños.

—¿Lo estoy? —preguntó observando el color de sus manos de nuevo.

Aunque la niebla que opacaba su mente parecía querer disiparse, Isabella se sentía insegura al hablar. Se concentró en ir respondiendo lo que su instinto le decía y, por ello, aceptó el baño; le apetecía sentirse limpia.

La duquesa se ocupó de que entraran una bañera de bronce, la llenaran y dejaran una montaña de suaves toallas a los pies de la cama. Mientras dos doncellas iban preparando el baño, la duquesa la entretuvo contándole anécdotas de su vida de casada, volvió a nombrar a sus hijos mellizos, un niño y una niña, y le comentó que, en cuanto se sintiera con fuerzas, se los traería para presentárselos. Recalcó con una sonrisa que lo de sentirse fuerte era indispensable para enfrentarse a sus hijos.

Minutos después, justo cuando una doncella le apartaba la bata de los hombros y otra la

ayudaba a entrar en la bañera, Isabella se vio reflejada en el espejo de la pared. La respiración se le aceleró y las piernas le comenzaron a temblar. Se sentó lo más rápido que pudo y, de nuevo, buscó su rostro, esta vez en el espejo de cuerpo entero de la esquina. Observó su cara, sus mechones oscuros como la noche y se fijó en la marca de su hombro.

Cerró los ojos y toda su vida se agolpó en las puertas de su mente. Unos recuerdos tropezaron con otros hasta que lograron entrar y acomodarse. Los últimos en llegar fueron los más recientes, pero Isabella no los pudo ordenar como recuerdos porque en ellos aparecía Michael. Era imposible que todo lo que veía en su cabeza hubiera ocurrido, debían de ser sueños entremezclados con la realidad. La realidad era Michael bromeando con ella desde el otro lado de una fogata, pescando en el río, tocando el violín o contemplando las estrellas tumbado a su lado… Pero las imágenes de Michael mirándola con deseo; Michael comiéndosela a besos; Michael, desnudo, encima de ella haciéndole el amor… No. Sin duda, eso debían de ser sueños culpables o anhelos imposibles.

—¡Dios mío, Isabella, te has quedado pálida! No debería haberte animado a que te levantaras. —La duquesa corrió a su lado y, como una madre preocupada por su niña, le pasó la mano por la frente y luego le alzó la barbilla para examinarle el rostro.

—Estoy bien. Es que… Es que he comenzado a recordar. —Su mirada estaba perdida.

—Eso es bueno, pero puedes sentirte algo confundida; así que, no te angusties. Iba a proponer que te vistieras y te sentaras en la butaca, pero lo mejor será que vuelvas a la cama.

—No, yo… no estoy acostumbrada a… no hacer nada; y ya llevo muchos días tumbada. Prefiero levantarme —murmuró.

—Entonces, avisaré para que traigan todo lo necesario —anunció la duquesa.

—¿Mis cosas están aquí?

—Me temo que Michael solo pensó en traerte lo más rápido posible para que te viera… Quizá vuestros amigos tengan tu… equipaje. Están acampados en el bosque.

—Iré a verlos.

—¡No puedes salir todavía! Los avisaremos para que vengan.

—Eh… alteza… —Isabella decidió aclararle algunas cosas.

—Emily —la corrigió ella.

—Señora —insistió—, estamos hablando de mis primos. Son romaníes.

—Lo sabemos y ni Andrew ni yo tenemos el más mínimo problema con eso, de manera que serán invitados a visitarte mientras estés aquí y no se hable más. De hecho, Andrew y Michael han estado interesándose por si necesitaban algo. Isabella, te dejo con Betty para que te asista, enseguida vuelvo. —Y la vio salir con esa energía que comenzaba a asociar a la duquesa.

Minutos más tarde, Isabella resistió toda la energía de la duquesa centrada en ella. Tuvo que acceder a ponerse uno de sus vestidos que, según la noble, se le habían quedado estrechos después del embarazo. También se vio obligada a permitir que le recogieran el pelo en un moño bajo, pero no poco elaborado, que dejaba a la vista la marca del golpe de su nuca. Al verse en el espejo de cuerpo entero le costó reconocerse. Parecía toda una *encopetada* con aquel precioso vestido azul y, sin poderlo evitar, pensó en él, en qué opinaría si la viera. Creyó que lo había atraído con la mente cuando escuchó lo que la duquesa le decía.

—Ahora que estás vestida y en condiciones de recibir visitas más largas, te informo de que Michael ha pedido verte. Bueno, más bien ha insistido.

Su cara debió de mostrar el recelo por verlo porque Emily se acercó a la butaca en la que ella acababa de sentarse y le tomó la mano entre las suyas.

—Isabella, sé que su comportamiento desde que despertaste ha sido extraño, pero quiero que

sepas que la noche que te trajo le costó separarse de ti hasta para dejarme atenderte. En cuanto lo informé de que no podía hacer nada más, corrió a tu lado y no se separó de ti. La mañana que abriste los ojos…, justo lo habíamos convencido para que bajara a desayunar algo y se aseara. No quería dejarte sola por nada del mundo.

Al escuchar a la duquesa, Isabella tragó un nudo de emoción. Luego, cogió aire con fuerza. Debía evitar a toda costa que su mente conjurara más sueños con él.

—Qué buen… amigo.

Emily levantó las cejas.

—¿Amigo? Claro. Isabella, si necesitas hablar, aquí estaré.

—Gracias, señora.

—Emily.

—Señora —insistió ella.

Le estaba muy agradecida, pero no podía confundirse y creer que podía codearse libremente con la nobleza. Quizá cuando lograra ser una intérprete respetada se sentiría cómoda alternando con ellos. Aunque seguiría siendo consciente de que la cercanía se debería a su arte. No era tan crédula. Nadie iba a pasar por alto su origen, por muy bien que cantara.

—Ufff —la irritación de la duquesa la sorprendió—. Creí que no conocería a nadie tan testarudo como Andrew. —La vio ponerse en pie y dirigirse a la puerta sin dejar de resoplar.

Martin se había pasado la última hora a las puertas de la habitación de Isabella, sin dejar de recorrer el pasillo de un lado al otro. Saber que ya recordaba todo le provocaba sudor en las manos y un nudo en el vientre. Al ver salir a Emily, se precipitó hacia ella.

—¿Puedo pasar?

—Sí, pero no la agotes. Aunque ella no lo reconozca, porque ya me he dado cuenta de que es orgullosa y terca como cierto duque, su mente ha sufrido un *shock*.

Tras prometer a la duquesa que tendría cuidado, entró en la habitación. Tan pronto contempló a Isabella sentada en la butaca, los ojos se le abrieron de par en par y el corazón se le desbocó. «¿Podía parecerle todavía más bonita? Vestida de rojo le robaba la cordura; sin embargo, con el delicado vestido azul de muselina y el sencillo recogido de su cabello lo hacía estremecer. Porque la Isabella que tenía delante no le parecía de otro mundo. Encajaba perfectamente en el suyo. Su porte y su elegancia cuando bailaba también destacaban ahora, aunque vestida como una… *encopetada*; como una encantadora y hechizante encopetada. Tuvo que tragar el nudo de su garganta antes de tomar asiento y hablar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó y carraspeó al escucharse bastante ronco.

—Bien. Uno o dos días y podré volver al camino —le respondió ella mirándolo con reserva.

—Lo harás, lo haremos, cuando la doctora lo crea conveniente.

—¿Lo haremos?

—Prometí protegerte y acompañarte hasta Londres. Lo primero está claro que no lo he hecho muy bien, pero cumpliré con lo segundo.

—Tú debes seguir buscando a Edward y, en eso, no te he ayudado demasiado.

—Gracias a ti he podido acercarme a tu gente, así que el trato sigue en pie. Además, necesitarás el dinero cuando lleguemos a Londres…

—No quiero tu dinero. —La vio envararse.

—¿Por qué? En la ciudad…

—Porque hay cosas que han cambiado —le espetó ella.

A Martin aquellas palabras lo alertaron y también le dolieron. Ella las había dicho con arrepentimiento.

—¿Has recordado todo? —Isabella parpadeó con rapidez y entonces él rememoró la advertencia de Emily sobre no agobiarla—. Lo lamento, no debería…

—He recordado, sobre todo, el motivo por el que dejé mi clan y decidí viajar a Londres. Eso es lo más importante —lo interrumpió ella.

Isabella le comunicaba así su intención de ignorar lo que había ocurrido entre ellos. «¿Podría olvidar también lo que habían sentido?», se torturó Martin sabiendo que él no sería capaz. No cuando, a pesar de estar hablándose de aquella manera fría y sensata, su cuerpo clamaba por ella.

Con resignación, dio gracias a su experiencia como espía porque, de ahora en adelante, le permitiría mostrarse por fuera igual de indiferente que ella, aunque por dentro se estaría muriendo.

El momento amenazaba con volverse más tenso a cada segundo, pero unos leves golpes en la puerta lo evitaron. «¿Son patadas?», se asombró Zía. Ambos esperaron con curiosidad a que la puerta se abriera y diera paso a dos pequeñas figuras de pasos vacilantes. Tras ellas, la asombrosa presencia del duque les llamó la atención aún más. El todopoderoso noble lucía gesto de dolor, hecho que corroboraba su mano apoyada en la parte baja de su espalda.

—Lo que no lograron ni la guerra ni mis enemigos lo van a lograr estos dos. Te juro que voy a tomar prestadas las correas de Furia y se las voy a poner a tus hijos antes de que acaben conmigo —dijo a quien lo seguía.

—No te quejes tanto, Su Excelencia, esto solo durará hasta que se sientan más seguros al caminar. —La duquesa terminó de repasar la espalda de su marido, más con admiración que con pena, y puso su atención en ellos.

—Querida Isabella, creo que mis hijos han sido dotados de una intuición fuera de lo normal. Han escuchado tu nombre y, en cuanto los hemos dejado en el suelo, han correteado hasta tu habitación.

Por mucho que Zía no quisiera tomar demasiadas confianzas con aquella familia, no pudo resistirse a inclinarse con cuidado y acariciar la morena cabecita de la hija de los duques.

—¿Y tú quién eres?

Unos ojos tan azules como los de sus padres la miraron. Luego Zía escuchó un balbuceo incomprensible de labios de la niña.

—Ella es la pequeña Emily, pero la llamamos Em.

—No, yo la llamo «pesadilla» —murmuró el duque.

Michael sonrió, alzó en brazos al pequeño querubín rubio que se había detenido ante él y se lo puso en las rodillas.

—Hola, Henry, tú eres el bueno de la familia, ¿verdad?

El niño dejó claro quién era cuando agarró con sus manitas la barba de Michael y tiró de ella. Su hazaña fue respondida por Michael con mordiscos de mentira en sus deditos, que hicieron carcajear al pequeño y encoger el tonto corazón de Zía. Ahora debería lidiar con la imagen de Michael jugando con un niño rubio y de ojos azules en su regazo. Apartó la mirada y la posó en Em, a la cual se siguió resistiendo a coger en brazos.

—Cariño, aprovechemos que los dos terremotos están encantados con nuestros invitados y huyamos —apremió el duque a su mujer, lo que provocó su risa.

—Ya será menos —se burló Michael, que parecía encantado con la faceta bromista de su amigo.

—Espera a ser padre y entonces hablaremos —comentó el duque.

A Michael la sonrisa se le quedó congelada en el rostro, aunque sus ojos sí se movieron para buscar la reacción de Isabella. Ella seguía contemplando la carita de Em sin dejar relucir lo que

sentía. Si es que sentía algo. Al parecer, no se había visto afectada por el comentario del duque. Hizo cuentas y no supo discernir si era demasiado pronto para saber si ella estaba embarazada. «¿Cuándo lo notan las mujeres?», rumió. Y la pregunta más importante que se hacía era: «¿por qué no me atemoriza la posibilidad de convertirme en padre con Isabella?». A pesar del probable escándalo, de las dificultades que conllevaría y de que la propia Isabella le había dejado claro que no quería que eso sucediera, él sentía que un hijo de los dos sería algo por lo que valdría la pena luchar.

Sus esperanzas, fuera de toda lógica, y su insistente mirada atrajeron el rostro de Isabella hacia él. Se dio cuenta entonces de que ella no era tan inmune al tema de los niños, pues un brillo difícil de descifrar titiló en sus pupilas. Por fortuna, la duquesa mostró de nuevo su sensibilidad al intervenir en el momento apropiado.

—¿Qué os parece si comemos los cuatro en la salita de al lado?

Al no obtener oposición alguna, la duquesa cogió a Henry de sus brazos y se dirigió al llamador. Dio las instrucciones precisas a la doncella que acudió a su llamada y esperó la llegada de las niñeras. Martin sabía que estas tenían menos trabajo del que hubieran tenido en otra casa, puesto que los propios duques pasaban gran parte de su tiempo libre cuidando personalmente de sus mellizos. Eran unos padres atípicos y, a pesar de las quejas de Andrew sobre lo movidos que eran sus hijos, se los veía más felices que nunca, sobre todo a su amigo. «¿Quién iba a decirlo?», se sorprendió. De solitario y gruñón, a esposo devoto y cariñoso padre. No podía sentirse más feliz por él. Feliz y, siendo sincero consigo mismo, algo envidioso.

Cuando les anunciaron que todo estaba dispuesto conforme a las órdenes de la duquesa, Isabella se levantó poco a poco de la butaca. Al ver su titubeo, dos personas se acercaron a asistirla, aunque la duquesa cedió pronto su lugar a Michael. Él le ofreció su brazo para que se cogiera de este y así acompañarla a la sala contigua. No quería tocarlo, o quizá temía hacerlo de tanto como lo deseaba. Cogió aire y apoyó la mano en su fuerte antebrazo. Reparó entonces en cómo iba vestido él: chaqueta oscura, camisa blanca, chaleco, pantalones y botas. No llevaba pañuelo. Eran ropas sencillas, pero de indudable calidad. ¿Se las habría prestado su amigo? Su amigo… ¿Cómo llegaban a hacerse amigos un duque y un músico ambulante? Eso fue lo primero que preguntó después de que Michael la ayudara a acomodarse en la silla y le provocara un dulce escalofrío al posar la mano, por un breve momento, en la curva de su espalda. Fue el duque quien tomó la palabra.

—Hará unos doce años, en España. Martin y yo…

—¿Martin? —preguntó.

—Eh, otro amigo. Da igual, la cuestión es que en el frente, entre batalla y batalla, las diferencias sociales pronto desaparecen. Prima la solidaridad y la verdadera nobleza de los hombres sale a la luz. Michael mostró su valentía una y otra vez, aunque otros… En combate también descubres que detrás de un título puede esconderse el más vil de los cobardes.

—¿Violinista y héroe? —intervino Emily con una sonrisa dirigida a Michael.

Zía también lo observó de reojo y lo vio ruborizarse. Esa reacción en él le provocó un pellizco en el corazón que la llevó a comprender no solo lo difícil que sería disfrazar sus sentimientos durante esos días y durante el viaje. Lo verdaderamente difícil llegaría a la hora de decirle adiós.



Capítulo 11

Durante la comida, el tema de la guerra no se apartó, como solía hacerse normalmente para no herir la sensibilidad de las damas. Emily e Isabella eran mujeres que deseaban estar informadas y tanto Martin como Andrew respondieron todas sus preguntas sin ocultar ningún hecho, por muy cruento que fuera.

A la hora de los postres, Isabella se interesó por cómo estaban sus *primos* y fue el duque quien respondió.

—A pesar de animarlos a establecer su campamento más cerca de la mansión, prefirieron hacerlo justo en la entrada del pueblo.

—¿Los han acogido bien? —La vio preocuparse Martin.

—Brighton es un pueblo muy hospitalario, Isabella, no debe inquietarte que les hagan sentir poco bienvenidos —intervino Emily.

—¿Brighton? ¿Estamos en Brighton?

Martin la observó atentamente. Era la segunda vez que veía a Isabella mostrar reservas respecto al pueblo. Algo le había ocurrido que la hacía temer estar allí. Su siguiente pregunta temerosa y su reacción todavía lo intrigaron más.

—La iglesia del pueblo, ¿es la de San Nicolás?

—Sí —afirmó Emily—. Si quieres, podemos ir al servicio del domingo y así conoces al reverendo Parrot y a su familia.

Aunque Isabella se cubrió la boca con la servilleta, Martin llegó a ver su gesto de espanto. «¿Qué le ocurre?». En cuanto estuvieran a solas, pensaba preguntarle por ese miedo hacia el pueblo y, al parecer, hacia su vicaría.

—¿No vendrán a la velada de mañana? —preguntó Andrew posando su mano sobre la de su mujer. Con ese gesto, llamó la atención de la otra pareja hacia su pregunta.

—Espero que sí, pero la señora Parrot andaba con un fuerte resfriado del que no logro curarla. —Emily se mostró preocupada.

—Quizá tu colega, el doctor Rose, tenga más éxito que tú —la provocó Andrew guiñándole un ojo.

A pesar del comportamiento distendido de los duques, Martin no lograba evitar fijarse en las reacciones de Isabella. Estaba tensa y preocupada. De hecho, la noticia de la velada también lo había puesto en alerta a él mismo. Sería imposible que los invitados de los duques no lo

reconocieran. Buscaría un momento a solas para comentar ese hecho con Andrew. Por lo pronto, solo le hizo una discreta señal.

—Por cierto, mi «colega» y su secretario han confirmado su asistencia mañana —informó Emily a su marido, con un gesto cómplice que Andrew respondió llevándose la mano de su mujer a los labios para besar su dorso.

La abierta muestra de cariño entre los duques provocó que la mirada azorada de Isabella vagara sin rumbo. Martin la sintió detenerse al fin sobre él. Supo que los dos estaban pensando lo mismo: lo increíble que debía de ser estar con la persona elegida y poder demostrarle cariño libremente, sin censuras, sin juicios, sin miedo. Así mismo, también observó la sombra que apagó el brillo de los ojos de Isabella.

—Si por la noche tienen invitados, por la mañana temprano volveré con mi gente. Les agradezco mucho todo lo que han hecho por mí. —La vio comunicar a los duques.

—Todavía no estás en condiciones de ir a ningún lado y, por supuesto, mañana asistirás a la velada. ¡No creerás que te vamos a mantener escondida aquí arriba! —se indignó Emily.

—Ni hablar. No pienso mezclarme con esos…

—¿*Encopetados*? —Martin no resistió la tentación de provocarla. Sabía que su gitanilla iba a defender su postura como una fiera y eso lo llenaba de orgullo.

No había contado con que el duque intervendría. Si su mujer había decidido que Isabella estaría en la velada, lo estaría, porque complacer a su duquesa se había convertido en el objetivo vital de Andrew desde que la recuperó. Así que, lo vio carraspear, llamar la atención de Isabella y levantar una ceja. Ella alzó la barbilla y lo miró, casi con la misma altivez.

—Si tan agradecida está a mi esposa, no rechazará su invitación —la retó el duque.

Isabella se mordió la lengua, apartó la mirada del envarado rostro del noble y trató de recordar. Repasó lo que su madre le explicó el día de su decimoquinto cumpleaños, cuando se cumplían cinco años de la muerte de su padre y de la vuelta de ellas dos al clan. No había olvidado sus palabras, puesto que se las repitió de nuevo poco antes de morir.

En principio, estar en Brighton no tenía por qué comportar ningún peligro para ella, pero prefería que su futuro dependiera de sus propias decisiones, equivocadas o acertadas, y no del destino o la fatalidad.

—Les pido disculpas. Son ustedes muy generosos y amables, pero entiendan que no todo el mundo es así con los de mi pueblo. Solemos experimentar más rechazo, miedo y odio, que… hospitalidad.

Isabella sintió un nudo en la garganta y no advirtió lo cerca que estuvo Martin de cubrirle la mano con la suya en un gesto de apoyo.

—Comprendo tus reservas, Isabella, pero te aseguro que, en esta casa, se lucha cada día contra los prejuicios, sean del tipo que sean. Yo misma no soy aceptada por todo el mundo por ser matrona y doctora, siendo duquesa.

Isabella mostró su asombro al escuchar aquello.

—Entre mi gente, las curanderas siempre han sido mujeres y, por supuesto, las parteras. Ninguna *rom* dejaría que un hombre la ayudara a parir.

—Y así era también en nuestra sociedad hasta hace unos años —asintió Emily—, pero llegaron reformas que, en fin, no fueron buenas para las mujeres sanadoras.

—Pues, qué pena, es usted muy buena y merece que todo el mundo confíe en su… «maña».

Ante el respetuoso silencio de los dos hombres, las dos mujeres siguieron hablando de temas tan inusuales como las aspiraciones femeninas.

—¿Y tú? ¿Qué harás cuando llegues a Londres? Michael nos ha explicado que bailas y

cantas extraordinariamente bien —comentó la duquesa.

—Oh. —Zía no había pensado en explicar sus planes, aunque, ¿qué perdía porque Michael o los duques conocieran su ambición? Nada—. Cuando llegue a Londres, quiero presentarme a las…, no sé cómo se dice…, pruebas que hacen los teatros para aceptar en ellos a los artistas.

—¿Te refieres a las audiciones? En eso podemos ayudarte. —El duque hizo el ofrecimiento a Isabella y miró a Martin con complicidad, pero su amigo negó de forma casi imperceptible a fin de recordarle su charada.

—Esto… —Andrew pensó rápido. Había estado a punto de descubrir a Martin—. Soy mecenas del Drury Lane y otros conocidos míos también. Escribiré una carta de recomendación a su director y te presentaré como…

—Como la señora Isabella Zía —lo interrumpió ella dejándose llevar por la ilusión.

—¿Señora? —indagó Martin con el ceño fruncido.

—Sí. Viuda —aclaró Zía—. Conozco demasiado bien lo que piensan algunos hombres de las actrices, cantantes y bailarinas… Creen que pueden tomarte como a una… disculpen, pero entre mi gente no nos andamos con tantos remilgos. No quiero que nadie piense que aspiro a ser su fulana o su amante. Quiero ser respetada como artista, así que, si debo presentarme como una viuda que ha jurado respetar la memoria de su esposo, lo haré.

Martin recibió el mensaje alto y claro. Cuando llegaran a Londres, sus caminos se separarían y ella se dedicaría en cuerpo y alma a luchar por su sueño. Un sueño que no podía incluirlo a él de ninguna manera.

La duquesa respondió al apasionado discurso de Isabella y le dio su apoyo.

—Me parece una idea brillante, Isabella… Zía. ¿Ese es tu nombre romaní? ¿Qué significa?

—Nada especial, se traduciría como plata o plateado.

Terminada la comida y despedidos los hombres, Emily quiso tranquilizar de nuevo a Isabella respecto de la velada de la noche siguiente. Le habló de sus vecinos y amigos y trató de engatusarla describiendo el vestido que insistiría en que se pusiera. Isabella la escuchó y trató de no dejarse contagiar por la ilusión de la duquesa, hecho que le era cada vez más difícil. Era encantadora, inteligente y se notaba que ponía el corazón en todo lo que hacía. Aunque lo que más le llamaba la atención era la relación que tenía con el estirado, aunque amable, duque.

—Señora…

—Uff, si no me llamas Emily, no te voy a responder —le advirtió.

—Está bien, pero solo si estamos solas. Emily…

—Así me gusta. —Le sonrió la duquesa poniendo una mano sobre las de ella sin saber que ese gesto le llamaba la atención. «Dos tonos de piel tan distintos…, dos vidas tan distintas».

—Emily —arrancó de nuevo—, ¿puedo preguntarte…? Verás, es que nunca he visto que unos esposos, romaníes o *whiteis*, se comportaran como tú y el duque.

Supo que la duquesa había comprendido a la primera a qué se refería y la vio sonreír con complicidad.

—Cuando conocí a Andrew, era un hombre serio, malhumorado, desconfiado… ¡Todo un partido! —Emily e Isabella rompieron a reír—. En verdad lo era, pero, tras esa fachada, había más, mucho más, y todo era bueno. Entreví su generosidad, su afán por proteger a los suyos, su inteligencia y su valentía. El problema es que tuvo una infancia difícil; y yo me propuse compensarlo con amor y con mucho humor. No dejo de bromear con él porque adoro su risa. Y cada vez que lo veo reír, me enamoro más de él. Además, es un padre y un marido maravilloso.

Isabella dejó ir un largo suspiro.

—Se nota… Quiero decir, que se ve lo mucho que se aman. Ahora recuerdo que…

—¿Qué? —se interesó Emily.

—Mi padre murió hará unos diez años y me cuesta recordarlo, pero mi madre no dejó de hablarme de lo mucho que les gustaba estar juntos y de las aficiones que compartían. Creo que estaban igual de enamorados que ustedes y… ese es el amor con el que sueño, no me conformaré con menos. Un matrimonio lleno de amor y respeto.

Zía advirtió que esta vez era Emily la que parecía querer hablar de algo, para luego cerrar la boca y mirarla indecisa.

—Isabella, me he dado cuenta de cómo os miráis Michael y tú. Él ha estado muy preocupado por ti, tanto que creí que lo tendría que medicar también… No se separó de tu cama ni de noche ni de día; y apenas comía.

Zía parpadeó para eliminar posibles lágrimas escurridizas, miró por la ventana y susurró:

—Con él es imposible.

Emily reparó de repente en que Isabella tenía razón. Era impensable. ¿Un conde casándose con una gitana? Eso superaría con creces el escándalo de una duquesa doctora, que acabó quedando en nada gracias al poder de Andrew. ¡Oh, Dios! Miró a Isabella y recordó algo más. La joven romaní daba por imposible una relación, y eso que no tenía ni idea de quién era realmente Martin… Michael…

Ella aspiraba al matrimonio, lo había dejado muy claro, y Martin solo podía casarse con una mujer de su círculo. «¡Maldita sea!», lamentó Emily para sí. Su amigo y su bella paciente sentían algo muy fuerte el uno por el otro, un sentimiento que iba más allá de la atracción, y ella lo había reconocido porque era exactamente lo mismo que sentían Andrew y ella. ¿Serían capaces de separarse llegado el momento?, ¿de vivir el uno sin el otro? ¿Y si decidían no renunciar? La única salida que tendrían, la única oportunidad de vivir su amor sería manteniéndolo a escondidas de todo el mundo, e Isabella ya había declarado que no sería la amante de nadie.

—Veo por su cara que lo ha entendido. —Oyó Emily que decía Isabella, en voz queda.

—Lo siento, Isabella. No sabes cuánto lo siento.

Al adivinar que su amigo necesitaba quemar energía, Andrew propuso a Martin salir a cabalgar. Después de recorrer varias millas y retarse a saltar algunos obstáculos, los dos hombres desmontaron a fin de estirar las piernas. El duque aprovechó la ocasión para despejar la duda que le rondaba.

—¿Qué ha sido esa señal que me has hecho en la mesa?

—La velada de mañana —respondió Martin—. Es imposible que asista sin que me reconozcan los Brandon, los Parrot o el doctor Rose.

—A mí me costó reconocerte cuando apareciste —se mofó Andrew.

—Seguro que no llevabas tus lentes puestos —le devolvió Martin.

El duque abandonó el tono de broma y carraspeó.

—Si le explicaras a ella la verdad… —insinuó, pero de inmediato recibió una negación de cabeza por parte de Martin—. ¿Vas a seguir ocultándole quién eres?

—Jamás he sido más yo mismo que cuando estoy con ella —afirmó Martin. Se detuvo y retorció las riendas entre sus dedos.

—Te entiendo. También creo que albergas la esperanza de seguir viéndola en Londres, solo que, en ese caso, no podrías quitarte tu disfraz.

—¿Verla? —Martin rio con tristeza—. Ahora que sé a lo que quiere dedicarse y conociendo el talento que tiene, puedo asegurar que la cogerán. No tardará en ser reconocida y… ¿Tienes idea de las veces que asisto con mi hermana al teatro? Menuda ironía. Será imposible no seguir viéndola, aunque ella no me vea a mí.

—Por eso mismo deberías decirle quién eres y lo que haces. Háblale de tu misión y sabrá que no le mentiste de mala fe. Que formaba parte de tu trabajo.

—Creerá que me aproveché de ella. Cuando… Cuando estuvimos juntos, solo éramos una bailarina y un músico que, de alguna manera, pertenecíamos a mundos cercanos. Si se entera de que soy un conde —un «encopetado»—, confirmará lo que su gente siempre ha mantenido: que los *whiteis* usamos a las mujeres gitanas solo para divertirnos y luego las abandonamos.

Andrew apoyó la mano en el hombro de su amigo, lo palmeó varias veces y suspiró. Después de un cómodo silencio, sacó de nuevo el tema de la velada y de la asistencia de Martin, para concluirlo de una forma tajante que no admitía réplica:

—Déjalo en mis manos.

Horas más tarde, tras una cena informal en la que también estuvieron los pequeños Henry y Em, los duques dieron las buenas noches y abandonaron el íntimo comedor cada uno con un mellizo en los brazos. Zía se vio de repente a solas con Michael y se aprestó a balbucear un «buenas noches» antes de dirigirse también hacia la puerta. No se encontraba lejos de su habitación, pero Michael la interceptó en el pasillo, cuando ya tenía la mano en la maneta.

—Isabella, hace una noche preciosa y llevo días sin ver las estrellas, ¿me acompañarías? —lo oyó preguntar a su espalda.

La piel se le erizó y los latidos de su corazón repicaron acelerados. Se moría de ganas de estar con él y a la vez era lo que más temía. Suspiró, se convenció de que no pasaría nada por salir a la terraza unos minutos a tomar el aire y asintió. Michael le ofreció el brazo y ella se cogió de él sin mirarlo. La guio por un pasillo, abrió una alta puerta y le cedió el paso.

El clic de la puerta al entornarse les recordó que estaban solos, lo que llevó a Isabella a caminar decidida hacia la balaustrada. Allí se asomó y descubrió una parte del jardín que no se veía desde su habitación. En la oscuridad, le costó identificar los arbustos que poblaban los parterres.

—Todo eso son… arándanos —comentó extrañada.

Michael se paró a su lado y tan solo echó un vistazo a las plantas que los duques se habían aficionado a plantar de forma bastante entusiasta.

—¿Esos no emborrachan?

Zía levantó la mirada, la cruzó con la de él y la apartó de inmediato para fijarla en el cielo. La última vez que le había preguntado eso, tenía una mora en la mano, porque ella las había ido recogiendo y compartiendo con él. Negó con la cabeza en respuesta a su pregunta y siguió contemplando el firmamento. Al cabo de unos segundos, él volvió a hablar.

—¿Te estás acordando de tus padres?

—Siempre —admitió sin poder reprimir un estremecimiento que la llevó a cruzarse de brazos y a acariciárselos con las manos.

Sin percatarse de movimiento alguno por parte de él, de repente tuvo su chaqueta sobre los hombros. Y de inmediato se llamó tonta por desear que fueran sus brazos los que la rodearan para darle calor. Se arrebujó en la prenda que olía inevitablemente a él y respiró hondo. Tenía que decir algo o el silencio acabaría por arrancarle palabras que no debía pronunciar, si no quería delatar sus sentimientos. Por fortuna, fue Michael quien habló tras dejar de contemplarla para fijar la vista en el cielo estrellado.

—Hermosas, inalcanzables. Brillan en la distancia, como lo harás tú.

—Yo no soy una estrella. —«Y si no fueras tan reacio al matrimonio, no sería inalcanzable, sería tuya para siempre».

—Pero lo serás —afirmó él en voz queda—. Serás una estrella. En cuanto los dueños del

Drury te oigan cantar, pasarás a formar parte de la compañía. Te harás famosa y… —«me olvidarás».

—Lo haré —constató ella sin saber que esa respuesta le detenía a él el corazón. —Ya solo me queda ese sueño y lucharé por hacerlo realidad, cueste lo que cueste.

En ese momento, no entendió el fuerte suspiro de él y sus siguientes palabras la acabaron de confundir.

—Isabella, yo también conozco gente que…

—¿Tú? —se extrañó ella.

—Sí, como músico yo también tengo algún contacto… Y en Londres…, tú y yo…

—¿Nos seguiríamos viendo? ¿Como amigos? —«¿Sería buena idea? ¿Una oportunidad de llegar a algo más?».

—Solo hasta que te aceptaran. Luego, yo me… largaría. No puedo quedarme en Londres.

Dolía. El rechazo de Michael dolía más que todos los desprecios que había soportado en su vida y reaccionó a él herida hasta el alma.

—¿Qué pasa, *whitey*? ¿En Londres también te acostaste con encopetadas casadas y sus maridos pusieron precio a tu cabeza? ¿Ofendiste a alguien importante estando borracho? ¿Qué fue?

—Algo así —decidió admitir Martin, roto de dolor por no poder estrecharla entre sus brazos para acunar en ellos la rabia de ella.

—Entonces espero ser aceptada por mis propios méritos.

Sin dejar de aguantarle la mirada, Zía se quitó su chaqueta, se la devolvió y se dio la vuelta como una reina.

—Serás aceptada, mi bella estrella, y yo solo podré admirar tu brillo desde la distancia.



Capítulo 12

El día siguiente amaneció esplendoroso gracias a un sol radiante y a una ligera brisa marina que atenuaba el calor. Martin y Andrew aprovecharon para salir a cabalgar antes de reunirse con las damas y los niños para un rápido desayuno, ya que había planeada una excursión.

Zía había insistido en visitar el campamento romaní porque sabía que sus amigos estaban preocupados por ella. Quiso que vieran que ya estaba recuperada y, de paso, compartir el día con ellos. Además, aprovecharía para recoger sus pertenencias y así acelerar la partida hacia Londres al día siguiente. Uno se acostumbraba a lo bueno demasiado rápido, y ella no quería engañarse y perder de vista quién era. Era importante ser consciente de dónde se estaba y de hasta dónde se podía llegar. Soñar sí, pero con los pies en el suelo.

Las dos parejas hicieron el camino andando, acompañados de los niños, que se pasaron el trayecto alternando entre corretear delante de Emily y Zía y subir a los brazos de Andrew y Martin cuando se cansaban. Así llegaron al campamento, donde fueron recibidos con mucho cariño y respeto.

—Pero ¡si pareces una reina! —exclamó Dana nada más verla.

Isabella lucía de nuevo un vestido de Emily, que no por sencillo le restaba elegancia. El cabello lo llevaba recogido y parcialmente oculto bajo un práctico sombrero de paja adornado de flores que la doncella había insistido en que se pusiera para evitar quemarse por el sol. «Como si mi piel no estuviera ya acostumbrada», fue lo que calló Isabella para no ofender a la joven.

La opinión de Dana la compartieron los demás y añadieron un ápice de cariñosa burla. Zía movió la mano para acallar las bromas, presentó a Emily y a los niños, que eran los únicos a los que su gente no conocían y se sentó junto a Dana para ver qué estaba cocinando. Keyla se ofreció enseguida para entretener a los mellizos a los que fue disfrazando con telas coloridas, Emily se lo agradeció y se unió a las otras dos. Zía estaba comentando las propiedades de varios frutos y hierbas y la duquesa no quería perderse la lección.

A varios pasos de ellas, Martin hacía como que escuchaba la conversación sobre caballos que estaban teniendo Hohan y Andrew. El gitano había crecido entre rocines y, hasta que perdió a su familia, la acompañaba a las ferias de del norte. Martin reconoció en Andrew un gesto de admiración ante los conocimientos del otro y sospechó que Hohan acababa de unirse a la corta lista de amigos del duque.

Con todo, su atención estaba puesta en Isabella. Una atención que no era mutua, pues su

preciosa gitanilla no lo había mirado ni una sola vez en toda la mañana. Echaba de menos el brillo de sus ojos, aunque fuera de furia hacia él. Su indiferencia escocía. Era como si, para ella, él ya se hubiera ido. Sin embargo, ese momento todavía no había llegado y Martin aprovecharía todas las oportunidades que tuviera de estar a su lado y contemplarla hasta aprendérsela, para que su imagen nunca abandonara su mente.

Sintió un ligero puñetazo en el hombro y se volvió hacia Hohan.

—Deja de mirar a tu mujer como un lobo a un cordero y estate por el reto.

—¿Qué reto? —preguntó Martin haciendo reír a los otros tres hombres.

—Uno de puntería —apuntó Andrew.

—¿No habrás aceptado? —se extrañó Martin.

El duque se subió los lentes por el puente de su nariz de forma altiva.

—¿Con mi miopía? No. Pero he aceptado en tu nombre —bromeó Andrew.

Martin rio y levantó una ceja hacia Hohan.

—¿Qué vamos a disparar? ¿Piedras?

—Sí, pero con la honda. Soy buenísimo con ella —alardeó el gitano mientras ofrecía a Martin lo que él conocía como *tirachinas*.

—Michael, te toca defender el honor de los *whiteis* frente al de los *roms* —comentó el duque antes de alejarse con Bahktalo para colocar los palos en los que debían hacer diana.

Moviendo la cabeza con resignación, se quitó la chaqueta, la dejó sobre la rueda del *vurdun* y comenzó a arremangarse la camisa. Algo lo hizo girar la cabeza y encontrarse con la fija mirada de Isabella sobre él. Se le tensó el pecho. «Por fin me miras, pequeña. No dejes de hacerlo, que tus miradas son lo único que tengo».

Zía quería volver a ignorarlo, pero su presencia la llamaba una y otra vez. Fingir que no estaba pendiente de él requería una fuerza de voluntad que se resquebrajaba a la mínima. Y eso le daba miedo. Ser consciente de su debilidad la atemorizaba. Se decía que lo lograría. «Conseguiré ignorarlo y, cuando se vaya, conseguiré olvidarlo», era lo que se había estado repitiendo durante la noche en vela. Pero luego lo sentía cerca y, aunque sus ojos no lo buscaran, su cuerpo lo llamaba. Como acababa de suceder. Sus ojos traidores no dejaban de recorrer su fuerte torso y de admirar los movimientos de sus brazos mientras se preparaba para una de esas pruebas con las que los hombres disfrutaban tanto. «Zía, deja de mirarlo o te derretirá con esos ojos aguamarina con los que sueñas cada noche», se riñó.

La llegada de algunos habitantes de Brighton logró distraerla y que cesara su descarada admiración por Michael. Los curiosos, al enterarse del juego que se traían allí y sorprendidos por la presencia de los duques, se quedaron para ver quién ganaba.

—¿Con qué me premiarás, princesa? —Fue la rimbombante pregunta que Hohan dirigió a Keyla.

El gitano había evaluado a aquel público inesperado y, cómo no, quiso ofrecerles algo más de emoción con la esperanza de que soltaran algunas monedas. Al fin y al cabo, así se ganaban la guita.

—Con un baile que agradará también a nuestros amables visitantes —respondió Keyla sin dejar de hacer botar a Henry sobre sus rodillas.

Zía supo de nuevo que Michael la observaba y, con la siguiente pregunta de Hohan, su mirada todavía se volvió más intensa.

—¿Cuál será el premio para nuestro violinista de parte de su querida esposa?

Las manos le comenzaron a sudar y su corazón jugó a malabares en su pecho. Con manos temblorosas alzó una rama de laurel que tenía cerca y la cerró en un círculo.

—¡Oh! ¡Una bonita corona de la victoria! ¡Qué lástima que no se la vayas a poder colocar en su dorada cabezota, porque voy a ganar el reto!

Los aldeanos aplaudieron el desparpajo de Hohan y se vio el intercambio de algunas monedas entre ellos. Habían incluso apostado. Luego, se sorprendieron al ver que el mismísimo duque ejercía de juez e informaba de a cuántos pies de distancia habían colocado los primeros palos. Los contrincantes tomaron posiciones, tensaron sus tirachinas y dispararon.

—Punto para los dos —indicó Bahktalo.

Repitieron el disparo en el nuevo tramo y volvieron a empatar. La tercera distancia por batir era de doscientos pies y el duque se ganó una mirada airada por parte del gitano cuando lo escuchó anunciarla.

—Su Excelencia, apiádese de este pobre romaní que solo aspira al triunfo para tener el favor de su princesa —pidió Hohan haciendo grandes aspavientos.

—Sé que el violinista es capaz de acertar a cuatrocientos pies, amigo. ¿Se rinde? —preguntó Andrew disfrutando del momento e intercambiando miradas con una divertida Emily.

—¿A cuatrocientos pies? ¡Eso no lo logra ni borracho! Bueno, borracho apuntaría en la dirección contraria, con suerte acertaría a algún jabalí y tendríamos carne para la cena.

El público rio y Michael admitió ser el protagonista de la broma con un gesto de asentimiento.

—Está bien —acabó aceptando Hohan con un fingido y exagerado enfado.

Michael levantó el tirachinas, esperó al segundo exacto en el que Hohan falló y disparó.

—¡Han fallado los dos! —aseguró Bahktalo a gritos.

—¡Ja! —exclamó Hohan, abriendo los brazos, pavoneándose por todo el claro—. Eso es empate, Su Excelencia. Declare el resultado oficial para que este perdedor y yo reclamemos nuestro premio.

Andrew gesticuló con la mano y entonces las monedas corrieron entre los visitantes y hacia el sombrero que Bahktalo se aprestó a pasar ante ellos. A continuación, el anciano se giró hacia el grupo con una sonrisa satisfecha. Los visitantes se alejaron y Hohan caminó decidido hacia Keyla.

—Mi *romni*, mi princesa, me debes un baile.

Keyla sonrió traviesa. Se levantó, se aupó un mellizo en cada brazo y comenzó a girar suavemente hasta arrancarles carcajadas a los pequeños. Hohan aceptó la broma y se unió a ellos. La alegría de la pareja suscitó sonrisas en los demás. Michael comprendió que de momentos como ese estaba hilvanada la auténtica felicidad.

El ambiente que reinaba era tan plácido que Isabella no se tensó cuando Michael se sentó a su lado. Se dijo que ese día, el último que permanecería en Brighton, debía tratar de vivirlo con alegría y serenidad. Por eso apartó de su mente la agria conversación de la noche anterior y simplemente se rindió al cosquilleo que siempre sentía ante su cercanía.

Lo miró con cautela y él respondió señalando con un gesto la corona de laurel que ella había trenzado.

—Mi premio —le reclamó en voz baja.

Un súbito sonrojo le caldeó las mejillas. «¿De verdad quieres que te coloque esta improvisada corona? ¿No te importa verte ridículo?». Cogió el símbolo de la victoria con manos vacilantes, se giró hacia él y se lo puso en la cabeza. Estaban tan cerca que se vio reflejada en sus iris de mar. Parpadeó y se echó hacia atrás para simular que observaba su aspecto. «¿Por qué le sienta tan bien?», se preguntó azorada. Entonces recordó una estatua antigua, pero no dónde o cuándo la había visto. Tampoco recordó si era de un dios o de un rey, pero llevaba una corona

parecida a la de Michael.

Lo contempló sin poderlo remediar. A pesar de la barba que lucía, sabía que sus rasgos eran muy marcados. Los había recorrido con los dedos y deseó poder hacerlo de nuevo. Comprendió que había algo noble en él: su apostura, su confianza en sí mismo. Cuando hablaba con el duque, no lo hacía con la misma sumisión que sí veía en Hohan al dirigirse a él. Michael le hablaba como a un igual y ahora, con esa corona puesta, le pareció más inalcanzable que nunca.

—Pa-pareces un rey de la antigüedad o un Dios —musitó devolviendo las manos, que había tenido tan cerca de su cara, a su regazo.

—Ojalá lo fuera, aunque no envidio a Apolo.

—¿A quién? —preguntó ella.

Martin admiró el brillo de la curiosidad en sus ojos y sonrió. Dio gracias por la dulce tregua que estaban compartiendo y que le permitía seguir a su lado, charlando igual que cuando se conocieron. Decidió contarle el mito de Apolo, pero, como no podía hablarle a Isabella de sus estudios clásicos, adaptó un poco la explicación de cómo había llegado él a conocer la leyenda.

—Una vez escuché a un bardo contar la historia del Dios Apolo. Al parecer, era aficionado a… «encamarse» con todas las mujeres que se le cruzaban, pero hubo una que se le escapó. Se llamaba Dafne y era una ninfa. Cuando ella se dio cuenta de que la perseguía y de sus intenciones, pidió ayuda al dios Zeus, al que no se le ocurrió otra cosa que transformarla en laurel. Apolo se quedó con un palmo de narices.

Isabella no pudo ocultar su risa, aunque esta menguó cuando los ojos de Michael se colgaron de sus labios.

—Ahora…, ahora comprendo por qué no envidias a ese dios mujeriego; se le escapó su presa —le dijo sin acritud.

—No es por eso. Es que ni con todo su poder pudo tener a la mujer que deseaba. A veces, el poder no garantiza conseguir lo que más queremos.

—¿Qué hubieras hecho tú? —lo sorprendió.

—Yo nunca le haría daño a la mujer que… —Tuvo que callar y coger aire—. Nunca hubiera herido a Dafne.

—Sé que no lo harías, pero…

—Isabella, si yo fuera un dios, cambiaría mi destino sin dudarlo —«para estar contigo».

Las palabras que pronunció de forma vehemente sonaron a juramento imposible, a promesa irreal. Y ella también pareció interpretarlas así.

—No juegues conmigo, por favor —le pidió apenas sin voz.

—Te juro que no es lo que pretendo, Isabella, pero hasta que nos separemos…, no conseguiré callarme todo. No podré evitar mirarte. No soy tan fuerte.

—No eres un Dios —aseveró ella.

—No. Solo soy un hombre débil.

En ese momento, el movimiento a su alrededor los sacó de aquel instante compartido en el que se habían sentido aislados del resto del mundo. Emily pidió a Andrew que entrara con ella al *vurdun* para alimentar a los pequeños y ponerlos a dormir. Por otro lado, Bahktalo y Hohan avivaron las brasas de la fogata y Dana y Keyla se afanaron en preparar la comida. Isabella se unió a ellas y Martin se levantó para darle espacio.

Tras la comida, Bahktalo los deleitó con varias historias. Luego, Hohan acompañó a Keyla a lavar los platos al río e Isabella y Emily entraron al *vurdun* a despertar a los niños. Andrew aprovechó para reiterar al anciano que no debían tener prisa por abandonar sus tierras. Bahktalo agradeció al duque su hospitalidad, si bien le recordó que los festejos por el aniversario de la

batalla de Trafalgar comenzarían pronto y que debían aprovechar las ferias, los bailes y los desfiles de la capital para ganarse la guita. Al día siguiente, la compañía abandonaría Brighton.

Dana había captado la mirada de anhelo que Michael dirigía hacia el carromato e interpretó que Isabella y él habrían discutido. Queriendo ayudarlo, le ofreció su mazo de cartas.

—Saca una carta, *whitey*.

Michael le dedicó una mueca, rio y escogió una carta. La sonrisa se le desvaneció al ver transformarse el rostro de la joven gitana.

—¿Qué ocurre?

—Es… —Dana le mostró la carta— es el rey bocabajo.

—¿Y qué significa?

—Yo… Lo siento, Michael. Solo quería ver si alguna carta te ayudaba con Isabella porque parecéis enfadados, pero esto no tiene nada que ver con ella.

—Dana…, ¿qué significa?

—Una traición.



Capítulo 13

Isabella no tuvo prisa al tomar el que consideró su último baño en una bañera durante mucho tiempo. Se pasó el trapo embadurnado de jabón a conciencia por todo el cuerpo, algo avergonzada por imaginarse otras manos sobre él. Así de traidores eran sus pensamientos. Por mucho que insistiera en mantenerlos firmes, se rebelaban y le traían visiones de Michael, ya no solo en sueños, sino también a cualquier hora del día.

A continuación, tratando de disimular su sonrojo, se dejó lavar el pelo por la doncella. Luego, cuando por fin salió de la bañera y se puso la bata, procuró disfrutar sentada ante el espejo de los pases del suave cepillo por sus mechones. Sonrió varias veces a la muchacha que la peinaba al verla probar diferentes estilos en busca del que le quedara mejor. Acabó con un recogido que le apartaba el pelo de la cara, pero dejaba un par de rizos bailando sobre su rostro. De nuevo imaginó una mano fuerte apartando uno de ellos para colocarlo tras su oreja.

Antes de que sus pensamientos volvieran a rebelarse, la duquesa entró en su habitación seguida de dos sirvientas cargadas con varias cajas y perchas. Atisbó una tela azul oscuro y levantó las cejas en una muda pregunta hacia la dama, que ya lucía ropa de gala.

—Aquí tienes el vestido para la cena, a juego con los zapatos, los guantes y el chal —le anunció Emily satisfecha. Luego la vio arrugar la frente y mirar el atado que había en el centro de la cama—. ¿Qué es eso?

—«Eso» son mis pertenencias —respondió con una sonrisa.

—¿El resto lo dejaste en el carromato?

—¿Qué resto? No hay nada más, seño… Emily —se corrigió en voz baja al ver cómo su nueva amiga comenzaba a fulminarla con la mirada—. La gente del camino viajamos ligeros de equipaje —añadió.

—Pero ahora tienes más vestidos y ni se te ocurra insistir en devolvérmelos. Los necesitarás en Londres para presentarte a las audiciones.

—Yo…

—Isabella, no es momento para ser orgullosa, toca ser práctica. Cuando seas una cantante famosa, me regalas tú unos cuantos y en paz.

La duquesa tenía razón. Si quería lograr su meta, una buena imagen la ayudaría. Asintió con la cabeza en señal de aceptación y se acercó al vestido que habían colocado sobre la cama. Era de tela vaporosa y del color de los ojos de Michael cuando se enfadaba. Pequeños brillantes, que

iluminaban la oscuridad de la tela, le recordaron las estrellas que los dos disfrutaban contemplar.

—Es perfecto —murmuró.

«Un vestido capaz de contar una historia».

—Ha de ser oscuro si queremos que te crean una viuda desconsolada. —Emily le recordó el papel que debía interpretar.

Con ayuda de las doncellas, enseguida tuvo puesto el impresionante vestido. Le costó reconocerse más que nunca en el espejo. Se llevó la mano enguantada al escote, recorrió el ribete de encaje que lo rodeaba y se tomó la falda para moverla como si comprobara si era adecuada para bailar una de sus danzas. Sonrió y compartió la sonrisa con la duquesa a través del espejo. De pronto, Emily se puso una mano en la frente.

—¡He olvidado las joyas!

—¡No! —se opuso Isabella—. Eso sí que no lo voy a permitir de ninguna manera.

—Pero…

—Ni hablar, Emily.

La duquesa aceptó la firmeza de su negativa con una mueca que pronto se deshizo.

—Está bien. Es hora de bajar, señora Isabella Zía, viuda de…

—Michael Beac. —El duque simuló estar presentándolo a unos invisibles invitados. Se encontraban solos en la puerta de la biblioteca, a los pies de las escaleras, y Martin hizo el gesto de gruñir a su amigo. Luego volvió a pasearse, a mesarse la barba y a retorcerse las manos.

—¿Me vas a decir qué has hecho para procurar que no me delaten en cuanto me vean?

—Tranquilízate, «Michael». Les mandé una nota a todos.

—¿Amenazándolos de muerte si me llamaban «milord»? Te recuerdo que hace siglos que el duque de Wyndham no puede decapitar a nadie.

—Participarán de tu charada. Les he contado que perdiste una apuesta conmigo y que te ves obligado a fingir un personaje. Vamos, nuestros vecinos te admiran y te tienen en alta estima, no te delatarán. Y si alguien tropieza, yo te cubriré.

Martin se detuvo y miró a su amigo.

—Como hace diez años —le recordó agradecido.

—Como las veces que haga falta —le respondió él apoyando la mano en su hombro. Luego miró hacia lo alto de la escalera y exclamó, con los ojos llenos de orgullo y amor—: ¡Dios bendito, por San Jorge y todos los santos! Nunca voy a acostumbrarme a verla aparecer como una diosa.

Martin se giró y también elevó la mirada, aunque la suya quedó secuestrada en la visión mágica que le pareció Isabella. Quiso quedarse así para siempre, que no lo despertaran del sueño que era ella, vestida del firmamento que tanto les gustaba contemplar.

A su lado, Andrew subió un escalón y estiró el brazo hacia su mujer. Nada le impedía reclamarla, demostrar lo que sentía y se alegró por ello.

—Eres muy afortunado. —La voz le salió algo rota y eso hizo que el duque lo mirara de reojo.

—Y tú, quizá de algún modo…

Martin negó con la cabeza, se recompuso y esperó a que Isabella estuviera un escalón por encima de él para ofrecerle su brazo. Los dos caballeros invitaron a las damas a entrar en la biblioteca. Martin se apoyó en el dintel de la chimenea y esperó para saber qué querían anunciar los duques a Isabella. Andrew solo le había avanzado que hablarían con ella antes de recibir a los invitados.

De repente, se sentía nerviosa. Algo había hecho mal, seguro. Si no, ¿a qué se debía que los duques quisieran hablar con ella de manera tan formal? Buscó la mirada de Michael, pero, al igual que en otras ocasiones, no pudo adivinar qué pensaba. Y, como en otras ocasiones, demasiadas, se perdió en él. De nuevo lucía prendas del duque, no de telas tan vistosas como las del noble, pero que le sentaban como un guante. Se había peinado su espesa melena, pero le encantó ver que no había logrado domarla del todo. Echó de menos la libertad de poder pasar los dedos por entre sus mechones rebeldes. Se sobresaltó cuando el duque llamó su atención.

—Isabella.

—¿Qué? —respondió de forma espontánea para corregirse de inmediato —Quiero decir… ¿sí, Su Excelencia?

—Eres observadora y aprendes rápido —apuntó el duque complacido—. Eso te será de gran ayuda en Londres, aunque, tal y como te prometí, aquí tienes estas cartas de presentación para los directores del Drury y del auditorio de Covent Garden. Me he tomado la libertad de enviarles una misiva con el anuncio de tu próxima visita. Te estarán esperando.

Zía tomó los sobres con manos temblorosas y levantó la mirada hacia aquel hombre formidable. En un mundo sin tantos formalismos y barreras, le daría un abrazo para agradecerle su gesto generoso; sin embargo, era muy consciente de que no cualquiera podía abrazar a un duque, y mucho menos una gitana.

—Ni siquiera me han oído cantar… —murmuró emocionada.

—Confío en Michael —aseveró el duque.

Zía evitó mirarlo por temor a perderse de nuevo en sus ojos. Aquella noche se sentía demasiado sensible.

—Nunca olvidaré esto. Siempre le estaré agradecida.

—Quizá puedas dedicarnos alguna canción en el futuro, cuando vayamos a verte actuar —intervino Emily apoyando la mano en su brazo.

Con la duquesa, Zía no se contuvo. La abrazó de forma apretada, como se abraza a la gente que se quiere, sin guardarse nada.

—Me vas a emocionar y todavía no te he dado mi carta; yo también tengo una para ti.

Zía se separó de ella y se limpió un par de lágrimas con sus dedos enguantados, sin ningún tipo de recato. Por mucho que tratara de imitar a las encopetadas, su educación era la que era. Emily retomó su explicación.

—Nada más llegar a Londres, Michael te acompañará a esta dirección. Allí, alguien te estará esperando con los brazos abiertos. Se llama Camille y tiene una casa de huéspedes para mujeres. Le importa más ayudar a quien lo necesita que el dinero, así que podrás pagar cuando ganes tu primera paga.

—Yo… no sé qué decir. Tan solo que tengo una deuda enorme con ustedes y que ningún romaní olvida un gesto de ayuda como este. Mi pueblo… Nosotros… quizá seamos rencorosos con las ofensas, pero también leales con quienes nos ayudan. Y esto es una promesa.

—Sé que una promesa hecha por un *rom* es inquebrantable, Isabella. Es un honor tener la tuya —afirmó el duque.

—Al final, me haréis llorar —balbuceó Emily.

Isabella guardó los sobres en su retículo, sonrió a su amiga y observó el cariño con el que su marido le rodeó la cintura y la invitó a salir de la biblioteca. Dedujo que debía ir tras ellos; sin embargo, al sentir de repente la intensa mirada de Michael sobre ella, no fue capaz de dar un paso. Le constaba que él no se había perdido ninguna de sus palabras mientras había permanecido quieto y silencioso junto a la chimenea. La recorrió un súbito escalofrío y esperó.

No podía sentirse más feliz por ella. Su estrella iba a lograr su sueño gracias a su talento, pero también contaría con el apoyo de los duques y eso le daba bastante tranquilidad. Él velaría por ella entre las sombras, mientras que ellos la cuidarían, mostrando su protección abiertamente. Esperaba que ese respaldo alejara de ella tanto a los canallas como a los intolerantes. «Dios, qué bonita está».

Suspiró con fuerza para salir de su embeleso, echó a andar y se detuvo frente a ella.

—¿Serías tan amable de concederme unos segundos?

Comprobó cómo ella trataba de reprimir una sonrisa y fracasaba.

—Cada vez hablas más como ellos —dijo Isabella señalando con la cabeza hacia la puerta.

—Tú también —le respondió e igualó la ligera sonrisa de ella, con lo cual estableció una tregua entre los dos.

—Ya sabes el motivo.

—Poder codearte con los encopetados cuando seas famosa —recordó él.

—Sin dejar de mantener las distancias, por descontado. No soy tan tonta como para olvidar quién soy —dijo sin acritud, solo constatando un hecho.

—Ni creo que debas hacerlo. Nadie debería olvidar su verdadera esencia, quiénes son en realidad cuando nadie los observa. Cuando… somos libres de ser y de sentir.

La vio tragar un nudo, doblar las cartas que llevaba en las manos y desviar los ojos hacia la puerta.

—¿De qué querías hablar? Nos estarán esperando.

—Solo quería darte algo que compré para ti —confesó mientras sacaba la pequeña bolsa de tela de su bolsillo—. Mañana… —Carraspeó—. Desde aquí, el viaje a Londres es rápido, te podrás instalar en cuanto lleguemos y no sé si nos quedará algún momento para… —Martin calló y encerró el regalo en su puño, sintiéndose de repente un estúpido—. Lo siento, creo que no es apropiado.

Para su sorpresa, Isabella levantó la mano y acarició con el índice su puño. Su toque le hizo abrir la mano y mostrar de nuevo la bolsita. En silencio, Martin la abrió, sacó el colgante y se lo mostró, observando su rostro y tratando de adivinar si ella rechazaría el regalo. No lo hizo. La vio rozar la libélula de plata con un dedo y a continuación apoyar ese dedo en su propio hombro, cubierto por la corta manga de su vestido.

Su corazón se saltó un latido cuando ella buscó sus ojos y le hizo una sorprendente petición en voz baja.

—¿Me lo pones? —preguntó y le dio la espalda.

Martin se quedó con el colgante pendiendo de sus dedos y el aire escapando de su pecho.

—Es demasiado sencillo —objetó sin aliento—. A tu vestido le irían bien perlas o diamantes, no esto…

—Es perfecto. —La oyó afirmar.

Y entonces su corazón volvió a redoblar con fuerza. Se encontraba en la misma posición que cuando tuvo que atarle el vestido rojo. Parecía que hubieran pasado mil años y no un puñado de días. Las manos le temblaron al pasar el cordón por delante de su cuello y ver cómo la libélula tomaba posición al inicio de los montes de sus senos. El roce de sus dedos provocó un estremecimiento en ella que tuvo eco en él. «No es el momento, no es el lugar y, maldita sea mi vida, ya nunca lo será», se recordó con amargura, mientras anudaba el cordón y daba un paso atrás.

En cuanto él se separó, Isabella sintió un aire frío. En su piel, en su alma. Y comprendió que había estado esperando algo más. Un beso prohibido en el cuello, una caricia de condena en sus

hombros o su nombre como una sentencia de sus labios. Agitó la cabeza para despejar anhelos estúpidos y avanzó decidida hacia la puerta. Cruzó el vestíbulo, escuchando los quedos pasos de él tras ella, y se detuvo en la entrada de la sala donde varias personas se saludaban con verdadera cordialidad.

Emily, en cuanto la vio, le hizo un gesto con la mano para que se uniera a ellos. Con algo de aprensión, caminó hacia los duques justo cuando también lo hacía una pareja de cierta edad seguida de una joven.

—Querida Isabella, permíteme presentarte al reverendo Parrot, a su esposa y a su hija Alice.

Su sonrisa se congeló en su rostro al cruzar sus ojos con los del religioso. La reacción de él no fue menos sorprendente.

—¡Santa madre de Dios!



Capítulo 14

A Martin no le pasó desapercibida la mirada del reverendo Parrot, ni la reacción de Isabella al ser presentados. Casi podía notar en sus entrañas el temor de ella, por lo que se situó justo detrás. Desde su posición como guardián de Isabella, analizó el rostro del reverendo y estuvo atento a cualquier intención de menospreciarla. No podía creer eso del amable reverendo Parrot, pero los prejuicios, en ocasiones, no solían ser conocidos o aireados. Y menos en el caso de un religioso, ya que no hablaría muy bien de él que no considerara iguales a todos los hijos de Dios.

—¿Reverendo? —El duque intervino y demandó así una explicación al religioso.

—Ella… Ella se parece tanto a… —El reverendo tragó saliva con dificultad, miró a su esposa en busca de apoyo y luego paseó la vista por las cuatro personas que lo observaban y esperaban una respuesta—. Usted se parece de forma asombrosa a alguien que conocí hace mucho tiempo. Por eso me he sobresaltado. No ha sido mi intención asustarla, hija.

Martin no podía observar el rostro de Isabella, pero sí la vio asentir silenciosa.

—Su Excelencia, la duquesa la ha llamado *Isabella* —dijo el párroco.

—Reverendo Parrot, es la señora Isabella Zía, una muy querida amiga nuestra —aseguró Emily.

—¿Señora? ¿Está usted casada? —La curiosidad del reverendo llamó aún más la atención de Martin.

—Soy… Soy viuda.

Su voz, inusualmente temerosa, le encogió las entrañas y le creó la necesidad de poner las manos sobre sus hombros; de hacerle saber que él estaba allí para ella; de que no permitiría que nadie la hiriera.

—La acompaño en el sentimiento, hija. Qué terrible —lamentó la señora Parrot.

En ese momento, aparecieron los Brandon y, tras las presentaciones, su hija Clarise no se contuvo en alabar el vestido de Isabella. Mientras la conversación se centraba en la moda y pasaba luego a la disposición del bufet, Martin captó el interés que mostraba el reverendo por el colgante de Isabella. El hombre frunció el ceño, volvió a intercambiar una mirada con su esposa y de nuevo se quedó prendado del rostro de Isabella. «¿A quién diablos conocía Parrot, tan parecida a Isabella como para llamarle la atención y llevarlo al límite de la descortesía? Quizá debiera interrogarlo», pensó al mismo tiempo que se daba cuenta de que su faceta como espía acababa de entrar en acción.

El temor de Martin a ser reconocido por los invitados pronto quedó en segundo plano. El interés que suscitaba Isabella era tanto, que propició que su presencia pasara bastante desapercibida una vez presentado como el señor Michael Beac. La tensión que había sentido con el encuentro entre Isabella y el reverendo Parrot se fue atenuando durante la cena, gracias a que las reacciones a la presencia de su preciosa estrella eran todas cordiales. Podía estar orgulloso de sus amigos. Los Brandon, los Colchester, los Parrot, el doctor y Tom, ninguno de ellos miró a Isabella con desconfianza ni una sola vez.

Terminada la cena y reencontrados en el salón las damas y los caballeros, *lady* Clarise Brandon —¿cómo no?—, se sentó en la banqueta del pianoforte para deleitarlos con su talento. Martin, de pie junto al duque, el doctor Rose y Tom, era muy consciente de la posición de Isabella en la sala, de sus reacciones y hasta de sus sentimientos. Por eso fue testigo de cómo la atención de Isabella, sentada entre Emily y la señora Parrot, enseguida se dirigió a la joven intérprete. Ella vivía por y para la música y era normal que, con solo escuchar unas pocas notas, su espíritu se elevara. Lo había comprobado una y otra vez al tocar el violín para ella.

Con satisfacción, advirtió cómo la duquesa también percibía el interés de Isabella y poniendo una mano en su espalda, la animaba a unirse a Clarise. No dejó de contemplarla mientras se acercaba al pianoforte. Isabella sonrió a Clarise como pidiéndole permiso, se cogió las manos y comenzó a cantar.

Las pocas conversaciones cesaron y todos se volvieron hacia la preciosa mujer que interpretaba una canción sobre amores secretos, que todos habían escuchado miles de veces, pero jamás de esa manera. La letra de la canción en la voz de Isabella les hizo estremecer el corazón. Aquella historia adquiría veracidad y los allí presentes sintieron el dolor de la pareja que moría por poder amarse en libertad. Martin conocía la magia de Isabella y la vio extenderse por la sala. Sus ojos descubrieron una caricia secreta entre el doctor Rose y Tom, una mirada cargada de emoción entre el duque y la duquesa e incluso vio unirse las manos de los tres matrimonios de más edad.

La protagonista de la canción lamentaba no poder pasear en público de la mano de su amado; penaba por no poder siquiera mirarlo con amor si estaban rodeados de gente y lloraba a solas las palabras que no les estaban permitidas decirse.

Una fugaz mirada de Isabella hacia él se le clavó como una daga en el pecho. La situación de ambos estaba relatada con precisión en esa canción, pero no era la única, también la relación prohibida entre el doctor y su «asistente».

Atronadores aplausos lo sacaron de sus cavilaciones y asistió a las felicitaciones entusiastas de todos hacia Isabella, la cual quedó rodeada por todos los invitados. De nuevo, la mirada del reverendo lo alertó, pues osciló entre asombro, pena y, finalmente, orgullo. Luego, lo vio asentir con firmeza, como si acabara de tomar una decisión, y ese gesto fue el que más lo intrigó. Recordó que al día siguiente partirían hacia Londres y maldijo el poco tiempo que tendría para interpelar al párroco.

—Considero que este es el momento perfecto para anunciar que nuestra querida Isabella viaja mañana a Londres, donde será recibida por los mismísimos dueños del teatro Drury Lane. Su Excelencia y yo estamos seguros de que no tardaremos en disfrutar de su talento en ese marco incomparable. —Martin elevó una comisura de su boca. No era usual ese tono pomposo en la duquesa. Sin duda, lo había copiado de su marido para dar más importancia al anuncio.

—¿Se va mañana? —se alarmó el reverendo.

Esta vez, incluso el duque intercambió una mirada de consternación con él y Martin volvió a lamentar la falta de tiempo para comentar con su amigo el extraño comportamiento del

reverendo.

—Si va a actuar en el Drury, debe llegar a Londres con tiempo para prepararse —opinó *lady* Brandon en dirección al párroco.

—¡Oh, Isabella! ¿Se imagina cantando para nuestros héroes en la conmemoración de la batalla de Trafalgar? —preguntó *lady* Clarise, al mismo tiempo que intercambiaba una mirada soñadora con su amiga Alice Parrot.

—Estará rodeada de apuestos oficiales emocionados con su talento… —añadió la hija de los Colchester.

Aquella conversación, típica de jovencitas a punto de ser presentadas en sociedad, lo molestó más de lo debido. Deseaba el éxito de Isabella porque era su sueño y él, sabiendo eso, no podía estar más impaciente por verla brillar en un escenario; sin embargo, el tema de los admiradores no se le había pasado por la cabeza. El ácido que hirvió en su estómago le tensó la mandíbula y lo llevó a apretar los puños.

Sus ojos, que jamás habían mostrado celos, los irradiaron al posarse sobre Isabella. Ella, lejos de apartar la mirada, se la mantuvo y él comprendió abochornado que su gitanilla había leído perfectamente el brillo receloso de sus iris y el rictus serio de su boca.

—Solo pretendo dedicarme a cantar —Isabella tomó la palabra para responder a las jóvenes; sin embargo, no dejó de mirarlo a él—. Entregué mi corazón a mi esposo y lo enterré con él. Le guardaré luto por siempre y no me casaré jamás.

Se oyeron varios suspiros femeninos y varios carraspeos masculinos.

—¡Caramba! —habló Joseph Rose con la voz claramente tomada por la emoción—. Deduzco que su… original colgante se lo regaló él.

Martin se tensó completamente. Una tormenta de sentimientos lo recorrió de arriba abajo y clavó la mirada en la mano de Isabella, la cual estaba cubriendo la libélula. Esta vez ella no buscó su mirada y permaneció cabizbaja acariciando el colgante.

—Sí, fue su último regalo.

En cuanto oyó las sentidas palabras de ella, no aguantó más. No quedaba una parte de su corazón que no estuviera hecha trizas. Desapareció de la sala con discreción.

Durante el resto de la velada, Zía no dejó de atisbar hacia la puerta, esperando su regreso. Tampoco dejó de cuestionar sus propias palabras. «¿Por qué se ha ido? ¿Lo habrán ofendido mis palabras? ¿He sido demasiado directa? Tan solo los duques están al tanto de nuestra relación y solo ellos, además de él, habrían podido interpretar lo que he dicho como una declaración de… ¿de qué?, ¿de algo imposible?».

Por mucho que trató de corresponder con amabilidad al interés de los invitados de los duques, su mente estaba lejos de allí, torturándose. Terminada la velada y ya en su habitación, continuó pensando en él y en su huida del salón. Mientras se paseaba en bata de un extremo al otro de la estancia, no lograba quitarse de la cabeza las miradas de Michael. Encerró el colgante, que no se había quitado, en la mano y trasladó sus pensamientos a un monólogo en voz alta.

—Deja de pensar en tu estúpido sueño, Zía Isabella. Por mucho que te desee, por mucho que sienta algo de cariño por ti, él no quiere casarse. Y tú… Tú no puedes plantearte siquiera aceptarlo como tu amante si quieres triunfar y ser respetada. Claro que tampoco es que él te lo haya pedido… ¿Y si lo hiciera? ¿Y si él se quedara en Londres y me propusiera formalmente ser su amante? No, no, Isabella, Michael conoce tu sueño, sabe lo que implica, no lo hará. Despierta de una vez, en cuanto lleguéis a Londres, él saldrá de tu vida.

Isabella detuvo su paseo justo ante el espejo de cuerpo entero de la habitación y se contempló. El pelo suelto, la libélula descansando en su pecho, la bata sin cerrar del todo.

«Londres», canturreó su mente. «No estás en Londres. Todavía no eres la señora Isabella Zía, viuda inconsolable». Su rostro al otro lado del espejo frunció el ceño y ella le pidió perdón. Sin querer detenerse a pensar ni un segundo más en nada que no fuera Michael, se acercó a su zurrón y extrajo un puñado de flores secas de zanahoria silvestre.

Se ajustó la bata, caminó hacia la puerta y salió al pasillo. Sabía cuál era la habitación de él. No estaba lejos. Sus pasos decididos la llevaron hacia ella, sin embargo, nada más detenerse, tuvo que ponerse la mano en el pecho. El corazón parecía querer escapársele. Cerró los ojos durante unos segundos y conjuró la imagen de Michael. Necesitaba estar con él.

Cogió aire, apoyó la mano en la maneta, la giró y traspasó la puerta para cerrarla enseguida tras de sí. Lo vio al momento. Su figura imponente, vestida solo con los pantalones y sin botas, se volvió hacia ella desde la ventana que enmarcaba una oscura noche. Esas noches eran las mejores para contemplar las estrellas y eso era lo que él parecía haber estado haciendo.

—¡Isabella! ¿Qué ocurre? —caminó hacia ella preocupado.

Se detuvo y levantó las manos como si quisiera tocarla, pero no supiera de qué manera hacerlo.

—¿Estás bien?

—Sí, tan solo… —La visión de su pecho desnudo la enmudeció durante un segundo—. Yo… quiero saber si esto es un regalo de despedida —improvisó llevando su mano a la libélula de plata y sondeando sus ojos añiles.

Michael le recorrió el rostro con la mirada y le provocó un estremecimiento tal que casi tuvo que apoyar las palmas en su torso esculpido para no caer.

—En cuanto lleguemos a Londres y te instales, te acompañaré al teatro. Me aseguraré de que todo esté bien y luego… —Su voz se fue enronqueciendo y apagando.

—Desaparecerás.

—Sí —le confirmó él.

—Michael —susurró su nombre tras un suspiro.

—Dime, pequeña.

—Todavía no estamos en Londres. —Isabella dio un paso valiente y pegó su cuerpo al de él. Lo vio coger aire de golpe y sintió sus músculos tensarse.

—Cariño, no me hagas esto. No me pongas a prueba, porque te deseo con toda mi alma y ahora mismo estoy ardiendo por ti.

—Quiero compartir tu hoguera —gimió ella levantando el rostro y poniendo sus pequeñas manos en la cintura de él.

—¿Y mañana? —le demandó Michael, levantando una mano temblorosa para peinar con sus dedos el mechón que le caía por un hombro—. No quiero que te arrepientas si…

—No lo haré. Mañana será como si esta noche la hubiéramos soñado.

Martin no se contuvo más. Se apoderó de los labios de Isabella y la besó con desesperación. Sus brazos la rodearon y la apretaron aún más contra su excitado cuerpo. No dejó de mordisquearla y de buscarle la lengua al mismo tiempo que sus manos resbalaban hacia su trasero para masajearlo y arrancarle gemidos acelerados.

Le apartó la bata y tiró de ella hacia abajo, sin abandonar sus labios ansiosos. Abrió su camisón con impaciencia y algún desgarro hasta que los pechos de Isabella quedaron a la vista hambrienta de él. Hechizado, inclinó la cabeza y los cubrió con la boca. Tuvo que poner las manos en su espalda para sujetarla y que aguantara los lengüetazos en sus pezones. Los devoró a suaves mordiscos, a mimosas succiones. Y se deleitó con los tirones en su pelo de su apasionada mujer.

Suya por esa noche, suya en su corazón por el resto de su vida. Alzó el rostro y la miró.

—Quiero aprenderme tu piel y beberme tu sabor. Detenme si voy donde no quieras.

—Te quiero conmigo —lo animó ella.

Martin la cogió en brazos y la tendió en la cama. De rodillas y sin dejar de mirarla a los ojos, tiró de la ropa que le quedaba hasta tenerla desnuda ante él. Respiró con fuerza. Un aroma conjurado de lavanda y mujer inundó sus fosas nasales y lo volvió loco. Desvió la mirada hacia el vértice de las piernas temblorosas de Isabella y solo pensó en probar su elixir. Puso las manos en sus rodillas y las separó, bajó las palmas por sus muslos cálidos y acarició con los pulgares sus ingles. La oyó jadear con fuerza y la miró lo justo para advertir gozo y no temor. Sonrió, se inclinó y sacó la lengua para saborear todo lo que ella le ofrecía confiada.

Isabella no se contenía. Gemía, lo arañaba en los hombros y se retorcía bajo sus manos y su boca. Y él la castigaba con más besos, más mordiscos y más caricias de su expeditiva lengua. Temió no saciar nunca aquella sed de ella y arremetió con embates certeros en su carne cálida, perlada de rocío. No se detuvo cuando ella elevó las caderas de forma instintiva. Continuó adorando con los labios los estremecimientos de aquellos rincones lozanos.

Cuando su propio nombre le llegó en jadeos, se irguió, se desprendió de la ropa y la miró. Zía se había estado mordiendo el labio inferior y avanzó como una pantera sobre ella para pasarle el pulgar por la marca que sus dientes habían dejado.

—Nada debería dañarte y mucho menos mi pasión —gruñó.

—No me has dañado tú… Es que ha sido… —A su estrella le costaba hablar, quizá porque en ese momento se tumbó con cuidado entre sus piernas y no dejó de acariciar su rostro encendido.

—¿Ha sido como tocar las estrellas? —Se atrevió a bromear al tiempo que movía las caderas.

—¡Oh! ¡Oh, Dios! No. —Le sonrió ella poniendo sus manos a cada lado de su cara—. Siempre es como comer demasiados madroños.

—¿Te emborracho, pequeña?

—Sí y quiero más, mmm.

Él también. Él querría más de ella, siempre, hasta acabar borracho de pasión. Que los dos pensaran igual y que algunos temblores de Isabella todavía acariciaran su miembro dispuesto lo devolvió de nuevo a su misión. La misión de demostrarle todo lo que sentía.

Michael había sonreído y ella se había grabado su hermoso rostro en la memoria. Trataría de recordarlo así: canalla y apasionado, no preocupado y taciturno.

El breve descanso llegó a su fin. Michael la besó de nuevo de manera tan intensa y lenta que el deseo se avivó por todo su cuerpo. Él se movió, pasó la mano bajo su rodilla y se rodeó la cintura con ella. Se echó hacia atrás y cuando volvió a avanzar lo hizo penetrándola de forma imparable. Jadeó al sentir cómo la llenaba y lo abrazó. Sus embates lentos la enloquecían y ella elevaba la cara en busca de sus besos, que recibía con la misma fuerza con la que su cuerpo la poseía.

Michael bailaba con ella la danza más hermosa y apasionada que jamás volvería a bailar. Nunca en unos brazos que no fueran los suyos. El placer se apareó con el dolor. Un dolor que era demasiado pronto para sentir. Un dolor que debía llegar en otra ciudad, en otro momento, en una despedida, no ahora que lo tenía con ella, en ella.

Cuando él ocultó el rostro en su cuello, ella cerró los ojos. Escondió un sollozo en gemidos de placer y bajó las manos por su fuerte espalda. Lo necesitaba dentro, cada vez más rápido y cada vez más duro.

—Márcame para siempre.

Michael no se detuvo, pero la miró de repente con el azul de sus ojos oscureciéndose con rapidez. Ella no apartó los brillantes ojos, sino que elevó la barbilla, exigente, autoritaria y él se aprestó a obedecer aquella orden sensual. Los movimientos de sus caderas se volvieron largos en el camino de salida para arremeter con fuerza al volver a entrar. Él tocaba fondo, ella tocaba el cielo y se arqueaba en cuanto sentía toda su potencia poseerla. Rodeó su cintura con ambas piernas y lo recibió apasionada en todos sus embates. Comenzó a gemir su nombre con rapidez tan pronto como el fuego amenazó con arrasarla. Sintió la mano furtiva de Michael entre sus cuerpos acariciando su carne sensible y eso la hizo estallar en miles de estrellas. Otra acometida de Michael y lo sintió unirse a su firmamento particular. No buscaron respirar. Se buscaron los labios por si su destino era perecer en un beso compartido.

Lo que sí hizo él fue rodar para quedar de espaldas y acomodarla encima. Aquel gesto le demostraba más que cualquier palabra. Nada de dañarla. Lo siguió besando y tampoco detuvo las manos sobre su piel húmeda y caliente. Debía palpar todos sus músculos por si en sueños era capaz de moldearlo en arcilla.

Martin la abrazaba, la besaba en los labios, en sus ojos cerrados, en la frente y en su glorioso pelo esparcido a su alrededor. Y ni siquiera rodeado de ella lograba alejar la misma pregunta que lo había roto en el bosque días atrás: «¿cómo se renuncia a esto?». Y de nuevo se negó a llamarlo por su nombre. Era lo que más temía.

La paz de estar uno en brazos del otro después de hacer el amor los adormeció; sin embargo, un abrazo instintivo de Martin sacó del letargo a Isabella, que se incorporó asustada mirando hacia la ventana.

—Todavía está oscuro—susurró aliviada.

Lo miró y a él le pareció que los ojos de ella habían capturado la esencia misma de la noche en ellos. En la noche todo se oculta, en la noche se reencuentran los que de día no pueden ni mirarse. Michael recordó la canción y le bajó el rostro para recorrer la carne de sus labios de forma perezosa. Ella respondió de igual modo. Sus bocas se fueron abriendo y sus lenguas, como si hubieran olvidado el sabor degustado hacía poco, se retaron en roces sensuales.

Poco a poco, Isabella fue trepando al cuerpo de Michael, que la sintió estremecerse en cuanto ella sintió su miembro ya dispuesto. Su estrella lo montó a horcajadas, pero no se sentaba, quizá por no perderse un solo beso. Él la entendió y se incorporó. Sentados frente a frente, se miraron mientras el cuerpo de él se enfundaba en el de ella. Contemplaron cautivados el placer reflejado en el rostro del otro. Se besaron. Se sonrieron y se volvieron a besar. Michael la estrechó por la cintura y ella apoyó los brazos en sus poderosos hombros. La marea que los acercaba y alejaba dio comienzo y los gemidos no tardaron en encadenarse. Los jadeos de intenso placer se entrelazaron con sus besos infinitos, hasta que el fuego lo arrasó todo.

Michael no quiso moverse. Buscó el apoyo del cabezal en su espalda y acomodó a Isabella en su regazo para rodearla con sus brazos. Así estaban bien. Cuando notó la respiración acompasada de ella en el cuello, la cubrió con la sábana y trató de velar su sueño. Pero el amanecer parecía ser siempre su enemigo y le arrebató el placer de despertar con ella. Isabella no estaba y, esta vez, no encontró ninguna nota con la promesa de volver.

Martin contó con un reencuentro en la sala del desayuno que no se produjo. Según Emily, Isabella tan solo había aceptado un té de la doncella que la despertó y a la que pidió asimismo que anunciara que no bajaría a desayunar. La máscara fría que cubrió el rostro de Michael no pasó desapercibida para los duques, que entendieron el tormento por el que estaría pasando su amigo, el mismo que estaría asolando a Isabella.

Cuando Michael se disculpó y abandonó el comedor, se encontró con Isabella en el amplio vestíbulo. Ella bajaba las escaleras con la correa de su zurrón cruzando su pecho y su atado en la mano, en claro contraste con la delicadeza del vestido azul de viaje que lucía. Llevaba el pelo semirrecogido, lo que ponía de manifiesto su inusual palidez y la falta de brillo en sus ojos. «Sufre», supo Michael, «tanto o más que yo». Se armó de valor y le ofreció el brazo. Ella intentó una sonrisa y se sujetó a él.

Caminaron así hasta la puerta, en la que los duques se reunieron con ellos. A los pies de las escaleras, además del *vurdun* conducido ya por Hohan y con Bahktalo en el pescante, había otro carruaje preparado y cargado de mantas, víveres y vestidos, no solo para Isabella, sino también para Dana y Keyla. Los cuatro se apearon para despedirse con propiedad de los duques y volver de inmediato a sus lugares de viaje.

La duquesa tomó la iniciativa y abrazó estrechamente a Isabella.

—En unos días, nosotros también viajaremos a Londres para las celebraciones, pero al ser los niños tan pequeños, nos tomaremos el viaje con calma. En cuanto lleguemos, iré a verte.

—¿De verdad? —musitó Isabella.

—Por supuesto. Yo ya te considero una amiga.

La joven gitana asintió emocionada. Luego llegó el turno del duque, que tomó su mano. No se la besó, se la estrechó y puso su otra mano encima en un gesto contenido, pero que le transmitió un sincero afecto. Ella le hizo la reverencia que no le había hecho en todos aquellos días y él sonrió hacia Martin. Se apartaron para dejar que fuera Martin quien la ayudara a subir a la parte trasera del *vurdun*; sin embargo, unas voces ahogadas los hicieron detenerse. El reverendo Parrot llegaba por el camino, falto de aire.

—Disculpen, disculpen. No sabía que partirían tan temprano y he tenido que correr cuando he visto pasar el carromato zíngaro por delante de la vicaría.

—¿Qué necesita, reverendo? —demandó el duque.

—Un momento a solas con la señora Isabella —fue la sorprendente petición.

Martin se envaró, tomó del brazo a Isabella y le buscó la mirada. Sin palabras, le preguntaba si aceptaba aquello. Ella asintió y caminó varios pasos para alejarse de la comitiva.

Isabella sintió un sudor frío mientras giraba para atender al párroco, que, sin embargo, le mostró una sonrisa de disculpa que logró enternecerla. Fue entonces cuando reparó en que el hombre sostenía algo envuelto en una tela de colores vivos. Se sorprendió al ver que él le tendía aquello.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz baja.

—Algo que le pertenece, Isabella. Yo lo he custodiado durante muchos años, pero, como puede ver, ya estoy viejo y, al verla ayer, supe que era el momento de entregárselo. Solo usted decidirá si hace uso de lo que contiene.

Con manos algo temblorosas, tomó el atado y apartó las capas de tela. Ante ella, apareció una caja de madera con una figura tallada que la hizo coger aire con fuerza. Era una libélula.



Capítulo 15

La escena que presenció puso en alerta todos los instintos de espía de Martin. «¿De qué y por qué querría hablar el reverendo Parrot con Isabella? ¿A quién le recordaba ella? ¿De dónde venía el recelo de Isabella a permanecer en Brighton? Y ¿qué diablos le acababa de entregar?».

Esperó con paciencia al pie del carruaje y, tras asistir a la sorprendente despedida entre el párroco e Isabella, que incluyó un abrazo improvisado por parte del anciano, la ayudó a subir al carruaje sin darle la opción de dirigirse al *vurdun*. Sacó el tema en el momento que estuvieron acomodados uno frente al otro.

—Ya sabes que siempre me causan recelo los lugares nuevos y nunca había estado en Brighton —respondió ella a su pregunta sobre el pueblo.

—No era recelo lo que vi en tu cara cuando Bahktalo nombró Brighton, Isabella, era miedo —apuntó con suavidad.

—Recelo, miedo, cautela, llámalo como quieras. ¡Como si no estuviera justificado sentir todo eso! —se defendió ella, aunque sin la pasión de otras veces; al contrario, como si procurara retener sus emociones.

—Reconozco que los *roms* tenéis razones para ser precavidos, pero, como has podido comprobar, aquí todo el mundo os acepta. Solo una persona ha reaccionado de manera extraña ante ti, ¿por qué?

—Le recuerdo a alguien, a alguien a quien seguramente tuvo cariño, y por eso se sorprendió y…

—¿Y por eso incluso te hace un regalo? —Martin señaló con curiosidad el vistoso paquete.

—Pues sí. —Fue su evasiva respuesta.

—Ya veo. No confías en mí. No quieres contármelo.

—No hay nada que contar. —Ella creyó que daba por terminada la conversación.

—Isabella, detrás de todo esto hay algo que te tiene aterrada, que te preocupa. ¡Cuéntamelo!

—¿Para qué, Michael? En unas horas, saldrás de mi vida para siempre. Lo que sea que venga a partir de ahora, le haré frente… sola. Me fui de mi clan sola y en Londres me buscaré la vida sola. No me da miedo, estoy preparada.

El pequeño discurso de Isabella le dolió igual que una cuchillada y no porque estuviera teñido de reproches o de bravuconería, todo lo contrario. Martin constató que ella seguía hablando como si lo hiciera de otra persona. ¿Era resignación? ¿Resignación sobre ellos?

Ese *sola* lo hubiera perseguido durante mucho tiempo si no hubiera decidido ya que velaría por ella el resto de su vida. Jamás estaría sola, no del todo. Observó su perfil mientras la mirada de Isabella se perdía a través de la ventanilla y admiró la fuerza de su determinación. Recordó entonces que solo una circunstancia podía cambiar el futuro.

—Isabella, recuerda tu promesa.

Ella se volvió hacia él confusa.

—¿Cuál?

—Debes avisarme si… si vamos a tener un hijo. —Notó romperse su voz al decir eso, ella ni siquiera parpadeó.

—Y ¿a dónde se supone que deberé enviar el aviso?

—Los duques —murmuró él—. Ellos tienen medios para localizarme y te ayudarían.

—Ya…

La vio esbozar una sonrisa sarcástica y temió que Isabella no cumpliera con su promesa en caso de haberse quedado embarazada. Lo sorprendió el rumbo que tomó entonces la conversación.

—Hablando de los duques, te has movido muy cómodo por su casa y te he visto hablar con Su Excelencia con mucha confianza, casi de igual a igual. —Sus palabras lo pusieron contra las cuerdas. «Dios, no quiero mentirte, cariño. No quiero teñir de mentiras nuestras últimas horas juntos. No cuando nuestra última noche fue tan de verdad»—. ¿Ves? Tú tampoco encuentras sentido a abrirte a mí y… me parece bien.

—¿A qué viene esta indiferencia? —preguntó dolido.

La mirada de ella se clavó en la de él, pasó de la apatía a la angustia y entonces la entendió. Se llamó estúpido por no haber leído sus evasivas, sus miradas esquivas y su supuesta resignación. Isabella estaba levantando sus defensas a su manera. Era su forma de aislarse del momento que estaba por llegar. Un momento para el cual él no se había preparado porque no sabía cómo hacerlo. El momento del adiós.

—Eres infinitamente más fuerte que yo, Isabella —susurró.

—Solo trato de sobrevivir. A todo. —Y, antes de que Martin pudiera añadir algo más, ella hizo una última petición—. Me gustaría continuar el viaje con Dana y Keyla.

La larga mirada, teñida del azul más límpido, se volvió noche cerrada. Martin dio dos golpes en el techo con más fuerza de la requerida y el carruaje se detuvo. Bajó de un salto y silbó hacia el *vurdun*, que frenó al momento. Al ofrecer su mano a Isabella para que descendiera del carruaje, ella la rechazó y, esta vez sí, tiñó de reproche sus palabras. De reproche o de ruego.

—No me mires así, Michael…

Él obedeció. Fijó los ojos en el suelo y dio un paso atrás. Cuando el *vurdun* reemprendió la marcha, se dirigió a la parte trasera del carruaje para desatar a su caballo y poder lanzarse al galope tal y como su espíritu le exigía.

Al caer la tarde, el jinete y los dos vehículos se detuvieron cerca de los jardines Vauxhall, pues allí quedaría establecido el campamento destinado no solo para la pequeña compañía de Bahktalo, sino también para los demás feriantes que llegarían en las semanas venideras, atraídos por las celebraciones del décimo aniversario de la Batalla de Trafalgar.

Isabella se despidió con abrazos de Dana y Keyla y con la promesa de venir a visitarlas tanto si la audición era un éxito como si suponía un fracaso. Los dos gitanos le desearon suerte, les reiteraron a ambos que siempre serían bienvenidos en su pequeña compañía y, finalmente, Isabella los vio cruzar miradas y gestos de asentimiento con Michael. Ignoró los silenciosos códigos masculinos y, algo emocionada, se dirigió de nuevo al carruaje observando que Michael

volvía a montar a caballo. El último tramo del viaje lo harían separados.

Quince minutos más tarde, el vehículo ducal se detenía frente a la casa de huéspedes de la tía Camila, cerca de Covent Garden. El cochero y el lacayo, que habían permanecido en el pescante durante todo el viaje, se apearon ahora para descargar el equipaje de Isabella. Al mismo tiempo que ella descendía, Michael desmontaba y la puerta de la casa se abría.

—¿Eres Isabella? Soy Camila Rose, pero todos me llaman *tía Camila* y tú, por supuesto, también puedes hacerlo… ¡Oh! —exclamó la mujer al advertir a Michael cerca de ella—. ¿Y este caballero quién es?

La súbita aparición de la anciana y la pregunta directa provocó que Michael y ella se buscaran la mirada. ¿Qué debía responder? ¿Quién era Michael para ella en realidad? Sus ojos siguieron enlazados a medida que sus respiraciones se volvían agitadas. ¿No iban a poder despedirse sin testigos? ¿Sería eso lo mejor? Entonces, ¿por qué sentía que se ahogaba? Un carraspeo hizo que Michael se volviera hacia la anciana y respondiera:

—Soy amigo del duque de Wyndham y, como yo también viajaba a Londres, me pidió que escoltara a… la señora Isabella.

—¿Y su nombre es? —demandó la mujer con las cejas alzadas.

—Michael Beac —respondió él. Y sin dar oportunidad de volver a intervenir a su nueva casera, habló—: Señora Camila, ¿sería tan amable de concedernos un minuto? —Luego puntualizó—: ¿A solas?

Su corazón se desbocó al escuchar su petición y miró desamparada a tía Camila, que parecía no saber qué hacer.

—Por favor —rogó Michael, lo que enterneció sin duda a la mujer.

—¿Isabella? —inquirió tía Camila.

Ella asintió con un gesto y la buena señora desapareció tras la puerta sin cerrarla del todo. Detrás de ella, escuchó el ruido de las ruedas sobre los adoquines que anunciaban la marcha del carruaje de los duques. Rezando por no ponerse a temblar o, Dios no lo quisiera, a llorar y a suplicar, se giró hacia Michael.

—No deberías haber hecho eso —musitó.

—¿No pensabas despedirte? —le preguntó él también en voz baja pero ronca.

Isabella buscó las palabras para responder, pero el nudo de la garganta era cada vez mayor y dudaba que pudiera pronunciarlas. Tragó, se humedeció los labios y se retorció las manos.

—Alargarlo solo sirve para… para…

Apartó los ojos de los de él. No podía más.

—Como siempre, tienes razón —lo escuchó conceder.

Antes de poder reaccionar, Michael dio un paso hacia ella, quedó tan cerca como para respirar su aroma varonil por última vez y la tomó de la mano. Lo vio llevársela a los labios y grabarle un beso eterno con los ojos cerrados. Ella también los cerró, hasta que escuchó «buenas noches, Isa…bella» como un eco. Abrió los ojos y se miró la mano, fría de repente. Él ya no estaba. Respiró hondo para no derrumbarse en aquel momento y se llevó su beso a los labios. No pudo evitar mojarlo con sus lágrimas silenciosas. Luego se giró hacia la puerta, de la que escapaba una acogedora luz, y entró en la casa sin percatarse de la sombra amorosa que la observó desde la esquina.

A pesar de la cálida bienvenida que le brindó tía Camila y de la deliciosa cena que la obligó a tragar cariñosamente, Isabella no descansó aquella noche. Demasiadas experiencias, demasiado deprisa. Echaba de menos dormir bajo la sábana de un cielo estrellado, arrullada en los sonidos de la noche y con los brazos de Michael a su alrededor.

Con el traqueteo de los primeros carromatos en la calle, se dio por vencida y abrió los ojos. En la mesita junto a la cama reposaba la caja envuelta. La miró con recelo y se dijo que había hecho bien en no implicar a Michael en ese asunto.

Ni siquiera sabía qué contenía. ¿Se atrevería a abrirla algún día? ¿Se vería en la necesidad de hacerlo? Su madre siempre había sido muy escueta en sus indicaciones y las palabras del párroco al darle la caja tampoco habían arrojado mucha luz sobre el tema.

Suspiró y fijó la mirada en el techo. De forma inconsciente, subió la mano por su pecho hasta rodear el colgante. Después ascendió hasta sus labios y se los tocó buscando rastros del último beso de él. Ese gesto abrió una puerta de su mente por la que se coló no solo el beso, sino toda la pasión compartida la noche anterior. La avalancha de sensaciones la hizo morderse el labio, unir las piernas y cerrar los ojos. Se permitió unos segundos con él, pero, ante la llegada a sus ojos de algunas lágrimas, se incorporó de golpe. Escondió la cara en sus manos y comenzó a recordarse que todo había terminado, que debía seguir adelante, que su nueva vida comenzaba ese día que estaba a punto de nacer. Se levantó, se dirigió a la jofaina y eliminó todo rastro de lágrimas de su cara. Mirándose en el espejo, se repitió varios mantras y se dispuso a vestirse.

Pese a ser tan temprano, Michael ya se encontraba apostado en la esquina cercana a la casa de huéspedes. Si conocía bien a su gitanilla, ella no esperaría ni un día para dirigirse al teatro a presentarse e interesarse por las pruebas de admisión. Lo haría ese mismo día.

Se mesó la barba y su roce lo llevó a reflexionar sobre por qué no había dormido en su mansión de Mayfair y sí lo había hecho en una pensión cercana. Tuvo que admitir que se resistía a ver desaparecer a Michael Beac. Siendo él, había vivido los momentos más felices de su vida. ¿Quién podía acusarlo de querer retenerlo tan solo un día más?

Tal y como había previsto, Isabella no tardó en aparecer por la puerta y robarle con su belleza morena todo el aire de los pulmones. Vestida igual que cualquier otra dama de la burguesía londinense, pero con un recogido más sencillo que los que había lucido en Wyndham Manor, su estrella se despidió de tía Camila y enfiló el corto camino de cinco minutos que tenía hasta el Drury. La siguió a cierta distancia y la vio llegar sin problemas a la fachada lateral del teatro, situada en la calle Catherine, y por la que accedían los actores y trabajadores. Él no tuvo problemas para entrar por la puerta principal en cuanto lo reconoció el vigilante.

Una vez dentro, avanzó a escondidas de palco en palco hasta llegar al más cercano al escenario. Desde allí volvió a localizar a Isabella, esta vez rodeada de varios hombres, entre los cuales estaba nada más y nada menos que Samuel James Arnold, el hombre que había recibido la carta de Andrew y el que tenía el poder de aceptar o no a Isabella. A quien no le gustó demasiado identificar entre ellos fue al idiota de Byron, sobre todo cuando percibió cómo a Isabella se le iban los ojos hacia él.

Según su hermana, gran aficionada al teatro como él mismo, lord Byron llevaba desde junio en el subcomité del teatro a fin de apoyar la cultura nacional. En su opinión, el pomposo poeta solo iba detrás de sumar más actrices a su larga lista de amantes. Martin se dijo que, si meses atrás hubiera sabido lo que iba a pasar, habría vetado la presencia del extravagante tipo en el subcomité. Trató de ignorar al alto petimetre y centrar la atención en su preciosa estrella. Parecía relajada y asentía a lo que Samuel le estuviera explicando.

Con el corazón encogido, vio cómo la dejaban sola en medio del enorme escenario. Uno de los hombres se dirigió a un pianoforte poco iluminado, al mismo tiempo que los demás bajaban a la sala de butacas para tomar asiento en la primera fila. Otros miembros de la compañía también observaron con curiosidad.

El músico ensayó unas escalas y, a continuación, dio una nota como prueba de registro.

Isabella llegó a la nota sin problema. Lo hizo hasta tres veces más. Samuel le preguntó entonces si conocía algún pasaje de la ópera de Rossini, *Cenerentola* (La Cenicienta), a lo que Isabella confesó que no, pero que, si le proporcionaban el libreto, prometía tenerlo memorizado para el día siguiente. Samuel rio con voz profunda y volvió a pedirle que cantara, pero esta vez le dio carta blanca. Isabella se dirigió muy segura de sí misma hacia el pianista y, tras una breve charla, volvió al centro del escenario. Martin primero se maravilló con la seguridad que mostraba ella en un espacio tan grande, luego se tensó al escuchar de nuevo las notas de *Amor secreto* y contemplar a Isabella cantar con los ojos cerrados y las manos en el pecho.

Él no fue el único en sentirse cautivado por la voz de Isabella. Los tres hombres de la primera fila intercambiaron miradas y sonrisas, al entender que acababan de descubrir un diamante en bruto. Al terminar la prueba, Michael ya sabía que su Estrella no solo había sido aceptada, sino que le esperaba un futuro prometedor. A pesar de ello, esa convicción no evitó que apretara varias veces los dientes, al constatar la exagerada atención que Byron y Samuel dedicaban a Isabella, y tragó saliva con cada sonrisa que ella les dedicó. Cuando ya no le quedaron más excusas para quedarse y cuando tuvo la certeza de que Isabella iba a desenvolverse con comodidad en aquel ambiente, se marchó. El ácido de los celos que le burbujeaba en el estómago lo acompañó hasta su siguiente parada.

Isabella no podía sentirse más emocionada. Al verse sola en medio del espectacular escenario, los nervios la habían atacado; sin embargo, solo había tenido que cerrar los ojos y conjurar un momento especial para calmarse, sentir la letra de la canción y poder cantarla con autenticidad. Se había trasladado a la habitación de la posada de Saltdean, justo al instante en el que Michael y ella, abrazados, miraban las estrellas a través de la ventana. La improvisada técnica le había servido al parecer para emocionar al director, a su ayudante y al encopetado que se había presentado como poeta y miembro de la dirección.

Cuando terminó la prueba y le confirmaron su admisión en la compañía, aceptó la invitación de quedarse a presenciar los ensayos de la ópera que estaban por estrenar y sobre la cual le habían preguntado antes de la prueba. Se trataba de una ópera italiana basada en un cuento e Isabella pensó que quizá su nombre italiano les había hecho suponer que ella sabría cantar en ese idioma. No importaba. Si no debía dormir para poder aprenderse el papel que hiciera falta, no dormiría. Atendió a la historia con interés: un príncipe llamado Don Ramiro buscaba una esposa virtuosa y bonita. Se disfrazó de sirviente y se coló en la casa de Don Magnífico, que tenía dos presumidas hijas, Clorinda y Tisbe, además de una hijastra a la que trataban como a una sirvienta y a la que llamaban *Cenerentola*, pero que en realidad se llamaba Angelina.

Isabella sonrió al recordar que así se llamaba la madre de Michael. De nuevo, él regresaba a su mente, si bien entendió que no debía luchar contra sus recuerdos, que lo mejor sería convivir con ellos, procurar que le sirvieran de amparo incluso. Miraría de substituir, siempre que se viera con fuerzas, la pena de haberlo perdido por la alegría de haberlo tenido.

Truefitt & Hill era la barbería a la que todos los nobles acudían desde su apertura en 1805 y allí se dirigió Martin tras salir del teatro. Le pillaba de camino a casa, también situada en el barrio de Mayfair. La persona que lo recibió lo hizo con mirada desconfiada al observar el tosco atuendo de Martin, su espesa barba y su desordenado cabello, sin embargo, le cambió el gesto con rapidez en cuanto él se presentó. No pidió un trato deferente; sin embargo, el mismísimo Truefitt salió a atenderlo. Se sentó con denuedo en la silla que le indicaron y observó con frialdad cómo, poco a poco, volvía a aparecer ante sus ojos el reflejo de Martin Michael James Beacon, Conde de Beaconshire.

Una hora más tarde, salió de la barbería con la sensación de haberse traicionado a sí mismo. Y esa culpa fue a sumarse a la traición que había cometido con su corazón la noche anterior, al separarlo de su dueña. De ese talante oscuro, llegó a su mansión, en la que, después de comer a solas, se dio un largo baño y completó su transformación final al enfundarse sus ropas a medida.

Aunque hubiera preferido pasar la tarde en su despacho, atendiendo algún tema atrasado o comenzando su informe para lord Silverstone, era consciente de que lo primero era hacer una visita, la que siempre hacía al volver de alguna misión o viaje. Salió de su casa a la hora en la que jinetes y carruajes se dirigían a pasear por Hyde Park y se dirigió a casa de su hermana. Lo hicieron pasar al salón en el que estaba jugando Simon con una niñera. En cuanto lo vio, su sobrino de cuatro años corrió hacia él para ser alzado por los aires.

—¡Tío Martin, tío Martin!

—¿Qué te dan de comer? ¿Piedras? Pesas muchísimo —comentó Martin mientras estrechaba al pequeño entre sus brazos.

Se miró en unos ojos azules exactos a los suyos y enseguida sintió el familiar encogimiento de su corazón. Simon era lo más parecido a un hijo que tenía y, desde hacía años, cuando decidió no casarse, también era su heredero. Había velado por él desde su nacimiento, mucho más tras la repentina muerte del marido de Amanda, y había jurado protegerlo y estar siempre para él. De nuevo la culpa y los remordimientos lo ahogaron, pero unos pasos discretos en la entrada evitaron que ocultara el rostro en el cuello del pequeño.

—¿Para mí no hay abrazo?

Martin respiró hondo y se volvió hacia su hermana sin soltar a Simon. Se tuvo que poner su mejor máscara para no mostrar lo que sentía y lograr sonreír. Amanda lucía más ojeras, llevaba una manta por sobre sus hombros y apretaba un pañuelo en su mano.

—Para ti tengo todos los que quieras. —Logró que no le temblara la voz mientras hablaba y se acercaba a ella para rodearla con su brazo libre—. Hermana… —murmuró antes de dejar un beso en su frente.

—¿Ya has terminado tu misión? —preguntó ella con un leve brillo en sus opacos ojos.

—Eso parece, de momento. —Ciertamente no sabía lo que ocurriría cuando se reuniera con lord Silverstone para hablarle de su nieto.

—Eso es maravilloso, Martin. Has llegado justo a tiempo.

—¿A tiempo? ¿De qué?

—El viernes es la fiesta en casa de los Fulham y no puedes faltar.

—Sobre ese tema…

—Martin, es el cumpleaños de Chloe y le tienen preparada una maravillosa sorpresa. —Su hermana le sonrió como hacía tiempo que no lo hacía—. ¿No sería también maravilloso que aprovecharas la ocasión para pedir su mano?



Capítulo 16

Martin bajó a su sobrino al suelo, ofreció el brazo a su hermana y la acompañó al sofá cercano para evitar que estuviera demasiado tiempo de pie. Se sentó con ella, tomó sus manos y, después de exhalar un hondo suspiro, buscó su mirada.

—Amanda, tenemos que aclarar el tema de mi matrimonio con Chloe cuanto antes.

—«Cuanto antes» son las palabras exactas, tú lo has dicho. Cuanto antes pidas su mano, antes me quedaré tranquila.

—No lo he dicho en ese sentido, Amanda. —Martin negó con un gesto—. Todo esto ha sido culpa mía, por no dejar clara mi postura respecto al matrimonio y permitir que pensaras que algún día cambiaría de opinión. Lo siento, pero ahora más que nunca sé que no me casaré jamás.

—Eso no es posible, tú me… —Una violenta tos interrumpió el reproche de Amanda.

—¡Mami! —Simon se asustó, se escapó de los brazos de su niñera y fue corriendo a abrazarse a las piernas de su madre.

Amanda se llevó el pañuelo a la boca y levantó la otra mano en un gesto de espera. Martin sujetó al pequeño y se sintió impotente mientras veía a su hermana desencajarse por culpa de la maldita tos. Cuando cesó, Amanda bebió el tónico que le ofrecía la niñera de Simon y cogió a su hijo de sus rodillas.

—¿Me… acompañarás… al menos? —insistió ella, entre resuellos, y con Simon colgado de su cuello.

—Claro que sí, hermana —aceptó, afligido, Martin.

Los remordimientos se enroscaron como serpientes alrededor de su corazón. Y quiso luchar contra ellos y contra lo que fuera que estaba atacando sin piedad a Amanda. Al igual que en su trabajo no podía contemplar la rendición, con ella tampoco.

—Amanda, la duquesa de Wyndham es una excelente doctora que…

—¿Insistes con eso? No dejaré que me trate una aficionada —se negó la dama.

Al conde de Beaconshire no le quedó más remedio que asentir. A continuación, anunció que pasaría el resto de la tarde con ellos. Escuchó los cotilleos que su hermana tenía que contarle de los días que había estado ausente y jugó con Simon a todo lo que su sobrino propuso.

Cuando ya anochecía, se despidió con cariño de la única familia que le quedaba y, al salir a la calle, decidió que pasaría por el club. Lo que fuera para evitar pasar demasiadas horas a solas en su enorme y vacía casa. Sabía que, por la noche, el anhelo por ella sería peor.

Al terminar su largo, intenso y maravilloso día en el teatro, Isabella aceptó encantada que el mismísimo director del Drury le pidiera un coche de alquiler para volver a la casa de tía Camila. Nada más acomodarse en su interior, sonrió no sin cierta ironía. Sabía perfectamente que el trato exquisito que había recibido durante todo el día debía agradecérselo a los duques de Wyndham. Si no hubiera sido por ellos, quién sabe si le hubieran permitido acercarse siquiera a la puerta del teatro. También quiso ser sincera y admitió que, después de cantar, las miradas de aceptación ya no eran solo por ser la señora Isabella Zía, la querida amiga de los duques. Quiso creer que su talento para la actuación también había sido determinante.

Aquel era su mundo. Esa era la vida con la que había soñado desde siempre y trabajaría todo lo duro que hiciese falta para mantenerse allí y mejorar día a día. Debía volver a leer y a estudiar. Quería hablar de forma correcta y superarse. Antes de llegar a su destino, suspiró para calmar la desbordante alegría que la recorría o no sería capaz de explicar a tía Camila todo lo que había vivido ese día.

Bajó del coche con la ayuda del cochero y se dirigió a la puerta de la pensión. Algo la hizo volverse en el último segundo. Un elegante carruaje se detenía unos metros por detrás del que ella acababa de abandonar. Dentro estaba oscuro y no vio quién lo ocupaba; sin embargo un escalofrío la recorrió. Se giró de nuevo hacia la puerta y entró sin perder más tiempo.

Minutos más tarde, se encontró sentada en la mesa de la amplia cocina rodeada por tía Camila y tres huéspedes más. Todas gritaron excitadas cuando les explicó que se había cruzado con el famoso actor Edmun Kean y les confirmó que era tan apuesto como en las ilustraciones que aparecían en los periódicos, aunque algo bajito. También les confió que el actor no dejó de fruncir el ceño durante toda la tarde, al parecer una mala crítica sobre su interpretación en *El mercader de Venecia* lo tenía de mal humor.

Las jóvenes se interesaron por el teatro, nunca habían estado dentro. Isabella les contó, entre otras cosas, que estaba lleno de trabajadores porque la dirección quería ampliar la iluminación de gas. Y, finalmente, les confesó que su lugar favorito era el escenario y que calculaba que medía unos ochenta pies de largo por otros ochenta de ancho.

—¡Madre mía! ¿Y no te da vergüenza estar ahí en medio sola? —preguntó Anne, una de las chicas.

—Y eso que hoy estaba vacío. Imagina con el teatro lleno, yo me moriría —añadió Mey, la mayor, abanicándose.

—Yo lo estoy deseando. —Fue la sencilla respuesta de Isabella y añadió—: De momento, haré un papel secundario en la obra que están preparando. He de estudiar mucho porque me han advertido que haremos una actuación especial antes del estreno y que no puedo cometer ni el más mínimo error.

—Ese Samuel parece todo un tirano —comentó tía Camila torciendo el gesto.

—No, es un genio. Lo tiene todo controlado. No deja de decir que, si algo falla, la responsabilidad será solo suya. Es un hombre muy… comprometido.

—¿Y bien parecido? —preguntó Susy, la más joven de las huéspedes, con ojos soñadores.

—Eh… —Isabella enrojeció. Jamás se habría imaginado hablando de esos temas con otras jóvenes y menos siendo ellas *whiteis*—. Supongo que sí, si te parecen agraciados los caballeros morenos y de ojos oscuros…

—Tu pretendiente es rubio y muy alto, lo vi desde la ventana anoche —cuchicheó la jovencita.

Isabella parpadeó, su sonrisa se desvaneció y Susy se aprestó a intervenir y a poner la mano sobre la suya.

—Oh, Isabella, disculpa. Tía Camila nos contó lo de tu esposo, pero al ver al caballero que te acompañaba, creí que…

—No pasa nada. —Isabella se sintió emocionada con la muestra de cercanía de la jovencita. Al parecer, debía desprenderse de algunos prejuicios sobre las *whiteis*.

—Está bien, señoritas, es hora de ir a descansar —intervino tía Camila.

Después de dar las buenas noches, Isabella se dirigió a su habitación. Mientras se desvestía, intentaba que su mente no conjurara al hombre que Susy había descrito, pero la suerte, *baxt*, como la llamaban ellos, no estuvo de su parte. Primero, vio el destello de la libélula en el espejo de pared y luego, al acabar de desnudarse, detectó en su ropa algunas gotas de sangre que le confirmaron la eficacia de las flores de zanahoria.

No estaba embarazada y, sin querer reflexionar demasiado en cómo se sentía respecto a esa circunstancia, tampoco quiso relegar al día siguiente el cumplimiento de la promesa hecha a Michael. Se sentó ante el pequeño secreter, tomó pluma y papel y escribió dos cartas. La falta de conocimiento y de práctica provocaron que tardara bastante en terminar las misivas. La primera iba dirigida a Su Excelencia, la duquesa de Wyndham, y en ella le daba la buena noticia de su incorporación a la compañía del Drury. También les agradecía de nuevo a ella y al duque su ayuda y su amabilidad durante la estancia en su casa. Finalmente, le pedía que hiciera llegar al señor Michael Beac la nota que incluía. Al día siguiente, cerraría con lacre las cartas y pediría ayuda a tía Camila para enviarlas a Brighton.

Su serena compostura duró hasta que apoyó la cabeza en la almohada. Allí el poderoso recuerdo de Michael reapareció con fuerza como si llegara para abrazarla y velar su sueño. Una lágrima se escapó y bajó por su sien. Su mano se movió hasta reposar sobre su vientre y, entonces, cerró los ojos para entregarse a los sueños que la noche le tuviera preparados.

Martin llevaba rato sentado a solas en uno de los reservados del club. Bebía su *whisky* de forma automática, sin detenerse a saborearlo. Su mente no paraba de conjurar la imagen de Isabella bajando del coche de alquiler y deteniéndose luego a observar su propio carruaje. ¿Habría intuido que era él quien la contemplaba desde las sombras de dentro? Quizá no había sido buena idea pedir al cochero que pasara por su calle en dirección al club, pero le pudieron las ganas de verla, por improbable que fuera cruzarse con ella. Sin embargo, la suerte estuvo de su lado y el coche que lo precedía dio la casualidad de llevarla a ella.

Su Estrella sonreía, seguía feliz por haber conseguido entrar en el Drury. Si tan solo pudiera bajar de su carruaje y decirle lo orgulloso y feliz que se sentía… Pero entonces Isabella se había quedado mirando hacia él. La distancia, la ventanilla y la oscuridad que reinaba dentro del vehículo procuraron que fuera imposible que ella supiera quién la contemplaba con adoración. Comenzó a preocuparse por si Isabella se asustaba y dio dos golpes al techo para que el conductor vadeara al coche de Isabella y reemprendiera la marcha. Por nada del mundo quería que se sintiera acechada.

Hizo un gesto de negación, tomó otro sorbo de la bebida y se concentró en recordar a Isabella cantando. Eso puso una radiante sonrisa en su rostro que fue detectada por dos conocidos. Uno era lord Alfred Peel, protegido suyo y sobrino de Andrew. Alfred llevaba más de un año bajo sus órdenes en el servicio secreto y era tan bueno que ya le había encomendado alguna que otra misión. El otro hombre era John, lord Craven, amigo tanto suyo como de Andrew y esposo de la mejor amiga de la duquesa de Wyndham.

—Buenas noches, lord Beaconshire. Ahora que veo su sonrisa de oreja a oreja voy a tener que admitir la verdad de lo que se comenta en todo Londres. —Fue el saludo de John que irritó a Martin.

—¿Y qué es eso que se comenta?

—El tema de su inminente boda, señor —respondió Alfred, con respeto, usando el rango por el que todos sus hombres se dirigían a él.

Martin recordó entonces el comentario de Andrew sobre los cotilleos, la misma noche que llegó a Wyndham Manor.

—No habrá ninguna boda —murmuró achicando los ojos.

—Claro. —John desdeñó su negativa—. Bienvenido al Club de los hombres caídos en la batalla del amor. Eso le pasa por burlarse de Andrew y de mí.

—¿Eso hizo? —preguntó Alfred ignorando la señal de peligro que emitía su jefe.

—Afirmó que jamás se enamoraría, pero conozco esa cara. Está enamorado.

Martin no contraatacó, estaba más pendiente del creciente nudo de su estómago.

—Quien calla otorga, amigo. ¿Cuándo será la boda con *lady* Fulham?

Esa pregunta de John sí lo hizo reaccionar de golpe.

—Nunca. No voy a casarme con ella.

—Pero —quiso añadir Alfred.

—¿Olvidé enseñarte la lección sobre la discreción, muchacho? —le espetó.

—No, señor.

—Y entonces —volvió a la carga John, que al parecer había superado a su esposa en cuanto a cotilla—, ¿quién es ella?

Aquella pregunta, al igual que la afirmación de John sobre su enamoramiento, tensaban su cuerpo y su alma por igual. Y entendió en ese momento que su malestar era puro pánico. No podía responder a su amigo dándole un nombre. Tampoco podía reconocer en voz alta lo que sentía. Su miedo era irracional. No se atrevía a pensar ni, mucho menos, a decir en voz alta el nombre de ella y lo que le hacía sentir. Escudriñó su memoria y esta lo llevó al día que fue a buscar a Isabella al campamento de Krall. Ese día, la hermana del gitano le había lanzado una maldición y comprendió con incredulidad que daba crédito a aquellas palabras dichas con odio. Quizá porque temía que se cumplieran y que fuera su cobardía la que las volviera reales: «ser desgraciado el resto de su vida».

—Ya veo —acabó por comentar John, tras haber leído en su rostro todo lo que necesitaba saber. Afortunadamente, su amigo cambió de tema.

La mañana siguiente, Martin no perdió el tiempo. Era de los que creían que no se debía dilatar el cumplimiento de las obligaciones o atrasar los momentos agrios. Si uno no se enfrentaba a lo que más le molestaba, el tema se ulceraba hasta agravarse. Por eso se dirigió a Grosvenor Square, la plaza en la que se encontraba la residencia de William Aincourt, duque de Silverstone. No tenía buenas noticias para darle, pero sí pretendía hacerle un resumen de sus pesquisas y prometerle una segunda parte de su misión. Tenía la sensación de que había un hilo del que no había tirado lo suficiente, aunque procuraría hacerlo lo antes posible. Aquella misma semana si podía.

Tras ser conducido ante la presencia del duque e intercambiar los saludos de rigor, Martin tomó asiento y comenzó a exponer su informe. Explicó que era muy probable que Edward y su esposa se hubieran apartado de cualquier clan para vivir alejados.

—¿Su esposa? —farfulló el duque—. ¿Por qué asumes que se casó con esa mujer?

—Si huyeron por amor, sería lo más lógico. Además, en una conversación que tuve con unos vendedores aludieron a ellos como matrimonio.

—Podrían haber mentido y no haberse casado.

Martin pensó por un momento en Isabella y en él mismo, presentándose como marido y

mujer allá donde iban. No, Edward y su amada no tenían necesidad de mentir, al contrario que ellos.

—No lo creo, Su Excelencia —murmuró Martin.

—¿Has dicho que hay testigos?

—De todos los romaníes a los que pude preguntar, tan solo un matrimonio de artesanos de una feria recordaron a una pareja… mezclada.

—¿Qué te contaron exactamente?

—Tan solo que a ella le gustó una caja de madera y que él se la compró. Mientras hablaban, los vendedores se dieron cuenta por la forma de hablar del hombre que era un *whitey*.

—¿Un qué? —preguntó el duque, receloso.

Martin tuvo que respirar hondo antes de responder. El mote le había salido solo.

—*Whiteis*… es como los gitanos nos llaman a los que no lo somos.

—Suena a insulto.

«En los labios de Isabella, no», recordó Martin, deseando terminar ya con aquello.

—Su Excelencia, mi falta de pruebas se debe más al hecho de que Edward y su esposa vivieron retirados que a la desconfianza de los romaníes a hablar de ellos. Pero quiero que sepa que mañana mismo o pasado, a más tardar, volveré al sur. Hay alguien a quien no pude interrogar y considero que puede saber algo. Se trata de una persona que tiene a los romaníes en alta estima.

El gesto del duque se volvió socarrón.

—¿Y usted, lord Beaconshire? ¿también los tiene en alta estima?

Martin se puso en guardia y recordó al tipo de Saltdean al que tuvo que amenazar.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Quizá me crucé con algún enviado suyo durante mi misión? —La posibilidad de que lo hubieran visto con Isabella le retorció las entrañas.

—Solo trataba de asegurarme de que no descuidabas tus obligaciones. Al parecer, eres un gran actor que hace muy bien su trabajo. No debe de ser fácil fingir que uno se encuentra a gusto en un… «entorno» tan diferente al suyo. —El duque debió de percibir su creciente tensión, pues terminó su alegato de forma más amable—. Estese tranquilo, Martin, el informe que recibí de usted fue favorable.

—Siento que el mío no lo sea tanto —respondió.

«¿Fingir? ¿actuar? Jamás en mi vida tuve que fingir menos».

—¿Ha dicho que volverá a irse?

—Un viaje rápido que no me demorará más de un día.

—Claro, ha de estar aquí de vuelta el viernes próximo, ¿no? Para la fiesta de cumpleaños de la nieta de lord Bellamy.

Martin no entró en ese tema. Se limitó a levantarse, tras el permiso del duque para hacerlo, y se encaminó a la salida. No le gustaba la actitud del anciano para con los romaníes. Sospechaba que la promesa de ser conciliador y aceptar la situación familiar de Edward no era demasiado firme. ¿Y él? ¿Qué debía hacer si lo encontraba? Nada. No podía intervenir ni aconsejar, aunque ahora sabía lo que elegiría él, de estar en el lugar de Edward, sin tener que pensárselo ni un segundo.

Cuando llegó a su casa, mandó un mensaje a su hermana en el que la informaba de un imprevisto, se disculpaba por tener que partir de nuevo y le prometía estar de vuelta con tiempo para acompañarla a la fiesta del viernes.

Pensó en acercarse a su despacho, en la oficina de asuntos exteriores, en St. James Park, pero finalmente prefirió atender asuntos pendientes desde la biblioteca de su propia casa. No le

apetecía cruzarse con demasiada gente y, además, debía meditar muy bien lo que le preguntaría a la persona que, cada vez estaba más seguro, había tenido relación con los clanes gitanos que se movían por el sur.

Aquel día Isabella había llegado al teatro con ganas de demostrar que su implicación era seria. Se había levantado cuando todavía no había amanecido y, bajo la luz de una vela, había leído el libreto de *Cenerentola* varias veces. Con la historia y su pequeño papel bien aprendido se sentía lista para unirse formalmente a los ensayos. Así pues, se le pasó la mañana entre pruebas de voz, cambios de vestuario y algo tan sorprendente como agradable: las risas con sus compañeras de reparto. Las pelucas que debían lucir, tan típicas de años atrás, eran tan inestables que era necesario aguantárselas con las manos si querían impedir que les taparan los ojos. Daisy, la actriz que interpretaba a la hermana mayor de *Cenerentola* acabó por bautizar al momento como «La lucha de las pelucas».

—Haremos el ridículo si debemos estar más pendientes de estos nidos de pájaros que de nuestro papel —comentó.

—No entiendo cómo mi abuela todavía usa la suya —añadió la otra «hermana», mirándose en el espejo del camerino.

—Yo odio más los malditos polvos blancos, me hacen estornudar —opinó Isabella.

Sus compañeras la observaron a través del espejo sin saber qué decir.

—¿Y esas miradas? —Isabella decidió que el humor debía seguir siendo el medio para superar prejuicios y momentos tensos. —Si algún día se pone de moda la piel oscura, me gustará veros bajo capas de polvos… marrones.

Sus compañeras sonrieron aliviadas e incluso una le siguió el juego.

—Señora Isabella…

—Isabella, por favor —la corrigió, recordó a la testadura de Emily cuando hacía lo mismo con ella y sonrió.

—Isabella, no nos harán falta polvos, solo deberemos ir por la calle sin sombrero.

Ella volvió sus ojos al espejo, se acercó a él y se pasó los dedos por el rostro con cara asombrada.

—Caramba, de manera que esta belleza la debo a no llevar sombrero…

—¡Presumida! —coreó la otra actriz, de manera que las tres se acabaron echando a reír.

La atronadora voz de Samuel interrumpió sus risas y las hizo volver corriendo al escenario.

El día fue tan divertido que, cuando Isabella abandonó el teatro, dio la dirección del campamento instalado en Vauxhall. Tenía muchas ganas de ver a Dana, Keyla, Bahktalo y Hohan. Y, ¿para qué mentirse?, no deseaba estar sola. La soledad traía imágenes agridulces. Si bien era cierto que Michael no necesitaba demasiado para colarse en su mente. Aquella misma mañana, mientras bromeaba con sus compañeras, había pensado en él. En su pícaro sentido del humor y en las veces que lo había usado con ella para aligerar algunas situaciones tensas.

Una vez recobrado su buen humor, se bajó del coche de alquiler en cuanto este se detuvo en el límite del campamento. Localizó con facilidad el *vurdun* y se acercó a él. Allí, la recibieron sus amigos con mil preguntas que casualmente no aludieron a la falta de la presencia de Michael. Compartió viandas y anécdotas con ellos, disfrutó y opinó sobre la actuación que Hohan y Keyla estaban preparando para los festejos e intercambió confidencias con Dana.

Cuando el sol comenzó a descender, Hohan la acompañó de nuevo a las afueras para buscarle un coche de alquiler. Justo cuando ella subía el peldaño del vehículo, su amigo hizo una única pregunta.

—¿Michael?

Ella tragó saliva, se giró hacia él y negó con un gesto. Hohan asintió, comprensivo, cerró la puerta e indicó al cochero que arrancara.

De vuelta, el gitano no reparó en el siniestro hombre montado a caballo que se cruzó con él, con la intención de seguir al coche en el que Isabella volvía a su hogar.



Capítulo 17

Martin tan solo paró a medio camino para cambiar su montura por una de refresco, con lo que no tardó más de ocho horas en llegar a Brighton. Allí, dejó el caballo en los establos del pueblo y caminó ligero hacia su objetivo. Era exactamente la hora del té cuando llamaba a la puerta de la vicaría y se quitaba a continuación el sombrero ante la asombrada mirada de la hija del reverendo.

—Buenas tardes, Alice. ¿Cómo está?

—Lord Beaconshire, ¿es usted?

Esa pregunta no lo sorprendió, habida cuenta del aspecto que presentaba la última vez que la joven lo había visto, días atrás, en la velada en Wyndham Manor.

—Sí, soy yo —respondió con una sonrisa—. ¿Se encuentra el reverendo en casa?

—Milord, estamos todos en el salón. Pase, pase, sea bienvenido, permítame su sombrero.

Martin siguió a la joven a la sala en la que toda la familia se hallaba reunida. En cuanto reparó en él, la señora Parrot se levantó como un resorte.

—¡Lord Beaconshire!

—Señora, disculpe que me presente sin haber enviado ninguna nota antes y con un aspecto tan poco apropiado.

—No tiene que disculparse por nada, milord. Únase a nosotros. ¿A qué debemos esta visita?

—¿Le ha ocurrido algo a la señora Isabella? —intervino el reverendo, que se levantó de su butaca y se acordó tardíamente de que sostenía en su mano la taza de té. La dejó en la mesa con pulso inestable.

Si a Martin le extrañó la pregunta del párroco, no lo demostró.

—La señora Isabella, hasta donde yo sé, se encuentra bien de salud y bastante feliz al haber sido acogida en la ilustre compañía del teatro Drury Lane.

—Dios sabe por qué nos lleva por un camino y no por otro—murmuró el hombre.

—Eso es maravilloso —corearon Alice y su madre al mismo tiempo.

—Sí, lo es —asintió Martin. Luego clavó la mirada en el clérigo—. Reverendo Parrot, me preguntaba si podría dedicarme unos minutos. Necesito hacerle unas preguntas.

El anuncio de Martin provocó un rápido intercambio de miradas entre el matrimonio.

—Por-por supuesto, Lord Beaconshire, sea tan amable de acompañarme a mi despacho.

Una vez estuvieron los dos hombres acomodados, cada uno a un lado del vetusto escritorio

del reverendo, Martin lanzó la primera pregunta.

—¿Conoce a muchos romaníes?

—Ya sabe que varios clanes se mueven por el sur en verano y que Brighton los acoge. Y esta iglesia está abierta a todos los hijos de Dios.

—No en todos los lugares los tratan bien. De hecho, Isabella sentía pánico a pasar por Brighton, ¿no le parece extraño?

—No puedo saber por lo que ha pasado esa joven, Lord Beaconshire, pero sí conozco las penurias que han vivido otros romaníes.

Martin fue entonces directo al grano.

—¿Conoció a una pareja formada por una mujer gitana y un hombre noble? Me refiero a lord Edward Aincourt, nieto del duque de Silverstone. Él y la mujer de la que se enamoró desaparecieron de Londres hará unos veinte años y, dado que usted parece que se ha relacionado con muchos romaníes durante tanto tiempo, quizá haya oído hablar de ellos o incluso los ha conocido.

Martin advirtió cómo una súbita palidez cubría el rostro del reverendo.

—Estimado lord Beaconshire, debo informarle en este momento de que no voy a poder responder todas sus preguntas.

—¿Cómo? ¿Por qué? —se envaró Martin.

Todavía lo hizo más cuando el párroco se recuperó rápidamente de su palidez y pasó a esgrimir una leve sonrisa, parecida a cuando un oponente guarda un as bajo la manga.

—Por el secreto de confesión, hijo.

—Pero…

—Si la respuesta a su pregunta me fue confiada bajo secreto de confesión, no podré responder —remarcó el párroco.

—¿No puede decirme si conoció a Edward? Ni siquiera si le digo que ahora ostenta el título de Marqués de Carisbrooke como heredero del ducado? Hace poco murieron su padre y su hermano mayor, así que Edward se ha convertido en el heredero y ese es el motivo de que su abuelo lo busque.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —De nuevo volvió la palidez.

—¿Qué sucede?

—Supongo que no traiciono el secreto de confesión si le digo que Edward murió de unas fiebres. El duque puede dejar de buscarlo. Qué desgracia…

—¿Murió? ¿Cuándo?

La mente de Martin se aceleró como cuando en el frente el enemigo atacaba por varios flancos.

—No estoy seguro, hará unos diez años.

—¿Dónde está enterrado? Necesitaré pruebas y… ¿su esposa? ¿Se casaron? Debe de haber registros… ¡Usted debe de saberlo!

—No sé dónde está enterrado —afirmó el reverendo frotándose las manos.

—Dígame si se casó.

—Secreto de confesión.

—¡Maldita sea! ¿Su esposa está viva? —lo acosó Martin sin piedad.

—No lo sé.

—¿Tuvieron hijos?

—Secreto de confesión.

—¡Por el amor de Dios, reverendo, estamos hablando del heredero de uno de los ducados

más antiguos del reino!

—A Edward todo eso no le importó, lord Beaconshire. Lo dejó todo por el amor de la mujer de su vida. Renunció a todos los bienes materiales, a su reputación, a su honor. No todos los hombres son capaces de hacer ese sacrificio por amor.

Martin no supo por qué sintió que ahora era él el acorralado. El reverendo no dejó de observarlo durante unos segundos.

—Lord Beaconshire, ¿siente usted algo por Isabella?

—Disculpe, pero eso no es de su incumbencia —respondió Martin sofocado y apartando la mirada de los ojos inquisidores del reverendo.

—Todos los hijos de Dios me incumben. ¿Siente algo por ella?

Martin se tomó su tiempo antes de clavar de nuevo su mirada azul en aquel hombre tan bueno para guardar información como para obtenerla. O quizá era que estaba cansado de negarse lo evidente y, por una vez, quiso admitirlo en voz alta.

—Sí.

—¿Tanto como para respetarla y cuidarla todos los días de su vida?

—Yo… —«No hay nada que pudiera desear más».

—¿Le daría su nombre? ¿Se casaría con ella?

Sintió que se quemaba por dentro.

—Mi situación no me permite hacerlo…

—No es usted como Edward —le reprochó el anciano con resignación.

—No hable de lo que no sabe, reverendo. Ese hombre no era el heredero directo cuando huyó. Estaban su hermano y su padre antes que él en la línea sucesoria. ¡Él no tenía una hermana enferma y un sobrino de cuatro años que dependían de él y a los que arrastraría al ostracismo si se casaba con la mujer que … amaba!

Martin no reparó en que estaba de pie, con los puños apretados y resollando para lograr no ahogarse.

—Le pido perdón, lord Beaconshire. Ahora comprendo su situación, aunque algo me dice que, a pesar de todo, usted no va a alejarse de ella, que la va a seguir protegiendo.

—Con mi propia vida si fuera necesario —juró Martin sin saber que, con esas palabras, aliviaba bastante el alma del reverendo.

Con la mente hirviéndole por la información recibida, Martin se despidió de los Parrot y salió a la calle principal de Brighton. Por muchas ganas que tuviera de reemprender la vuelta a Londres, admitió que lo mejor sería pernoctar allí y partir al día siguiente de madrugada. También reconoció que una charla con Andrew le iría de perlas para aclararse y decidir cómo presentar las malas noticias al duque de Silverstone. Tomó el camino hacia Wyndham Manor, donde fue recibido de inmediato e invitado a cenar.

—¿Y qué piensas hacer? —quiso saber Andrew en cuanto Martin finalizó su resumen, una vez terminada la cena.

—Comunicarle que su nieto lleva diez años muerto, que no sé dónde está enterrado y que tampoco puedo asegurarle si se casó o si tuvo hijos —respondió Martin pasándose el índice y el pulgar por el puente de la nariz.

—¿Dejarás el asunto tal cual está? ¿No vas a usar el poder que tienes para averiguarlo? —intervino Emily.

Martin abrió los ojos y los enfocó en ella.

—¿Y convertir el asunto en cuestión de seguridad nacional? ¿Traer a mis hombres y que

busquen en los libros de registro de matrimonios, nacimientos y defunciones de la vicaría?

—Sabes que puedes hacerlo y con más motivo si sospechas que el reverendo Parrot ofició el matrimonio. Antes afirmaste que sabe mucho más de la historia de Edward y su esposa que lo que te ha contado, pero que el secreto de confesión le ha impedido hacerlo.

—Llevo una maldición gitana encima, no quiero también una condena cristiana sobre mí —ironizó Martin.

—No se puede ser espía sin ofender a alguien de vez en cuando —soltó Andrew mientras elevaba su copa de oporto en un silencioso brindis.

—No me malinterpretéis —pidió Emily señalando con el dedo a uno y a otro—. Lo último que quiero es que el duque de Silverstone mande más hombres en busca de información y comprometa al reverendo ¿o es que vas a darle la noticia al duque sin decirle quién te la ha revelado a ti?

—Puedo dar el nombre e informar sobre lo mucho que lamenta el reverendo no poder ayudar más, puesto que un incendio quemó los libros de registro hace años y, además, su memoria ya no es la que era —inventó Martin poniendo su mejor cara inocente.

—Un momento —pidió el duque tras escuchar la arriesgada propuesta de Martin—. ¿Todo esto lo harías… lo haríamos para evitar que más gente viniera a importunar a nuestro querido reverendo Parrot? ¿Qué hay del derecho del duque de Silverstone a saber si tiene herederos? O del derecho del heredero a saber quién es…

—Hay algo que no he mencionado —dijo Martin, de nuevo con seriedad—. No solo me preocupa lo que el reverendo no me cuenta o lo que no me puede confirmar, lo que más me inquieta es el miedo que veo en sus ojos.

—Si Edward y su amada se casaron, si tuvieron hijos y eran felices alejados de nuestro mundo, es normal que no quisieran que el reverendo divulgara su paradero o su situación a nadie. Y por *nadie* me refiero a gente del duque —expuso Andrew.

—Gente del duque…, como yo ahora mismo.

—Está claro que la voluntad de ellos era no ser encontrados —concluyó Emily.

Tras un largo silencio, Martin hizo una pregunta para la que ninguno de los tres tuvo respuesta.

—¿Tanto se le debe temer al duque de Silverstone?

Cuando ya se retiraban a dormir, Emily llamó a Martin.

—Ayer llegó un mensajero con una carta de Isabella a mi nombre. Dentro había esto… para… Michael Beac.

Martin se quedó mirando la nota doblada. Una vorágine de miedo y esperanza le recorrió el cuerpo. Su pulso no fue precisamente el del tirador experto que era cuando tomó la nota de manos de la duquesa. La miró con un gesto de agradecimiento y se metió de inmediato en su habitación. Antes de abrirla se la llevó al rostro en busca del aroma a lavanda. No tuvo suerte. Respiró hondo y desdobló el papel. «No estoy embarazada».

Tres palabras que lo laceraron con más crueldad que los tajos de bayoneta recibidos en la guerra. Apretó los labios, tragó un nudo y, finalmente, se pasó el dorso de la mano por la cara. Su gitanilla, su estrella, no usaba las fórmulas requeridas a la hora de enviar una misiva. Nada de «Estimado señor Beac, por la presente le comunico que no va a ser padre…». No. Directa y sin florituras, había cortado el último hilo de esperanza que le quedaba.

A Isabella le encantaba el olor del teatro. A ella, que había pasado su vida disfrutando del perfume de la naturaleza, la emocionaba por igual el aroma a madera, moqueta y telas. Sonrió

pensando que quizá era capaz también de oler el éxito, los aplausos y las emociones. Tras saludar a sus compañeros y cambiarse de ropa, como llevaba haciendo varios días, se puso a las órdenes de Samuel. Debían ensayar la escena del final en la que *Cenerentola* admitía que era feliz, a pesar de los problemas que le tocó superar. El ensayo iba bien hasta que, a media mañana, la actriz principal comenzó a sentirse indispuesta y salió corriendo al excusado de la parte trasera del teatro. Isabella y las demás la siguieron y trataron de asistirla, pero los vómitos de la muchacha no cesaban y al final Samuel tuvo que pedir que la acompañaran a su casa. Su rostro se ensombreció al dar la noticia al resto del elenco.

—Debemos tener una alternativa por si no se recupera —concluyó.

—La señora Isabella podría hacerlo. —Se oyó una voz desde la primera fila de butacas.

La aludida oteó hacia allí con el asombro reflejado en su rostro. ¿Lord Byron? Ni siquiera se había apercibido de su presencia. Parecía estar siempre tan ensimismado en su famoso cuaderno que se olvidaban de él. Todos se la quedaron mirando con diversos grados de esperanza. Si había algo que odiaran los actores, eran los imprevistos.

—Y si se me permite añadir algo, querido Samuel, sugeriría que además de la escena del «*Nacqui all' affanno...non piú mesta*» (Nací entre problemas, ahora soy feliz), la señora Isabella prepare «*Una volta d'era un re»* (Érase una vez, él era un rey). Por si piden un bis.

—¿Propone que cante yo sola? —dudó Isabella.

—¿Acaso no se atreve? —la retó el poeta. Y eso fue todo lo que hizo falta.

—Por supuesto que me atrevo —respondió ella poniendo los brazos en jarras.

—Isabella —la llamó Samuel—, ¿se sabe también esa canción?

—Sí, señor.

—Estupendo, pues… seguimos la escena con usted, no hace falta que se cambie, y que una de las suplentes haga su papel. —Samuel continuó organizando y, cuando todos estuvieron en sus puestos, dio la orden de comenzar la escena.

La danza en círculo del final quedó muy animada e Isabella estuvo soberbia. Pero cuando logró que el teatro se quedara en silencio fue con la interpretación de la canción, algo triste, sugerida por lord Byron. Al terminar de cantar, Samuel se giró hacia el poeta y le hizo un gesto de agradecimiento por la sugerencia. Isabella era exquisita.

Horas más tarde, entró en casa de tía Camila con el pecho rebosante de burbujas de emoción. Le contó lo que había ocurrido con la actriz principal y que le habían pedido a ella preparar el papel de Angelina, la *Cenerentola*, y que, si al final debía suplir a su compañera, le tocaría lucir un vestido de novia del siglo pasado, con una peluca tan alta como ella misma. No se olvidó de comentar que, si el público pedía un bis, ella debía cantar sola. Su entusiasmo era tan contagioso que tía Camila por poco no se puso a saltar.

—Y ¿cuándo será esa actuación?

—Pasado mañana, en la casa de un encope… en la casa de un noble. Al parecer, somos la sorpresa para una joven que cumple años ese día y es muy aficionada al teatro.

A Martin no le molestó no ser recibido el día anterior por el duque de Silverstone, el cual se había excusado por encontrarse algo mareado, y había aprovechado para supervisar la instrucción de los últimos agentes reclutados. Quizá esa noche, durante la fiesta de *lady* Chloe Fulham, tuviera la oportunidad de retirarse con el duque a algún salón y darle allí la triste noticia de que no tenía herederos. Eso si es que asistía.

Con toda la pereza del mundo, comenzó a prepararse. Debía pasar luego a por su hermana y así acudir juntos a la temida fiesta de cumpleaños de Chloe. Esperaba de corazón que Amanda

hubiera comprendido, de una vez por todas, que no tenía la más mínima intención de casarse con la joven. Solo existía una mujer con la que deseara pasar el resto de su vida y no era aquella jovencita… *encopetada*. Recordar la manera de Isabella de llamar a los nobles lo hizo sonreír. La mujer de la cual había admitido, solo ante el reverendo, estar enamorado había encontrado su camino en la vida y él no podía recorrerlo junto a ella. Debía conformarse con saber que ella era feliz. Y lo intentaba. Cada maldita noche sin ella, lo intentaba.

Los artistas del Drury Lane ocupaban tres coches. Isabella, montada en el primero con Samuel, lord Byron y Daisy, no hacía más que admirar las luces de gas que alumbraban las calles de aquel barrio de la ciudad. Jamás había pisado Mayfair las pocas veces que había estado en Londres y le costaba no abrir la boca ante las fachadas de las casas enormes y elegantes que veía. Se detuvieron frente a una de ellas, profusamente iluminada con varias antorchas, y enseguida comprendió que allí sobraba la *guita*. Arrugó la nariz ante su pensamiento. «No se dice *guita*, Isabella, se dice *dinero*». Descendió del coche apoyada en la mano que lord Byron le tendía, y le agradeció la ayuda. Entre el aparatoso vestido antiguo y la inestable peluca, no le era fácil moverse. Ni a ella ni al resto de sus compañeras. Aun así, lograron ascender los varios escalones que llevaban a la puerta, en la que dos lacayos los estaban esperando para conducirlos al gran salón en el que debían hacer una espectacular entrada.

La primera impresión que tuvo Isabella fue que el salón era más grande aún que el que había visto en Wyndham Manor, aunque enseguida se dio cuenta de que era debido a que este estaba iluminado por decenas de velas y que su luz se reflejaba en toda una pared cubierta por espejos. El otro solo lo había visto de pasada y sin engalanar, por eso le pareció más pequeño. Avanzó del brazo de lord Byron, detrás de Samuel, que lideraba la comitiva hacia una pareja de cierta edad.

—¡Sean bienvenidos, sean bienvenidos! Es un honor tenerles aquí —coreó la dama.

—*Lady* Fulham, Lord Fulham —los nombró Samuel mientras hacía una pequeña venia—, el honor es nuestro por poder agasajar a su hija en un día tan especial.

La pareja se giró al mismo tiempo e hizo señas con la mano hacia el fondo del salón, tratando de llamar la atención de una joven. Unos inesperados nervios se le instalaron en el vientre. Había creído que su estancia con los duques y la velada en la que cantó para sus invitados la habían preparado para enfrentarse a esta fiesta, pero, por algún motivo, su cuerpo no lo percibía así. De repente, se sintió como semanas atrás: sola, de noche, en el bosque, donde todos sus sentidos permanecían alerta y a la espera de enfrentarse a algún peligro inesperado.

Martin había dejado de atender a Chloe cuando describía el cuarto o quinto regalo que había recibido aquel día. A su lado, su hermana emitía una exclamación de sorpresa y admiración con cada palabra de la larga lista que la joven nombraba, y que al parecer no tenía intención de resumir. Bebió un trago del insulso ponche y devolvió la copa a uno de los lacayos que se movían entre los invitados ofreciéndolas. Aquella bebida no le aliviaba el calor que acababa de azotarlo. Con disimulo, se pasó la mano por el cuello y separó unos milímetros el maldito pañuelo que su ayuda de cámara había insistido en ajustarlo «a la moda».

—¡Oh! ¡Miren! Mis padres me requieren y sospecho que es porque hay un nuevo regalo para mí —cuchicheó la joven con gesto conspiratorio—. Amanda, lord Beaconshire, acompáñenme, por favor.

Antes de poder reaccionar o buscar una excusa, Martin se encontró con un brazo de Chloe enredado en el suyo, con el de su hermana aferrándole el otro y obligado a avanzar hacia un extraño grupo, ante el cual el matrimonio Fulham no paraba de hacer aspavientos. El calor aumentó.

Zía sintió frío, a pesar de estar en pleno verano en un salón atestado de gente y de llevar un traje con varias capas de tela. Lord Byron debió de notar su estremecimiento y, caballeroso, posó su mano libre sobre la que ella tenía apoyada en su brazo. Advirtió que la miraba con gesto preocupado y ella le correspondió con una sonrisa de gratitud y, esperaba, de serenidad. Respiró hondo y volvió a prestar atención a las palabras de Samuel, pero, de repente, la piel se le erizó y buscó el origen del peligro. Unos ojos de color aguamarina, que conocía como si fueran los suyos propios, la contemplaban igual que si fuera un espíritu. El frío se intensificó.

Ardía por dentro. El calor que lo había sorprendido se había avivado conforme caminaba hacia el grupo y ahora entendía el porqué. Era por ella. La hoguera de su pecho, el hormigueo de sus manos y el suspiro de su nombre en la boca, que trataba de contener apretando los labios, se debían a que tenía a Isabella frente a él. Trató de atender a lo que lord Fulham decía, pero su voz le llegaba de lejos.

—Y vas a tener un adelanto de la obra, antes del estreno, solo para ti.

—¡Gracias, padre! —oyó responder a Chloe.

Su estrella estaba allí para actuar. Por eso lucía una peluca rosada y… un vestido de novia. No era para torturarlo, no, era por su personaje. Se dijo, sin dejar de contemplarla, que *La Cenicienta* jamás habría sido representada por una mujer tan hermosa como Isabella. Sus ojos, que habían viajado rápidamente por la figura de ella, volvieron a su rostro en busca del fulgor de ébano que tanto conocía y que tanto había extrañado. Pero no lo encontró. No había brillo, solo hielo oscuro. Los ojos de Isabella lo miraban como… como a un desconocido. Podría haber soportado su ira, su decepción, su rabia; sin embargo, no estaba preparado para un frío y desconfiado temor. «Soy yo», quiso decirle, pero ella apartó la mirada. La pasó brevemente sobre la mano de Chloe en su brazo y la levantó para observar y prestar atención a la conversación. Su *bella* Isabella acababa de convertirse en un hermoso animal con los instintos alertas.

«No es él. Él no me helaba el corazón, él me lo calentaba. No es él. A su lado no había noches frías porque el calor de sus brazos las mantenía lejos de mí. No es él. Acaban de decir su nombre y no es el de él. Lord *nosequé*, acompañado de su hermana Amanda. Tiene sus ojos, pero no es él».

—¿Señora Isabella? —Oyó a Samuel.

Automáticamente esbozó una sonrisa e hizo una perfecta reverencia que halagó a sus anfitriones.

—Estoy deseando escucharla cantar —manifestó la joven que cumplía años, con entusiasmo.

Un entusiasmo que demostró al apretar con su delicada mano enguantada el brazo de él. Él, cuyos ojos sentía recorrerla a ella de arriba abajo, acariciando su cuerpo, sin lograr atravesar el halo de hielo con el que se había vestido. Un hielo que temió no se deshiciera nunca.

—¿Y su esposo? —oyó que le preguntaba Amanda, con amabilidad, cuando el grupo pareció separarse en dos conversaciones.

Isabella apartó la mirada de la mano atrevida, que seguía posada en el brazo de él, y aflojó los dientes.

—Falleció hace tres años —respondió con una ensayada sencillez.

La hermana de aquel hombre y la joven homenajeada le hicieron un gesto de pésame. Amanda, además, dio un paso algo vacilante hacia ella y puso una mano en su codo.

—Mi esposo también me falta desde hace el mismo tiempo. Espero que halle en su arte el consuelo necesario para superar tan grave pérdida.

—Gracias, *milady*. Mi arte es lo único que me queda y pienso consagrar mi vida a él —respondió con sinceridad.

Sus palabras hicieron fruncir en un mohín los labios de la joven Fulham.

—Señora Isabella, querida Amanda, hoy no es ocasión de recordar tristezas, además —se centró en ella y esbozó una pícara sonrisa—, es usted tan joven y hermosa que ¡quién sabe si no vuelve a casarse!

Isabella advirtió el tenso movimiento de la alta figura que tenía ante ella y en la que no había vuelto a poner la vista. Sonrió hacia la joven, como aceptando su sugerencia, y levantó la mirada hacia lord Byron, al mismo tiempo que éste se llevaba su mano enguantada a los labios.

—Mi estimada señora Isabella, si decide casarse de nuevo, sepa que tiene en mí al más fiel y sincero candidato.

Las tres damas rieron, pues la fama excéntrica y aduladora del poeta era de sobra conocida en la ciudad. En ese momento, el director del Drury Lane reclamó la atención del grupo y ofreció su brazo a Isabella.

—Es hora de honrar a la ilustre homenajeada con nuestro humilde arte —anunció de forma pomposa.

Isabella cabeceó hacia las damas con su elegancia innata y siguió al director hacia la esquina donde ya habían preparado un pequeño escenario con cuatro detalles de atrezo. De inmediato sintió como su capa invisible de hielo se desvanecía. No podía cantar sin calor en el corazón; sin embargo, temió que la imagen que conjuraba siempre no la ayudara esta vez. Por fortuna, la primera pieza era el rondó y era una escena alegre. Intercambió miradas de ánimo con sus compañeros, se dejó inundar por una ola de confianza en sí misma y se dispuso a hacerlo lo mejor posible.

Conocía más de cien maneras de matar a alguien sin dejar rastro, pero eso solo podía hacerlo en estado de fría calma y por motivos de seguridad nacional o, en todo caso, en defensa de inocentes. Los celos no contaban como justificación del asesinato y, además, la desaparición del director del Drury o del famoso lord Byron no pasaría desapercibida.

Tantos sentimientos enfrentados lo estaban aniquilando por dentro igual que un veneno de efecto inmediato. Amor, celos, rabia, impotencia; debía contenerlos dentro y no demostrar ni un atisbo de ellos. Pero ¿cómo conseguirlo teniendo a Isabella tan cerca?

Quería tomarla en sus brazos y llevársela de allí. Ella lucharía contra él, o de lo contrario no sería su bella guerrera gitana, pero lograría calmarla y explicárselo todo. Y quizá, si no estaba condenado del todo, ella lo perdonaría. «¿Y después?», se preguntó. Después ya no tendría motivos para no abrirse a ella y confesarle que la amaba con toda su alma. Con un amor tan grande como imposible.

En su cabeza, aquel propósito sonaba realmente bien, pero no dejaba de ser más un deseo que un plan que se pudiera llevar a cabo. Un molesto tirón en su brazo lo sacó de sus cavilaciones y tuvo que atender a Chloe.

La siguió y se situó junto a ella en primera fila. No apartó la mirada ni un segundo de su bella estrella. Había recuperado su brillo y contagiaba con él a todo el que la escuchaba. La pieza era rápida y enseguida terminó. Los aplausos estallaron y la familia Fulham pidió a Samuel otra actuación más.

Martin sintió endulzarse su corazón al ver a Isabella quedarse sola en el escenario improvisado. Si a los invitados les había entusiasmado el rondó, ahora enmudecerían de emoción al escucharla cantar a ella sola. Apretó los puños en un vano intento de contenerse y no dar un paso hacia ella, como clamaba su cuerpo.

Alguien se detuvo detrás de Chloe para asistir a la interpretación de Isabella justo cuando ella comenzó a cantar. La pieza elegida hablaba de un rey que se casó con una joven pobre, pero de buen corazón. La tristeza de Isabella pronto provocó suspiros y sollozos contenidos entre los invitados, que no apartaban la mirada de ella, pendientes de su historia. La canción terminó, se hizo el silencio, Martin tragó el nudo de la garganta y, finalmente, resonaron de nuevo los aplausos.

—Abuelo, no lo había visto. —Oyó saludar a Chloe—. ¿Ha llegado ahora?

—Sí —afirmó lord Bellamy—. ¿Quién es ella?

Martin giró el rostro y descubrió los ojos del anciano clavados en Isabella.

—La señora Isabella Zía, ilustre cantante que, además, es la protegida de los duques de Wyndham —resumió Chloe, realzando la importancia de Isabella.

—Me la presentarás de inmediato —ordenó el noble.

—Por supuesto, abuelo, ¿tanto te ha impresionado?

—Tanto como para quererla por esposa.



Capítulo 18

«¿Qué diablos está ocurriendo? ¿Es esto una broma del destino? ¿Parte de la maldición de aquella romaní?». No podía ser que el abuelo del hombre al que él había liquidado en España pretendiera a Isabella. No podía creerlo y, aun así, lo vio levantar la mano hacia Samuel y reclamar su atención. Cuando este se acercó, le habló en voz baja y cabeceó hacia Isabella.

—Abuelo… —intervino Chloe con el ceño fruncido—, ¿no exagera usted con lo de casarse? Es hermosa y tiene talento, pero, al fin y al cabo, ella es… es… *diferente*.

—Eso es lo que más me gusta, querida. Es como una de esas flores nuevas…, una orquídea, algo único —y finalizó en un tono bajo, que solo Martin oyó—, y quiero poseerla.

Isabella no dejaba de recibir felicitaciones y de incluir a sus compañeros al agradecerlas. Se esmeraba en resaltar que *Cenerentola* no brillaría sin ellos y esa generosidad todavía la hizo granjearse más halagos. En un momento dado, Samuel se acercó a ella y la disculpó ante sus admiradores.

—Mi estimada señora Cenerentola, alguien insiste en saludarla, ¿me acompaña?

Por un momento, temió que fuera él. Lo buscó con la mirada y quedó atrapada en la suya, tan azul, tan profunda, tan traicionera. Como el mismísimo mar. No pensaba ceder al ruego de sus ojos. Agradeció sentirse insensible, a pesar de tener la certeza de que en cuanto se quedara sola, se derrumbaría bajo el peso de mil preguntas.

Avanzó del brazo de Samuel, con lord Byron tras ellos, y, para su sorpresa, se detuvieron ante un hombre de porte regio, abundante cabello cano y ojos verdes. Lo habría descrito de rostro agradable si no fuera porque esos ojos le recordaron a los de una *bicha* que vio una vez en un espectáculo. El animal bailaba sinuoso al son de la flauta de un *primo* llegado de tierras lejanas. Debía de ser conocido de la homenajeada, de Amanda y de… *él*. Aceptó que el hombre tomara su mano enguantada y se la llevase a los labios, aunque no le gustó. Y presintió que no fue la única a la que no agradó ese gesto.

—Señora Isabella, permítame presentarle al vizconde Bellamy, es el abuelo de *lady* Fulham.

—Es un honor —dijo Isabella al hacer una pequeña reverencia.

—No, señora, el honor es mío. Déjeme confesarle algo. Soy un hombre de corazón duro, pero su voz lo ha endulzado para siempre. Por favor, considéreme su más fiel admirador.

A pesar de querer obviar su presencia, Isabella vio envararse al hombre rubio de ojos azules,

así como también observó que la mano de Chloe seguía posada en su brazo.

—Gracias… eh…

—Milord. —Oyó que le susurraba lord Byron con pretendido disimulo.

—Milord —reaccionó ella con rapidez y agradeció la eficacia del poeta como apuntador.

—Estaré en primera fila el día del estreno —prometió lord Bellamy.

—Y nosotros también, ¿verdad, lord Beaconshire? Debe acompañarnos a Amanda y… a mí… —dijo Chloe con un mohín.

—Por supuesto, lo estoy deseando.

Su voz. Grave, ronca, capaz de excitar los sentidos y a la vez de arrullar hasta adormecer. Tal y como había hecho con sus ojos, Isabella se negó a reconocer su voz. Sí reparó, sin embargo, en cómo sus palabras alegraban a Chloe, a pesar de estar sintiendo la fuerza de su mirada sobre ella.

De repente, la tensión de su primera actuación, la ansiedad por estar relacionándose con la nobleza, temiendo cometer un error y, sobre todo, aquel encuentro inesperado y doloroso le provocaron un leve mareo. Lord Byron, solícito como siempre, le ofreció su brazo. Así mismo, el poeta hizo gala de su excentricidad al comunicar abiertamente que la estrella del Drury Lane comenzaba a apagarse debido al cansancio. Hizo un gesto a Samuel y el director continuó con la perorata:

—Esperamos haber cumplido nuestro cometido y haberlos entretenido y emocionado, pero es hora de retirarnos y de dejarles seguir con su magnífica celebración. Los esperamos a todos el día del estreno.

Tras varias despedidas por parte de todo el elenco, el grupo de actores abandonó entre vítores la mansión de los Fulham.

Martin hacía esfuerzos por controlar la respiración y soportar el sordo dolor de su pecho. Su entrenamiento lo había preparado para enfrentarse a muchos desafíos, pero no para ser testigo silencioso de cómo la mujer que amaba era cortejada por otros. Estaba claro que declararse viuda y fiel a la memoria de su esposo no garantizaba que los caballeros se alejaran de ella. Al contrario, para algunos, ser quien la hiciera cambiar de opinión suponía un reto. Y él, como un imbécil, se consideraba a sí mismo ese esposo fallecido que iba camino de ser olvidado.

Minutos más tarde, Isabella se apeaba del coche delante de la casa de huéspedes. Samuel les había dado libre la mañana siguiente, por lo que podría quedarse en casa a descansar y estudiar. Entró ataviada aún con el vestido de novia y la alta peluca, por lo que tía Camila, que la esperaba despierta, se aprestó a ayudarla. La saludó con cariño y se dejó cuidar como si volviera a ser una niña. Liberada de la peluca, del maquillaje y ya en ropa de dormir, decidió calentarse una taza de leche, sabía que no le sería fácil conciliar el sueño. Tía Camila, al verla tomar asiento tras haberse movido por la cocina como una sonámbula y apenas haber hablado, decidió comenzar ella la conversación.

—¿Quieres que me quede contigo? ¿Quieres hablar?

Isabella enfocó sus grandes y tristes ojos en la dulce mujer y asintió. Tía Camila se acomodó en una silla al otro lado de la mesa de la cocina alrededor de la cual solían reunirse.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Era una casa muy elegante, había muchos invitados y nuestra actuación ha gustado mucho —explicó Isabella de forma contenida.

—Si ha ido tan bien, ¿a qué se debe esa cara? —La pregunta cariñosa la emocionó y resquebrajó el muro de hielo con el que había pretendido contener sus emociones.

—No quiero llorar. No se lo merece —gimoteó.

—¿Quién?

—Él. ¡Él! Es que no sé ni cómo llamarlo. No lo entiendo, tía Camila… —Apretó los dientes, enfadada con su propia debilidad.

—Cálmate, cuéntame.

—El amigo del duque que me acompañó hasta Londres…

—¿Tu enamorado? —la interrumpió para precisar.

—¿Qué? ¡No!

—Está bien, está bien. Sigue.

—Me mintió. No es quien yo creía. Michael Beac, mi músico canalla y encantador, no existe —enfatizó negando también con un gesto—. Estaba en la fiesta, vestido de noble, sin su barba y… repeinado. Lo llamaban lord «nosequé». Tiene una hermana, viuda, que, no sé, parece no estar bien de salud y creo que también… tiene… una prometida.

—¿Estás segura de que es el mismo hombre? —dudó tía Camila.

—Sus ojos… Su voz.

—¿Te habló? ¿Y no te explicó?

—No hubo oportunidad. —Suspiró ella.

—¿Y si te busca para explicarse?

—Es demasiado tarde. Ya no hace falta. Si es un *encopetado*, si es un duque o un conde, ahora lo entiendo todo. O casi todo. —Esa conclusión provocó que su rabia se redoblara y la acompañara el resto de la noche mientras daba vueltas en su cama.

Al día siguiente, a Martin le costó esperar que amaneciera. La impaciencia por hablar con Isabella lo hubiera llevado a salir de casa en plena noche. Por fortuna, recobró el sentido común y esperó al momento apropiado. En cuanto llegó, montó en su caballo y se dirigió al teatro. Seguía siendo temprano, pero había un inusual movimiento de gente en la puerta lateral del edificio. Los ojos se le abrieron como platos. Desde su caballo, observó el ir y venir de mozos que portaban ramos de flores y las entregaban con el mismo mensaje voceado: «para la señora Isabella». De nuevo, se sintió el marido ultrajado, ultrajado y muerto, sin tener derecho a ello. Se apeó del caballo, se acercó a la puerta y preguntó por ella. Cuando le dijeron que todo el elenco tenía la mañana libre, volvió a montar y cabalgó hasta la casa de huéspedes.

Llamó a la puerta y esperó a ser atendido con no mucha paciencia. La puerta se abrió y dio paso a la aparición de la dueña de la casa.

—¿Se encuentra la señora Isabella? —preguntó sin ceremonias.

La mujer lo miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Y usted es?

Martin no podía creer que aquella astuta mujer no lo reconociera.

—Martin Michael James Beacon, conde de Beaconshire —pronunció entre dientes.

—Su cara me suena… —Arrugó la nariz como si tuviera delante a un apestado en vez de a un par del reino.

Enseguida dejó de tomárselo a malas. Aquella mujer sabía algo y había tomado partido, como no podía ser de otra forma, por Isabella. No la culpaba. Su lealtad para con su estrella más bien la honraba.

—Señora, me conoció hará una semana como Michael Beac. Yo acompañé a Londres a Isabella. Ruego le haga saber a ella que estoy aquí. Por favor.

—No está. Ha salido a pasear con las otras huéspedes de la casa.

No había llegado tan alto en el Servicio Secreto tragándose mentiras como aquella. Isabella no quería verlo y la dueña de la casa tenía órdenes de no recibirlo. Asintió como si aceptara la

excusa y se dio media vuelta. Lo intentaría más tarde o la abordaría al día siguiente en la ida o la vuelta al teatro. En su ansia por verla y explicarse no había tenido en cuenta que ella estaría resentida. «Quince años de experiencia como espía, pero un total novato en temas del corazón», se amonestó mientras montaba de nuevo para dirigirse al lugar en el que podría descargar su frustración sin tener que dar explicaciones.

Desde una ventana del primer piso, oculta por las cortinas, Isabella vio alejarse a Michael; a Martin, si había oído bien desde el lugar, cerca de la puerta, en el que se había ocultado. No había esperado para nada verlo aparecer tan pronto en su puerta. Por si acaso regresaba, procuraría ensayar y tener aprendido su papel más difícil: el de mujer indiferente.

En quien no reparó Isabella fue en la persona que, agazapada en una esquina, también había esperado verla aparecer, diciéndose que en algún momento ella tendría que salir y que esta vez aprovecharía la oportunidad de abordarla.

Martin se pasó la mañana en la sala de entrenamiento que albergaba el Ministerio de Asuntos Exteriores y a la cual solo tenían acceso un grupo selecto de hombres. Con la excusa de perfeccionar algunas técnicas de lucha, se despachó con los incautos voluntarios.

Ataviado solo con unos pantalones *breeches*, descalzo y bastante sudado, felicitó al joven que se alejaba de él sujetándose las costillas y sonrió diabólicamente al ver aparecer a su pupilo predilecto: lord Alfred Peel. El sobrino de Andrew lo miró con los ojos desencajados y lo vio buscar a su alrededor algún candidato que quisiera enfrentarse a él en su lugar.

—Solo quedas tú, joven Alfred —lo animó y lo señaló con el índice.

—Me he cruzado con varios de mis compañeros, señor. No salían de aquí en condiciones de atender a las veladas de esta noche, precisamente, y yo tengo planes —trató de excusarse su alumno.

—¿No estabas cortejando a *lady* Clarise Brandon? Me pareció verte admirarla mientras ella tocaba el pianoforte de tu tío —dijo tomando una toalla.

—Y la sigo admirando, señor, pero la distancia no ayuda. Espero que ella y su familia vengan de Brighton para las celebraciones del aniversario. Yo…

—Deseas pasar tiempo con ella —adivinó Martin, apartando la mirada de Alfred.

—Ya sabe cómo es eso. —Lo oyó afirmar.

Levantó el rostro, comprendió que, por ese día, no iba a zurrar a más aspirantes a agentes secretos de la Corona y le dio la razón a Alfred.

—Sí, por fortuna o por desgracia, sé perfectamente lo que es.

Tras asearse y cambiarse, Martin dudó si volver a la casa de tía Camila. Decidió que esperaría al día siguiente y optó por pasar a ver a su hermana. A medio camino, sin embargo, se detuvo en casa del duque de Silverstone para interesarse por su estado de salud y concertar una visita para el día siguiente. No podía demorarse más en darle la noticia de la falta de herederos.

Tras una noche de sueño inquieto, madrugó, se preparó y, esta vez, optó por usar su carruaje. Si Isabella accedía a verlo, quizá le aceptara una propuesta de paseo por Hyde Park, se animó de forma insensata. Esa mañana, cambió el orden de sus destinos y pasó primero por la casa de huéspedes, donde una joven le informó de que Isabella había partido temprano hacia el teatro. Maldiciendo, dio orden al cochero de tomar el camino al Drury Lane. A punto de girar por Russel Street, su instinto lo hizo mirar por la ventanilla y vio algo que le aceleró el corazón. Dio dos golpes al techo y, sin esperar a que el coche se detuviera, abrió la puerta, saltó a la calzada y corrió por el callejón.

Mientras corría, evaluó la situación. Dos hombres tiraban de Isabella hacia un tosco carromato parado al otro lado del sucio pasaje. Noqueó al primero de un solo puñetazo y, al girarse hacia el segundo, lo reconoció tras el pañuelo que cubría la parte inferior de su cara. Krall.

Solo tuvo un segundo para comprobar el estado de Isabella. Ver su cara magullada, sus ojos cerrados y su cuerpo laxo lo enceguecio. Solo el férreo brazo de Krall que la sujetaba por el pecho lo frenaba de actuar. Con un solo gesto esa bestia era capaz de partirle el cuello y no podía arriesgarse a eso. Sus miradas se cruzaron y el gitano sonrió. Dio un paso atrás, arrastrando con él a Isabella. Él avanzó, dispuesto a atacar a la mínima oportunidad.

—¿No me reconoces, Krall? La última vez cometí el error de dejarte inconsciente.

—No te metas donde no te llaman, *whitey* —siseó su oponente confundido.

—O sueltas a mi mujer o te mato.

—¿Tú?

La sorpresa del gitano al comprender quién era lo hizo vacilar lo justo para que Martin atacara. Le pateó la rodilla y, mientras trastabillaba, arrancó a Isabella de su agarre. La abrazó para impedir que cayera al suelo y eso fue lo único que libró a Krall de ser perseguido y aniquilado.

Ella era su prioridad. Se arrodilló para poder examinarle la cara y tragó con fuerza un nudo de rabia. Le apartó un mechón suelto de la cara y le pasó la palma por la mejilla.

—Pequeña, abre los ojos. Estás a salvo —le susurró—. Isabella, mi amor.

Su corazón volvió a latir al ver sus párpados agitarse hasta abrirse con dificultad.

—¿Whi… *whitey*? —gimió casi sin voz.

—Sí, cariño, soy yo. Voy a levantarte y a llevarte a casa.

La acomodó entre sus brazos, se incorporó y caminó hacia el carruaje. Una vez dentro, dio la orden de dirigirse no a la pensión, sino a su mansión de Mayfair. El sabio y entrenado cochero detuvo el vehículo en la entrada lateral, sin necesidad de que se lo hubiera indicado su señor, y por esa puerta entró Martin con su preciada carga. Ascendió a la primera planta mientras daba órdenes a su ama de llaves, y entró sin dudarlo en los aposentos destinados a la condesa de Beaconshire.

Con la ayuda de la discreta mujer, limpió el rostro amado y comprobó que no hubiera nada roto. Cuando se quedó a solas con Isabella, se sentó al borde de la cama y esperó. Su estrella no tardó en abrir de nuevo los ojos y enfocarlos en él.

—Michael…

—Sí —afirmó él, estrechando la pequeña mano de ella entre las suyas y alegrándose, a pesar de la situación, de escuchar ese nombre de sus labios.

La alegría no le duró demasiado.

—No —gimió ella —, Martin.

Él cabeceó, entonces, para centrarse en lo importante.

—¿Te duele algo?

Isabella se llevó la mano a la mandíbula y él deseó tener delante a Krall. Le sujetó la mano, antes de que se tocara, y se la llevó a los labios para besarle el dorso.

—Está bien, pequeña, ya pasó. Tienes algunos… golpes, pero se te curarán enseguida…

Asombrado, la vio incorporarse y recular poco a poco hasta apoyar la espalda en el cabecero. ¿Trataba de alejarse de él?

—Te… Te pareces a él, pero no lo eres —le confirmó así que no iba a ponérselo fácil.

La volvió a tomar de la mano y, esta vez, se la apoyó en su propia mejilla.

—Sabes quién soy, Isabella.

—No te conozco —musitó, aunque sin apartar la mano.

Martin tuvo que cerrar los ojos ante la agonía de sentir sus dedos recorrerle el rostro. Era como si ella tuviera que aprendérselo de nuevo. Respiró hondo y le dio la respuesta que ella demandaba, una que cuanto más la repetía más la odiaba.

—Me llamo Martin y soy el conde de Beaconshire. Mis tierras quedan al norte de Hastings, no muy lejos de Brighton. En la fiesta conociste a mi hermana Amanda que, como te dijo, quedó viuda hace tres años. Tiene un hijo, Simon, de cuatro años.

—Ella… —La mirada de Isabella era fácil de leer para él.

—Está enferma, sí. Y no tiene cura.

La vio coger aire de golpe y llevarse la mano al pecho. No quiso detenerse, una vez había comenzado la confesión que le debía.

—Cuando nos conocimos en el bosque…

—Los dos nos mentimos —apuntó ella con serenidad.

—Pero tú lo hiciste por protegerte, yo lo hice porque es cierto que busco a un hombre llamado Edward y lo mejor era hacerme pasar por un músico ambulante.

—¿Lo de tu padre? —le preguntó ella.

—Lo siento. Mis padres murieron cuando yo era un niño y fue Amanda quien me cuidó. La búsqueda de Edward me la encomendó otra persona por… trabajo.

—Yo también fui solo trabajo.

—¡No! —Martin negó, se inclinó hacia ella y, desolado, la vio apretar la espalda contra el cabecero—. Isabella lo nuestro no fue…

—¿Qué fue, Martin? —le preguntó ella algo menos serena.

—Lo más maravilloso y auténtico que me ha pasado en la vida —le declaró aliviado por poder confesarle la verdad de sus sentimientos.

—No te creo. Te alejaste y, si no nos hubiéramos encontrado en la fiesta de… tu…tu

—No, Isabella. Chloe no es nada para mí —se apresuró a negar.

—Pues ella no lo sabe y tu hermana parece que tampoco, pero respóndeme: ¿qué hubieras hecho de no habernos encontrado? —Su estrella estaba pasando de la contención a echar chispas por los ojos.

—Velar por ti, procurar que tus sueños se cumplieran…

—¿Sin que yo lo supiera? ¿Desde la distancia? —le espetó.

—Isabella, dejaste muy claro tu plan. Nada de hombres cerca de ti que comprometieran tu buen nombre como una decente viuda.

—¡A menos que se acercaran con intenciones nobles! Pero ese no era tu caso, ¿verdad, Martin? Ya lo entiendo, por fin lo entiendo. Nunca, jamás, un conde se casaría con una gitana. Una gitana solo es buena para una cosa para los *encopetados* como tú.

El reproche de Isabella le llegó certero al pecho. La maldita afirmación de la hermana de Krall se la lanzaba Isabella, igual que se la había lanzado el reverendo Parrot. Y dolía tanto que acabó compartiendo ese dolor con ella. Se le acercó, apoyó las manos en el cabezal, a cada lado de su cara, y se inclinó hasta sentir su respiración acelerada en la cara.

—Si no fuera porque el escándalo mataría a mi hermana y afectaría a Simon, tú ya serías mi mujer. Pero así funciona mi maldito mundo, Isabella. Igual que tu gente tiene sus propias leyes, la nobleza tiene las suyas y me tienen atrapado. La única vez que me he sentido completamente libre ha sido a tu lado, durmiendo bajo las estrellas. Te quiero.



Capítulo 19

¿Había oído bien? ¿Michael acababa de decirle que la amaba? No. Quien acababa de confesarle su amor era un conde que, por mucho que lo deseara, no podía dar la espalda a la sociedad ni mucho menos a su familia: una hermana enferma y un niño de cuatro años. Y eso ella podía entenderlo. Aunque doliera, lo comprendía. Su amor jamás había tenido una oportunidad ni la tendría. Y poner en palabras lo que sentían no haría más que agravar ese dolor.

—Yo…

—Tú también me amas —le susurró él bajando su mirada añil hasta su boca para provocarle un delicioso hormigueo en los labios.

Negó sin mucha vehemencia y Martin detuvo la negativa al posar sus dedos en la parte de su barbilla no magullada.

—Sé que no podemos tener lo que… lo que lograron Edward y su esposa, pero, al menos, no me lo niegues, Isabella. Dímelo.

—No —gimió, vigilando los labios de él.

—Respóndeme sin palabras, entonces.

Justo cuando entendió lo que él le pedía, la boca de Michael cubrió la suya en busca de su respuesta. Sin fuerzas para resistirse más a él, se la dio. Tomó su cara, extraña y suave sin la barba, abrió los labios y lo besó. Su pecho se liberó del peso que la venía ahogando, su vientre aleteó y respiró el aroma que tanto había echado de menos. Los labios de Michael nunca habían sido tan delicados ni tan dulces y eso la mareaba más que devorar varios puñados de madroños. Empujó su masculino labio inferior y sonrió.

—Mmm, adoro besar tu risa. —Lo escuchó susurrarle entre roce y roce.

Ella giró el rostro para convertir el beso en una caricia húmeda, pero el dolor del golpe la hizo gemir.

—Dios, Isabella, lo siento. —Michael se retiró de inmediato y clavó los ojos al lado de su boca—. Voy a matar a Krall.

Se asustó. Más que por las palabras que acababa de decir, por el tono vehemente y por el cambio repentino del color de sus ojos. No bromeaba, no era una promesa vacía. Le rodeó el cuello con las manos y buscó su mirada.

—Michael, no. Prométeme que no lo harás.

—Ha osado tocarte y eso es pena de muerte. Si no lo detengo, volverá a atacarte. Al ir al

campamento aquel día, lo humillaste delante del clan y ahora busca venganza. No se detendrá a menos que lo detenga yo antes.

Las manos de Michael fueron a su cintura y la atrajeron a su cuerpo. Volvió a observar el tono rojizo de la piel de su mentón, que pronto se tornaría amarillo y luego violeta. Apretó los dientes.

—Michael, tendré cuidado. Te prometo que de ahora en adelante iré y volveré en coche al teatro, Samuel me ofreció uno para mi uso, pero me pareció una ex… extra…

—¿Extravagancia? —apuntó él colocándole un rizo tras la oreja al mismo tiempo que una idea surgía en su mente.

—Sí. Pero le diré que lo acepto. Tú…, por favor, no te enfrentes a Krall, no quiero que… te pase nada.

—Porque me amas —aseguró él acariciando juguetón su cintura buscando que lo admitiera.

—Porque no quiero tener tu muerte sobre mi conciencia —respondió apartando los brazos de sus hombros y echándose hacia atrás.

Después de la confesión de él y de la admisión por parte de ambos de lo que sentían, se habían colado en una de esas burbujas que dejan todo fuera. Pero esas burbujas eran frágiles y no duraban. No podían volver a estar a solas así, no podían volver a besarse como si fueran los de antes.

La realidad comenzó a gotear hiriente sobre Isabella. La imagen desvalida de Amanda apareció en su mente. La de ella y la de todos los invitados de la fiesta de cumpleaños. Como artista, la habían aplaudido y felicitado, pero la rechazarían sin contemplaciones si osaba convertirse en la amante de «uno de ellos». De él, por ser hombre, era casi lo que se esperaba; que tuviera una querida escondida en alguna parte. Sin embargo, para ella eso no debería convertirse nunca en una opción. Además, si la hermana de Michael se enteraba, nunca lo perdonaría.

—Martin, ya me encuentro mejor. Si buscas un coche de alquiler, me iré a casa.

Lo vio sonreír con tristeza.

—¿Sabes que estás más en casa que nunca?

Isabella mostró su desconcierto y paseó los ojos por la gran habitación.

—Estás en los aposentos de la condesa de Beaconshire. Son tuyos.

—No, Martin…

—Ninguna mujer, que no seas tú, los va a ocupar jamás.

—No lo hagamos más difícil de lo que ya es —le pidió con un nudo de emoción en el pecho, porque nada la haría más feliz que reclamar como suya esa hermosa habitación decorada con suaves tonos amarillos y tenerlo a él al otro lado de la puerta.

Michael soltó un fuerte suspiro, aunque, en vez de alejarse, se acercó a ella de nuevo.

—Tienes razón, como siempre. Pero, antes de permitir que te vayas, quiero dejarte algo muy claro, señora Isabella. En mi corazón, siempre vas a ser mi mujer y yo… —Soltó una risa ronca —. Yo hace tiempo que asumí el papel de tu difunto esposo.

—No digas eso ni en broma, *whitey*, trae mal fario.

—No sabes cuánto he echado de menos que me llames así.

Tras decir eso, apretó un rápido beso en sus labios y se levantó de la cama. Le ofreció una mano que ella aceptó para incorporarse poco a poco.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, por favor, avisa un coche.

—Iremos en mi carruaje y no voy a discutirlo. Es más cómodo y mi cochero no dirá nada.

Todo el personal de esta casa es… de mucha confianza.

De repente, volvía a estar entre sus brazos y reconocía de nuevo a su músico zalamero en este hombre con aspecto de príncipe. Se sujetó de sus hombros, apoyó la cara en su pecho para inhalar su aroma y se dejó llevar hasta el carruaje, estacionado en el discreto pasaje lateral. Dentro del vehículo, Michael no la soltó. La acomodó en su regazo con cuidado y la abrazó con ternura. Durante los diez minutos de trayecto, no dejó de sentir sus besos en el pelo. Ya en la casa de huéspedes, el cochero fue quien bajó del pescante y llamó a la puerta. Luego abrió la del carruaje para que su señor pudiera bajar y entrar con premura en la casa. Una vez dentro, la voz preocupada de tía Camila se hizo oír.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—Una caída viniendo del teatro —mintió Isabella—. Lord Beaconshire, por favor, si es tan amable de dejarme en el suelo… —le rogó con una mirada de advertencia.

—Querida niña, qué suerte que milord estuviera cerca para traerte —cacareaba la mujer al mismo tiempo que la acompañaba a la salita y la obligaba a sentarse.

—Estoy bien, esto no es necesario. —Ni era necesario ni estaba acostumbrada a que la trataran como si fuera de cristal. La iban a convertir en una floja.

—Lo es —gruñó Martin, con lo que se ganó un gesto de complicidad de tía Camila y un ceño fruncido de su parte.

«Si vuelvo a acostumbrarme a tenerte cerca, luego será peor. Nuestra situación sigue siendo la misma. Imposible».

—Lord Beaconshire, le agradezco su ayuda, pero…

—¿Ya me despide, señora Isabella? —«¿Tienes que mirarme con esa sonrisa de medio lado que tanto me recuerda a nuestros días a solas en el bosque?».

—Esta es una casa de huéspedes para mujeres de reputación intachable, ¿no es así, tía? —Isabella buscó la colaboración de la mujer.

—Cierto, pero yo estoy presente y… te has caído y… milord te ha traído… Es una situación perfectamente formal, Isabella, teniendo en cuenta lo que te ha ocurrido.

«Pero lo que siento por él no es nada formal, porque solo quiero que vuelva a abrazarme. Y él tampoco me está mirando de manera inocente… Oh, Dios, ¿por qué se me acerca tanto?».

Martin se detuvo ante su asiento, se inclinó y cogió su mano para llevársela a los labios. La respiración le aleteó y su vientre se contrajo.

—Espero volver a verla pronto, señora Isabella —se despidió con voz ronca y una promesa escondida en ella.

Isabella asintió en silencio. «¿Volver a vernos? No sé si me hará más mal que bien». Pensando eso, siguió su alta figura hasta que abandonó la salita. Cuando escuchó cerrarse la puerta de la calle, soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta. Fue ese suspiro el que llamó la atención de tía Camila e hizo que se ganara una mirada llena de sabiduría, pues no era la primera vez que la señora asistía a un tira y afloja entre enamorados.

En cuanto Martin subió a su carruaje, guardó en su corazón sus sentimientos por Isabella y dejó que la rabia y la sed de venganza le corrieran libres por las venas. Decidido, se dirigió al ministerio en busca de su discípulo predilecto. Lo encontró entrenando con otro alumno aventajado. No le hizo falta dar ninguna orden, en cuanto lo vieron, detuvieron la práctica y se acercaron a él.

—Tengo una misión —los avisó—. No es oficial, es personal.

—Sin problema, señor —respondió Alfred.

—A sus órdenes, señor —se unió el otro joven.

En pocas palabras, les comunicó a quién debían proteger día y noche; les explicó su rutina diaria y les dio las instrucciones a seguir en el caso de que tuvieran que defenderla. Sus hombres no pusieron en duda las órdenes y le reiteraron su lealtad.

Tras esa visita, que logró tranquilizarlo en parte, se dirigió a su casa. Debía cambiarse si no quería llamar demasiado la atención en el lugar en el que debía adentrarse esa tarde. Llegó a caballo a Vauxhall, desmontó y disimuló su acento y sus ademanes para preguntar por la compañía de Bahktalo. Lo alegró localizar el *vurdun* y aún más encontrar cerca de él a sus amigos.

—¿Michael? ¡Qué raro estás sin barba! —expresó Dana justo antes de acercarse a él y darle un espontáneo abrazo—. ¿Isabella no viene contigo?

—No, esta mañana ha tenido ensayo, luego se ha torcido un pie, se ha caído y ahora está descansando en el lugar en el que nos hospedamos.

—Estás hasta guapo, *whitey* —le lanzó Keyla, a lo que él respondió con una venia que no hizo demasiada gracia al alto gitano que lo observaba, apoyado en la enorme rueda del *vurdun*.

—Sé bienvenido, Michael, *sastipén* —fue el cordial saludo de Bahktalo.

—¿Estáis todos bien? —les preguntó con afecto.

Después de comer con ellos y escuchar sus planes para las celebraciones, hizo una señal a Hohan a fin de que se apartaran del grupo y caminaran hacia la linde del campamento.

—¿Qué te traes entre manos, Michael? —le espetó el gitano nada más encontrarse a solas.

—¿Y tú? Desde que he llegado me estás atravesando con la mirada y, que yo recuerde, cuando nos separamos, no lo hicimos a malas, Hohan.

—Cierto, pero resulta que Isabella vino de visita no hará mucho y no me gustaron sus ojos tristes. Y eran por ti. Fue decir tu nombre y ver cómo se apagaba la poca luz de su cara.

—¿Estuvo aquí? —meditó—. ¡Maldita sea! Si la siguieron, no solo saben lo del teatro, también saben dónde vive.

—¿Qué dices, *whitey*?

Martin respiró hondo.

—Por eso he venido, Hohan, para pedir tu ayuda. Isabella no se cayó esta mañana, Krall la atacó. La atrapó en un callejón cercano al teatro, la arrastró por él hacia un carromato y la golpeó. Pude librarla de él y de su esbirro, pero huyeron. ¿Los has visto por aquí?

—No, pero si lo veo, lo mato.

—No, amigo, eso es cosa mía. Ha tocado a quien más amo.

Fue el turno de Hohan de respirar hondo.

—¿Me vas a contar lo que os traéis entre tu parienta y tú?

Martin decidió ser sincero. Sabía que podía confiar en Hohan y le hizo un resumen. Sin embargo, de ese resumen hubo un tema que no le gustó nada al gitano.

—Así que, ¿ni estáis casados ni podréis casaros?

—Créeme que lo haría si pudiera —respondió al reproche—. La quiero más que a mi vida, Hohan, y por eso pido tu ayuda. Necesito que me avises si ves a Krall.

—Que te avise, ya… ¿Quién carajo has dicho que eras? —le preguntó el *rom* con ironía, repasándolo de arriba abajo.

—El conde Beaconshire, pero eso no cambia nada. Seguís siendo mis… ¿*pral*?

—¿*Amigos* de un conde *whitey*?

—Si no confiara en ti ni valorara tu amistad, no estaría aquí pidiendo tu ayuda, Hohan.

Al gitano le costaba acceder. Al igual que su preciosa estrella, se notaba que llevaba la cautela tatuada muy adentro.

—Te ayudaré por Isabella. Luego ya veré qué te puedo sacar a ti, «milord».

Martin sonrió, sabiendo que contaba con Hohan. Se despidió de él con un apretón de antebrazos y fue a por su caballo. No dejó de mirar a su alrededor mientras cruzó el campamento y hasta salir de él.

Isabella regresaba a casa en coche desde el teatro, sin haberse percatado del par de jinetes que la escoltaban desde hacía dos días. Iba pensando en Michael, dándole vueltas a lo que le había desvelado hacía cuarenta y ocho largas horas y llamándose tonta por haberlo echado de menos cada una de esas horas. Lo mismo deseaba verlo aparecer que se reafirmaba en que lo mejor era no cruzarse con él de nuevo. Su mente repetía una cosa, pero su corazón iba por libre.

Se llevó la mano al colgante de la *odonata* y recordó cuando él le dijo que si fuera un Dios, cambiaría su destino. No era un Dios, aunque, al final, sí que había resultado ser más que un simple músico, todo un poderoso conde. Si bien no lo suficientemente poderoso como para desafiar las normas establecidas: romaníes y *whiteis* no se mezclaban, a menos que estuvieran dispuestos a pagar el alto precio. De inmediato, Isabella recordó a Amanda y a su hijito. La conclusión a la que siempre llegaba era la misma: no podía dejar que sus sentimientos crecieran ni debía alentar los de él.

De humor taciturno, descendió del coche y se encontró con una sorpresa que la animó al instante. En la salita de la casa se hallaban la duquesa de Wyndham, sus dos pequeños lloriqueando y tirando de su falda, y su marido con cara de querer salir huyendo, mientras tía Camila contemplaba la estampa familiar y reía.

De manera inesperada, detectó que la sonrisa más grande en darle la bienvenida fue la del duque, el cual aprovechó su entrada para besar en la mejilla a su mujer, caminar raudo hacia ella mientras le hacía una venia y salir por la puerta que ella todavía no había cerrado.

—¡Ya me las pagarás, Wyndham! —le gritó la duquesa sin decoro alguno.

—Siento que mi llegada haya propiciado su fuga —Isabella tuvo que contener la risa. Los duques eran adorables y sus mellizos unos diablillos.

—Isabella, querida, qué bien que ya estás aquí. —Suspiró la duquesa al ver cómo sus hijos caminaban tambaleantes hacia la recién llegada y eran aupados a la vez.

—¿Cómo están mis *encopetados* favoritos? —preguntó bajito simulando que mordía sus barriguitas.

Mientras la duquesa se dejaba caer en el sofá, tía Camila desapareció hacia la cocina para preparar el té. Al poco, aparecieron Mey, Anne y Susy, alertadas por el ruido, y enseguida fueron las destinatarias de la atención de los mellizos.

Isabella fue a sentarse junto a Emily. Tía Camilla reapareció con té y pastas y, en poco tiempo, todas estaban riendo con las maldiciones que lanzaba la duquesa hacia las libertades de las que gozaban los caballeros. Cuando tía Camila animó a las chicas a llevarse a los niños a la otra sala e Isabella se vio a solas con Emily, supo que la curiosidad de la duquesa se desataría.

—¿Qué te ha pasado en el mentón? —comenzó.

—Una caída sin importancia. Qué bien que estéis aquí —desvió Isabella el tema.

—Sí. —Suspiró Emily—. Y ¡felicidades por tu entrada en el Drury!

—Es todo gracias a ustedes —de inmediato se corrigió al ver alzarse las cejas de Emily—, a ti y al duque.

—Es gracias a tu talento, nosotros nos hemos limitado a enviar unas cartas —dijo agitando la mano para dar poca importancia al hecho.

—Además, solo hemos actuado una vez, eh… fuera del teatro. El día importante de verdad será el del estreno.

—¿Fuera del teatro? —«Era demasiado esperar que la duquesa pasara por alto esa información», pensó Isabella.

—Con motivo del cumpleaños de *lady* Chloe Fulham. Le encanta el teatro y sus padres concertaron con el director una actuación privada. —Isabella no disimuló su inquietud y vio cómo el rostro de Emily pasaba del interés al asombro.

—¿Chloe Fulham?

No era solo asombro, comprendió Isabella.

—¿Sabía… sabías que ella… y él…?

Emily unió rápido las piezas del puzle.

—Espera, espera. ¿Ya sabes quién es Michael? ¿Te lo ha contado?

—Sí, pero solo porque me lo encontré en esa fiesta del brazo de la homenajeada, que, por cierto, no lo soltó en toda la noche y actuó como si fuera suyo —masculló.

—Eso es lo que ella y la hermana de Micha… Martin querrían, pero él siempre ha renegado del matrimonio y ha declarado que su heredero era su sobrino. —Emily puso la mano sobre la de Isabella—. ¿Cómo te sentiste? Me refiero, al verlo.

—Me negué a reconocerlo. Mi mente rechazaba lo que veía.

—¿Y tu corazón? —Emily apretó más el agarre.

—Lo sintió incluso antes de verlo. —Isabella cogió aire y levantó el mentón—. Pero me repuse, ofrecimos un buen espectáculo y nos fuimos.

—¿Y cuándo hablasteis?

—Hace dos días me dijo quién era, me dio explicaciones y… me confesó lo que siente por mí. Como si eso cambiara algo… ¡No lo cambia, lo empeora!

Emily le pasó el brazo por detrás de los hombros.

—Te entiendo. Entiendo a lo que te refieres, pero también lo entiendo a él. Martin llevaba tiempo queriendo decírtelo, pero no deseaba hacerlo mientras se hacía pasar por quien no es. En fin, músico o conde, está enamorado de ti.

Isabella tragó el nudo de pena de su garganta para poder hablar y hacerlo en tono frío.

—Pues tendrá que borrar lo que siente. Igual que yo. Él debe cumplir con su deber: cuidar de su hermana y su sobrino, casarse con esa… *lady* y tener un heredero.

—Isabella, Martin no va a casarse con Chloe…

—Tampoco conmigo.



Capítulo 20

Martin se encontraba revisando un informe acerca de la seguridad durante las celebraciones del aniversario de la Batalla de Trafalgar cuando escuchó un par de golpes en la puerta de su despacho en el ministerio. Levantó la cabeza del documento y se encontró ya con la imponente figura del duque de Wyndham a medio entrar.

—Buenos días, Su Excelencia —lo saludó y se echó hacia atrás en la silla para estirar la espalda.

—Dirá «buenas tardes», lord Beaconshire —lo corrigió Andrew para su sorpresa—. ¿Cuánto llevas aquí metido?

Martin sacó su reloj de bolsillo y elevó las cejas.

—Demasiado. ¿Qué haces en Londres? ¿Has venido con tu familia?

—Sí, están en…

—Buenas tardes, caballeros —se anunció desde la puerta Robert Stewart, ministro de asuntos exteriores y marqués de Londonderry.

Ni a Martin ni a Andrew les sorprendió que el poderoso lord entrase y fuese a sentarse en la butaca que quedaba libre ante el escritorio. Ni siquiera preguntó si interrumpía alguna importante conversación. El hecho de que Andrew también hubiera estado al servicio de la Corona, descifrando mensajes de los enemigos, hizo que el hombre se lanzara a comentar en confianza los planes para las celebraciones. Martin asintió en algunos casos y corrigió al ministro en otros. Cuando el hombre quedó satisfecho con las explicaciones y parecía que fuera a abandonar el despacho, se giró, en el último momento, en su camino hacia la puerta.

—Estimado lord Beaconshire, no soy hombre de avanzarme a algunos acontecimientos, pero sí le diré que me complacerá mucho anunciar en breve al nuevo jefe del servicio de inteligencia.

Martin se limitó a asentir de forma breve, mientras que Andrew sonreía satisfecho.

—Si es quien yo creo, no podían haber elegido a mejor hombre —expresó el duque.

—Coincido con usted, Su Excelencia, no hay candidato mejor preparado. —El ministro cabeceó con formalidad y abandonó el despacho.

Andrew se giró hacia Martin con las cejas alzadas.

—¿Espero a que sea oficial o puedo felicitarte ya? En la práctica, vas a ser el hombre más poderoso del reino.

Martin esbozó una torcida sonrisa, negó y luego se pasó la mano por la frente. Andrew no

solo leyó el cansancio de su rostro, también algo más.

—Ya, amigo, hay cosas que ni con todo el poder del mundo podemos cambiar.

—O quizá sí —lo sorprendió Martin—. Hay una idea que ha comenzado a darme vueltas en la cabeza.

—¿Sobre tu situación con Isabella?

—Sí. Y ya te avanzo que, en el caso de llevarla a cabo, necesitaré tu ayuda.

—Sabes que cuentas con ella, pero, antes que nada, sería conveniente que compartieras esa idea con Isabella. Por experiencia, sé que nuestras mujeres no se toman bien que no se las tenga en cuenta. Y hablando de ellas, regreso a casa de tía Camila. Mi esposa y los niños están allí de visita…, ¿me acompañas? —propuso Andrew elevando las cejas.

«Y ver a Isabella, aunque sea solo un minuto», fue el rápido pensamiento de Martin.

—Está bien, pero luego he de dirigirme a casa de lord Silverstone y darle la noticia. No he podido hacerlo antes porque ha estado unos días indispuesto. Hoy debo contarle la verdad —explicó tomando su chaqueta y su sombrero del perchero.

Cuando cruzaban un amplio pasillo en dirección a la salida del edificio, Andrew preguntó:

—¿Le contarás al duque lo que acordamos? ¿Evitarás que haya más investigaciones?

—He estado pensando. Edward no solo desapareció, también lo dispuso todo de manera que no lo encontraran. Su voluntad fue la de vivir apartado de la sociedad y, por otro lado, al reverendo Parrot lo ata el secreto de confesión y no dirá nada más de lo que sabe. Si Silverstone no me cree y decide proseguir la búsqueda por otros medios, ya no será mi problema, Andrew.

—Lo será si encuentra lo que tú no encontraste.

Habían llegado a la calle. Andrew se disponía a subir a su carruaje y Martin a montar su caballo.

—Otro riesgo más al que enfrentarme —se resignó Martin.

—Por suerte, es algo a lo que estás acostumbrado. —Andrew le palmeó el hombro y acabó de subir a su enorme vehículo.

Isabella oyó el ruido de ruedas que se detenían en la puerta de la casa y sonrió a su amiga. Ya podía prepararse el poderoso duque de Wyndham para el enfrentamiento con su formidable esposa. Acudió ella misma a abrir la puerta y saludó con una reverencia al marido de Emily mientras lo dejaba pasar. La sonrisa traviesa que comenzaba a esbozar se le congeló al reparar en el hombre que se había quedado en la calle, mirándola fijamente. Michael.

—Buenas tardes, señora Isabella —la saludó sacándose el sombrero para inclinar la cabeza hacia ella.

Si su corazón dejaba de correr y el aire le volvía al pecho, sería capaz de responder. El tiempo se detuvo y ellos lo invirtieron en mirarse como si hiciera un año que no se vieran, en vez de tan solo dos días. Isabella no podía moverse, había quedado atrapada en la mirada hambrienta de él.

—¿Isabella? —Oyó la voz de tía Camila cada vez más cerca.

La mujer apareció tras ella y descubrió a Michael. Detectó que lo repasaba con atención, que luego la miraba a ella, de nuevo a él, para, finalmente, tomar la palabra.

—Lord Beaconshire, bienvenido. ¿Acepta unirse a nosotros? He preparado un delicioso pastel de arándanos para tomar con el té.

Isabella vio la duda en sus ojos aguamarina. Le estaba pidiendo permiso y ella era incapaz de despacharlo, mucho menos cuando sentía el cuerpo vibrante bajo su mirada. Parpadeó, se movió y le dejó espacio para que entrara. Michael pasó ante ella, quizá demasiado cerca o, al menos, tan cerca como para que a ella le llegara su masculino aroma. Suspiró sonoramente y cerró la puerta.

Cruzó una mirada de inquietud con tía Camila y recibió a cambio una de aliento.

Al volver a la salita, la vio atestada de gente y se quedó de pie bajo el marco de la puerta observando. Emily fulminaba a su esposo mientras él le sonreía de medio lado con uno de los mellizos en cada brazo. Tía Camila contaba las sillas con el ceño fruncido y las tres jóvenes huéspedes miraban de reojo a Michael y luego a ella misma. Al final, fue la mayor de ellas y la más juiciosa la que propuso una salida a la situación.

—Su Excelencia, si les parece bien, podríamos llevar a los niños al parque de enfrente. Quizá estén cansados de estar encerrados y quieran corretear. Además, ya han merendado.

Emily levantó la mirada hacia Andrew en una silenciosa comunicación.

—¿Irán ustedes tres? —preguntó el duque con formalidad.

—Sí, Su Excelencia —respondieron Mey, Anne y Susy a coro.

—Está bien, pero mi cochero las escoltará en su paseo.

Mientras las chicas se hacían cargo de los niños, Isabella vio de reojo como Michael buscaba la mirada de Andrew, señalaba la calle con la cabeza y le mostraba dos dedos. El sospechoso gesto no se le fue de la cabeza.

Emily propuso con desparpajo pasar a la cocina para devorar el pastel y los cinco entraron en la estancia, algo más grande que la salita, aunque mucho menos formal. Ni el duque ni el conde dieron muestras de sentirse incómodos, es más, se aprestaron a separar las sillas para que las damas tomaran asiento. Isabella lo hizo en la que le ofrecía Michael y los nervios volvieron de nuevo cuando él se sentó a su lado. No conforme con eso, Michael corrió la silla hacia adelante y ligeramente hacia la de ella.

Mientras tía Camila servía el té y repartía el pastel en generosos trozos, para deleite de los duques, miró a Michael con censura.

—¿Le ocurre algo, señora Isabella? —le susurró tras inclinarse hacia ella algo más de lo que se consideraba decoroso.

—Sí, usted está demasiado cerca —le susurró también.

—En cambio, yo considero que todavía estoy demasiado lejos.

—¿Qué pretende?

—Tan solo eso, Isabella, estar cerca de… ti.

Su voz, ronca y baja, y sus íntimas palabras amenazaban con derretir la frágil muralla de hielo con la que pretendía defenderse de él.

—No pienso perdonarte, aunque me hayas cedido el trozo de pastel más grande, Wyndham. —Oyó manifestar a la duquesa, sentada delante de ellos.

—Solo he ido al ministerio a ver a Martin, pero ha aparecido el ministro y nos ha entretenido, ¿no es así, Martin? ¿Martin? ¡Lord Beaconshire!

—¿Qué? —respondió Martin al duque tras apartar renuente la mirada de ella y hacerla sonreír con ese gesto.

—¿Serías tan amable de confirmar a mi esposa que el ministro nos ha entretenido?

—El ministro nos ha entretenido —repitió Martin hacia Emily con un rápido asentimiento antes de volver a prestarle atención a ella.

Tener esos ojos azules y traviesos fijos en su rostro y ese cuerpo robusto tan cerca del suyo la hacía estremecer. Comprendió que, si no hablaba, acabaría por inclinarse con imprudencia en busca de sus labios.

—¿Qué significa el gesto que le has hecho al duque cuando se llevaban a los niños?

Isabella lo vio fruncir el ceño con levedad, como si valorara mentirle por un momento, y eso la envaró. Michael reaccionó de forma rápida e inesperada. La tomó de la mano por debajo de la

mesa e impidió que ella se alejara de él.

Observó de reojo a los duques y comprobó que mantenían una conversación con tía Camila, así que cedió a la intención de Michael de hacerle una confidencia. Le prestó toda su atención.

—El gesto era una manera de indicarle al duque que no se preocupara por la seguridad de sus hijos. Fuera hay dos hombres haciendo guardia —murmuró Michael.

—No entiendo —susurró Isabella.

—Después de lo que intentó Krall…

—¿Me vigilan a mí? —preguntó asombrada.

Michael le estrechó la mano y luego entrecruzó sus dedos de forma más íntima. Su vientre tembló.

—No te vigilan, te protegen.

—¿Por orden tuya?

—Solo hasta que atrape a Krall.

—Pero…

—Isabella, si te ocurriera algo, no podría seguir viviendo —le confesó, provocando que su corazón se volviera dulce miel. Y Michael no se detuvo ahí. Movió los labios para formar dos palabras que ella leyó perfectamente—: te amo.

Su silenciosa declaración le provocó un delicioso mareo. Su mano la estrechó aún más y ella suspiró sin recato, por lo que atrajo las miradas de los otros tres.

—No me has dicho si estás nerviosa por el estreno —comentó Emily, sin duda consciente del motivo de su vergonzoso suspiro.

Tuvo que agitar la cabeza y parpadear para volver al mundo real. Michael tenía la habilidad de secuestrarla y llevarla con él a mundos imposibles.

—Eh, la verdad es que pensar en el teatro lleno y sabiendo ya que interpretaré el papel protagonista hace que me dé vueltas la cabeza, pero Samuel…

La mano que sostenía aún la suya por debajo de la mesa se tensó.

—¿Samuel? ¿No debería ser el señor Arnold? —preguntó Michael.

Ella se giró hacia él algo envarada. Los otros tres intercambiaron una mirada cómica.

—En el teatro no se observan tantas formalidades, lord Beaconshire. Somos muchos y no todos de la misma clase social, así que es más fácil llamarnos por nuestros nombres que andar todo el día con señor *nosequé* o *lady nosecuántos.* —De forma sibilina, añadió—: incluso George, que siempre está por allí dando sus ideas…

—¿George? —espetó Michael.

—Lord Byron…

—¡Sé quién es!

—Pues que sepa usted que fue George quien me propuso para el papel principal cuando nuestra protagonista se indispuso.

—Qué amable de su parte —masculló Michael pasando su dedo pulgar por toda la extensión del de ella.

El rayo que partió de esa caricia la recorrió y se detuvo inoportunamente entre sus piernas. Isabella comprendió que era la respuesta de él a su inútil intento de darle celos; un castigo en forma de caricia deliciosa. La merienda se le estaba antojando una tortura. Pretendía mantenerse firme ante su amoroso asedio y fracasaba una y otra vez. ¿Qué perseguía él?, ¿volverla loca? Michael solo tenía que mirarla, hablarle o tocarla y ella se derretía. La próxima vez que regresara, le cerraría la puerta en sus nobles narices.

—¿Sabemos algo de nuestros amigos romaníes? —preguntó el duque.

Ella se aprestó a responder.

—Están acampados cerca de Vauxhall.

—Comí con ellos el otro día. Están bien, preparando nuevos números —añadió Michael para asombro de ella. Un asombro que no supo disimular y que, al parecer, lo ofendió—. ¿Por qué me mira así, señora Isabella? ¿Le extraña que haya ido a visitarlos? También son mis amigos.

—Claro, solo me preguntaba si… —Miró a las otras tres personas antes de seguir—, si lo habrían reconocido sin la barba.

Michael la entendió. Entendió que lo que ella verdaderamente quería saber era si les había contado quién era.

—Ellos me acogieron en su compañía, a pesar de ser un *whitey*, así que les dije quién era. No quiero más mentiras con la gente que me… importa.

Isabella apartó la mirada de sus centelleantes ojos. Expresaban cosas demasiado intensas para ella. Afortunadamente, el duque sacó su reloj de bolsillo, lo miró y suspiró hacia Emily.

—Hora de irnos, duquesa.

—Vayamos a por nuestros mellizos. No sé en qué estado los encontraremos…

—¿A vuestros hijos? —se extrañó Michael.

—No, a los que están cuidando de ellos —respondió Emily con soltura, provocando que todos rieran.

Avanzaron hacia la salida tras tía Camila, pero, cuando solo faltaban Michael y ella por cruzarla, él puso la mano en la puerta y la cerró. Se encontró de repente con la espalda apoyada en la pared y con Michael cernido sobre ella, con sus manos adosadas a cada lado de su cara.

—¿Qué haces? —le recriminó.

—Tu manera de actuar conmigo… Mi instinto me dice que no me crees cuando te digo que… te quiero. —Él posó una mano en su mejilla y se la acarició con el pulgar.

—No es que no te crea, es que no debo… —La interrumpió un inesperado sollozo.

—¿Te duele escucharlo? —la apremió impaciente—. Yo… sé que duele, sé que no debemos, que no podemos, pero me mata por dentro tenerte cerca y no decírtelo.

—Y a mí me mata que me lo digas —gimió ella cerrando los ojos.

—Entonces te pido perdón por adelantado —susurró él justo antes de cubrirle los labios y besárselos con pasión. Cuando se separó, esperó a que ella abriera los ojos—. Te quiero y, si confías en mí, quizá pronto pueda demostrarte cuánto.

Su beso impetuoso, sus caricias delicadas, sus palabras vehementes y su loca promesa la dejaron sin fuerzas. Apenas se percató de que él abría la puerta, salía y echaba la culpa al viento ante los demás porque la puerta se hubiera cerrado tras ellos. Con una sonrisa temblorosa, se despidió de las visitas y regresó a la salita seguida del resto de las entusiasmadas ocupantes de la casa.

Michael todavía reía al recordar la mirada de consternación de Andrew cuando había soltado lo del portazo provocado por el viento. Tenía suerte de contar con su amistad y su comprensión. Sin embargo, conforme se fue acercando a la fastuosa mansión del duque de Silverstone, el buen humor se le fue evaporando. Cuando llegó, un mozo se llevó su caballo, subió las escaleras y llamó a la puerta. El mayordomo lo hizo pasar a una salita con la chimenea encendida, a pesar de que no hacía nada de frío.

Inclinó la cabeza en cuanto apareció el duque, caminando con dificultad apoyado en un bastón que nunca le había visto usar antes. Todavía debía de estar recuperándose.

—Su Excelencia, lamento que haya estado enfermo. Espero que se encuentre mucho mejor.

—Y yo espero que sus noticias me hagan mejorar, siéntese.

Martin lo hizo en la butaca situada frente a la que estaba ocupando trabajosamente el duque.

—No traigo buenas noticias. En el sur, di con un religioso que lleva años relacionándose con romaníes y, al preguntarle por Edward, me contó que murió de fiebres hará diez años.

—¿Trae el registro de defunción? ¿Sabe dónde se halla la tumba? —preguntó el duque sin mostrar ni una brizna de sentimiento.

Constatar que al duque la muerte de Edward no le suponía ninguna pena le facilitó seguir con el informe levemente manipulado.

—Su Excelencia, el religioso desconoce dónde fue enterrado Edward y tampoco pudo dar más respuestas a mis preguntas porque su mente ya no es la que era.

—Entonces, ¿debo creer sin más que mi último heredero murió hace diez años y que el ducado de Silverstone revertirá a la Corona? ¿No hay manera de saber si se casó con esa mujer o si tuvieron hijos o hijas?

—No, a menos que mande hombres a consultar los libros de fallecimientos, matrimonios y nacimientos de todas las parroquias del sur del país.

—Entiendo que ese trabajo ya no lo haría usted, teniendo en cuenta su inminente… ascenso y su posible matrimonio; sin embargo, no voy a renunciar, lord Beaconshire. Si no me proporciona usted un grupo de hombres dispuesto a llevar a cabo esa misión, los buscaré por otro lado, con toda la molestia que eso me conllevará dadas mis circunstancias actuales de salud.

—Yo mismo me ocuparé personalmente de seleccionar esos hombres y de darles toda la información —concedió Martin, sabiendo que, estando él al mando, al duque no le llegaría ninguna información inoportuna.

—Así me gusta. Está usted a un paso de convertirse en un hombre muy poderoso, lord Beaconshire, no me gustaría que nadie torciera ese ascenso planteando dudas sobre su lealtad.

—¿Quién podría plantearlas y con base en qué? —preguntó Martin, cansado de veladas amenazas y chantajes emocionales.

—Gente cercana al ministro con alguna que otra duda sobre sus servicios en España.

—Las dudas no son certezas, Su Excelencia. Mi conciencia y mi honor están tranquilos. —Martin no dejó de mirar con firmeza a los ojos del duque.

—Me consta que es usted un hombre de principios, por eso le encomendé encontrar a mi nieto y por eso sigo confiando en usted. No me defraude.

Martin comprendió que esa petición ponía punto y final a la visita. Cuando estaba a punto de abandonar la salita, algo que había comentado el duque lo hizo volverse con curiosidad.

—Su Excelencia, antes ha dicho que mis hombres deberán averiguar si Edward tuvo hijos o hijas. ¿Por qué hijas?

El anciano hizo un gesto con la boca evidenciando que no le hacía demasiado feliz lo que iba a explicar.

—Hace como ocho generaciones que el ducado de Silverstone recae en el primogénito y, por suerte, estos últimos doscientos años los primogénitos han sido varones. Lo que mucha gente no sabe, o ha olvidado, es que el ducado, cuando fue instituido por su majestad la reina Isabel en 1560, no estableció prevalencia del varón sobre la mujer a la hora de heredar el título. Con Edward muerto, la prioridad absoluta es saber si contrajo matrimonio y, si lo hizo y tuvo descendencia, encontrar al marqués de Carisbrooke o, Dios no lo quiera, a la marquesa de Carisbrooke.



Capítulo 21

Martin se había pasado la mañana en el despacho de su casa revisando títulos de propiedad, informes de sus administradores e informes propios en los que evaluaba una y otra vez los diferentes escenarios posibles, si llevaba a cabo su plan. Después de poner sus documentos en orden, consideró necesario buscar un momento para reunirse con Andrew y explicarle todos los pasos de su idea. Su amigo lo llamaría loco, pero estaba seguro de que podría contar con él para conseguir el éxito.

—Se te ve feliz, hermano —comentó Amanda, sentada frente a él en el carruaje que los llevaba al teatro para asistir al estreno de *Cenerentola*—. ¿A qué se debe? ¿Motivo profesional?, ¿motivo personal…?

—Amanda, no voy a casarme con Chloe —atajó rápido, antes de que su hermana se lanzara a otro discurso lleno de alabanzas hacia su amiga.

—¿Quizá te has prendado de alguna otra joven de la buena sociedad? Y ya sabes que, puesto que será la madre de Simon, quiero saber de quién se trata —comentó su hermana sin aflicción.

Martin sintió que su sonrisa dejaba de ser espontánea, si bien la mantuvo para no preocupar a su hermana. Los remordimientos llegaron entonces en oleadas, más fuertes que nunca, motivados, sin duda, por lo que se planteaba hacer, siempre que Isabella aceptara.

La entrada del Drury Lane se veía impresionante con toda la iluminación facilitada por las luces de gas. Y la fila de carruajes que iban deteniéndose en la puerta para que sus ocupantes descendieran era bastante larga, lo que evidenciaba la expectativa creada por ese estreno. El pequeño aperitivo que la compañía de teatro dio en casa de los Fulham debía de haber corrido de boca en boca y ahora todo Londres quería asistir a la representación. Trató de imaginar cómo estaría Isabella de nerviosa y, al hacerlo, su sonrisa volvió a ser genuina.

En el vestíbulo, un nervioso Samuel Arnold recibía a los espectadores más ilustres. Les daba la bienvenida, los instaba a acceder a sus palcos y los invitaba a asistir a la recepción posterior. Después de saludarlo, su hermana y él divisaron a los duques de Wyndham y se dirigieron hacia ellos, los cuales, ante la pregunta de Amanda por sus pequeños, respondieron que esa noche contaban con una niñera de excepción, tía Josephine, quien, en realidad, más que de tía, ejercía de orgullosa abuela de los mellizos. Martin miró alrededor, aun sabiendo que Isabella no aparecería. Su estrella estaría preparándose en su camerino o entre bambalinas, curiosa, y pendiente de cómo el teatro se iba llenando. Vio que Emily se había dado cuenta de su

nerviosismo y que le sonreía.

—Va a ser un rotundo éxito —-susurró la duquesa.

Él asintió con ganas ya de subir a su palco, pero entonces Wyndham les hizo la invitación de compartir el de ellos. La mala suerte quiso que Chloe estuviera justo detrás para escuchar la invitación y darse por incluida. La joven comunicó a sus padres y a su abuelo que se encontraría con ellos en la recepción y se le colgó del brazo. Por algún motivo, no le agradó ver por allí a lord Bellamy. Antes de ascender las escaleras, interceptó una mirada fruncida de Andrew. Sin duda, luego tendrían algo que comentar, puesto que a ninguno de los dos les daba confianza ese hombre.

Una vez acomodados todos en sus asientos, las luces se atenuaron, sonó la música y dio comienzo la representación del primero de los dos actos en los que estaba dividida la obra. Los ojos de Martin pronto localizaron a Isabella en el gran escenario, vestida de forma humilde en su papel de Cenerentola, avivando el fuego del hogar con un fuelle. Apenas prestó atención a las hermanastras que la importunaban, tan solo estaba pendiente de ella y, cuando comenzó a cantar con tono tranquilo: «Érase una vez un rey (…) desprecia el fasto y la hermosura, y finalmente escoge para sí la inocencia y la bondad», a él le brillaron sus ojos aguamarina como nunca. Era difícil que un brillo tan inusual pasara desapercibido para su hermana, más aún porque no desapareció durante toda la representación.

La ovación, cuando finalizó la obra y todos los actores saludaron en fila sobre el escenario, se alargó varios minutos. El propio Samuel tomó del brazo a Isabella y la hizo avanzar para que quedara adelantada a los demás. Ella hizo una reverencia, pero enseguida retrocedió para cogerse de las manos de sus compañeras. De nuevo su humildad cautivó a los espectadores, que aplaudieron aún más fuerte. Dos hombres la admiraban especialmente: uno, lleno de amor y orgullo, el otro, con una obsesiva fijación por poseerla.

Avanzar hacia la zona de la recepción se le hizo una odisea felizmente larga. El motivo de que los pararan, a ella y a los dos hombres que la flanqueaban, era darles la enhorabuena, por lo que se detuvieron todas las veces que hizo falta. Ante la presencia de tanta gente, Isabella agradeció el apoyo de Samuel y de lord Byron a cada lado suyo. Temía ser engullida de un momento a otro.

Entre saludo y saludo, su vista vagaba sobre la multitud, buscando una cara en concreto. No le sería difícil encontrarlo debido a su estatura. Al fin, localizó el atractivo rostro de Michael y un calor, que solo él le conseguía provocar, le aleteó en el pecho cuando sus miradas se cruzaron.

Se dio cuenta de que Michael no la miraba especialmente orgulloso, lo hacía como lo había hecho siempre tras una actuación, fuera en una posada o en una feria, y comprendió que él nunca había dejado de demostrarle su admiración en todo lo que hacía. No ahora porque estuviera en el Drury Lane o vistiera ropa de calidad él la miraba diferente y eso la conmovió. Por un momento, deseó que desapareciera todo el mundo, que únicamente estuvieran ellos dos, para poder demostrarse lo que solo podían decirse con la mirada. «¿Siempre será así? ¿Silencios y miradas eternas delante de la gente?», se apenó, mientras atendía de nuevo a más felicitaciones.

Tardaron en acercarse al grupo conformado por los duques de Wyndham, Michael y Amanda. Emily enseguida abrazó a su amiga mientras los demás felicitaban al director y al miembro más activo de la junta. Samuel y lord Byron agradecieron las palabras de alabanza, pero ambos las redirigieron hacia Isabella.

Aprovechando que los demás se centraban en comentar la representación, Emily tiró de su

brazo buscando hacerle una confidencia, por lo que ella inclinó el rostro hacia su amiga.

—No sé si lo sabes, pero tus amigos romaníes también han asistido a la representación. Martin ha movido algunos hilos y los ha colado para que te vieran desde el fondo de la platea.

—¿De verdad?

Su *whitey* se las había ingeniado para que sus amigos asistieran y ella no podía agradecerle tamaño gesto de la manera que deseaba hacerlo. Esperó a que él encontrara su mirada, le sonrió con calidez y esbozó un tímido gracias con los labios. Él la contempló con intensidad y se atrevió a responder con una señal totalmente impropia en un lugar público y por parte de un conde: le guiñó el ojo.

Isabella apartó la mirada, azorada, y, al cruzarla con la de Amanda, supo que ella había interceptado su mudo diálogo con Michael. «Por favor, que no lo haya entendido», rogó, advirtiéndose que lo mejor sería evitar que sus ojos volvieran a buscar los de él. Sin embargo, Michael eligió ese momento para felicitarla y ella no tuvo manera de avisarle de que debía disimular.

—Felicidades, señora Isa-bella. —«¡Oh, Dios! ¿Tu voz suena demasiado ronca?, ¿tu mirada es demasiado obvia?, ¿la manera de pausar mi nombre es demasiado íntima?», se cuestionó, alterada de repente.

—Gracias, lord Beaconshire. —Trató de imprimir a sus palabras toda la frialdad de la que fue capaz y pareció que lo hizo bien, pues los iris de Michael se oscurecieron heridos.

Tener que fingir, no poder susurrarse nada al oído ni siquiera para advertirle o explicarse era una tortura. En cuanto pudiera, le contaría que su hermana había estado atenta a su intercambio de miradas, pero, de momento, solo podía compensar ese desliz mostrándose indiferente con él.

—Querida Isabella, ha estado fantástica —intervino Emily, la cual parecía tener un sexto sentido para captar cuando era necesaria su ayuda—. No he podido evitar llorar con su actuación porque cuando canta sola, transmite tanto…

—¿En qué se inspira para hacernos creer su sufrimiento? ¿En el recuerdo de su esposo? —El tono suspicaz de Amanda le llamó la atención y presintió también que Michael se tensaba a su lado.

—De alguna manera, sí. El dolor real de nuestras vidas da veracidad a la interpretación. Pero también los momentos de felicidad, afortunadamente.

La otra apenas hizo un rictus con la boca y a ella le pareció que no solo era por haber captado las miradas entre Michael y ella. Amanda iba fuertemente agarrada de su hermano.

—Samuel, perdón, señor Arnold, ¿no hay sillas por aquí? —le pidió al director con interés.

—No se preocupe, señora Isabella —intervino Amanda—, mi hermano me sostiene. Siempre lo ha hecho. No sé qué haría sin él.

Isabella asintió comprensiva. Por otro lado, la actitud de Amanda le dejó claro que había perdido su favor al haber excedido los rígidos e invisibles límites de la alta sociedad. La llegada de un nuevo admirador impidió que ella buscara los ojos de Michael para tratar de comunicarse con él sin palabras.

O quizá ya no valiera la pena ni intentarlo.

Con impostada amabilidad, atendió a lord Bellamy, que venía acompañado de Chloe, a la cual, ¿cómo no?, le faltó tiempo para cogerse del brazo de Michael.

—Estimada señora Isabella, ha vuelto a emocionarme.

—Gracias, milord. —Decidió no detenerse ahí y tratar de apaciguar a Amanda con un comentario destinado al noble—. Siempre es un placer tocar los corazones de nuestro público.

—El mío, desde luego, lo ha tocado con su dulce voz y seguro que se acabaría de ablandar

con su amable compañía. —Isabella lo miró sin comprender, si bien fue consciente, como siempre, del envaramiento de la figura de Michael—. Sería un honor que aceptara mi invitación a pasear por Hyde Park mañana por la tarde —terminó de proponer lord Bellamy.

Martin sentía rugir la sangre en sus venas y rogó ayuda a Andrew y Emily con la mirada. Fue la duquesa la que intervino.

—Nosotros también nos uniremos al paseo, además, Isabella a esa hora se encontrará como invitada en nuestra casa.

Isabella ya sabía que debía asentir. Si su amiga había dicho eso, algún motivo habría.

—Entonces pasaré a buscarla por Wyndham House —acordó lord Bellamy.

Ella sonrió sin reservas y dedicó al anciano una graciosa venia que le estrujó el pecho a Martin.

—¡Abuelo! ¡Qué idea tan deliciosa! Seguro que lord Beaconshire también querrá acompañarnos a Amanda y a mí a Hyde Park.

—Por supuesto, *lady* Fulham, será un placer. —Lo oyó responder con voz firme.

En ese punto, Isabella estaba deseando que Samuel y lord Byron se la llevaran del grupo con alguna excusa. Sus encuentros con Michael en público la dejaban agotada. No tuvo suerte y otro caballero se unió, al parecer, con la intención de felicitarla, mas su tono y sus palabras no dejaron demasiado claro que esa fuera realmente su intención.

—He escuchado hablar tanto de usted estos días a mi amigo lord Bellamy, que me entró curiosidad por acudir al estreno. Felicidades.

Isabella iba a responder con el consiguiente «gracias, milord», pero detectó que la mirada cansada del hombre se detenía en su libélula. Lo vio fruncir el ceño, hecho que, por algún motivo, la molestó y provocó que, en vez de responderle, elevara la barbilla, desafiante.

El anciano la miró aún con mayor curiosidad, negó con la cabeza brevemente y apoyó la mano en el brazo de lord Bellamy. Hacia él dirigió sus palabras.

—No me he encontrado bien últimamente y todavía acuso el cansancio, ¿me acompañas a la salida, viejo amigo?

Con la marcha de los dos hombres, Isabella respiró aliviada, aunque temió tener que departir con Chloe y Amanda y procurar, al mismo tiempo, ignorar a Michael. Por fortuna, Samuel llamó su atención ofreciéndole su brazo.

—Señora Isabella, el primer ministro desea saludarla.

—¡Oh, qué honor! Si me disculpan. —Sonrió especialmente a los duques, asintió educada hacia los demás y se giró con premura para alejarse de ellos, con lo que dejó tras de sí a un conde de Beaconshire de rostro serio y puños apretados.

Mientras Isabella aceptaba con gratitud, y algo de cansancio, las palabras halagadoras del primer ministro, el duque de Silverstone la observaba desde la entrada en la que estaba esperando la llegada de su carruaje. Acercó el rostro al de su amigo.

—¿Qué se sabe de esa cantante?

—Ya te conté que está bajo la protección de los duques de Wyndham, aunque el color de su piel denota un origen poco noble, por decir algo.

—Y aun así pretendes darle tu nombre. Tú también te has obsesionado con una…

—Silverstone, no me confundas con tu nieto. Pienso gobernarla yo a ella, no permitir que sea al revés.

—¿Qué necesidad tienes a tu edad? —cuestionó el duque.

—Ninguna, excepto que Londres está falto de originalidad. Yo me aburro y ella ha irrumpido con su talento y su brillo extravagante. Me gusta poseer cosas exclusivas. Soy muy caprichoso y ella, tremendamente exótica. —Fue la explicación de lord Bellamy que el duque de Silverstone siguió sin comprender.

No muy lejos, Martin no apartaba la mirada de la espalda de Isabella. Sentía el estómago encogido, el pecho hundido y las manos impacientes. Andrew ya lo había avisado un par de veces de que sus emociones estaban demasiado expuestas. Si quería proteger la reputación de Isabella, no podía mirarla como si se muriera por ella; y sabía que eso era justamente lo que estaba haciendo. Pero ¿cómo controlarse?

Era sencillo mostrarse frío ante el enemigo, estaba entrenado para que su rostro no dejara entrever ninguna emoción. Sin embargo, Isabella no era el enemigo, era la mujer que amaba y estaba siendo cortejada por alguien de quien no se fiaba. Y eso no era lo peor. Los celos y las dudas habían irrumpido en su mente al ver cómo ella aceptaba pasear con Bellamy y al leerle alguna fría mirada destinada a él. De nuevo, hablar con ella a solas se hacía imprescindible.

Minutos más tarde, ya en el carruaje de camino a casa de su hermana, su ánimo no hizo sino empeorar.

—Parece que a ti también te ha fascinado la cantante, además de a lord Bellamy, al director, a lord Byron y quién sabe a cuántos más. ¡Pero si hasta el huraño duque de Silverstone la ha admirado! ¿Sabes, Martin? —Siguió hablando ante el rígido mutismo de él—. Ya no me creo su papel de viuda afligida. Me engañó por un momento, pero ahora veo claro que esa mujer tiene hambre de fama y de vete tú a saber de qué más. Es lista y, si no quiere ser objeto de habladurías, más le vale dejarse cortejar por lord Bellamy. Es el único que, debido a su edad y su excentricidad, puede hacer de ella una dama respetada, porque ya se sabe qué vida llevan las… «artistas». A lord Bellamy se le perdonará que se case con una… ¿Cómo lo dijo Chloe? ¡Ah, sí! «diferente». En cambio, está claro que las intenciones de sus otros admiradores no incluyen el matrimonio, así que ha hecho bien en aceptar ir a pasear con él.

Martin había escuchado la perorata de su hermana con la mirada perdida más allá de la ventanilla y con la mandíbula a punto de partírsele. Ahora sabía a ciencia cierta que Amanda no aceptaría jamás a Isabella, ni como su esposa ni como madre de Simon. Y eso refrendaba del todo su intención de llevar adelante su plan.

—No te veo exultante de felicidad por tu éxito de anoche —comentó Emily al día siguiente mientras Henry pretendía escalar su espalda y Emi se dejaba peinar por ella.

Las dos estaban sentadas en el suelo del cuarto de juegos, después de haber compartido la comida con los niños y con el duque.

—Estoy preocupada —confesó.

—¿Por qué?

—Anoche, durante la recepción, la hermana de Michael se dio cuenta de cómo nos mirábamos.

Su amiga le frunció los labios apenada.

—Por muy buena actriz que seas tú y por muy buen esp…, ejem, por muy inteligente que sea él, no podéis ocultar en todo momento que os amáis. El amor se puede tratar de disimular estando alejados, pero incluso una sola mirada entre la gente es suficiente para que se haga visible.

—Las miradas son lo único que tenemos —musitó ella.

Emily cogió aire antes de hablarle.

—Isabella, ¿sigues descartando una relación secreta? —Ante su mirada atormentada, levantó una mano pidiéndole que la dejara terminar de hablar—. Ya sé todos los peligros que comportaría y también sé que todos los riesgos los asumirías tú, porque él, en fin, es un hombre, pero ¿no compensaría estar juntos? Quizá en una casa en las afueras, si sois discretos…

Isabella se permitió unos segundos para soñar.

—Despertar cada mañana a su lado, ir al teatro sabiendo que él me vendría a buscar, leer juntos en un sofá, frente a la chimenea de esa casita… —Un sollozo detuvo el sueño—. ¿Y si me quedo embarazada? ¿Y si él se ve obligado a casarse con otra? No tenemos ninguna oportunidad, Emily —sentenció y siguió peinando a la hija de su amiga.

—Creí que ya no vendrías y en tu nota de esta mañana parecías ansioso por hablar conmigo —le espetó el duque de Wyndham nada más verlo entrar en su despacho.

Michael le gruñó por la regañina.

—¿Y bien? —lo presionó Andrew.

—Quería compartir contigo mi plan. Creo que lo tengo perfectamente trazado y sin ningún cabo suelto. Mejor dicho, el único cabo suelto es la propia Isabella.

—¿A qué te refieres? —preguntó Andrew mientras servía dos dedos de *whisky* en un vaso y se lo acercaba a su amigo, intuyendo que lo necesitaba.

Una vez acomodados los dos en sendas butacas y tras dar un sorbo a sus bebidas, Martin se aclaró la voz.

—Sé que el plan es complicado, pero ahora lo que realmente veo complicado es convencer a Isabella; y todo por culpa de mis malditas dudas. —Andrew esperó en silencio a que su amigo continuara—. No sé si Isabella me ama como yo a ella. Quizá he dado por supuestos sus sentimientos.

El duque dejó su vaso en la mesa, se inclinó, apoyó los codos en las rodillas y unió sus manos entre las piernas separadas.

—¿Sabes? Tu mujer me recuerda a mí mismo; antes de conocer a Emily, claro. Igual que a mí me marcó mi infancia, a ella la marcó ser romaní. Es reacia a confesar sus sentimientos por miedo, teme que decirte que te ama la deje expuesta a sufrir. A mí me pasaba igual, fue Emily quien me enseñó a confiar, a abrirme a ella.

—¿Y cómo logro eso? —preguntó a su amigo.

—A ver, cuéntame tu plan. —Después de largos minutos en los que vio pasar por el rostro del duque todo tipo de expresiones, guardó silencio y obtuvo la respuesta de Andrew—. Estás loco.

—¿Pero?

—Pero cuenta con mi ayuda; porque eres el hombre más valiente que he conocido y porque, de estar en tu lugar y a cambio de tener la oportunidad de pasar el resto de mi vida con Emily y mis hijos, yo también lo sacrificaría todo.

—Será mi misión más arriesgada, y la última. Gracias por tu apoyo. No todo el mundo tiene un amigo tan leal como para que le ayude a… morir.

Isabella no esperaba encontrarse con Michael al bajar las escaleras de Wyndham House; sin embargo, allí estaba, en el vestíbulo, recogiendo su sombrero y sus guantes.

—Hola —dijo casi sin voz de forma espontánea.

Él se volvió hacia ella y la contempló de arriba abajo con sus ojos de fuego azul. Esperaba tener un aspecto presentable con otro de los vestidos azules de paseo de Emily.

—Buenas tardes, señora Isabella Zía.

Un saludo formal, un tono carente de calidez y su alma se le hundió sin remedio. ¿Estaría enfadado por su comportamiento de la noche pasada? Debía aclararle cuanto antes que su hermana sospechaba, que había disimulado todo lo que había podido.

—Anoche…

—Anoche aceptó la invitación de lord Bellamy —la interrumpió él, seco.

—No tuve otra opción —le respondió justificándose. «¿Acaso crees que yo deseaba este paseo?». Dio un paso hacia él, su aroma masculino la rodeó y suspiró de anhelo.

—¿Está segura? —Aquella pregunta congeló sus ganas de tocarlo.

—Tan segura como que su hermana sospechó algo y por eso hice lo que hice. Y ahora, si ha terminado de cuestionarme, hágase a un lado.

Dio un par de pasos, pero la mano grande y fuerte de Michael le rodeó la muñeca, la detuvo y tiró de ella para pegarla a su cuerpo. Lo miró aturdida y temió su siguiente paso.

—Ardo de celos y rabia solo de pensar que caminarás a su lado, no sé ni cómo seré capaz de contenerme durante el maldito paseo. —Michael bajó la mirada a sus labios y le susurró una sorprendente orden. Una que la dejó temblorosa, temerosa y anhelante—: espérame esta noche despierta en tu habitación.



Capítulo 22

A Isabella no le dio tiempo de responder a Michael, porque enseguida aparecieron los duques y, al mismo tiempo, la puerta de la calle sonó con la llegada de las visitas. Cuando bajaron las escaleras de la entrada, se encontraron con Chloe, que rápidamente cambió el brazo de su abuelo por el de Michael, y a lord Bellamy, que se giraba hacia un carruaje detenido tras él. La puerta del vehículo se abrió y apareció Amanda con el rostro algo contrariado.

—Buenas tardes —saludó sin bajarse—, pido disculpas por no unirme al paseo hasta el parque, pero hoy no me siento con fuerzas suficientes para caminar tanto, así que, si no les importa, los esperaré cerca del lago Serpentine.

—Amanda… —Michael se acercó a la puerta del carruaje para interesarse por su hermana.

—Martin, hay alguien a quien sí le sobra energía para pasear y hasta para correr.

Un precioso niño apareció entonces por el hueco y se lanzó a los brazos de Michael, que sonrió al atraparlo y estrecharlo contra su pecho.

—No te importa que vaya con vosotros, ¿verdad? —preguntó Amanda contrita.

—Tranquila, yo me ocupo —le aseguró Michael cerrando él mismo la puerta para que el vehículo se pusiera en marcha.

Isabella observó detenidamente al niño. El sobrino de Michael era su viva estampa y se notaba lo unidos que estaban con solo ver cómo se sonreían y se hacían muecas. La escena la enterneció, pero también le anudó el estómago. Por ese niño, por su futuro, Michael no podía dejar de cumplir con su deber.

—Simon, querido, suelta a tu tío y dame la manita —habló Chloe.

Lo último que quería ver Isabella era al niño cogido de las manos de Michael y de la encopetada, paseando como si fuesen una feliz familia, por lo que se giró para prestar toda su atención a lord Bellamy y aceptar su brazo a fin de iniciar la caminata rumbo al parque.

Tras ellos, los duques de Wyndham intercambiaron una mirada de pesar por la complicada situación de sus amigos y echaron a andar, cerrando la comitiva.

Estaban cruzando la puerta de Park Lane cuando lord Bellamy dejó de comentar el buen tiempo que hacía e inició una conversación mucho más íntima.

—Señora Isabella, ahora que ha logrado su primer éxito, ¿cuáles son sus sueños?

Isabella lo miró de reojo y siguió caminando. Sus labios esbozaron una irónica sonrisa, pues de ninguna manera podía decirle que llevaba semanas soñando con pasar sus días y sus noches

con el hombre que caminaba tras ellos con su nieta.

—Mi sueño consiste en seguir mejorando como artista, dar todo de mí en el escenario e interpretar nuevos papeles.

Antes de que lord Bellamy hiciera una nueva pregunta, vio como Simon, tirando de la mano de Chloe, los adelantaba y de improviso sintió la presencia de Michael demasiado cerca; la piel se le erizó y el alma le tembló. Él podría escuchar todo lo que dijeran a partir de ese momento.

—¿No ansía también encontrar de nuevo el amor?

—¿El amor? —preguntó para ganar tiempo.

—Cierto, cierto, usted manifestó que es de las que aman una sola vez, pero debe saber que la soledad marchita el espíritu. Se lo digo yo, que llevo viudo tantos años.

—Lo lamento —expresó Isabella con amabilidad.

—No se preocupe. —Lord Bellamy hizo un gesto con la mano para restar seriedad a la conversación—. Isabella, usted es demasiado joven para renunciar a la compañía de un esposo, quizá un hombre comprensivo que apoye su carrera y que le dé además algo que todavía no tiene y que ahora sé que también desea.

Isabella lo miró con curiosidad y captó de reojo como las manos de Michael se convertían en puños.

—He visto el brillo de sus ojos al observar al pequeño Simon. Usted desea ser madre.

Aquel hombre acababa de expresar en voz alta algo que ella se había resistido a reconocer, por considerar que sería difícil, por no decir imposible, de lograr. Sin querer provocarse más dolor a sí misma ni al hombre que, sin duda, estaba pendiente de sus palabras, dio la respuesta que daba siempre.

—A veces, debemos renunciar a un sueño para lograr cumplir otro.

—¿Y si pudiera tenerlo todo? ¿Fama, compañía e hijos?

Isabella no respondió. No podía. De nuevo una respuesta sincera incluiría a Michael. Solo él podría ser su marido, solo él podría ser el padre de sus hijos.

«¿Por qué no respondía?», se preguntaba Michael con la mirada clavada en la esbelta espalda de Isabella. ¿Acaso se sentía tentada de aceptar la oferta que el maldito Bellamy le estaba haciendo? Ella era inteligente, no podía ser que no estuviera entendiendo lo que ese hombre le ofrecía de forma no demasiado sutil. «Dile que no, Isabella, dile que jamás serás suya». Unas ganas locas de apartar a Isabella de Bellamy lo recorrieron. Quería ocultarla tras él y espetarle a ese desgraciado que Isabella era suya, que él era el único con derecho a proponerle cumplir sus sueños, que solo él sería su marido y el padre de sus hijos. Por fortuna, al mismo tiempo que esa parte irracional y salvaje, que no sabía que tenía, rugía por ser liberada, escuchó la voz de Emily tras él.

—Lord Beaconshire.

Solo tuvo que llamarlo para aplacarlo. La duquesa no solo era experta en curar enfermedades, también se le daba bien amansar a las fieras. Se giró para mirarla y supo que sus amigos comprendían el infierno por el que estaba pasando.

—Martin —murmuró Andrew poniendo una mano en su hombro por un instante—, no tardes en hablar con ella. Y no permitas que los celos te cieguen. Por culpa de ellos, yo casi perdí a Emily.

Cuando recuperó la respiración, la cual no era consciente de que se le hubiera escapado, asintió con la cabeza. ¿Qué diablos le pasaba? Él no era así, pero la situación con Isabella no dejaba de complicarse. La censura de su hermana, el asedio de lord Bellamy y el propio silencio de Isabella respecto de sus sentimientos lo ahogaban y lo estaban llevando al límite.

En un banco, cerca del lago Serpentine, Amanda esperaba al grupo. Había pensado mucho si compartir sus sospechas sobre Isabella y su hermano con alguien más. No quería dañar a Martin; de hecho, estaba convencida de estar salvándolo y dirigiéndolo en la buena dirección al apartarlo de aquella mujer inapropiada. Así pues, al ver llegar a su hijito de la mano de Chloe, se decidió.

—Querida Chloe, no deberías haber dejado a mi hermano pasear solo.

—No he podido evitarlo, el pequeño Simon tiene mucha fuerza y lord Beaconshire no nos ha seguido —se quejó la joven con un mohín.

—Quizá porque estaba demasiado pendiente de la cantante.

Chloe le clavó la mirada y alzó las cejas en un gesto de incredulidad.

—Lord Beaconshire jamás se fijaría en una… En alguien como ella. No sería nada apropiado. Tu hermano siempre ha sido un modelo de integridad y caballerosidad, tú misma lo has alabado siempre.

—Pero hay mujeres capaces de lograr que un hombre pierda la cabeza y tome decisiones inadecuadas. Mira a tu abuelo, por ejemplo.

Chloe se giró de inmediato para observar a las cinco personas que se acercaban y reparó al momento en que los ojos turquesa del conde no se separaban de la figura de Isabella. Un ácido desconocido se le instaló en el vientre.

—Los dos estaban en Wyndham House cuando hemos llegado —apuntilló Amanda.

No hizo falta nada más. Esa misma noche, tras la cena, Chloe compartiría con su abuelo las sospechas de Amanda y añadiría las suyas propias.

—No va a venir. No puede venir. Sabe que no debe venir, es imposible que llegue a mi habitación sin ser visto. La puerta de la casa hace rato que se cerró con llave. Debería acostarme y dejar de pensar en él y en sus miradas atormentadas, que me han perseguido durante todo el paseo.

Isabella hablaba sola y, cuando se percató, maldijo a Michael por estar volviéndola tan loca como para acabar paseándose de un lado al otro de la habitación farfullando en voz alta. A cada paso, se enfadaba más con él. Él no era el único que había sufrido. Ella había tenido que soportar el constante manoseo de Chloe sobre su brazo, sus miradas embelesadas y sus risitas estúpidas cuando lo llamaba.

Sin embargo, eso no había sido lo más doloroso. Su corazón se había resentido con la presencia de Simon y con su sonrisa, tan parecida a la de Michael. Pasar la tarde viéndolo jugar con su tío, bajo la amorosa mirada de Amanda, le había estrujado el alma. Tarde o temprano, ese niño necesitaría a Michael y no solo para que le diera cariño, sino también para que le procurara guía y consejo. Simon debía ser educado para ser el heredero del condado de Beaconshire y ella no debía truncar eso. No tenía derecho. No quería ser la culpable de la infelicidad de ese pequeño ni de la angustia de su madre enferma.

Un ruido en la ventana la asustó. Dio varios pasos atrás hasta que su espalda topó contra la pared, con las manos en el pecho y los ojos clavados en la sombra que se movía tras los cristales. Abrió los ojos como platos cuando esa sombra entró de forma sigilosa en la habitación y cerró tras ella la ventana.

—¿Michael? —gimió al mismo tiempo que lo veía avanzar hacia ella con decisión.

Primero la rodeó su aroma inconfundible, luego fueron sus brazos los que la estrecharon hasta pegarla a su fuerte cuerpo y, por último, su boca voraz cubrió sus labios en un beso que le nubló la mente. No pudo hacer otra cosa que pasarle los brazos tras los hombros y responder con su lengua a la invasión de la de él. El sabor de Michael era tan adictivo como enloquecedor y ella no tenía fuerzas para resistirse a él. El placer la estremecía. Cuando el beso intenso se quebró en

otros más pequeños y rápidos, ella llevó sus manos a cada lado de su cara.

—¿Qué haces aquí? Podrían haberte visto… —De repente, reparó en el peligro que había corrido él al trepar—. ¡Podrías haberte matado!

—¿Cuál de las dos cosas te preocuparía más? —preguntó él mientras ella notaba sus manos volverse como garras en su espalda y el calor de sus besos se enfriaba.

Isabella apoyó las palmas de las manos en su fuerte pecho y lo empujó apenas.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

Él apretó más su agarre y le buscó la mirada.

—¡Porque sigo muriendo de celos! —espetó él—. Debe de ser un castigo divino o una maldición gitana por burlarme del amor en el pasado. Es como un veneno, Isabella. Verte con un hombre que sí puede darte lo que deseas, que sí puede hacer realidad todos tus sueños, me mata. Y… eso no es lo peor. Lo peor es la duda.

—¿Qué duda? No te entiendo, ¿acaso crees que yo no sufro al verte del brazo de esa encopetada? —Sus palmas se cerraron en puños.

—¿Sufres? Tú conoces mis sentimientos, Isabella. Te he jurado que ella jamás será mi condesa, pero yo… Yo ya no sé si he malinterpretado todo. Quizá no sientes lo mismo que yo. Por primera vez en mi vida, tengo miedo. De que no me ames, de que prefieras la seguridad que él te ofrece a la locura que yo quiero proponerte.

Isabella respiró hondo y trató de ordenar sus sentimientos y sus pensamientos. Relajó de nuevo las manos en su pecho y lo acarició. Debía calmar los latidos furiosos que notaba bajo los dedos.

—Michael… —Él la soltó de improviso y se alejó de ella hacia la ventana. Isabella creyó que se iba, corrió hacia él y se abrazó a su espalda—. No te vayas, no te vayas, por favor. ¡Escúchame! —Michael se dio la vuelta entre sus brazos, pero mantuvo los suyos tensos, sin tocarla—. Llevo el miedo grabado en el alma. Me educaron para ser precavida, cautelosa, para mirar a mi alrededor antes de dar un paso, para pensar las cosas mil veces; por ser mujer, por ser gitana. Y a la vez…, a la vez siempre sentí la necesidad de saber más, de salir del lugar seguro que era el campamento. Quería volar, quería cantar y bailar, quería ser libre. Libre de cadenas y miedos. Pero están ahí, Michael. Por mucho que yo quiera abrir mis alas el instinto de… protegerme, sigue ahí.

—¿Protegerte de mí? —le preguntó él achicando los ojos.

—De lo que pasa si te atreves a soñar más de lo que te está permitido. De lo que está bien visto para una mujer romaní. Se me permite cantar y bailar, porque eso no es una amenaza para nadie. Pero no se me permite… amar libremente a alguien como tú. Ni siquiera reflejar en mis ojos ese amor.

Michael volvió a rodear su cintura y la unió a su cuerpo todo lo que pudo. Luego subió la mano a su cara y le pasó el pulgar por el labio inferior.

—Dímelo. Dime lo que quiero oír y romperé esas cadenas.

—Te quiero.

La losa que aprisionaba su pecho se volatilizó y no quedó de ella más que una ligera nube. Isabella lo amaba y eso era lo único que le importaba. Le cubrió la boca con la suya y rozó la carne suave de sus labios, borracho de amor. Una y otra vez. Le hundió la lengua y acarició la de ella hasta escuchar sus primeros gemidos.

La sintió caliente y rendida entre sus brazos. Bajó las manos por sus muslos, alzó su camisón y la levantó por el trasero contra su cintura. Con ella anclada a él, y sin dejar de besarla, dio dos pasos hacia la estrecha cama, la tumbó y se colocó encima de ella.

Tenerla así era puro éxtasis. Se aguantó en los codos y comenzó a dejar en su cuello pequeños besos. Bajó a su clavícula y hundió la lengua en el fragante hueco que olía a lavanda. Lamió desesperado, mientras llevaba una mano a su pecho, apartaba de golpe la tela y abría sus dedos sobre aquella carne cada vez más dura, para excitar su piel y endurecer su punta. Isabella respondió arqueándose y jadeando. La quería así, loca de pasión.

Necesitó probarla más, sentir en su lengua aquella cereza dulce con la que sus dedos jugaban, y cubrió su pecho con la boca abierta. Su olor lo enardeció. Lamió, chupó y succionó. Sintió en su pelo las manos de ella, cómo tiraba de él, cómo lo estrechaba desesperada. No dejó de saborearla. Bajó la mano abierta por la cadera de su mujer en una caricia lenta. Pasó los dedos por su vientre, lo sintió temblar y sonrió complacido.

Levantó la cara para contemplarla. Era preciosa. Era mágica y era suya. No apartó la mirada mientras le colaba los dedos en su carne suave, cálida y húmeda. La frotó, la tanteó, la acarició con amor, pero también con el perverso deseo de ver su rostro florecer de gozo. Insistió.

—Vamos, pequeña. Siénteme. Nota mis dedos. Oye mi música. Baila para mí. Más rápido, Isabella. Quiero tu placer en mi mano.

Y llegó. La recorrió por entero, la subió al cielo, la mantuvo suspendida entre llamas y la devolvió poco a poco a la calma de sus brazos. Sentía sus piernas temblar y su centro palpitar. Michael hacía magia con su violín y con su cuerpo. Lo abrazó fuerte y le buscó la boca. Le fue la vida en ese beso.

Él pareció adivinarlo. Sus labios se acoplaron y no se separaron mientras él se deshacía de la camisa y de los pantalones. Ella abrió las piernas impaciente y vibró con el contacto de sus caderas, con el fuego de su miembro duro entrando en su cuerpo para reclamarla. Otra oleada de delirio la recorrió al sentir su avance y otras más se sucedieron con sus embates intensos. Lo escuchó llamarla y respondió con su nombre entre gemidos entrecortados. Michael le hacía el amor rápido y lento, con cuidado y con furia, la llevaba del cielo al infierno y ella se rindió a ese amor, jadeando su nombre. Hubo un último empujón y, de repente, lo sintió salir de su cuerpo, gemir enronquecido y desplomarse a su lado. Tardó en comprender qué era lo que él había hecho y, cuando lo hizo, tuvo que morderse los labios para no llorar.

—Shhh, no llores mi amor. Solo trato de protegerte hasta que estemos lejos de aquí.

Michael había levantado la cabeza y le estaba enjuagando las lágrimas. De repente recabó en lo que él le había dicho.

—¿Lejos de aquí? —le preguntó.

Él suspiró, se sentó y apoyó la espalda en la pared. Ella se cubrió el pecho con la sábana y esperó.

—Tengo un plan para estar juntos. Podremos casarnos, formar una familia y, por supuesto, tú podrás seguir cantando —le contó él rozando su mejilla con el índice.

—¿Cómo? Si te casas conmigo, nos desterrarán de la sociedad. Y no solo a nosotros, también a tu hermana y a tu sobrino. ¡Será un escándalo! ¡Es imposible!

—Por eso he dicho «lejos de aquí».

—¿Tu plan es que huyamos?

Michael la besó, quizá para borrar su expresión de aturdimiento, quizá para prepararla para lo que estaba a punto de explicarle.

—Algo un poco más complejo. Para asegurar el futuro de Simon y para que a nosotros no nos falte de nada, debo… hacer que lord Beaconshire muera… ¡Espera! No niegues así —le pidió al verla agitada—, Isabella, escúchame. Es la única manera. Tengo los medios para prepararlo todo y amigos dispuestos a ayudarnos. Lord Beaconshire desaparecerá y Michael

Beac volverá a la vida para viajar a Italia contigo y ser allí quienes queramos ser. Libres.

—¿Abandonarías a tu hermana y a Simon?

Lo vio tragar un nudo y fue testigo de cómo el azul de sus ojos se oscurecía. Sin poder creérselo, lo vio asentir.

—No, Michael. No puedes hacer eso. No vas a abandonar a Amanda y a Simon. Tú no eres así, el hombre que amo no es así. Te he visto con tu sobrino. A ese niño prácticamente lo has criado tú. No te separarás de él… por mí. No lo has pensado bien, mi amor.

Isabella cogió el rostro de Michael entre sus manos y contempló sus rasgos marcados. Habría jurado que jamás asistiría a lo que estaba sucediendo ante sus ojos. El conde de Beaconshire lloraba sin evadirle la mirada.

—Bella… —habló ronco—, no me sirve admirarte de lejos. Necesito abrazarte, pasear contigo pegada a mi cuerpo, dormirme abrazado a ti sin que el maldito amanecer nos separe. Quiero tener hijos contigo. ¡No podemos estar juntos, pero tampoco separados! —gimió avergonzado de su muestra de debilidad. La estrechó por el talle y hundió la cara en su pecho. Isabella acarició su pelo al mismo tiempo que tomaba una decisión.

—No estaremos separados. —Y sin dejar de pasar sus dedos por entre el cabello de él, siguió hablando como si fuera una letanía que él escuchaba entre los latidos de su corazón—. Buscarás una casa en las afueras. —Notó sus fuertes hombros tensarse, pero lo estrechó para que él no la mirara—. Esa casa será nuestro hogar. Allí y solo allí seremos libres de amarnos. Fuera de esa casa, cuando nos crucemos en el teatro, en el parque, en una fiesta, no nos miraremos, porque ya sabemos lo que ven los demás cuando lo hacemos. Ven nuestro amor, y nuestro amor será secreto, Michael. Lo cuidaremos a escondidas. Lo negaremos en público, nos lo demostraremos en privado y… y… haremos lo posible por… porque yo no me quede embarazada. Seré tu amante.

Ya no pudo retenerlo más contra su pecho. Michael se incorporó y la miró con la mayor cara de sufrimiento que le había visto hasta el momento. Entonces, fue él quien tomó su cara entre sus recias manos y comenzó a negar con firmeza.

—No quiero que seas mi amante, Isabella, quiero que seas mi esposa —afirmó.

Ella puso la mano con la palma abierta sobre el pecho de él.

—Lo seré aquí. Donde realmente importa. Ya sabes que tú eres mi marido casi desde el día en el que nos conocimos —bromeó para tratar de aligerar el momento y para convencerlo.

—¿Tu querido marido fallecido hace tres años? —Michael hizo una mueca.

—Mi único amor. —Sonrió ella—. El hombre al que amé tanto que soy incapaz de volverme a casar…

—Lo harás. —La besó—. Conmigo. Algún día. Te lo juro.

Isabella asintió, más por la tranquilidad de él que por creer que ese anhelo se fuera a cumplir algún día. Podía renunciar a ese sueño a cambio de estar con él. A cambio de lo que él había estado a punto de sacrificar por ella.

—Te quiero —le aseguró.

—Te haré feliz, Isabella —respondió él tomándola por la cintura y acomodándola a horcajadas en su regazo.

Unieron sus labios en un beso con el que se prometieron luchar por su amor. Una promesa que comenzó a arder hasta arrastrarlos de nuevo a una hoguera de pasión. Acabaron haciendo el amor, sintiéndose más libres que nunca. Pero esa libertad fue puesta en duda, de nuevo, con el amanecer que tanto temía siempre Michael.

Su instinto entrenado lo despertó y enseguida respiró aliviado. Isabella seguía entre sus

brazos profundamente dormida y hermosa. Besó su frente y lamentó tener que irse. Salió de la cama con renuencia, se vistió con cuidado y buscó dejarle una nota. El tiempo se le echaba encima y debía ser rápido para no ser descubierto por sus propios hombres. Los que vigilaban a Isabella y a los que no le había costado burlar la noche anterior. Rápidamente escribió un «te quiero» y dejó la nota sobre la mesita. Sus ojos cayeron sobre algo en lo que no había reparado. El paquete que el reverendo Parrot le había entregado a Isabella. No lo tocó, pero la tela se había movido al dejar la nota.

Le costó comprender lo que sus ojos estaban viendo. Su mente viajó días atrás y negó una primera sospecha. No podía ser. Debía de estar confundido. Caminó de espaldas hacia la ventana. Debía salir ya, pero sus ojos no se apartaron en ningún momento de una caja de madera con una libélula grabada.



Capítulo 23

Michael regresó a su casa todavía sin dar crédito a sus sospechas. Después de asearse, cambiarse y buscar unas determinadas llaves, mandó una nota a Andrew en la que le pedía que se reunieran en algún momento del día. Después salió a caballo en dirección al campamento de Vauxhall, además de para visitar a sus amigos e interesarse por ellos, necesitaba tener noticias de Krall. De forma inesperada, quien más información le dio fue Demi, la amiga que había crecido con Isabella y que llevaba días visitando al grupo de Bahktalo.

—En cuanto llegamos a Londres, Krall se esfumó y dejó al clan al cuidado de su hermana y su hombre de confianza. Os tiene mucha inquina, a ti y a Isabella, debéis cuidaros.

—Eso hacemos, Demi. —Michael decidió obtener respuestas de otro tema—. Escucha, para seguir protegiendo a Isabella, necesito hacerte unas preguntas sobre su vida en el campamento.

—¿Por qué no se las haces a ella? —preguntó suspicaz la romaní.

—Para no preocuparla, por favor, confía en mí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Conociste al padre de Isabella?

—No. Ella y su madre llegaron después de su muerte.

—¿Sabes si antes viajaban con otro clan?

—No viajaban. Isabella de pequeña vivió en una casa. Cuando llegó al campamento hablaba de ella, pero creo que su madre se lo prohibió y ya no contó nada más. Diría que hasta se le olvidó con el tiempo.

Michael sospechó que la madre de Isabella, al quedarse sola, habría intentado borrar las huellas de su vida con su… esposo.

—Demi, ¿escuchaste a Isabella o a su madre decir que su padre no era romaní?

—¿Cómo no iba a ser romaní su padre? —se asombró la joven.

—Bueno, eso de que hubieran vivido en una casa…

—No todos los *roms* somos nómadas.

Michael asintió y, al reparar de pronto en la hora que debía de ser, se despidió de todos. Ataviado aún como Michael Beac, llegó a las inmediaciones del teatro, localizó a sus hombres y les dio nuevas instrucciones. Luego se coló sin problemas en un coche de alquiler.

Isabella abandonó el camerino y enfiló hacia la salida, temblando de emoción por la noticia recibida. No veía la hora de encontrarse con Michael para compartirla con él. Eran tantas cosas

buenas en tan pocas horas que sentía vértigo y, como siempre, miedo de que algo malo ocurriera y todo se estropeara. Lo mejor había sido la noche pasada con él; sus besos y caricias no desaparecían de su mente ni de su cuerpo; su ofrecimiento de renunciar a su vida por ella la seguía emocionando con solo recordarlo. No se arrepentía de la decisión que había tomado de ser su amante, su amada. Tan solo deberían tener cuidado y podrían estar juntos para siempre.

Iba tan ilusionada que no se dio cuenta de que el coche que la esperaba cada día estaba ocupado hasta que no estuvo dentro de él.

—No grites, soy yo. —Aquella voz impidió que su corazón se desbocara de terror.

—¡*Whitey*! ¡Te voy a matar!

Sin embargo, su amenaza se evaporó en risas en cuanto se vio izada por la cintura y quedó sentada sobre el regazo de su apuesto captor. Le echó los brazos al cuello y buscó sus labios, sedienta. Supo que su pasión sorprendió a su *whitey*, pero que no lo molestaba demasiado, pues enseguida sintió sus fuertes brazos rodearla, estrecharla contra su pecho y su boca ahondar el beso. Se devoraron con placer, mimos y gemidos hasta que el traqueteo que indicaba que el coche se ponía en marcha la hizo interrumpir el beso.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte. Y abrazarte, besarte, olerte… —Michael escondió el rostro en su cuello y al momento su mentón sin rasurar comenzó a hacerle cosquillas. Lo tomó por la barbilla para levantarle la cara y mirarse en sus preciosos ojos.

—¿Vas a dejarte barba de nuevo, *whitey*? —le preguntó con una sonrisa.

—Solo si mi mujer me lo pide… con cariño. —Isabella sintió sus fuertes manos acariciarle las caderas y una corriente de calor dulce se le expandió por el cuerpo.

—Quiero que —lo besó— te dejes barba —lo besó de nuevo—. Con barba no pareces tan… encopetado. —Rio ella.

A pesar del momento de complicidad, a Isabella le pareció ver que los iris de Michael se oscurecían. Le rodeó el rostro con sus manos y lo besó. No quería que él volviera a dudar de sus sentimientos.

—¿Qué ocurre?

—Es por lo de «encopetado»… Mi mundo… Tú… No te haría muy feliz pertenecer a él, ¿no?

La pregunta la sorprendió y no entendió a qué venía.

—¿Lo preguntas por si se diera el caso de convertirme en tu condesa? —Lo vio asentir de manera algo extraña. Ella dudaba de pertenecer algún día a la nobleza y ya se había hecho a la idea de ser su amante, pero estaba claro que él no iba a dejar de buscar la manera de casarse con ella. No quiso desilusionarlo ni permitir que ese encuentro se tornara triste—. Pues, si me volviera una encopetada, trataría de no avergonzarte. Dejaría de comer con las manos, aprendería a servir el té, a sentarme recta como un palo y aprendería a no llamar *majestad* a quien no toca. —Isabella se echó a reír, vio que su *whitey* también sonreía y decidió darle la noticia que la tenía tan emocionada—. Hablando de majestades… ¿A que no adivinas quién asistirá a nuestra próxima función?

—No puedo imaginármelo —Michael negó, haciéndose el tonto, a la vez que le retiraba de la cara un negro tirabuzón.

—¡La reina Carlota! —exclamó ella dando un bote en sus muslos sin sospechar lo duro que se estaba poniendo él.

—¡Por San Jorge! Tu talento ha llegado a los oídos más ilustres. Te harás terriblemente famosa y no querrás tener nada que ver con este pobre violinista —se quejó Michael.

Isabella se arrellanó sobre él. Enredó los dedos en su rubia melena y lo besó en la barbilla. Luego le dedicó su mirada más zalamera.

—No sé, no he dejado de pensar durante toda la mañana en mi pobre violinista y en lo que me hizo anoche cuando se coló en mi habitación.

—Me estás provocando, Isa-bella. —Su voz se había enronquecido y sus manos subían peligrosamente por sus piernas. Lo deseaba. Deseaba que Michael le hiciera el amor, pero de repente reparó en que no tenía ni idea de a dónde iban. Ya deberían de haber llegado a la casa de tía Camila.

—¿Dónde… —cogió aire de golpe al notar la palma caliente de él en el muslo— me llevas?

—A la que será nuestra casa si le das el visto bueno —le susurró él buscando el hueco tras su oreja para besárselo.

—¿Ya has encontrado una casa? ¿Tan pronto? —exclamó ella tratando de apartarse sin conseguirlo.

—Es una de mis propiedades. —Michael lamió su cuello y ella se apretó contra sus caderas —. Hace…, cariño, por Dios..., hace poco dejó de estar arrendada… Isabella…

Ella comenzaba a abrir las piernas y a girarse sobre su regazo con la intención de rendirse a él, cuando el coche se detuvo. Se miraron sonriendo, se besaron y se arreglaron un poco. Michael la ayudó a descender y ella enseguida miró a su alrededor mientras él hacía un gesto silencioso al cochero.

La casa de una sola planta, fachada encalada blanca y techo de tejas rojizas se encontraba rodeada de árboles y no se veía otra vivienda cerca. Era preciosa y era perfecta para ellos. Sin soltarse de la mano de Michael, caminó embelesada por el camino de piedra que llevaba a una coqueta valla blanca. Él la abrió para ella y le franqueó el paso. Contempló maravillada el pequeño jardín y la fachada, que se veía salpicada por ramas de hiedra que ascendían desde el suelo hasta el tejado. Una inesperada lágrima bajó por su mejilla y se la apartó molesta.

—Qué tonta soy, no quiero llorar.

Michael rodeó su cintura, la giró hacia él y siguió con su índice el rastro de sal.

—Si son lágrimas de emoción, no tienes por qué guardártelas.

—Son de emoción, de felicidad y de amor. —«Y de miedo a que esto sea solo una ilusión».

Michael la besó con un roce rápido y tiró de ella hacia la puerta, la cual abrió con impaciencia y cerró de un portazo. A Isabella no le dio tiempo a ver nada del salón. Ya lo explorarían después. En ese momento, era más urgente hacerle el amor como un desesperado. Esperaba que a ella también le pudieran más las ganas de él que la curiosidad por la casa. La abrazó y la empujó con su cuerpo hacia el sofá encarado hacia la ventana. El sol daba de lleno pero las cortinas de encaje estaban echadas, nadie los vería. La tumbó, la cubrió con su cuerpo aguantándose en las manos y comenzó a besarla. Sonrió en sus deliciosos labios al sentir las manos de ella recorrerle la espalda y aferrarlo por las nalgas. Su gitana lo deseaba con la misma pasión que él a ella.

Se aguantó en un brazo y con la otra mano desabrochó varios botones de su corpiño. Apartó las telas del vestido y dejó al aire su pecho. Mimó su piel y sus pezones hasta notarlos tensos y listos para su boca. El gemido de placer de Isabella se le clavó en el vientre y comenzó a succionar como un desesperado, mientras se apretaba contra ella. Bajó la mano por su talle, le acarició la cadera y comenzó a subirle el vestido. Coló la mano y tocó su piel suave. Subió por sus muslos arrastrando del todo la prenda. Dejó de besarla y bajó la mirada por su cuerpo semidesnudo. Ancló los ojos en el vértice de sus piernas y deseó llevar allí su boca, pero ella tenía prisa. Notó sus dedos bajarle por el vientre y acariciarle el miembro, y eso le nubló la

mente.

—Michael —jadeó.

—Ya voy, cariño… —Se desabrochó los pantalones con prisa.

—Esta vez no te retires, por favor, te quiero dentro hasta el final.

Le buscó la mirada y negó.

—Isabella, no podemos arriesgarnos. Sobre todo tú.

—Tomo las semillas, pondré medios, pero necesito todo de ti. —Su pequeña mano envolvió su miembro de improviso y le procuró caricias que lo hicieron gruñir de placer.

—Dios, Isabella…

Se acomodó entre sus piernas abiertas y empujó alentado por las manos en sus nalgas y los jadeos de placer de ella. Avanzó hasta el fondo, su mujer se abrazó a él y él se retiró para volver a embestirla con fuerza. Isabella le pedía más y él aceleró los golpes, se devoraron los labios con la boca abierta para no perder el aliento. Se unieron una y otra vez, más rápido en cada ocasión, hasta que notó el éxtasis de ella arrasarlos. No podía existir una sensación igual a aquella. Quiso echarse atrás, pero Isabella cruzó las piernas tras su espalda y, al volver a penetrarla, se vació en ella con un gemido ahogado en su cuello perfumado de lavanda.

—Te quiero, Martin Michael James —le susurró ella besando su sien tras pronunciar cada uno de sus nombres.

Él se apoyó en los codos, buscó su mirada y acarició con los pulgares sus mejillas sonrosadas y perladas de sudor. La amaba más que a su vida. ¿Cómo hablarle de sus sospechas? ¿Cómo derrumbar todo su mundo? ¿Cómo insinuarle siquiera que su nombre y sus títulos podían ser todavía más largos que el suyo?

—Te amo —murmuró. Luego salió de ella y se apartó, tratando de que no se cayeran los dos del sofá.

—Hay otra cosa que no te he contado, además de la visita de la reina —le anunció ella con mirada traviesa.

Llevaba todo el día notándola… libre, atrevida. Como si la noche anterior se hubiera quitado un peso de encima, y eso le ensanchó el corazón.

—Sorpréndeme, cariño.

—Esta mañana, Samuel ha repartido las pagas. ¡Tengo un sobre lleno de guita en mi retículo!

Su manera de decirlo lo hizo soltar una carcajada. La estrechó entre sus brazos y la besó de lleno.

—¿Y en qué piensas gastar esa fortuna, señora Isabella?

Ella apartó la mirada y la dejó vagar por lo poco que veía del salón de la casa.

—Mmm, quizá plante madroños en el jardín. O compre adornos para la casa. ¡Ya sé! Te haré un regalo. Tú me regalaste mi colgante…

Michael tomó en su palma la libélula que descansaba en el pecho de ella y se la quedó mirando. Luego le descubrió el hombro que no le había desnudado y besó su marca.

—Amor, es tan curiosa la marca de tu piel…

Isabella se la miró de reojo y sonrió.

—Tengo una *odonata*, como regalo tuyo, y esa como regalo de mi padre.

—¿Qué? —preguntó esperando que ella no notara la tensión de su cuerpo a pesar de estar pegados.

—Él también tenía esta marca en el hombro. En cambio tú… —Michael se olvidó de su sospecha al ver la mirada pícara de Isabella—. La primera vez que te vi, en el río…

—Un momento, ¿me estuviste espiando?

—Un poquito, *whitey*. —Isabella le recorrió la espalda desnuda con los dedos y lo hizo estremecer—. Tu piel me llamó la atención. Bueno, no solo tu piel, pero la vi tan pálida y sin marcas y… las primeras veces que nos tocamos no hacía más que notar el contraste…

—Nuestro contraste queda perfecto. Amo besar tu piel, Isabella. Proclama quién eres con orgullo.

Isabella sonrió y se movió. Creyó que ella pretendía apartarlo, pero lo que hizo fue acomodarse encima. Por poco no lo mata el ramalazo de placer que le provocó verla sentada sobre su miembro, bajándose el corpiño hasta la cintura para inclinar luego el torso hasta quedar piel con piel. Su mujer comenzó a besarle el cuello y a llevarlo a un destino tan placentero que no deseó regresar jamás de él.

Una hora más tarde, Michael le mostró toda la casa a Isabella. Además del salón-biblioteca, la casa constaba de un pequeño comedor, cocina, sala de aseo y tres habitaciones. Hablaron de las cosas que cambiarían, de cuándo se mudaría ella y aprovecharon para compartir por primera vez una comida en su nuevo hogar. De ahí, Michael la acompañó a la pensión de huéspedes y tuvo que despedirse de ella dentro del coche con un beso y un *te quiero* demasiado rápidos. La vio entrar en el edificio, echándola ya de menos y, a continuación, el coche reemprendió su camino hacia la Beacon House.

No esperaba entrar y enterarse de que el duque de Wyndham lo esperaba en la biblioteca. Sin cambiarse siquiera, se dirigió allí.

—Ya era hora —lo saludó su amigo, acomodado en una butaca.

—Siento haberme retrasado —respondió sentándose frente a él.

—Retraso justificado, espero.

Michael asintió y resumió la situación en tres frases, enumeró cada una con el levantamiento de un dedo.

—Isabella rechaza mi plan. Isabella se ha convertido en mi amante e Isabella podría ser la heredera que he estado buscando.

—¡¿Qué?! ¡Explícate! —demandó Andrew inclinándose hacia delante con interés.

—Anoche me colé en su habitación para contarle mi plan. Se negó en redondo.

—¿No le gustó la propuesta de tu muerte? —preguntó Andrew con socarronería.

—Ni que abandonara a Amanda y Simon.

—Los pone por delante de su felicidad contigo… Eso dice mucho de ella, Martin.

—Su generosidad no se detuvo ahí. Pidió que buscara una casa para nosotros y… —Sintió cómo se sonrojaba.

—Con eso se expone a ser descubierta y dejar de ser aceptada en nuestro círculo. Incluso es posible que algún miembro de la dirección del Drury no lo viera bien y peligrara su carrera.

—¿Crees que no lo sé? —espetó Michael pasándose las manos por el pelo—. Me mata que sea ella la que deba arriesgarse, aunque… ahora… la situación puede dar un giro.

—Ahora es cuando me explicas qué diablos has querido decir con que ella es la heredera que estabas buscando.

Michael se aclaró la garganta.

—Esta mañana, antes de irme, vi en su mesita el regalo que el reverendo Parrot le entregó. ¿Recuerdas que pidió hablar con ella antes de irnos de Wyndham Manor? —El duque asintió—. Bien, pues el regalo era una caja de madera con una libélula grabada.

—¿Una libélula? ¿Cómo la del colgante que tú le regalaste? Menuda coincidencia.

—No lo es. Ese colgante se lo compré porque…, bueno…, ella tiene una marca de nacimiento que recuerda una libélula, ejem. Lo vi en un puesto de artesanía de un matrimonio

romaní. Ese matrimonio recordaba haber vendido una caja grabada a Edward y su mujer hacía años, una caja de madera con una libélula grabada. Una caja como la que el reverendo Parrot entregó a Isabella. —Su voz fue subiendo de volumen.

—Y tú crees que es la misma.

—Andrew, el padre de Isabella murió hace diez años, igual que Edward.

—¿Te dijo ella cómo se llamaba su padre?

—Sí, Robert.

—Necesitamos un ejemplar de la guía Debrett, allí aparecerá el nombre completo de Edward.

—Debo de tener una por aquí. —Martin se levantó y se acercó a una de las estanterías. Pasó el dedo por el lomo de varios volúmenes hasta dar con el que buscaba. Sacó la guía, la abrió y buscó la parte de historia de los títulos nobiliarios, las relaciones por matrimonio y llegó al listado. Su dedo bajó por una página y se detuvo. Levantó la mirada hacia su amigo.

—Lord Edward Robert Elliot Aincourt. Tercero en la línea de sucesión al ducado de Silverstone. Obviamente esta guía tiene más de tres meses, no habían fallecido ni el hijo ni el nieto mayor del duque.

—Edward comenzó a usar su segundo nombre al enamorarse de una mujer gitana, ¿te suena de algo, Michael?

—Ojalá yo pudiera imitarlo en algo más que en eso…

—Oye, ¿cuántos años tiene Isabella?

Michael sonrió levemente al recordar cómo se habían mentido al conocerse.

—Tiene veinte años.

—Los mismos que hace que Edward desapareció. Quizá el embarazo de su amada fue lo que hizo que se decidiera.

Michael devolvió la guía a su lugar, caminó hacia la mesa de las bebidas y sirvió dos *whiskies*. Ofreció uno a Andrew y se bebió el suyo de un solo trago.

—Necesito confirmar qué contiene la caja, porque estoy casi seguro de que son los documentos con el registro del matrimonio y del nacimiento. Parrot guardó el secreto de confesión, pero al conocer a Isabella debió de considerar que era el momento de que ella los tuviera.

—¿Cómo pudo Parrot reconocerla? —planteó Andrew.

—¿Además de por el parecido con sus padres? El colgante de la libélula debió de despertar recuerdos en él, sobre la caja y sobre… Al parecer, Edward tenía la misma marca que Isabella en el hombro, quizá el reverendo la vio en algún momento.

—¿Sabrá ella algo de todo esto? —propuso Andrew tras un breve silencio.

—No. Me lo habría dicho —afirmó Michael con seguridad.

—Y ¿qué hará cuando se lo digas? Porque vas a decírselo, ¿verdad?

Michael asintió con la cabeza al mismo tiempo que su rostro se tornaba una máscara trágica.

—Martin, si Isabella, finalmente, es la marquesa de Carisbrooke, será adecuado un matrimonio entre vosotros —le recordó el duque como si le ofreciera la solución a todos sus problemas.

—Andrew, Isabella dejó a su gente y la seguridad de su clan para ser dueña de su vida. Ser marquesa le cortará las alas. Pasará a estar bajo la tutela legal de su abuelo y él decidirá con quién se casará su bisnieta. ¡Joder! Y no tengo asegurado ser yo el elegido… ¡Dios… ! Bellamy…

Andrew frunció el ceño y apretó los puños al escuchar de boca de su amigo las consecuencias si el origen de Isabella salía a la luz.

—Además, Isabella dejaría de ser libre para cantar, que es lo que la hace feliz. ¡Tú la has visto sobre el escenario! Tampoco… Tampoco le permitirían estar con sus amigos gitanos, la apartarían de ellos.

El fuerte suspiro de Andrew reverberó por toda la biblioteca.

—Sé que no te va a gustar lo que voy a decirte, pero Isabella tiene derecho a saberlo y lo mejor será que lo sepa por ti.

Michael asintió pesaroso. Su preocupación se debía a tener que causarle la más mínima pena a su mujer. Si la conocía bien, Isabella desestimaría reclamar el marquesado, a ella solo la afectaría saber que sus padres tuvieron que huir para amarse. Que tuvieron que esconderse. Como ellos mismos habían tenido que hacer.

Aquella noche, Michael encadenó varias pesadillas. En los momentos en los que abría los ojos y se frotaba la frente perlada de sudor, se decía que el maldito sueño estaba sugestionado por la angustia de tener que comunicar a Isabella su origen. Lo que no lograba racionalizar era la aparición en su pesadilla de la hermana de Krall, lanzándole una maldición tras otra, o la visión de Dana mostrándole la carta que significaba traición. Si hubiera intuido que esa tarde alguien había escuchado su conversación con Andrew, su pesadilla habría estado justificada de principio a fin.



Capítulo 24

A primera hora del día siguiente, un mensaje anónimo era entregado en la residencia del duque de Silverstone: «la señora Isabella Zía podría ser su bisnieta». En cuanto William Aincourt lo leyó, interrogó a todos los lacayos a fin de averiguar de dónde procedía la nota, pero no hubo suerte. Pensó entonces en enviar un mensaje a lord Beaconshire para preguntarle acerca de la posibilidad de que la nota fuera cierta, ya que él era quien había convivido con los gitanos; sin embargo, un cúmulo de dudas lo asaltaron y a quien acabó convocando a su casa fue a su amigo lord Bellamy.

El viejo vizconde no tardó en acudir y, ya reunidos en el despacho, el duque le mostró la nota sin mediar siquiera un saludo.

—¿Qué es esto? —preguntó Bellamy, alzando el papel una vez leído.

—Quizá una broma, quizá la respuesta a mis oraciones.

—Si me has hecho llamar, es porque no lo ves descabellado —apuntó el vizconde con interés.

William Aincourt frunció el ceño, apoyó el bastón en el suelo y se impulsó para levantarse.

—Acompáñame —ordenó.

Su amigo lo siguió en su lento ascenso por las escaleras del vestíbulo hasta llegar a la galería que albergaba los retratos de la familia. El duque se detuvo ante uno de tamaño mediano, bajo el cual rezaba el nombre de su nieto, grabado en una placa dorada.

—Ahí tienes el motivo de que no me parezca imposible lo que dice la nota. Cuando vi a esa mujer fue como ver un maldito fantasma. ¿Observas la mirada decidida, el mentón orgulloso y la… postura? Parece que quiera salir del cuadro para…

—Comerse el mundo. Sí, lo veo, Silverstone. Por eso me prendé de Isabella nada más verla. Ella es igual.

—No es solo que se parezcan, es que tú mismo me dijiste que viene del sur. Debe de haberse criado con algún clan cercano a Brighton si la une la amistad con los duques de Wyndham. Y luego está la maldita casualidad de su colgante.

—¿El del insecto? No es un adorno que luciría ninguna mujer, ni rica ni pobre —apuntó Bellamy con desagrado.

—Edward tenía una marca de esa forma en el hombro, la misma que tengo yo y, si esa mujer es su hija, es probable que también la tenga.

—Esa sería una prueba bastante sólida, pero, para las alegaciones ante la corona, si pretendes reconocerla como tu heredera, necesitarás más pruebas —le recordó Bellamy.

Cuando regresaron a su despacho, el duque volvió a acomodarse y esperó a que lo hiciera también su amigo antes de compartir con él algunas de sus dudas.

—Lord Beaconshire no me aportó ninguna prueba. Un párroco demente le confió que Edward llevaba muerto diez años, pero no hay tumba ni certificados de matrimonio o bautismo. Se ha comprometido a enviar a sus hombres para investigar los registros de la época de varias parroquias del sur. Es como buscar una aguja en un maldito pajar —lamentó el duque.

—Amigo, siento agraviar más este día, que debe de estar siendo para ti bastante duro, pero yo no me fiaría de lord Beaconshire.

—¿En qué te basas para decir eso? ¿En su simpatía por los gitanos? Ya la percibí cuando vino a presentarme su informe —manifestó el duque su mayor recelo.

—Me refiero a su simpatía personal por Isabella; y no soy el único que se ha dado cuenta de sus atenciones. Ese hombre la mira como si fuera suya y resulta que es el responsable de buscar a tu heredero, Silverstone.

—¿Insinúas que él lo sabe? —planteó el duque consternado. Tras unos segundos de reflexión, su gesto se endureció—. Si ese desgraciado ha sabido de la existencia de mi heredera todo este tiempo y lo ha ocultado… ¿Habrá boicoteado la investigación? ¿Tendrá pruebas y no me las ha presentado? —acabó rugiendo el duque.

—Si va tras ella, si la desea para él mismo, su plan será tomarla como amante. Beaconshire no se casará con una cantante gitana, buscará a alguna incauta, como mi nieta, pero sabes que hace tiempo que no me fío de él.

—Por el tema de tu nieto —recordó Silverstone con una mueca.

—Aquel soldado afirmó que la última vez que vio a mi nieto él estaba con una fulana y que Beaconshire se coló en la habitación; que luego entró Wyndham y que no volvió a ver salir por la puerta a nadie. A la mañana siguiente encontraron el cuerpo de Stephen con heridas provocadas por el enemigo y lo repatriaron como un héroe.

—El esfuerzo de Beaconshire y Wyndham por devolverte el cuerpo de Stephen con todos los honores siempre me causó admiración y creí que también a ti. Luego, el ver a Martin ascender, mientras servía a nuestro gobierno, me confirmó que era de fiar y por eso le encomendé la búsqueda de mi heredero.

—Pero, cuando apareció ese soldado y te confié su historia, te hice dudar, Silverstone. Tú mismo usaste esa duda contra Beaconshire para amenazarlo veladamente y asegurarte su cooperación, pero a la vista está que no te ha funcionado.

El duque tensó el gesto, luego clavó la mirada en su amigo.

—Si todo el mundo creyó la versión de Beaconshire y Wyndham sobre tu heroico nieto, ¿por qué diste credibilidad a ese soldado?

—Porque yo conocía *muy bien* a mi nieto —manifestó Bellamy con una mueca en sus labios que Silverstone se negó a interpretar. Había secretos de familia que era mejor que continuaran siendo secretos.

Tras otro largo silencio en el que el duque no dejó de clavar la punta de su bastón en la alfombra una y otra vez, de nuevo tomó la palabra.

—Sigo sin creer que Beaconshire se haya burlado de mí. Es inconcebible que pretenda mantener en secreto la aparición de la marquesa de Carisbrooke, aunque no puedo arriesgarme. Yo mismo enviaré a alguien al sur a investigar y buscar pruebas.

—Yo comenzaría por Brighton y, por otro lado, no demoraría en atender un tema sumamente

urgente —propuso Bellamy elevando las cejas.

—¿Cuál?

—Traer cuanto antes a tu bisnieta. Interrogarla. No sabemos si ella conoce su origen. Quizá tengas la verdad antes de lo que esperas.

Silverstone sintió su corazón acelerarse peligrosamente, si bien aquel era un paso necesario. Bellamy tenía razón: debía hacer lo necesario para saber la verdad.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó.

—Sin duda, en el teatro.

Isabella se alegró cuando Samuel dio por concluido el ensayo antes de tiempo. Su *whitey* le había mandado recado de que él mismo iría a buscarla en un coche de alquiler. También le anunciaba en su nota que había un tema importante del que hablar y que lo harían en su casa. «Su casa» sonaba tan bien. Estaba deseando proponerle a Michael salir al jardín cuando oscureciera a contemplar las estrellas. Luego, ellos mismos se encargarían de crear las suyas propias y de hacerlas brillar en la oscuridad de su habitación. Su sonrisa delató su felicidad y no se desvaneció cuando un lacayo uniformado se presentó ante ella con una nota.

No identificó los colores del ducado de Wyndham y el escudo de armas de Michael no lo había visto jamás por lo que quizá aquel lacayo estuviera a su servicio. El contenido de la nota pronto dispersó sus dudas. Comenzaba con un saludo formal del duque de Silverstone, pero la invitación a visitarlo con urgencia no tenía nada de formal. Aludía a un tema de vida o muerte que podía afectar a sus seres queridos y, en especial, a alguien con las iniciales L. B. Un súbito mareo la recorrió y el lacayo se aprestó a sujetarla por el brazo. ¿Vida o muerte? ¿Seres queridos? ¿Michael? Necesitaba saber de qué se trataba aquello y, aturdida, tomó la decisión de subir al ostentoso carruaje. Averiguaría cuál era el problema y más tarde lo comentaría con Michael. Le mandaría un mensaje desde la residencia del duque para que no se preocupara.

Al descender ante la enorme mansión del duque de Silverstone, dos lacayos aparecieron para escoltarla hacia la entrada, que pareció abrirse sola en cuanto se acercó. La compañía de los sirvientes continuó mientras atravesaban un amplio vestíbulo y hasta llegar a una enorme puerta de madera labrada. Un lacayo llamó, abrió y le cedió el paso. Isabella entró con paso tranquilo, pero se encogió al escuchar el ruido del cierre a su espalda.

Contempló con rapidez el austero y poco iluminado despacho. Observó a los dos hombres que se levantaban y les dedicó, cautelosa, una de sus mejores reverencias.

—Señora Isabella, gracias por venir —lord Bellamy la saludó primero con una ancha sonrisa que a ella no la tranquilizó.

—Será mejor que se siente, la conversación puede dilatarse bastante —le comunicó el duque sin ninguna cortesía.

Lo último que deseaba Isabella era tomar asiento. No quería permanecer en aquella estancia más tiempo del necesario, pero tenía delante a un duque y a un vizconde y, si ellos decían que se sentara, debía hacerlo. Un gitano no retaba a un *whitey* poderoso si quería seguir respirando. Se sentó en el sofá que le señalaron.

—¿Y bien? —Se giró hacia el duque—. ¿Qué asunto de vida o muerte amenaza a mi gente? —Trató de sonar más interesada que asustada.

—Usted misma. Si se confirma quién es en realidad y no cumple con lo que se espera, podrían ocurrirle cosas desagradables a «su gente».

Isabella sintió que hervía de furia ante aquella amenaza. Luego, de inmediato, lo que sintió fue frío. Su espíritu rebelde, inconformista y luchador bramaba por que se levantara, les lanzara una maldición gitana y se fuera de allí. Sin embargo, otra parte de ella, más cauta y precavida, la

instó a guardar asiento y a esperar.

Acababa de dar por supuesto que esos hombres conocían su relación con Michael, con lord Beaconshire, y que de ahí venía la amenaza: si no se alejaba de él, si no dejaba el camino libre a la nieta de lord Bellamy para que las cosas fueran como debían ser en su mundo encopetado, tomarían medidas contra su gente y contra el propio Michael.

—¿Qué quieren? —Levantó la barbilla. Podrían tratarla como a una meretriz, pero no pensaba perder su dignidad.

—Primero, tan solo hacerle unas preguntas —respondió el vizconde con una voz irritantemente amable.

—¿Cuándo y dónde nació usted? ¿Cómo se llamaban su padre y su madre? ¿Sabe si estaban casados? —demandó el duque.

Los ojos de Isabella se abrieron de par en par. No se esperaba en absoluto ese tipo de preguntas porque no adivinaba qué tenían que ver con ser la amante de Michael. Su estupor se debió de reflejar en su rostro.

—Responda, querida Isabella. Es de suma importancia —la animó lord Bellamy.

Isabella clavó su mirada en lord Silverstone y respondió con voz neutra.

—Nací el ocho de abril de mil setecientos noventa y cinco en el sur, cerca de Hastings. Mi padre se llamaba Robert y mi madre, Kiara; y, por lo que mi madre me contó, sí estaban casados.

Vio cómo los dos hombres intercambiaban una mirada y asentían.

—¿De qué murió tu padre? —inquirió el desconsiderado duque.

—De… unas fiebres.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —espetó.

—Yo tenía diez años y no recuerdo el nombre del lugar, supongo que cerca de Hastings.

El duque, que había estado inclinado hacia adelante con el cuerpo tenso, se echó hacia atrás y se pasó una mano por la frente y por la cara. Había perdido algo de su rigidez y ahora parecía cansado. Recordó que el hombre había estado enfermo y casi se apiadó de él.

Cuando el duque volvió a tomar la palabra, ella tuvo que prestar atención a su tono bajo.

—Isabella, esta es una pregunta totalmente impropia, pero determinante, a falta de otras pruebas que me aseguraré de conseguir. ¿Tiene una marca de nacimiento en su hombro con forma de libélula?

Isabella se asustó. ¿Cómo podía aquel hombre saber eso?, ¿quién se lo podía haber dicho? Comenzó a temblar.

—¿Cómo sabe usted eso?

El duque la observó sin transmitir en su mirada ningún tipo de sentimiento.

—Porque soy tu bisabuelo.

Estaba loco. El pobre hombre era muy mayor y no sabía lo que decía. Su gente respetaba a los ancianos, ellos representaban la sabiduría que daban los años y se encargaban de transmitir las lecciones de la vida a los más jóvenes, pero el duque, claramente, ya no era dueño de su cordura.

Su presencia allí no tenía motivo de ser, pero trató de ser amable con el anciano.

—Señor…, Su Excelencia…, yo no puedo ser familiar suyo. Lamento mucho…

—Mi único hijo y mi nieto mayor murieron hará dos meses y se hizo necesario buscar a mi otro nieto; uno que nos abandonó hace veinte años para irse a vivir con una mujer gitana. Su nombre completo era Edward Robert Elliot Aincourt, tenía una libélula en el hombro, igual que la mía y la de usted… La tuya, Isabella. El hombre encargado de buscarlo me confirmó que Edward murió hará diez años de unas fiebres. —El duque hizo una breve pausa—. ¿Sabe quién

es el hombre que ha estado buscando al heredero o heredera del ducado de Silverstone? ¿Sabe usted a quién encomendé la misión de encontrar a mi nieto o a sus herederos?

Isabella notó que su temblor se intensificaba. Cuando Michael le confesó quién era, le explicó que no buscaba a Edward por ser amigo de su padre, tan solo le dijo que era por trabajo…

La voz de lord Bellamy la sacó de su recuerdo.

—Lord Beaconshire, efectivamente, debía encontrar al heredero y, mire usted por donde, encontró a la heredera.

—¿Él? ¿Él sabe quién…?

—¿Si él sabe quién es usted? —Isabella vio entre lágrimas cómo los dos hombres volvían a intercambiar una mirada y cómo el duque asentía—. En el informe que presentó a su bisabuelo, lord Beaconshire reconoció no tener documentos para probar nada, pero sí le habló del religioso que confirmó la muerte de Edward…

Isabella no detectó la trampa en las palabras del vizconde y sus susurros fluyeron con la verdad.

—El reverendo Parrot, de Brighton. Él debió de conocer a mis padres y por eso me dio…

—¿Cómo dice? ¿Conoce usted a ese religioso? ¿Brighton? —farfulló el duque.

Isabella asintió con la cabeza. Las palabras masculinas le llegaban lejanas, tan solo podía pensar en que Michael la había traicionado. No le explicó quién era Edward en realidad, no le habló de sus sospechas sobre su origen. Por el contrario, le había contado a ese hombre, a su bisabuelo, que ella era su heredera, sin avisarla, sin explicarle, sin preguntarle su parecer. No entendía nada y se estaba muriendo por dentro.

Mientras ella luchaba por salir a flote de ese mar de confusión, en el que sentía que se ahogaba, el duque de Silverstone había tomado pluma y papel para que uno de sus lacayos viajara con urgencia a la parroquia de Brighton y exigiera copia de los registros.

Una voz penetró la niebla de sus cavilaciones.

—*Lady* Carisbrooke. *Lady* Carisbrooke, en la galería hay un retrato de su padre, por si desea verlo.

—¿Por qué me llama así? —acertó a preguntarle a lord Bellamy.

—Como heredera del ducado de Silverstone, su título es el de marquesa de Carisbrooke. Todo el mundo debe dirigirse a usted así.

Isabella apretó los ojos y agitó la cabeza. Suspiró y volvió a fijar la vista en el vizconde. El duque, su bisabuelo, parecía estar ocupado con una carta. Con dificultad, se levantó de la butaca y se giró hacia la puerta.

—¿A dónde crees que vas? —la sorprendió el tono del duque.

—A ver el retrato de… mi padre. —No había terminado de hablar y ya tenía a su lado a lord Bellamy ofreciéndole su brazo. No se habría sujetado a él si no lo hubiera necesitado de veras.

Se dejó acompañar escaleras arriba sin apenas reparar en el lujo que la rodeaba. Cuando el vizconde la hizo detenerse, un nudo de pena le atenazó el pecho. Elevó los ojos y contempló un rostro que ya solo recordaba en sueños; una versión muy joven del hombre del que atesoraba pocos recuerdos: una voz profunda, aroma a madera, un beso antes de dormir, manos fuertes pasando las páginas de un libro…

—Papá…, *dat, dat*… —Sollozó dejándose caer a los pies de aquel retrato y ocultando el rostro entre las manos.

No se contuvo y lloró con amargura todas las lágrimas reprimidas durante años. Acababa de recuperar su pasado y de perder su futuro. Su corazón estaba resquebrajado y su espíritu notaba

cadenas de oro reptando para cerrarse a su alrededor. Y Michael, ¿cómo había podido traicionarla de aquella manera?

—Llore, *lady* Carisbrooke, permita que fluya su pena. Luego, se levantará de nuevo más fuerte. Reparé en su fuerza nada más conocerla y, ahora que contemplo el retrato de su padre, comprendo de quién la heredó. Una fuerza que, sin duda, le hará falta para enfrentarse a quienes le mintieron y a todo lo que se le viene encima.

Isabella levantó el rostro, todavía anegado de lágrimas, y observó a lord Bellamy.

—Hable claro, por favor.

—Sé que uno de sus admiradores más fervientes es justamente el hombre que la encontró. ¿Sabe que lord Beaconshire lleva años adiestrando a los agentes del Servicio Secreto? ¿Sabe que su bisabuelo confió en él por su impecable hoja de servicios? ¿Sabe que es muy probable que sea el próximo jefe del servicio de inteligencia del país si nada lo impide?

—No sabía nada de eso… —Isabella trató de recordar: Michael como un músico mujeriego y despreocupado, Michael como un lord, Michael luchando con Krall de aquella rápida y extraña manera…

Isabella no vio la mirada calculadora de lord Bellamy. Regresó de su brazo al despacho de su bisabuelo y evitó sentarse de nuevo. Necesitaba salir de allí, pero no acertaba a decidir a dónde podía ir, sintiéndose tan rota.

—He mandado traer de Brighton los documentos que probarán que eres mi heredera. También he ordenado que preparen los aposentos ducales; yo no los uso, desde mi indisposición utilizo unos en esta planta. Mañana mismo una modista se hará cargo de…

—Un momento. —Isabella levantó la mano en un gesto que agradó a lord Bellamy, por denotar una innata autoridad—. No pienso quedarme aquí.

—Y yo no pienso permitir que salgas por esa puerta y desaparezcas. Creo que no eres consciente de lo que implica ser quien eres. Como mi heredera, como mi… bisnieta, estás desde este momento bajo mi tutela. Debes permanecer aquí y comenzar a prepararte, debes aprender a ser una digna marquesa de Carisbrooke y saber ocupar tu lugar en el mundo. —Isabella abrió la boca, pero esta vez fue el duque el que levantó la mano para acallar su protesta y seguir soltando aquellas devastadoras noticias—. Cuando yo falte, y no creo que tarde en suceder eso, de ti dependerán cientos de familias. Tendrás la ayuda de nuestros administradores, pero tuya será la última palabra en todo. Serás la encargada de mantener el legado de Silverstone y de proveerlo de herederos, por lo que, más adelante, acordaremos quién será el candidato ideal a ser tu esposo.

—Es imposible —musitó Isabella.

—¿Imaginas a una reina abandonando su reino a su suerte? Nuestra familia fue honrada por su majestad, la reina Isabel, y tú, que incluso llevas su nombre, harás honor a tu legado.

La mirada de Isabella había descendido hasta las figuras de la elegante alfombra y no vio la mirada acerada de lord Bellamy hacia su bisabuelo, ni el gesto resignado con el que este le respondió.

—En la nota que la ha traído aquí, se habla de vida o muerte, Isabella.

Ella levantó los ojos de inmediato, los fijó en la cara de serpiente de Bellamy y dio un paso atrás para sentarse en el sofá. Una corriente de miedo la recorrió y supo que llegaba el momento que sellaría su destino.

—De… —Su voz se negó a salir.

—De la vida o la muerte de lord Beaconshire, en concreto.

—Pero él… —protestó—, él hizo su trabajo, encontró al heredero… Me encontró.

—Verá, Isabella, ya le he contado que lord Beaconshire no es un noble cualquiera, le he

hablado de sus servicios a la corona y de su futuro, pero hay algo que no sabe. Pesa sobre su expediente una mancha por algo ocurrido hace diez años en España. Un hecho que, de ser investigado en profundidad, comportará ser acusado de alta traición. Un delito que se paga con la muerte.

Isabella tembló y palideció. Comprendió que no había esperanza de recuperar su vida. Su amor por Michael daba a esos hombres el poder de doblegarla y de obligarla a asumir su nueva realidad. Ni la tradición, ni el honor, ni el legado de una reina podrían haberla obligado a quedarse. Tan solo su amor imposible por Michael lo había logrado.

Michael había registrado el teatro de arriba abajo, a pesar de que le aseguraron que el ensayo hacía tiempo que había finalizado y que Isabella no estaba allí. No podía creer que su mujer no lo hubiera esperado y se había obcecado con que debía de estar dentro, hablando con alguien de vestuario o quizá departiendo con sus compañeras. Sin embargo, con el paso de los minutos, tuvo que aceptar que se había marchado sin él. Cuando diera con ella, pensaba dejarle claras unas cuantas cosas.

Hizo el trayecto hasta la casa de tía Camila con una sensación molesta en el pecho. Una sensación que se acentuó cuando una de las huéspedes le comunicó que Isabella no había regresado del teatro. No le gustó aquello. Sin pedir permiso, subió de dos en dos las escaleras que conducían a la habitación de Isabella. Se reprendió al darse cuenta de que estaba analizando la estancia con ojos de agente. La cama hecha, la ropa colgada y la caja de madera sobre la mesita. Se acercó a ella, la tomó en sus manos y la abrió.

No le sorprendió leer el certificado que daba fe del matrimonio entre lord Edward Robert Elliot Aincourt y Kiara Elinor. Tampoco enterarse de que Isabella Zía Aincourt había sido bautizada en la parroquia de San Nicolás de Brighton, dos días después de su nacimiento. La sensación de ahogo se fue haciendo mayor conforme hacía el trayecto hasta Wyndham House. La esperanza de que Isabella hubiera ido a visitar a Emily y que desde allí le hubiera mandado un mensaje, no recibido, era pequeña, pero no quiso desestimarla.

En cuanto vio entrar a sus amigos en la salita en la que le habían pedido que esperara y comprendió que Isabella no estaba con ellos, tendió los documentos que llevaba en la mano hacia Andrew.

—Es ella. Isabella es la marquesa de Carisbrooke.

Emily cogió aire de golpe y apoyó una mano en el brazo de su esposo, el cual le había hablado de las sospechas de Michael.

—¿Cómo se lo ha tomado ella? —preguntó preocupada.

Michael suspiró hondo, se pasó una mano por el pelo y la apoyó tras el cuello.

—No lo sabe. Creo que no lo sabe. Yo… Isabella no estaba en el teatro cuando he ido a buscarla. Tampoco ha vuelto a la pensión. He venido pensando que quizá estaría aquí, pero…

—¿Estará en el campamento? —propuso Andrew.

—¿En vuestra nueva casa? —sugirió Emily.

—Sí, ella… Debo, debo encontrarla —respondió con dificultad, pues el ahogo no dejaba de crecer, unido a un nefasto presentimiento.



Capítulo 25

El terror jamás lo había inmovilizado. La adrenalina provocada por el miedo que siempre lo había empujado a actuar no corría rauda por sus venas. Notaba los pies de plomo y se veía incapaz de avanzar hacia la puerta. Sabía que estaba perdiendo un tiempo valioso, pero se sentía paralizado.

—Martin, vamos a encontrarla. No estás solo. Seguro que aparece —afirmó Andrew.

—La siento lejos.

—¿Es posible que Isabella haya abierto la caja y que descubrir la verdad la haya aturdido? —propuso Emily.

—En el teatro han insistido en que estaba feliz, de buen humor. Ilusionada con la actuación ante la reina —murmuró él—. Debía esperarme, la avisé de que iría a por ella, pero salió antes de tiempo y…

Gracias a Dios, su cuerpo comenzó a responder de repente, a salir de ese letargo que lo había atrapado de forma inesperada.

—Si se la ha llevado Krall, lo mataré —juró caminando hacia la salida.

Los duques intercambiaron una mirada de entendimiento y Andrew fue tras su amigo.

—No irás solo —afirmó cuando lo alcanzó.

En el campamento gitano, bullía el ajetreo típico de la hora de la comida, que impregnaba el aire de diversos aromas. Keyla, que removía un puchero frente al *vurdun*, fue la primera en divisarlos y en deshacerse en reverencias al ver a Andrew.

—¿Y los demás? —Fue el saludo de Michael.

—No tardarán, han ido a informarse sobre el espacio que ocuparemos en los jardines el primer día de fiesta. Llegó un petimetre con papeles legales y eso —les estaba explicando Keyla, cuando se detuvo y señaló detrás de ellos—, por ahí vienen.

Después de escuetos saludos, Michael preguntó si Isabella había pasado esa mañana a visitarlos. Ante la negativa, preguntó por Krall.

—Seguimos sin tener noticias de él —respondió Bahktalo—, pero mantendremos los ojos bien abiertos y te avisaremos con cualquier noticia.

—¿Isabella está bien? —se interesó Hohan.

—Isabella ha desaparecido —sentenció Michael con voz oscura.

—Eso no lo sabes. Todavía hay un lugar por visitar, amigo —lo animó el duque.

—La carta… La traición —musitó Dana de repente, cerrando los ojos y llevándose la mano a la frente para acariciarse el ceño.

Michael dio un paso hacia ella.

—Dana, anoche soñé con la maldita carta y con la maldición de la hermana de ese desgraciado, ¿qué diablos significa?

—Isabella… —Dana permaneció pasando los dedos por su frente y con los ojos fuertemente cerrados—. Ella no te ha traicionado, ella te ama más que a su vida. La han alejado de ti con argucias.

—¡¿Quién?! —exigió saber Michael.

—No lo sé… El traidor.

Saliendo del campamento, de camino a montar en el coche de alquiler, Andrew rompió el tenso silencio.

—Por «traidor» yo entiendo «enemigo». ¿Quién te odia tanto?

Michael resopló y se restregó los ojos mientras tomaba asiento.

—Krall, quizá Bellamy, los franceses, varios españoles, algún agente inglés resentido…

—Entiendo —asintió Andrew haciendo una mueca.

—Puede que esté enfadada, puede que Emily tenga razón y haya descubierto quién es y se haya refugiado en… nuestra casa. Quizá el miedo la ha paralizado y me esté esperando y…

—Enseguida llegaremos, Martin… Michael. No sé por qué, pero cada vez encuentro más acertado llamarte Michael.

—Define mejor el hombre en el que me he convertido gracias a ella.

Michael no esperó a que el coche se detuviera del todo, saltó y corrió hacia la puerta, la abrió de par en par y comenzó a llamarla. Recorrió toda la planta, no se dejó ni una estancia por inspeccionar. Buscó alguna nota y no encontró ninguna.

—Mi amor, ¿dónde estás? —Su voz rota conmocionó a Andrew.

El duque se apartó de la ventana por la que había estado observando el jardín.

—¿Puede haber huido a Brighton?

Michael elevó sus ojos sin brillo hacia su amigo queriendo sentir un rayo de esperanza.

—Si abrió la caja y leyó los documentos, es posible. Sí, es posible que haya ido a visitar al reverendo Parrot. Si salgo de inmediato, estaré allí antes del amanecer. —Michael afirmó y caminó hacia la puerta, decidido a agotar todas las posibilidades.

—Pasaré por casa a avisar a Emily y partiré contigo. —El duque lo siguió.

—No. Ya has hecho bastante. Si necesito ayuda, te lo haré saber.

Dos días más tarde, un demacrado Michael se detenía en la pensión de tía Camila para preguntar de nuevo por Isabella. Lo hicieron pasar a la salita, donde declinó sentarse y rechazó un té.

—Milord, pensábamos que estaba con los duques —confesó la anciana.

—No. Llevamos… tres días sin saber nada de ella. Yo… solo sé que estuvo en el teatro, pero, al salir de allí, se esfumó. La he buscado por todos lados y no aparece.

—Dios mío…

Michael se negó a ser testigo de cómo la desolación iba cubriendo los rostros de tía Camila y de las huéspedes y se apresuró a marcharse. El cansancio comenzaba a asolarlo, pero no podía permitirse ceder a él. Debía encontrar a Isabella. Sin ella, su vida carecía de sentido.

Llegó a Wyndham House y de inmediato fue conducido a la salita. Sus amigos no tardaron en aparecer y la duquesa, al ver su estado, insistió en pedir café y bocadillos. Él trató de sonreír y

agradecerle su preocupación, sin demasiado éxito.

—Siéntate, por Dios, antes de que te desplomes en medio de la sala —ordenó el duque.

Michael obedeció. Unió las manos entre sus rodillas abiertas y dejó caer la cabeza. Estaba agotado.

—Deduzco que Parrot tampoco ha visto a Isabella —comentó el duque.

—Ni el reverendo ni su familia se encontraban en la vicaría. Tardé más en llegar, porque tuve que cambiar de caballo dos veces y… para cuando llegué, no había nadie. Por un maldito día…

—¿Habrán ido a visitar a la hermana de la señora Parrot? —propuso Emily.

—Eso fue justamente lo que me confirmó el doctor Rose. En cuanto entendí que en la vicaría no había nadie, me dirigí a su consulta, pero Tom, que siempre está atento a cualquier movimiento en el pueblo, comentó algo que no me gustó. Dijo que los Parrot parecían tener mucha prisa.

Michael trató de aceptar una taza de té, pero el detectar el temblor de su mano lo hizo desistir.

—Michael, deberías ir a casa y descansar —aconsejó la duquesa.

—No hasta que Isabella aparezca. Volveré al teatro y…

—Amigo, esta mañana pasé por allí. No entienden que Isabella haya faltado dos días seguidos sin dar explicaciones. Aunque no creas que están enfadados, al contrario, Samuel y todos los demás no han cesado de mostrar su preocupación por ella.

—Gracias —asintió él—. Yo… me fui a Brighton tan rápido que no avisé a Alfred. Mis hombres también deberían estar buscándola.

—Me tomé la libertad de hablar con mi sobrino. Ocho hombres llevan buscándola de forma extraoficial desde que partiste. Incluso han vigilado los movimientos de Bellamy y ha patrullado por los alrededores de la mansión de Silverstone, pero el viejo está enfermo y no sale.

Michael levantó la mirada hacia su poderoso y leal amigo. Tragó un nudo de emoción y asintió hacia él y hacia su mujer.

—Michael, tu hermana nos mandó un mensaje preguntando si sabíamos algo de ti. Está preocupada.

—Iré a verla. Mañana. Mañana, después de reunirme con mis hombres y de hacer una visita a mis amigos de Bow Street.

—¿Qué podrá decirte la policía que tus agentes no sean capaces de averiguar?

—La policía es quien controla las morgues.

Emily aspiró con un gemido y Andrew apretó los puños. Michael sentía ser tan directo, pero una premonición o una especie de instinto lo advertía de que debía estar preparado para lo peor. Sabía que Isabella estaba viva por el simple hecho de que él todavía lo estaba; sin embargo, la sentía cada vez más lejos, como si su esencia se estuviera disipando.

Después de declinar la invitación de los duques a pernoctar allí, se dirigió a su casa. No a la que estaba situada en pleno barrio de Mayfair y que contaba con treinta habitaciones, dos salitas de recibir, un salón, un comedor formal, biblioteca, despacho, cocinas y caballerizas, sino a su verdadero hogar.

Aunque Isabella y él lo habían podido disfrutar apenas unas horas, esas horas habían sido las más felices de su vida. Esa modesta casa era la que conservaba el aroma de ella y los sueños de los dos y allí era donde él dejaría su corazón cada vez que saliera por la puerta para ir a buscarla. Agotado, se tumbó en el sofá, se abrazó a un cojín y aspiró un esquivo olor a lavanda y a Isabella que le impregnó el alma. Cerró los ojos con fuerza, se durmió y fue bendecido con un sueño en el que Isabella y él plantaban madroños en el jardín.

Isabella había perdido la cuenta de los días que llevaba en esa cárcel voluntaria de la que no tenía permitido salir para nada. La modista la visitó una mañana para tomarle medidas y mostrarle telas y estilos, y ahora tenía un más que completo guardarropa que no tenía idea de cuándo luciría. Usaba solo cómodos vestidos de muselina para recibir las clases de protocolo, historia, baile y también para sus paseos por el jardín privado de la casa. A la hora de atender a las explicaciones sobre el funcionamiento del ducado, que le daban tanto su abuelo como sus administradores, también aparecía vestida de forma sencilla.

Tan solo un detalle se repetía cada día en su atuendo: el colgante de Michael. A su bisabuelo parecía no molestarle verlo, al fin y al cabo, representaba una marca de nacimiento familiar, casi se podía considerar un homenaje a los Aincourt. Quien sí torcía el gesto cuando lo veía en alguna de sus visitas era lord Bellamy, a quien trataba de evitar todo lo que podía. Prefería mil veces pasar las veladas a solas con su bisabuelo, el cual solía cabecear en un sillón tras la cena y no se retiraba a descansar hasta que ella no había insistido varias veces.

No supo cómo, en algún momento de aquellos días, dejó de odiarlo y comenzó a apiadarse de él y casi a comprenderlo. Una vida regida por el deber y el honor no había dejado espacio para el cariño hacia los suyos, su nieto incluido. Incluso ahora, en los últimos momentos de su vida, seguía luchando por dejarlo todo atado y bien atado para cuando él faltara. El respeto hacia los mayores, aprendido de su gente, tenía algo que ver, sin duda, con que su rencor hacia él menguara cada día. También el hecho de que el hombre se volcara en explicarle temas de finanzas, agricultura, ganadería y todo lo que se le ocurría que podría servirle para ser mejor duquesa, sin considerarla estúpida. Era curioso, pero no la trataba con condescendencia.

Lo que Isabella ignoraba era que el duque de Silverstone pronto se había dado cuenta de su inteligencia, de sus ganas por aprender y de lo rápido que lo entendía todo. No podía imaginar que su intratable bisabuelo había comenzado a sentirse orgulloso de ella.

La tarde de su vigésimo día de encierro, acudió a la salita para seguir con sus estudios y descubrió allí a su abuelo dormitando. Se fijó en que el fuego no estaba tan fuerte como a él le gustaba y que la manta con la que solía taparse estaba a medio caer. Con cuidado se acercó y lo tapó. Puso su mano sobre la de él y el contacto lo despertó. Su rostro adormilado, al verla, comenzó a esbozar una sonrisa. Su propio gesto debió de sorprenderlo, por falta de uso, y enseguida frunció el ceño. Isabella le respondió con el alzamiento de barbilla herencia de su padre.

—Estás aquí. Bien, he recibido respuesta de la corona. Han verificado las pruebas presentadas y autorizan tu presentación como marquesa de Carisbrooke. No es que esté yo para muchas fiestas, pero es un trámite que se debe pasar. Daremos un baile sin decir el motivo. Quiero ver la cara de algunos de mis detractores cuando te vean.

Isabella se enderezó. Había estado remetiendo la manta para que no se le colara el frío al anciano. Caminó hacia atrás, se sentó en un sofá y llevó su mirada hacia el fuego mortecino. La imagen de Michael se coló sin permiso en su mente. Solo se permitía pensar en él por las noches, acurrucada en su cama y asida a su libélula. Rememoraba su voz profunda, sus caricias lentas, el olor de su piel y acababa loca de anhelo al recordarlo haciéndole el amor. Luego se dormía con los ojos húmedos. Él la había alejado.

Y ahora su abuelo le anunciaba que sería presentada en un baile ante toda la nobleza y solo podía pensar en el probable reencuentro con Michael. El siguiente comentario de su abuelo la llevó de la pena al espanto.

—Quizá deberíamos anunciar también tu compromiso y así nos libramos de dar tanta fiesta.

—¿Mi compromiso? ¿Con quién?

—Con lord Bellamy —respondió el duque como si fuera obvio.

—No, no, no, abuelo. Se lo ruego, no puedo casarme con lord Bellamy.

Isabella observó cómo cambiaba el rostro del anciano. Sus ojos perdieron dureza al mismo tiempo que el rictus de su boca se suavizaba.

—Me has llamado «abuelo» —murmuró el hombre.

—Lo siento —malinterpretó ella.

El anciano negó.

—Me llamarás así a partir de ahora —ordenó.

A Isabella la enterneció esa mezcla de carácter arisco y necesidad de cariño.

—Abuelo, no me casaré con lord Bellamy —aseguró con suavidad.

—No puedes seguir llorando a ese difunto esposo tuyo toda la vida. Sabes que debes casarte y procurarle herederos al ducado. —A pesar de sus palabras, Isabella supo que se estaba ablandando.

—Lo… Lo haré, pero no con él.

—Procura no elegir a cualquiera. Cuando te presente en sociedad, te lloverán decenas de ofertas y no solo por ser marquesa.

—¿En serio? —Isabella sonrió—. ¿Insinúa que verán en mí algo de valor además de mi título?

—No busques halagos, niña.

Isabella amplió su sonrisa; su abuelo refunfuñó.

Michael interrumpió su búsqueda una tarde para ir a visitar a su hermana y su sobrino. Todas las mañanas acudía a la pensión de tía Camila, luego se acercaba al campamento gitano y terminaba su ronda de la mañana en el teatro. Por las tardes, se reunía con sus agentes, luego pasaba por Bow Street y, antes de regresar a su casa, visitaba alguno de los muchos hospitales de Londres. Dedicaría el resto de su vida a buscarla.

En cuanto entró en el salón de la casa de su hermana, y a pesar de haber pasado por su casa a asearse y cambiarse, se ganó una expresión de horror por parte de Amanda; no tanto de Simon, que corrió como siempre hacia él para ser alzado.

Su hermana guardó la compostura durante el tiempo que duraron los juegos entre él y su sobrino. Tan pronto como la niñera se llevó a Simon, Amanda comenzó a acosarlo.

—¿Qué significa esto, Martin? Nunca has descuidado tu aspecto y esa barba no te favorece. ¿O es que...? ¡Oh, Dios mío! ¿No estarás enfermo? —La tos y quizá algo de miedo pausaron su preocupación.

Michael se acercó a ella, se sentó a su lado y pasó la mano por la espalda de su hermana. Sintió en la palma los huesos de su columna, mientras ella tosía, y cerró los ojos con fuerza. A ella también la perdería. Suspiró y dudó si sincerarse con ella. Lo último que deseaba era sumarle más preocupaciones, pero necesitaba el consuelo de la única familia que tenía. Podían consolarse mutuamente.

—Amanda, hay algo que necesito compartir contigo. Eres mi hermana y no quiero seguir ocultándotelo. Espero que me brindes el mismo apoyo que me has brindado siempre.

—¿Qué? —Amanda se cubrió la boca con un pañuelo cuando cesó la tos—. ¿Qué ocurre?

—La mujer que amo lleva tres semanas desaparecida. No he dejado de buscarla, pero no aparece. No sé nada de ella y eso…

—¿No estarás hablando de esa cantante gitana, verdad? —Amanda lo miró horrorizada.

—Sí, Amanda, es Isabella. Estoy enamorado de ella —confesó con voz grave. No iba a permitir que se cuestionaran sus sentimientos.

—Es una gitana, una paria que de ninguna manera puede formar parte de nuestra familia.

—Siento que pienses así. Isabella es una mujer generosa, fuerte, decidida y… piadosa. La amo y, cuando la encuentre, me casaré con ella, hermana. No puedo vivir sin ella. —Michael quiso poner su mano sobre la de su hermana, pero ella rechazó el contacto.

—Entonces espero que no la encuentres jamás o que, si la encuentras, ella prefiera a otro.

Michael sintió que un puñal le atravesaba el corazón.

—¿Querrías eso aunque me vieras destrozado?

—Lo primero para mí es Simon. Eres mi hermano y te quiero, pero haría lo que fuera necesario para asegurar la felicidad de mi hijo, su futuro sin mácula, sin sombra de escándalo o deshonra. Mi hijo caminará con la cabeza bien alta.

Michael no fue capaz de permanecer más tiempo en compañía de Amanda. Era demasiado doloroso. Se levantó, la miró con incredulidad y se dio la vuelta. Antes de salir de la sala, todavía la escuchó murmurar:

—Lo que sea necesario.

La visita de lord Bellamy aquella mañana no pudo disgustar más a Isabella. Su abuelo le había pedido que le hablara de su infancia y la llegada del lord rompió un momento especial de cercanía entre los dos. Se vio obligada a ofrecerle un té y mandó que lo sirvieran bajo la complaciente mirada de los dos hombres. Sus buenas dotes como señora de la casa no dejaban de aumentar y de hacerse notar, para admiración de su abuelo y de su amigo.

En un momento dado, Isabella quiso excusarse a fin de dejarlos solos, pero lord Bellamy la interrumpió.

—*Lady* Carisbrooke, no solo he venido a visitar a mi estimado amigo, también querría solicitar unos minutos con usted. —Al lord no pareció gustarle la mirada, cargada de una nueva complicidad, entre abuelo y nieta.

—Por supuesto, ¿le parece que salgamos al jardín? Se diría que el calor va menguando —propuso Isabella.

Una vez en el jardín interior de la mansión, Isabella se detuvo bajo un roble y se giró hacia su acompañante. Saber que su abuelo la apoyaría si rechazaba a lord Bellamy le daba mucha tranquilidad y por eso lo encaró sin miedo.

—¿Y bien?

No le gustó la sonrisa de serpiente del hombre.

—Se acerca la fecha del baile y sería para mí un honor presentarla como mi futura esposa. Ya sabe que cuento con la aprobación de su abuelo.

Isabella respiró hondo.

—Sé que mi abuelo vería con buenos ojos nuestro matrimonio, lord Bellamy, si bien me ha asegurado que yo tendré la última palabra. No va a obligarme a que me case con usted. Podré hacerlo con quien yo desee y él apruebe, por supuesto.

Si ya no le había gustado la sonrisa venenosa de antes, su rostro transformándose en inquietante decepción le gustó menos, pues intuyó que se debía al cambio de parecer de su abuelo.

—Si se casa conmigo, le permitiré seguir actuando en el Drury —trató de tentarla él.

Continuó sintiéndose segura.

—Lo siento, lord Bellamy, pero ahora mismo no me veo en condiciones de aceptar ninguna propuesta de matrimonio. —«Y solo con pensar en la intimidad con usted se me revuelve el estómago. Mi cuerpo sueña con las caricias de otras manos, unas capaces de tocar melodías apasionadas, tanto en un violín como en mi piel».

—Ya veo… ¿Sabe? Me consta que a mi nieta Chloe le disgustaría ver al hombre que ama y con el que prácticamente está prometida en la cárcel, condenado a muerte.

Un fuerte temblor asoló a Isabella.

—¿A qué se refiere? —musitó.

—A que si no aceptas mi propuesta de matrimonio, presentaré todas las pruebas que tengo contra lord Beaconshire ante la corona.

Michael no podía ser detenido ni condenado. Michael no podía morir. Su hermana, su sobrino… sufrirían mucho y ella… Ella sabía que moriría con él. De nuevo, la desesperanza se cernía sobre ella.

—¿Puedo darle mi respuesta en el baile? —solicitó.

—Por supuesto, querida. ¿No sería una maravillosa coincidencia anunciar dos bodas?



Capítulo 26

Aunque Michael había declinado las dos últimas invitaciones de los Wyndham a tomar el té, creyó que rechazar una tercera provocaría que la propia duquesa fuera a buscarlo y a tirarle de las orejas. Por eso, en ese preciso momento, se encontraba ante la puerta de Wyndham House, en Grosvenor Square.

En cuanto entró, lo guiaron hacia el jardín interior. Para ser finales de septiembre no hacía demasiado frío y todavía se podían celebrar picnics en el exterior. Incluso el tiempo aún invitaba a tumbarse al raso a contemplar las estrellas.

Meneó la cabeza y recordó que debía dar el último visto bueno a los planes de seguridad del aniversario. La ciudad ya estaba a rebosar de gente llegada de todos los rincones del país que deseaba conmemorar el triunfo de la batalla de Trafalgar. Era curioso que unos quisieran celebrar cuando otros solo querían olvidar.

A medida que se acercaba a la puerta de salida al jardín, le pareció escuchar demasiadas voces. Pronto descubrió el motivo. En el centro del césped, habían preparado una gran mesa de hierro forjado, vestida con una colorida mantelería, en la que habían dispuesto una completa merienda. Alrededor de semejante banquete identificó prácticamente a todas las personas a las que podía llamar *amigos*: los duques, Hohan, Keyla, Dana, Demi y Bahktalo, tía Camila y los dos dirigentes del Drury.

Lo estaban esperando. Toda una encerrona orquestada por la duquesa de Wyndham, sin duda. La sospechosa se acercó a recibirlo, entrelazó el brazo con el suyo y habló en voz baja.

—Bienvenido, Michael.

—Tu marido me habría retado a un duelo si no llego a venir —respondió e intentó sonreír.

—Mi marido es miope, no creo que su amenaza hubiera sido muy efectiva. Deberías tenerme más miedo a mí si no te veo comer en condiciones.

—Estoy bien…

—No lo estás. Esas ojeras son de no dormir, tu ropa holgada me dice que no estás alimentándote correctamente y si crees que con la barba lo disimulas estás muy equivocado. No te pido que dejes de buscarla, pero debes cuidarte. Estamos preocupados por ti, estamos aquí para ti. Por favor.

El discurso de Emily le caló en el alma y le procuró algo del calor que hacía tiempo que no sentía. Como siempre, la doctora tenía razón. Oteó al otro lado del jardín y cruzó la mirada con

Andrew. Era cierto. Su amigo lo observaba con preocupación. Le dedicó una sonrisa de medio lado que convenció lo suficiente al duque como para que este levantara su copa de jerez hacia él en un mudo brindis.

Se sentó en la mesa y procuró comer a pesar de la dificultad que sentía para tragar. Así mismo, atendió a todas las conversaciones e incluso participó en algunas. Finalmente, el nudo que jamás abandonaba su pecho se tensó y acabó inclinándose un poco hacia Samuel.

—¿Noticias nuevas?

Lord Byron lo escuchó y también se acercó desde su asiento al otro lado del director.

—En el teatro, todos los miembros de la compañía seguimos atentos. Incluso cuando regresan a casa, en sus diferentes barrios, continúan buscándola. En el camerino, ninguna de las actrices quiere ocupar su lugar. La echan de menos. Todos lo hacemos —afirmó Samuel con el asentimiento también de lord Byron.

—Lord Beaconshire. —Tía Camila llamó su atención. La buena mujer sabía que cada día necesitaba su informe—. Mis huéspedes mantienen ojos y orejas abiertos allá donde trabajan.

—Gracias —lamentó constatar que todos lo miraban con diferentes grados de atención, pero era superior a él, no podía hacer como si no pasara nada. Lo había intentado—. Tía Camila, mañana mismo acudiré a la pensión. Siento no haber pensado antes en ello… Eh… Recogeré las cosas de… Isabella y podrá volver a alquilar la habitación.

El duque, sentado a su izquierda se inclinó hacia él.

—Podemos acompañarte y guardar sus cosas —le propuso.

—No será necesario. Las llevaré a nuestra casa hasta que ella regrese.

—Por supuesto —murmuró su amigo.

El silencio que se hizo pareció sumirlos en el pesimismo, y Michael se reprobó de nuevo por ello. Trató de cambiar de tema. No solo no lo consiguió, sino que supuso el fin del encuentro.

—Hohan, ¿cómo van los ensayos en el campamento?

No le gustó la mirada sobresaltada del gitano. De repente, se dio cuenta de que había estado muy callado y de que había procurado esquivarle los ojos durante toda la tarde. Buscó a Keyla y ella apartó la mirada. ¿Qué diablos ocurría? Bahktalo no le ocultaría nada.

—¿Os ha ocurrido algo?

—Esta mañana…

—Tío, *phral*, no. —Trató de interrumpirlo Dana.

—Michael, esta mañana Krall y su hermana regresaron al campamento.

La rabia lo cegó como una oscura niebla. Dio la bienvenida a la adrenalina que comenzaba a recorrerle las venas; a pesar de ello, se levantó con lentitud y fue capaz de pronunciar unas palabras con voz controlada.

—Agradezco profundamente vuestro apoyo. Me habéis demostrado que, en ocasiones, la familia no son quienes comparten nuestra sangre. A veces…, los que sí la comparten nos…

Su mirada se cruzó sin querer con la de Dana, que lo miró atónita. No pudo continuar, por lo que se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida con pasos largos y decididos. Para cuando Andrew, Samuel, lord Byron y Hohan reaccionaron y corrieron a la entrada, él ya se había esfumado a lomos de su caballo. En el jardín, las mujeres se miraban consternadas. También sabían a dónde se dirigiría Michael y la preocupación las llevó a guardar un pesado silencio que rompió Dana con un sollozo. Bahktalo le pasó el brazo por los hombros.

—Tranquila, *chaví*, lo alcanzarán y evitarán la desgracia —le susurró al oído.

—No es eso. Sus palabras… No solo ha perdido a Isabella, tío. Alguien de su familia le ha roto el corazón y creo que… que es la persona de la carta. Michael sacó una carta de mi mazo,

tío. La carta de la traición.

Michael ignoró las expresiones de curiosidad que despertó su entrada en el campamento, tan solo iba pendiente de localizar a su presa. En cuanto lo hizo, desmontó y se dirigió a él por detrás. Lo inmovilizó contra el suelo con una llave, se sentó en su espalda y le habló al oído.

—¿Dónde la tienes?

A pesar de los gritos que comenzó a escuchar a su alrededor, no se detuvo. Aflojó el brazo lo justo para dejarlo coger aire y responder.

—¿Has perdido a la puta de tu mujer?

Tensó el brazo de nuevo y contó los segundos que transcurrían sin que el aire llegara a los pulmones de Krall. Cedió justo antes de que el gitano perdiera la consciencia.

—Voy a matarte si no hablas, Krall. ¿Dónde está Isabella? ¿Qué has hecho con ella?

—¡*Whitey* asqueroso, suéltalo, él no ha hecho nada! —gritó a su espalda la hermana de Krall.

—Michael, han avisado a la policía, déjalo. Ellos se ocuparán. Nos aseguraremos de que lo interroguen. —Se oyó la potente voz del duque de Wyndham.

Se había formado un corrillo en torno a ellos, los sentía a su alrededor, pero los oía de lejos.

—Ya lo detuve una vez mientras se la llevaba —masculló.

—¡Suéltalo! ¡Hemos estado en el norte! No sabemos nada de Zía —repitió la gitana.

—Tienen razón —escuchó decir a Dana.

Curiosamente, fueron esas dos palabras las que hicieron que soltara a Krall y lo empujara hacia Hohan y Bahktalo, que lo asieron de los brazos mientras recuperaba la respiración y el alma le volvía al cuerpo. Se giró hacia Dana resollando, se aproximó a ella y esperó.

—No ha sido él. Él no es el traidor —le confirmó la joven.

—¿Qué más has visto? —murmuró cansado.

—No es un gitano y es cercano a ti.

Michael llevaba un mes sin interesarse por su correspondencia social, tan solo atendía a la que tenía que ver con sus tierras o los mensajes que llegaban del ministerio. Tampoco había vuelto a pasar por el club, por el campamento o por Wyndham House. Los lugares que recorría últimamente le dejaban el alma tan maltrecha que se veía incapaz de codearse luego con sus amigos. Morgues, hospitales, burdeles… Por mucho que lo atormentara imaginar a Isabella en alguno de esos sitios, debía ser realista y visitarlos también. Las noches durmiendo en su hogar, abrazado al olor de ella, eran el bálsamo para sus amargos días.

Una de las tardes que pasó por su casa de Mayfair, uno de sus lacayos lo abordó con una mezcla de miedo y de urgencia en la mirada que le causó algo de remordimiento. Mal iba si la gente que tenía a su cargo y que le había demostrado tanta lealtad comenzaba a temerlo.

—Dígame, Jon.

—Lord Beaconshire, estos mensajes han llegado en los últimos días, vienen todos de casa de su hermana. El mensajero está todavía en la cocina, tiene órdenes de *lady* Amanda de permanecer aquí hasta obtener una respuesta.

Michael asintió. Jamás había estado tanto tiempo sin visitar a Amanda, pero su último encuentro lo había destrozado, y sus andanzas en los bajos fondos de Londres tampoco lo dejaban con ánimos de hacer visitas sociales.

Abrió la última nota y no le sorprendió la retahíla de reproches con los que comenzaba la misiva, solo que esta vez no eran tan sutiles como siempre. La finalizaban una serie de amenazas, aderezadas de chantaje emocional, si no la acompañaba esa misma noche a la mansión del duque de Silverstone.

Al parecer, el anciano iba a celebrar un baile. Extraña manera de aceptar formalmente que el ducado revertiría a la corona a su muerte. Sin duda, se había contagiado de la excentricidad de su amigo Bellamy. Pensar en él le revolvió las entrañas y más al saber que esa noche se cruzarían. No le apetecía para nada tener que alternar con sus pares. Afortunadamente, allí estarían Andrew y Emily y su presencia le haría soportable la velada.

Respondió la nota de Amanda y la envió sin demora. No le quedaba demasiado tiempo para asearse y cambiarse de ropa. El afeitado hacía tiempo que no era requerido.

En otra ocasión, Michael habría tratado de romper la tensión que vibraba dentro del carruaje que los llevaba a su hermana y a él hasta la mansión Silverstone. Sin embargo, la oscuridad que había arraigado en su pecho le procuraba cierta indiferencia. Se sentía anestesiado en lo que respectaba a la actitud de Amanda.

Minutos después, lo sorprendió el despliegue de lujo a la entrada de la mansión. Para nada parecía que allí se fuera a dar una mala noticia. Por supuesto, no lo era para la corona y, ante la reina Carlota, si hacía acto de presencia, nadie osaría mostrar pesadumbre por que el ducado de Silverstone y todas sus propiedades pasaran a la familia real.

No obstante, él sabía lo que debía de suponer para William Aincourt reconocer la inexistencia de heredero legal para el ducado. Volvió a preguntarse, por enésima vez, si ese habría sido el motivo de la huida de Isabella: enterarse de su origen y sentirse tan aterrada como para desaparecer, como para ocultarse, incluso de él.

Más abatido que nunca, bajó del coche y ofreció su mano a Amanda. Ella se apeó y apoyó en el suelo su nuevo complemento. Era de ébano, con cabeza de plata labrada en forma de óvalo. Por muy ostentoso que fuera, no dejaba de ser un bastón que significaba el avance de su enfermedad. Suspiró con pesar, le ofreció el brazo y la ayudó a acceder a la luminosa mansión.

Nada más traspasar las puertas y ser anunciados por el maestro de ceremonias, Michael divisó a sus amigos y trató de ir hacia ellos; sin embargo, su hermana cabeceó hacia la fila de sillas del extremo contrario del salón. Asintió y la acompañó hasta el lugar predilecto de las matronas. Instantes después, saludaba a Andrew y Emily, a los que también les extrañaba el ambiente festivo reflejado en los rostros de lacayos y doncellas, la presencia de una pequeña orquesta y la profusa iluminación a base de cientos de velas.

—Me alegro de verte —lo saludó Andrew.

—No estaría aquí si no fuera por la insistencia de Amanda —se sinceró él oteando la multitud y observando a lo lejos las risas que compartían lord Bellamy y su familia, Chloe incluida.

—Pues me satisface mucho que te haya convencido —apuntó Emily que, de inmediato, cambió su expresión preocupada por otra más animada—. ¿Creéis que la reina Carlota nos honrará con su presencia?

—No lo creo, querida, aunque lo extraño es no ver a ningún otro miembro de la familia real por aquí —opinó el duque.

La orquesta interpretó en ese momento una elegante fanfarria que causó el cese de todas las conversaciones. Quizá, justamente en ese momento, sería anunciada la llegada de la reina. Por el contrario, quien apareció en lo alto de las escaleras fue otra pareja cuyos títulos fueron voceados por el maestro de ceremonias.

—Su Excelencia, el duque de Silverstone, y *lady* Isabella Aincourt, marquesa de Carisbrooke.

Las conversaciones que habían enmudecido volvieron a reavivarse con mayor ímpetu y llegaron a alcanzar un volumen ensordecedor a medida que los invitados se percataban de la

identidad de la heredera del duque. Muchos de ellos habían asistido bien al cumpleaños de Chloe Fulham, bien al estreno de *Cenerentola* en el Drury y reconocían perfectamente a Isabella Zía.

Quien se negaba dolorosamente a reconocerla era lord Beaconshire. No apartaba la mirada de la mujer que descendía las escaleras del brazo de lord Silverstone con un aplomo digno de una reina. Su melena relucía más de lo normal, gracias a los brillantes engarzados en el recogido, y su vestido de corte imperio y tela plateada la convertía en toda una visión. Paseaba la mirada orgullosa sobre la multitud y la cambiaba por una de cariño cuando se volvía hacia el anciano, pendiente de sus lentos pasos.

Justo a la mitad de las escaleras, el duque se detuvo y alzó la mano pidiendo silencio. Su posición todavía los dejaba por encima de los demás, de manera que eran visibles para todos los invitados.

—Después de una larga búsqueda y finalizado el proceso oficial de verificación de pruebas por parte de la corona, es mi mayor honor y mi más sincero orgullo presentarles a mi bisnieta, *lady* Isabella Aincourt, como la futura duquesa de Silverstone.

La multitud esperó en ascuas a escuchar la respuesta de Isabella.

—Deseo que ese futuro sea muy lejano, abuelo.

Tras las cariñosas palabras de ella, el duque tomó su mano y se la llevó a los labios.

Las palabras y los gestos de sincero cariño entre abuelo y nieta entusiasmaron a los invitados y provocaron una nueva oleada de murmullos combinados con aplausos. La pareja acabó de descender las escaleras y enseguida comenzó a saludar a los invitados que se les acercaron ávidos por ser los primeros en escuchar la versión que abuelo y nieta habían acordado cuidadosamente ofrecer.

—¿Michael? —Escuchó cerca de su oído, mientras seguía con mirada obsesiva el avance de aquella mujer por el salón.

—No puede ser ella —murmuró con voz rota.

—Es Isabella, amigo. Es ella —afirmó Andrew.

Las palabras del duque por fin se le hicieron comprensibles entre el ruido; el que hacía su corazón al latir acelerado dentro de su pecho, principalmente. Todo lo soportado durante las últimas semanas, el miedo, la desesperación, la angustia, lo asoló de golpe. Quiso rugir, quiso arrasarlo todo y quiso ir hacia ella para pedirle explicaciones. Por fortuna, tanto Andrew como Emily habían estado pendientes de su reacción y lo retuvieron por los brazos.

—Detente, Michael, ¿qué piensas hacer? No puedes hablar con ella ahora mismo en el estado en el que estás. Cálmate —pidió Emily angustiada.

Le temblaba el cuerpo entero, le pitaban los oídos y le sudaban las manos. La incertidumbre lo estaba torturando.

—No puedo creer que viniera por propia voluntad —masculló tras tragar un nudo que amenazaba con ahogarlo.

—Estoy segura de que tiene una buena razón para…

—¿Para no haber dado señales de vida todas estas semanas? ¿Para no haber contactado siquiera contigo? ¿Qué diablos ha impedido que me mandara un mensaje? —clamó desesperado propiciando que algunos invitados dejaran de estar pendientes de la inminente apertura del baile y lo miraran con disgusto.

—Emily tiene razón, Michael. No sabemos qué ocurrió.

—Pero, mírala… Mírala, Andrew. Es ella y no lo es. Es mi Isabella, mi alma, mi mujer, pero… está cambiada —lamentó.

—Esperaremos a que finalice el baile con su abuelo, y a que haya pasado un poco el revuelo

de su presentación, y nos acercaremos a mostrar nuestros respetos al duque —propuso Andrew.

Michael respiró hondo y trató de serenarse; sin embargo, fue incapaz de apartar los ojos de ella. «Mírame… Mírame, Isabella. Necesito saber que eres tú y no un espejismo. Mírame y dime lo que siempre nos hemos dicho en silencio». La fuerza de su mirada atravesó el atestado salón y logró atraer la de ella. La vio parpadear, girar su hermoso rostro y responder a su llamada. Durante unos segundos, vio el reflejo de su amor y creyó que se desvanecería del alivio; no obstante, el destello duró poco y fue sustituido por una emoción que lo impactó con fuerza desmedida: miedo. Leyó miedo en los ojos oscuros de Isabella y eso lo empujó a dar un paso hacia ella. De nuevo, Andrew lo retuvo, pero fue la siguiente reacción de Isabella la que lo dejó clavado. Lord Bellamy acababa de detenerse ante ella para pedir ser incluido en su carnet de baile y ella desvió la vista con rapidez hacia el lord para dedicarle una hermosa sonrisa.

De repente, lo supo. Lord Bellamy había sido conocedor del paradero de Isabella todo ese tiempo. Ese desgraciado había podido ir a visitarla a casa de su abuelo todas las veces que había querido. Sintió el zarpazo de los celos en su estómago unido a la conciencia de haber sido traicionado, tal y como le había predicho Dana. Recordó la mirada de la joven gitana cuando él habló de la familia. Sin querer creérselo del todo, se volvió para localizar a su hermana y, tan solo en un cruce de miradas, obtuvo su confirmación. La persona que, de alguna manera, se había enterado de quién era Isabella y había precipitado los acontecimientos había sido ella.

Por si la aparición inesperada de Isabella y la traición de su hermana no fueran hechos suficientes para poner a prueba su entereza, también tuvo que presenciar cómo el baile inaugural entre lord Silverstone e Isabella se detenía y lord Bellamy ocupaba el lugar del duque. E Isabella seguía sonriendo y arañándole el alma con cada una de aquellas sonrisas.

—No puedo más —avisó mascullando.

—Está bien, yo tampoco podría aguantar —comprendió Andrew, ofreciendo su brazo a Emily para acompañar a Michael hacia los bailarines.

Todo era una fachada. A excepción de la relación con su abuelo, sus sonrisas, sus agradecimientos y, sobre todo, su aplomo para soportar que lord Bellamy la tocara eran impostados. Por un lado, aceptaba participar en aquel acontecimiento por la tranquilidad de su abuelo, pero por otro sabía que lord Bellamy esperaba su respuesta a la petición de mano y eso convertía el evento en una tortura.

Y luego estaba él. Su corazón no había dejado de sangrar desde el momento en el que sus miradas se habían cruzado. Michael, su marido, su amor imposible, la había devorado con sus preciosos ojos y ella había podido advertir la sorpresa y el dolor ocultos tras su mar azul. Su *whitey* volvía a lucir barba. Su rostro y su cuerpo mostraban las cicatrices que le había provocado la separación, no como ella, que las llevaba por dentro. Quiso correr hacia él, que la rodeara con sus fuertes brazos y le asegurara que todo iría bien, que estarían juntos para siempre.

Qué curioso que cuando él parecía menos noble que nunca, ella debía asumir y mostrarse como la próxima duquesa de Silverstone. La ironía dolía. Igual que dolía recordar que había sido él quien había propiciado aquello.

Sin embargo, por encima de todo, de la traición, del dolor y del amor, estaba el miedo. Un miedo desgarrador a que lord Bellamy cumpliera su amenaza y Michael la pagara con su vida. Su miedo por él, su amor por él rearmó su disfraz e hizo que atendiera a su verdugo con toda la amabilidad del mundo.

Bailó con su abuelo, pendiente de sus gestos de cansancio, y, cuando estaba a punto de sugerirle acompañarlo a la zona de descanso, apareció lord Bellamy. Su recién descubierto pariente apretó su mano y ella no supo interpretar si la estaba animando a bailar con el lord o si

le demostraba así algún tipo de apoyo. Poco importaba. Sabía cuál era su deber. Accedió y terminó de bailar con lord Bellamy la pieza, con el temor de que le recordara en cualquier momento su petición.

Ni lo hizo ni hubo ocasión de verse obligada a responder. Los duques de Wyndham se detuvieron a su lado para felicitarla por haberse reencontrado con su familia y desearle lo mejor. Isabella trató de transmitirles su agradecimiento a la vez que les pedía comprensión a través de sus ojos y le pareció que sus amigos la entendían de alguna manera. Miró de reojo a lord Bellamy, deseando que se alejara, y descubrió cómo su rostro se endurecía. En ese preciso instante, ella notó una poderosa presencia tras de sí. La piel se le erizó y la respiración se le entrecortó. Se vio rodeada por un inconfundible aroma a bosque que casi la hizo llorar.

—Me debe este baile, marquesa —murmuró él cerca de su cuello.

Los duques se separaron, empujando disimuladamente a un lado a lord Bellamy, y ella se dio la vuelta para encontrarse cara a cara con Michael. Examinó detenidamente el rostro con el que soñaba cada noche. Quería tocarlo. Deseaba acariciar con los dedos las hendiduras bajo sus pómulos y la oscuridad de sus ojeras. «¿Has sufrido? Yo también», ansió decirle.

Sin embargo, la música comenzó y él le ofreció su mano enguantada. Sus miradas se anudaron, al igual que sus manos, y sus cuerpos se aproximaron para comenzar el baile. Un fuego invisible crepitó entre ellos e Isabella sintió que se consumía cuando Michael posó su fuerte mano en el centro de su espalda y la acercó a él. Quiso cerrar los ojos para recrearse en su tacto, pero sus iris aguamarina la tenían atrapada. Le hacían mil preguntas en silencio; sin embargo, ella también tenía reproches guardados.

—Debo felicitarlo, lord Beaconshire. Me han contado que gracias a su afán por encontrar al heredero, mi abuelo y yo hemos podido conocernos. Se lo agradezco.

—¿Cómo lo supiste? ¿Quién…? —Notó el apremio en su voz ronca, pero siguió mostrándose serena.

—Mi abuelo mandó un carruaje a la salida del teatro con una nota que no pude ignorar. Cuando llegué a su casa, se me informó de mi origen y se me… comunicaron mis nuevas circunstancias. Estas semanas he aprendido muchísimo sobre protocolo y sobre cómo administrar un ducado. También me han enseñado a usar correctamente los cubiertos, a servir el té y a bailar… diferente.

—Mientras yo te buscaba.

Isabella sintió un nudo apretarse alrededor de su corazón que le impedía latir por él. No podía. Si su corazón latía, el de él se detendría. Trató de apartar la mirada.

—Mírame. Ni siquiera me mandaste un mensaje, Isabella. Tampoco a nuestros amigos para que no se preocuparan. Y tú… Tú estabas aquí. Estuviste siempre aquí mientras yo…

—Estaba donde debía estar. —Casi se ahogó al decir aquello.

—Creía que donde debías estar era conmigo, en nuestro hogar.

Su voz entrecortada le robó el aliento durante unos segundos.

—¿Escondida para siempre? —musitó—. ¿Sin saber quién era en realidad?

—Yo… iba a decírtelo. Iba a hacerlo para que fueras tú quien decidiera…

—Pero no lo hiciste. Cuando estuvimos en nuest… en aquella casa, tú no…

—Iba a hacerlo —masculló él cerrando en un puño la mano que a ella le quemaba en la espalda—. Pero ese día estaba siendo tan perfecto que no quise que nada lo empañara y decidí posponer la noticia para el día siguiente.

—Y ya fue demasiado tarde. Mi abuelo se te adelantó, en cuanto comprobó lo que le contaste.

—¿Qué? —se asombró él—. Isabella, yo no le conté quién eras, al contrario.

Isabella trató de recordar las palabras exactas de su abuelo, ¿o fue lord Bellamy quien nombró a Michael? Qué más daba. Ella ahora estaba encarcelada en esa prisión de oro sin poder decidir su vida y obligada a casarse con un hombre al que detestaba para salvar al que amaba.

—¿Qué importa ya? —musitó.

—Isabella, escucha…

—*Lady* Carisbrooke —lo corrigió con aparente firmeza—. Dejé de ser Isabella hace semanas.

Escucharla decir aquello lo destrozó. Era como si ella renunciara a todo lo que era, a su origen, y también a lo que ellos habían compartido. No podía pretender borrar lo que sentían el uno por el otro. Maldijo que el vals estuviera tocando a su fin. Volvió a abrir su mano y a insinuarle una caricia. La sintió estremecerse bajo ella. Isabella no era inmune a él, por muy fría que tratara de mostrarse. Necesitaban más tiempo.

—Esta noche hablaremos.

La vio mirarlo con horror.

—No, de ninguna manera. No puedes colarte aquí. Es peligroso. Por favor.

—Necesitamos hablar, Isabella. Y yo necesito besarte hasta saciar el hambre acumulada de tantos días…

—Michael, por favor…No tienes ni idea de…

—¿De qué? Porque si hay algo que tengo claro es que te quiero y que esta vez nada va a detenerme.





Capítulo 27

«Yo misma seré quien te detenga. Tan solo pido tener fuerzas para hacerlo, porque muero por volver a sentir cómo tus labios se hunden en mi boca, cómo tus manos se aprenden mi cuerpo y cómo tu corazón late sobre el mío cuando me haces tuya», rogó Isabella frunciendo su mano en el hombro de él.

Los últimos momentos del vals entre sus brazos fueron a la vez cielo e infierno. Saber que jamás podrían volver a estar así de cerca la marchitaba por dentro. En cuanto sus cuerpos dejaron de mecerse, dio un paso atrás e hizo una venia. Los ojos de Michael la tenían atada a él y le supuso un martirio darse la vuelta y caminar hacia su abuelo sin desfallecer.

—Abuelo, ¿necesita algo? —Apoyó su mano, solícita, sobre la de él.

Lo vio soltar una pequeña risa y eso mitigó apenas la carga de su pecho.

—Si necesito algo, hay cien sirvientes a mi disposición, tú diviértete. Es tu gran noche, querida— respondió él palmeando el dorso de su mano.

—Si mi gran amigo da su permiso, quisiera disfrutar de nuestro segundo baile, *lady* Carisbrooke.

La voz de lord Bellamy sonó tras ella y provocó que se le contrajeran todos los músculos. Su reacción y su inmediato rictus de disgusto no pasaron desapercibidos para su abuelo, disimuló con una sonrisa y se giró para aceptar el baile. El temido momento había llegado.

No muy lejos, los duques de Wyndham seguían alerta. No sabían cuándo sería necesaria de nuevo su intervención para contener a Michael, que en ese momento apretaba los puños y clavaba la vista en la pareja que se incorporaba al baile.

—Me consta que Isabella no quiere bailar con él. Las mujeres sabemos leernos unas a otras y ella, a pesar de mostrar entereza, detesta lo que está haciendo. —Emily trató así de excusar a Isabella y de aplacar a Michael.

—Cree que fui yo quien desveló a su abuelo su identidad —murmuró él.

—Pero eso no es cierto. ¿Sabes quién lo hizo? —preguntó Andrew.

—Quien yo menos esperaba. —Su decepcionada mirada vagó por la sala en busca de la figura de su hermana, que en aquel momento se tapaba la boca con su pañuelo. Andrew y Emily siguieron la dirección de los ojos de Michael y hallaron a la supuesta traidora.

—Michael… —lamentó Emily—. ¿Es en serio? ¿Qué motivo podría tener Amanda para

hacerlo? Parecía admirar a Isabella, ¿por qué buscar alejaros así?

—La admira como artista, pero no soporta la idea de un matrimonio entre ella y yo. Sus prejuicios no le permiten verla como mi esposa o como madre de Simon, y su hijo y su reputación es todo lo que la… obsesiona, por el momento.

—¿No cambiará de opinión ahora que sabe que Isabella es la marquesa de Carisbrooke? Un título quizá minimice sus escrúpulos —opinó Andrew sarcástico.

—No lo sé, y tampoco me importa ya. Le anuncié mi intención de casarme con Isabella cuando apareciera y es lo que haré.

En cuanto uno de los pasos del cotillón propició la cercanía de lord Bellamy, este no tardó en hacerle la pregunta que temía.

—¿Me dirá si se casará conmigo?

Isabella trató de no mostrar su miedo, aunque era consciente de que el hombre que la miraba podía olerlo a distancia. Era un depredador y ella su presa. De igual manera, intentó escapar de sus garras y ganar tiempo.

—Lord Bellamy…, esta noche ha supuesto un gran cambio en mi vida. Por favor, entienda que no estoy en condiciones de darle una respuesta.

El hombre tensó los labios y la miró fijamente. Isabella no podía imaginar las decisiones que lord Bellamy había tomado, al mismo tiempo que la observaba bailar con Michael. Tampoco el plan que había dispuesto con celeridad mientras Michael y ella se miraban con amor. No lo había visto hablar con un buen amigo del ministerio del interior, al cual pedía la devolución de un favor. No. Isabella no adivinó que su negativa acababa de empujar la primera ficha, la que haría caer después a todas las demás. Inocentemente suspiró al escuchar la falsa respuesta del lord.

—Entiendo. Lo entiendo muy bien.

Michael aprovechó la petición de su hermana de abandonar el baile para acompañarla a casa y dirigirse luego a la suya. Debía cambiar sus ropas de gala por su atuendo habitual para misiones nocturnas. No veía el momento de colarse en la casa Silverstone. Esperaba que los dulces besos de Isabella borraran el sabor amargo de las palabras intercambiadas con Amanda en el carruaje.

Él se había limitado a preguntar a Amanda cómo supo quién era Isabella. Ella respondió que escuchó parte de una conversación entre él y Andrew y que, al entender que él no se lo confesaría a lord Silverstone, decidió hacerlo ella de forma anónima. Volvió a dejarle claro que, marquesa o no, no consideraba a Isabella apta para ser la condesa de Beaconshire y que esperaba que entrara en razón y se casara con Chloe, tal y como ella le había aconsejado siempre.

Mientras salía de su casa y se encaminaba a por su caballo, recordó precisamente todos los consejos de su hermana de los últimos años. Esta vez los interpretó como lo que eran: chantaje emocional. Su cariño y sus cuidados no habían sido desinteresados, habían ido encaminados a manipularlo. Dolía comprender que el amor de su hermana había estado supeditado a sus propios intereses y expectativas. Ahora, tan solo lograba disculparla si pensaba en su enfermedad y en el cariño por su hijo.

Cuando ató su caballo en una caballeriza a dos manzanas de la casa Silverstone, su mente se olvidó de su hermana y volvió a llenarse de imágenes de ella. De su pequeña estrella, de su gitana apasionada, de su mujer. No pensaba más que en hablar con ella, borrar los malentendidos y rendirse los dos a la pasión.

El inusual ensimismamiento por el próximo encuentro con su amada comportó poner menos atención a lo que lo rodeaba. Un despiste que quizá pagaría más tarde.

No obstante, Michael se sentía confiado; conocía los tejados de Londres lo bastante bien como para moverse entre ellos y llegar sin dificultad al de la casa de la que había partido no hacía mucho. Encontró el lucernario que daba al tejado, lo abrió con cuidado y saltó al pasillo de la deshabitada última planta. Visualizó en su mente la fachada y rezó porque Isabella estuviera ocupando las habitaciones de la duquesa. En cuanto llegó a la puerta, la abrió con sigilo y se coló en la habitación, supo que había acertado. El aroma a lavanda le dio la bienvenida.

La vio sentada en el banco de la ventana, oteando el cielo en busca de alguna estrella, aunque él sabía que esa noche no encontraría ninguna. El brillo de la luna las escondía y, a la vez, la iluminaba a ella. Isabella le pareció una hermosa estatua de mármol. Quieta, vestida con camisón y bata blancos, y con los rayos de la luna acariciando su cuerpo.

Quiso ser quien diera vida a esa estatua con sus manos y caminó hacia ella sin que sus pasos sonaran, debido a la alfombra.

—Mi amor…

La vio sobresaltarse y enderezarse en el asiento. El miedo que reflejaba su rostro detuvo sus ganas de abrazarla y estrecharla contra su pecho.

—Isabella —susurró alargando los brazos para que fuera ella la que se refugiara en ellos.

Tener que rechazar lo que más ansiaba en ese momento la destrozaba por dentro. Lo daría todo por poder acurrucarse en él y olvidar el mundo exterior, pero tan solo tenía que recordar la amenaza que pesaba sobre su vida para rearmarse.

—No quiero que me toques —espetó en voz baja.

—No es eso lo que me dicen tus ojos, pequeña —aseguró él.

—Mis ojos… mienten. Los gitanos lo hacemos constantemente. Decimos lo que los demás quieren escuchar, interpretamos el papel que los demás esperan ver. ¿No has aprendido nada de nosotros? —Levantó la barbilla y simuló arrogancia.

—Dime por qué estás haciendo esto. ¿Por qué te comportas así? Sé que me amas tanto como yo a ti. —Michael no la creía y dio un paso que lo dejó tentadoramente cerca de ella—. ¿Es porque no te confesé a qué me dedicaba? ¿Porque esperé para decirte quién eras?

Su voz ronca, unida a su aroma a bosque, madera y lluvia la estaban aturdiendo. ¿Cómo sería capaz de alejarlo? Debía seguir mintiendo y asegurarse de hacerlo de forma creíble. Le clavó la mirada e interpretó su mejor papel.

—Es porque hoy me he convertido en la marquesa de Carisbrooke. ¿Sabes qué significa eso? Significa que nadie va a esconderme en una casa o a proponerme huir del país. Nadie va a avergonzarse de estar a mi lado, nadie va a… humillarme a mí por no dañar los sentimientos de otra persona. Nadie va a rechazar el honor de ser mi esposo, de mirarme con orgullo y amor delante de cien o de mil personas. Nunca más, miradas culpables.

Tuvo que hacer una pausa al sentir su corazón romperse en mil pedazos y al escuchar claramente cómo se rompía el de él. Sus ojos aguamarina brillaban más que nunca en una tormenta de amor, decepción e incredulidad. Debía hacerlo creer que ella había cambiado, que ahora era una encopetada más y que su ambición innata, esa que la había arropado hasta hacerle conseguir ser artista del Drury, la llevaba ahora a querer ser una poderosa marquesa.

—Sé que tienes razón al reprocharme todo eso y ten la seguridad de que voy a dedicar mi vida a compensarte, a hacerte feliz, porque también sé que, a pesar de haber sido un cobarde, no has dejado de amarme. Tu corazón es así de generoso. No puedo creer que no sientas nada por mí, Isabella —se resistió él apretando los puños—. Si lo hago, me muero.

«Al contrario, mi amor, solo si lo crees seguirás vivo. Lo siento».

—Es demasiado tarde —afirmó.

—No, no lo es. Hace días que le confesé a Amanda mi amor por ti y le comuniqué mi intención de casarme contigo cuando te encontrara.

Michael hincó una rodilla en el suelo y tomó su mano entre las suyas. Apoyó la frente en ella, se la besó y la miró a los ojos.

—Eso no será posible —dijo ella después de tragar un nudo de angustia, llanto y dolor.

—¿Por qué? —Su mirada con un pequeño rayo de esperanza la estaba matando.

—Porque ya he aceptado casarme con alguien que me dará todo lo que tú no quisiste darme, incluso me permitirá seguir actuando en el Drury.

Michael soltó su mano, se echó hacia atrás y quedó arrodillado. Sus ojos se estaban apagando frente a los suyos.

—No… No has hecho eso… —Lo oyó gemir.

—Voy a casarme con lord Bellamy. —Isabella tuvo que coger aire tras esas palabras para no desfallecer, para no arrodillarse junto a él y abrazarlo con todas sus fuerzas.

Le costó la vida misma permanecer inmóvil mientras lo veía levantarse sin mirarla, darse la vuelta y caminar hacia la puerta. Segundos, minutos u horas más tarde continuaba llorando echada en el suelo, justo en el mismo lugar en el que Michael había abandonado su corazón roto. Incluso le pareció escuchar entre sus propios sollozos un débil latido. Lo recogería, lo cuidaría, lo guardaría junto al suyo para que latieran juntos. Haría lo que fuera necesario para que el corazón de Michael no dejara de latir nunca.

Michael no fue consciente de trastabillar por los tejados, tampoco de descender por un bajante hasta un oscuro callejón. No era consciente de nada a su alrededor, no le importaba nada, no sentía nada. Los muertos no sentían. Por eso no reaccionó al primer golpe, ni al segundo, ni al tercero.

No los contó, pero debían de ser unos ocho hombres, aparecidos de repente, los que lo estaban golpeando. Le daba igual. Se dejó derrotar sin oponer resistencia.

El día después de su presentación en sociedad, Isabella no salió de la cama. Ante su abuelo, adujo un cansancio extremo, debido a las emociones vividas, y permaneció en sus aposentos hasta el anochecer. Se pasó las horas envuelta en recuerdos, llenándose de imágenes de él, de Michael, nadando desnudo, tocando el violín, haciéndole el amor. Solo así sería capaz de aceptar la propuesta de Bellamy cuando volviera a hacérsela. Y ya no tardaría demasiado en hacerlo.

Pasada la hora de la cena, se puso una bata y bajó a los aposentos de su abuelo. Necesitaba ver cómo se encontraba y a la vez necesitaba su compañía. El anciano sonrió desde su butaca, cercana a la chimenea de su salita, cuando la vio entrar. La presencia en su vida de ese hombre era lo único bueno que le había traído descubrir su origen. No dejaba de maravillarla la rapidez con la que había crecido el cariño mutuo, tan solo lamentaba que la vida no fuera a concederles demasiados años para disfrutar de él. Se sentó a sus pies, apoyó la cara en la manta que cubría sus piernas y enseguida sintió su mano temblorosa pasando por su pelo. Los dos permanecieron en silencio mirando el fuego y buscando paz en ese instante.

Dos días más tarde, nieta y abuelo compartían el desayuno mientras ella le contaba anécdotas de su vida nómada y de su infancia. Aprovechó el momento de sinceridad para confesarle que jamás estuvo casada.

—¿Por qué mentiste?

—Para sobrevivir —respondió ella.

Su abuelo asintió, entre apenado por sus circunstancias y orgulloso por su valentía.

—Yo… odiaba a tu gente —le confesó avergonzado—. Edward me dejó por ellos, por ella. Háblame de tu madre —le pidió.

Isabella compartió con él todos los recuerdos que tenía de su madre y los pocos que guardaba de su padre. Mientras hablaba, se levantó para ponerle bien la manta sobre las rodillas y servirle más té.

—¿Sabes? Tu padre era igual de cariñoso que tú. Se saltaba las normas de decoro. De pequeño corría hacia mí y hacia mi esposa para abrazarnos sin importarle si había visitas. Cuando él se marchó, no hacía mucho que había fallecido tu bisabuela. En poco tiempo perdí al amor de mi vida y a mi nieto más querido. Y eso te seca el corazón, hija. Dejas de sentir porque entiendes que amar duele. Amar y perder duele.

Isabella tomó asiento de nuevo mientras se limpiaba las lágrimas que habían comenzado a surcar sus mejillas. Le dolía el pecho de añoranza y la imagen de Michael, abatido, antes de separarse de ella dos noches atrás no dejaba de martirizarla.

—Pero…, abuelo, siempre vale la pena. Amar te llena el corazón de recuerdos. Usted y yo hemos amado y perdido a seres queridos, pero el amor por ellos hace que podamos estar aquí juntos recordándolos.

Trató de sonreírle a su abuelo, sin embargo, los sollozos irrumpieron y no fue capaz de dejar de llorar. Entre lágrimas decidió anunciar a su abuelo su terrible decisión.

—Abuelo, yo… me casaré con lord Bellamy…

—¿Por qué? Ya te dije que no iba a obligarte, hija.

—Lo sé, pero amo a Michael… a Martin, con todo mi corazón y si no me caso con lord Bellamy, él… —Tomó aire con fuerza—. Abuelo, haré lo que sea necesario para protegerlo. No soportaría que muriese por mi culpa.

Su abuelo la contempló apesadumbrado y arrepentido.

—No, Isabella, no te casarás con lord Bellamy. Yo… Lo siento mucho. Hablaré con él y…

—Su Excelencia, disculpe que los interrumpa, pero los duques de Wyndham exigen verlos con mucha urgencia —anunció un lacayo de forma repentina desde la puerta.

—Está bien, que pasen.

No había terminado de dar la orden cuando Andrew y Emily irrumpieron en la salita del desayuno. Isabella pasó sus ojos del rostro indignado de Andrew al preocupado de Emily y su corazón se detuvo.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Es Michael —espetó el duque —. Acabamos de enterarnos de que lleva dos días retenido en la prisión de Newgate.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser! —gritó Isabella levantándose, llevándose las manos al pecho.

—¡Martin no puede estar en Newgate! —negó lord Silverstone con voz firme—. Como par del reino, y aún más por el cargo que ocupa, solo puede ser retenido en el ministerio.

—¿Donde estaría vigilado por sus propios hombres, que le son leales? Alguien se ha asegurado de que Michael no reciba trato de favor; y eso no es lo peor. Mi informante asegura que está malherido. Ayer un gitano llamado Krall llegó al campamento pavoneándose del dinero conseguido por haberse colado en Newgate para deshacerse de un *whitey*.

—No, por favor, no. Eso no puede ser cierto. ¡Todo es culpa mía! Debo ir a verlo… —gimió Isabella y dio un paso hacia la puerta antes de ser retenida por su abuelo.

—Primero debemos saber qué ha ocurrido, querida —trató de calmarla tirando de su mano.

—Eso me gustaría saber a mí. Comenzando por entender cómo ocho hombres lograron arrestarlo la misma noche del baile.

—¿Ocho? —intervino Emily por primera vez.

—Lo he visto luchar herido en el frente como si nada y ahora me dicen que ocho tipos han logrado tumbarlo. No me lo creo y mucho menos que luego se dejara golpear por ese tal Krall. Nadie tumba a Michael si él no lo permite. Solo en el caso de que él no se defendiera…

—¿Por qué demonios no iba a defenderse, Andrew? —exclamó Emily.

Isabella volvió a sentarse lentamente. Todo le había comenzado a dar vueltas y temió desmayarse. Su corazón, ya acelerado por las noticias, acabó de desbocarse y sintió que le faltaba el aire.

—¡Isabella! —Oyó gritar a Emily—. ¡Dios mío! Pon la cabeza entre las piernas y coge aire lentamente, uno, dos, tres, cuatro, bien, ahora déjalo ir, uno, dos, tres, cuatro.

—¿Qué le ocurre a mi nieta?

—Son los nervios, se le pasará enseguida —afirmó Emily mientras le acariciaba la espalda con movimientos circulares—. Querida, respira tranquila.

—¿De qué se acusa a lord Beaconshire? —preguntó el duque de Silverstone cuando vio que el color volvía al rostro de su nieta.

—De colaborar, hace diez años, en la muerte de Stephen Fulham. Lord Bellamy lo acusó ante su amigo, el ministro del interior, y el de asuntos exteriores está que se sube por las paredes buscando testigos que rebatan la acusación contra su protegido. Por supuesto, contará con mi apoyo.

—Y con el mío —aseguró su abuelo.

—Debo ir con él. Lo han detenido por mi culpa… —susurró Isabella, incorporándose con la ayuda de Emily.

—No, querida, ¿cómo va a ser por tu culpa? —la animó la duquesa.

—La noche del baile yo… Yo debía aceptar la proposición de matrimonio de lord Bellamy, pero, al ver a Michael de nuevo, al tenerlo cerca, no pude. Aun así, cuando Michael me buscó para hablar conmigo, le mentí. Le dije que me casaría con lord Bellamy. Era vital alejarlo de mí.

—Le dijiste lo único que podía herirlo lo suficiente como para perder las ganas de defenderse… —le reprochó Andrew—. Después de haber recorrido Londres cada día y cada noche en tu búsqueda, sin apenas dormir, sin comer, porque su única obsesión era encontrarte, se lo pagaste así.

—Andrew, no —pidió Emily a su esposo. Luego se inclinó hacia Isabella, la cual se había encogido sobre sí misma—. Querida, ¿por qué mentiste a Michael?

Ella miró a su abuelo y éste asintió con tristeza.

—Lord Bellamy me amenazó con denunciar a Michael si no aceptaba casarme con él. Me dijo que tenía pruebas y que lo condenarían a muerte. Yo… debí aceptar la noche del baile y no le habría ocurrido nada a Michael.

Isabella se cogió del brazo de Emily.

—Por favor, acompáñame a verlo. Debo verlo, Emily. Tengo que decirle la verdad.

—¿Pretendías renunciar a él para protegerlo? —murmuró Andrew tras ellas.

—Es exactamente lo que habría hecho yo por ti, Su Excelencia —le reprochó Emily a su esposo.

—Isabella —la llamó su abuelo—. Yo no tardaré en ir para aclararlo todo. Lord Beaconshire será puesto en libertad, hija. Ahora, ve con él.

La joven cogió aire, se volvió hacia su abuelo y se acercó para abrazarlo. Luego, se encaminó con fuerzas renovadas hacia la salida, seguida de los duques de Wyndham.

Cuando atravesaron las puertas de Newgate y lograron llegar al despacho del alguacil, se

encontraron con el espacio atestado. Uno de los hombres que vociferaba se calló al verlos entrar y se acercó a Andrew.

—Ni nos dejan custodiarlo ni nos permiten trasladarlo a la prisión del ministerio, tío. —Alfred, el alumno aventajado de Michael y sobrino de Andrew, mostraba así su indignación y la del resto de hombres de Michael.

Andrew asintió y se cernió sobre la mesa del alguacil.

—Soy el duque de Wyndham, me acompaña la marquesa de Carisbrooke, prometida de lord Beaconshire, y exigimos verlo. Mientras lo visitamos y nos aseguramos de que está en perfecto estado de salud, puede ir preparando la documentación para tomarme declaración. En breves momentos, el duque de Silverstone también comparecerá para declarar. Me consta que lord Bellamy no ha aportado pruebas de ningún delito, porque obviamente no existen, y que lo único que ha presentado son rumores y una bolsa llena de oro, así que yo en su lugar comenzaría a preparar lo que le he sugerido. En cuanto hayamos declarado, le hará llegar al ministro del interior una copia de nuestras declaraciones y de la orden de libertad para lord Beaconshire firmada por usted. ¿Lo ha entendido todo?

El alguacil tragó con dificultad el nudo que se le había ido formando a medida que escuchaba la fría voz del duque de Wyndham y solo acertó a asentir con rapidez. Cuando fue capaz de levantarse de su silla, lo hizo con presteza y tomó un pesado llavero de su mesa. Los agentes de Michael permanecieron en el despacho y tan solo Isabella, Emily y Andrew siguieron al alguacil por un oscuro y largo pasillo.

Isabella respiró hondo mientras escuchaba el ruido de la llave girar en la cerradura de la celda. Apenas podía esperar para colarse dentro y ver a Michael. En cuanto se abrió la puerta con un chirrido, apartó al alguacil y entró precipitadamente.

El hombre que amaba yacía tumbado en un catre, con una pierna estirada, la otra doblada y un brazo sobre los ojos. Vestía las mismas ropas oscuras de hacía dos noches, pero rotas y con restos de sangre. De pronto, sintió miedo de tocarlo y herirlo más.

—¿*Whitey*? —Sollozó, se arrodilló a su lado y tocó con cuidado la mano que yacía junto a su cuerpo—. Cariño… —Los fuertes aunque magullados dedos de Michael se enlazaron con los suyos. El brazo se apartó de su rostro y ella pudo ver los golpes de su cara. Se mordió los labios para detener un sollozo—. Michael, mi amor, lo siento. Lo siento… —Se inclinó hacia él y le besó la frente con suavidad. Escuchó de lejos una orden de Andrew al alguacil para que se retirara y, a continuación, unos pasos que se adentraban en la celda.

—Isabella, he traído mi maletín. Permite que lo examine, ¿de acuerdo? —Emily le pedía permiso y ella se movió hacia la cabeza de Michael para cederle espacio.

Volvió a clavar la mirada en el rostro de él. Tenía los ojos abiertos y la miraba como si no la reconociera. Mientras Emily presionaba con precisión médica las extremidades y el torso de Michael en busca de huesos rotos o daños internos, ella siguió contemplando el rostro amado, pendiente de si se quejaba. Él tan solo la miraba.

—¿No…eres… una… visión? —Lo escuchó gemir en voz ronca.

Isabella sollozó y negó con la cabeza. Se inclinó sobre él y posó la mano en su magullada mejilla.

—No, *whitey*. Soy Isabella, tu mujer, la gitana apasionada que te ama con locura y que no va a volver a separarse de ti nunca más.

—Isabella, ten, será mejor que le cures tú las heridas de la cara. —Emily le ofreció algodón empapado en un líquido amarillo y ella se volvió hacia Michael.

—¿Me dejas curarte, lord Beaconshire? —le preguntó intentando esbozar una sonrisa.

—Júramelo —gruñó él mientras levantaba el brazo para tocarle la cara.

Ella supo lo que él necesitaba escuchar. Atrapó su mano con la suya y besó su palma.

—Te quiero, nos casaremos y tendremos pequeños encopetados que heredarán nuestros títulos —le aseguró y comenzó a tocar sus heridas con el remedio de Emily.

No lo vio quejarse en ningún momento, pero, antes de limpiar la sangre de su labio superior, se inclinó a besar esa herida con dulzura. Cuando se separó y le aplicó el algodón, sí lo oyó gemir.

—Prefiero tu remedio al de la duquesa.

—Eres un zalamero embaucador. —Sonrió.

—¿Cómo está? —rugió Andrew desde fuera—. ¿Puedo volver al despacho del alguacil? Lord Silverstone ya debe de haber llegado.

—Creo que solo tiene golpes y cortes, con el cariño de su mujer se le curarán rápido —aseguró la duquesa a su marido.

—¡Su Excelencia! —Isabella detuvo a Andrew con un tono que aún no se había acostumbrado a usar—. Asegúrese de que manden apresar a Krall y de que lord Bellamy reciba su merecido, por favor.

El estado en el que estaba Michael hizo brotar todo su rencor hacia esos dos hombres; no tendría piedad. Volvió a posar la mirada sobre el rostro de Michael y trató de no reflejar su preocupación. Le dedicó una temblorosa sonrisa y apoyó con cuidado el algodón en su ceja, pero la mirada aguamarina de él no dejaba de viajar entre sus ojos y su boca, y un cosquilleo en el vientre se volvió inoportuno.

—Shhh, no hagas eso, *whitey* —le susurró.

—Te quiero, te deseo y me siento como si hubiera comido demasiadas bayas rojas.

—Michael, Emily se ha alejado, pero sigue aquí. Y estamos en una celda de la que estoy deseando sacarte… ¿Qué haces? ¡No puedes levantarte!

Michael se incorporó, logró sentarse y apoyar la espalda en la pared. Frunció el ceño al sentir algunas molestias y luego trató de sonreír.

—Necesito abrazarte, no creo que Emily vea ninguna contraindicación a eso.

Isabella frunció los labios, pero se acercó a él todo lo que pudo y le pasó los brazos por los hombros. Él la aferró por las caderas y la sentó entre sus piernas. La rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho.

—Creí que nunca volvería a tenerte así —susurró él.

Isabella se puso seria.

—Lo siento. Por creer que fuiste tú quien reveló mi identidad, pero sobre todo lamento haberte mentido. No acepté la propuesta de Bellamy, aunque lo habría hecho para evitar… esto —dijo rozando la marca rojiza de su mejilla.

Michael unió en ese momento todas las piezas.

—¿Ese cabrón te amenazó?

—¿Crees que me habría alejado de ti si no hubiera sido por eso? Me dijo que tenía pruebas contra ti, que habías hecho algo terrible, y hoy me entero de que te acusan injustamente de haber matado a su nieto…

—Isabella —susurró—, eso es cierto.

—¿Qué? —trató de no chillar.

—Ese desgraciado estaba tratando de violar a una niña la noche antes de la batalla de Trafalgar y todos sabíamos que no era la primera vez que… —resopló—. Andrew me ayudó a deshacernos del cuerpo y yo devolví la niña a su familia.

Isabella puso la mano en el mentón de él, le levantó el rostro y lo besó con cuidado.

—Bien hecho, *whitey*.

Michael no separó los ojos de su boca, la estrechó y levantó la mano para acariciarle los labios. Isabella sintió que se derretía. Comenzaba a no importarle el lugar en el que estaban y Emily era tan buena amiga que había salido de la celda y simulaba ordenar su maletín en el pasillo.

—Michael. —Jadeó.

—¡Por el amor de Dios! ¡Isabella! ¡Sal de ahí de inmediato o seré yo mismo quien mate a lord Beaconshire!

Isabella enrojeció al escuchar los gritos de su abuelo y trató de separarse de Michael. Él le robó un beso antes de dejar que se levantara.

—Ahora mismo me estoy pensando seriamente si comunicarle que es libre, joven —espetó el duque.

Michael aferró la mano de Isabella e impidió que diera un paso hacia la puerta.

—¿Soy libre? ¿También para amarte y ser tu marido?

Ella comenzaba a asentir cuando estalló otro grito de lord Silverstone.

—No voy a permitir que pida la mano de mi nieta en estas circunstancias, lord Beaconshire. Lo hará como Dios manda, vestido con sus mejores galas y en mi casa. La futura duquesa de Silverstone no va a comprometerse en una sucia celda. Y, por cierto, salgan ya de ahí.

Andrew, que había permanecido oculto tras el mal genio de lord Silverstone, se aprestó a hacer una señal a Alfred y los dos entraron en la celda. Ayudaron a Michael a levantarse y se aseguraron de que era capaz de mantenerse en pie.

—¿Estás bien? —preguntó el duque.

—Nunca he estado mejor, amigo —aseguró el conde con una mueca.

—El amor lo cura todo —canturreó el joven Alfred con un pestañeo con el cual se ganó dos ceños fruncidos dirigidos hacia él.

Dos horas más tarde, a Michael le costaba asimilar todavía la escena de la que era protagonista. Después de un baño y multitud de curas, ataviado de manera informal, se encontraba sentado en el sofá de su casa de Mayfair, con la mano de Isabella entre las suyas y la mirada adusta de lord Silverstone sobre él. El anciano, acomodado en una butaca, no había dejado de fruncir el ceño desde el momento en el que Isabella se había sentado pegada a él y sus manos se habían buscado para entrelazarse.

En otro sofá, el matrimonio Wyndham los había imitado y también habían unido sus manos. De pie permanecían varios de sus hombres, los cuales se estaban disculpando en esos momentos por tener que irse. Iban a asegurarse de que Krall estuviera convenientemente instalado en la misma prisión en la que él había permanecido dos noches. De quien quería tener noticias era de lord Bellamy y por eso usó la pregunta favorita de su amigo Andrew, en cuanto sus hombres se marcharon.

—¿Y bien?

—Sabes que no pisará la cárcel, Michael. Pero también sabes que en nuestro mundo no hay peor condena que perder el honor. Los rumores de que fue él quien mandó golpearte y de que pagó a un esbirro para hacerlo ya corren por Londres. Él y toda su familia no tardarán en preparar las maletas a fin de ir a pasar una larga temporada al campo.

—¿No podemos colgarlo de un árbol? —propuso Isabella apretando su mano y provocando con su pregunta que todos la miraran.

—Hija, ¿es eso alguna forma de justicia gitana? —se escandalizó lord Silverstone.

—No. Es la justicia de la marquesa de Carisbrooke para los que osan herir al hombre que amo.

Escucharla defenderlo de manera tan salvaje le provocó ansias de tomarla por la cintura, sentarla en su regazo y besarla hasta volverse locos.

—Empiezan a parecerse demasiado el uno al otro —bisbiseó Emily.

—Querida, deberíamos retirarnos para que lord Beaconshire descanse. No dudo que se recuperará con asombrosa rapidez a fin de venir a pedir tu mano cuanto antes —sugirió el abuelo de Isabella, mientras clavaba el bastón en el suelo y su nieta se levantaba rauda a ayudarlo.

—¿Mañana? —sugirió al duque sin amilanarse.

—¡¿Pretende venir mañana a pedir su mano?! —espetó el anciano.

—Mañana sería perfecto, lord Beaconshire —se adelantó a responder Isabella mirándolo de tal manera que él tuvo que reacomodarse en el sofá. Su gitana acababa de encenderlo.

Los duques de Wyndham se levantaron también y le hicieron una señal para que permaneciera sentado, cosa que agradeció y no solo por las heridas. Cuando ya se estaba resignando a ver cruzar la puerta de la sala a Isabella del brazo de su abuelo, ella se llevó la mano a la cabeza, le dijo algo al oído a su abuelo y cruzó una rápida mirada con Emily.

Su pequeña gitana se había dado la vuelta y se dirigía derecha hacia él mientras los duques de Wyndham entornaban la puerta.

—¿No creerías que iba a dejarte así sin más? —le dijo justo antes de sentarse con cuidado sobre él, a horcajadas y hundir sus deliciosos labios en los suyos.

La estrechó contra él, arrimó sus caderas a su miembro impaciente y respondió al beso de su mujer con toda la pasión y el amor que sentía por ella. Cuando abandonó su boca y dirigió la atención a su cuello, aprovechó para mostrarle su impaciencia.

—Dios, Isabella, me muero de deseo por ti y, si mañana pido tu mano, quiero la boda para el día siguiente.

La escuchó reír y sintió sus manos suaves meterse entre su pelo para alzarle la cabeza y mirarlo fijamente.

—Mi abuelo no cederá en eso, *whitey*. Vas a tener que enseñarme tus dotes de espía para poder colarme en tu habitación cada noche mientras dure el compromiso.

—O podemos fugarnos a Gretna Green —le propuso serio al mismo tiempo que le acariciaba los muslos.

Un carraspeo exagerado les llegó desde la puerta. Ambos tuvieron que suspirar con fuerza para aplacar el deseo que habían avivado de forma imprudente y que ahora se volvía frustrante.

—Te quiero —le susurró en los labios Isabella antes de levantarse con agilidad y correr hacia la puerta.

Él se arrellanó en el sofá con una sonrisa de pura felicidad que le duró lo que tardaron en anunciarle la visita de su hermana. Le pareció ver preocupación y remordimientos en su mirada; sin embargo, algo se había roto en su relación de forma irremediable. La confianza no volvería a ser la misma. Le anunció su inminente enlace con la marquesa de Carisbrooke, ella se limitó a asentir sin felicitarle y ese silencio le dolió muy hondo.

Antes de irse, Amanda le comunicó que se retiraba a Bath durante unas semanas con la esperanza de aliviar sus dolores y que se llevaba a Simon con ella. No asistirían a la boda y su ausencia sería una herida sangrante que a Michael le tocaría disimular.



Las primeras horas del día siguiente transcurrieron intolerablemente lentas tanto para Michael como para Isabella. Cuando por fin llamaron a la puerta, a Isabella le costó no correr a abrir ella misma. Se levantó del sofá que compartía con su abuelo con toda la dignidad que se le presuponía como marquesa y esperó a que Michael cruzara la puerta de la salita.

Michael vestía como todo un encopetado, con pantalones beis, levita azul y chaleco plateado. Había tratado de domar su pelo, peinándolo hacia atrás, pero un mechón rebelde le cruzaba la frente. Le pareció tan impresionante como la primera vez que lo vio, desnudo en el río. Se mordió los labios ante lo impropio del recuerdo y él le dedicó una sonrisa como si le hubiera leído la mente. Eso sí, deseaba que él también estuviera alabando su apariencia.

Eligió un vestido rosado, por ser lo más cercano al prohibido color rojo. Llevaba su larga melena semirrecogida y el colgante de la libélula descansaba en su pecho. La noche anterior, le había contado a su abuelo que era un regalo de Michael y él había comentado lo apropiado que era que el colgante fuese de plata. Silverstone significaba ‘piedra de plata’, le había dicho él. Y ella recabó en que Zía significaba “plateado”. Su padre, de alguna manera, había honrado a su apellido al ponerle ese segundo nombre.

—*Lady* Carisbrooke. —La voz ronca y algo emocionada de Michael la sacó de su ensueño. Le estaba ofreciendo un ramo de rosas rojas rodeadas de lavanda.

—Lord Beaconshire —correspondió ella con una leve venia.

A partir de los saludos formales, todo transcurrió conforme a las convenciones sociales. Tomaron té con pastas y luego Michael hizo la petición que su abuelo aceptó en su nombre. A continuación, llegó el momento que más esperaba, y no precisamente por el anillo que Michael pondría en su dedo, sino porque tras ese trámite se les permitiría salir a solas al jardín trasero durante unos minutos. Estaba deseando aprovechar bien esos minutos.

Sin embargo, cuando Michael se acercó a ella, abrió una pequeña caja y se la mostró, una dulce e intensa emoción la recorrió por completo. Su *whitey* había elegido un rubí, mejor dicho, varios rubíes arracimados, que parecían formar una baya al estar rodeados de pequeñas esmeraldas. Mientras él se lo colocaba en el dedo, cogió aire y lo miró a los ojos.

—Sé que con la palabra de mi abuelo es suficiente, pero yo también quiero decírtelo: acepto ser tu esposa, con todo mi corazón, *whitey*.

Michael recorrió su rostro con sus ojos de mar en calma. Cuando ya temía que él la besaría delante de su abuelo, lo vio llevarse su mano a los labios y besar su dorso con no poca pasión.

—¡Abuelo! —Se dio cuenta de lo inadecuado del tono usado y se corrigió con rapidez—. Abuelo, ejem, queridísimo abuelo, ¿nos darías permiso para salir al jardín y… así poder conocernos mejor antes de la boda?

Escuchó con claridad el resoplido del anciano antes de que farfullara un «por el amor de Dios, como si os hiciera falta conoceros mejor». Sonrió dichosa, enlazó su brazo en el de Michael y salieron al jardín por las puertas francesas de la salita.

No le sorprendió ser literalmente arrastrada tras el roble. Michael apoyó la espalda en el duro

tronco, la acomodó entre sus piernas abiertas y la ciñó por la cintura.

—Lord Beaconshire, soy consciente de que usted es el que tiene experiencia en comportamientos encopetados, pero diría que el suyo no lo está siendo demasiado —bromeó feliz al tiempo que subía las manos por su pecho hasta rodear su cuello.

—Le pido disculpas, *lady* Carisbrooke, recientemente conviví con gentes algo liberales en su manera de comportarse y creo que he acabado adoptando esas maneras, ¿le molestan? —le ronroneó acercando su boca.

—En absoluto, lord Beaconshire, creo que incluso podría acostumbrarme a ellas.

Michael la besó de forma poco decorosa, demostrándole toda la pasión salvaje que le corría por las venas cuando la tenía entre sus brazos. Ella le correspondió, mordiendo sus labios, lamiendo su lengua y sin retener ni uno solo de los gemidos que él le provocaba.

Dos semanas más tarde, cuando finalizó la celebración de la primera de sus bodas, ambos se dirigieron a su pequeño hogar. Isabella no había vuelto a él desde el único día en el que lo compartió con Michael y, nada más entrar, él quiso mostrarle algunos cambios; entre ellos, los madroños plantados en el jardín y la abertura en el techo de la habitación para ver las estrellas. En la puerta de esa habitación, había una pequeña libélula grabada.

Con cada uno de los detalles, sus ojos se iban humedeciendo más y más, hasta que, finalmente, de vuelta en el salón, puso una mano en el pecho de Michael y aspiró hondo.

—Cariño…, yo…

—¿Por qué lloras? —se extrañó él al tiempo que pasaba los pulgares por sus mejillas.

De improviso, las palabras hirientes que le dedicó la noche que trató de alejarlo de ella habían vuelto a su mente.

—Michael, lo que te dije aquella noche terrible, que me querías mantener escondida en esta casa… Jamás lo dije en serio. Es más, si ese hubiera sido mi destino, lo habría aceptado feliz. ¿Recuerdas cuando te conté que mi sueño era cantar en un gran teatro?

Él asintió.

—Ese era mi sueño antes de conocerte. Después, mi único sueño fue estar contigo, sin importar si debía ser a escondidas. Te habría amado en secreto el resto de mi vida.

Lo vio suspirar y, de repente, se encontró rodeada por sus brazos.

—Y yo habría luchado toda mi vida por sacar este amor a la luz.

Días más tarde, tras las fastuosas celebraciones del aniversario de Trafalgar, Michael e Isabella celebraron su segunda boda en las tierras de Beaconshire. En esta ocasión, la novia lució un lujoso aunque cómodo vestido rojo y el novio un atuendo de pantalón y camisa negros. Los invitados, entre los que se encontraban los duques de Wyndham, los miembros de la compañía del Drury y todos sus amigos romaníes, lucieron prendas de vivos colores. De hecho, el duque de Wyndham tuvo que limpiar sus lentes cuando vio aparecer a su duquesa con un vestido azul de amplia falda que dejaba sus hombros al aire.

La comida y la bebida no dejaron de correr y la música romaní de varios violines no cesó de sonar. Los novios abrieron el baile con una danza que desbordó pasión y la fiesta siguió incluso después del anochecer. Tres hogueras se encargaron de alejar la oscuridad.

Amparados por la noche, los novios se escabulleron entre los árboles para dar rienda suelta a la pasión conjurada por su baile.

—No eres un espía muy sutil, todos se han dado cuenta de que nos íbamos. —Isabella rio entre sus brazos.

—Cuando te nombran jefe, te relajas, gitanilla. Ven, quiero comprobar una cosa. —Dio la

vuelta a su esposa entre sus brazos y le apartó la melena.

—¿Qué haces? Tenerte detrás me pone nerviosa —se le insinuó ella.

Llevó las manos hasta su vientre y la apretó contra él. Comenzó a dejar húmedos besos en su cuello despejado.

—Necesitaba saber si el nudo de tu escote estaba bien apretado —murmuró.

—¿Y?

—Y ya lo he desatado —gimió, antes de colar las manos por debajo de la tela.

El encuentro fue rápido, apasionado y salvaje. Los dejó jadeantes, saciados y más enamorados si cabía.

—¿Isabella?

—¿Mmm?

—¿Te queda algún sueño por cumplir?

Su mujer se giró entre sus piernas, a los pies del árbol que les había servido de escondite, y lo miró con los ojos más brillantes que le había visto nunca.

—Veamos: actúo en el Drury. —Levantó el pulgar—. Me he casado dos veces contigo. —Levantó el índice—. Y…

—¿Y? —la apremió.

—Y mi tercer sueño se cumplirá en unos seis meses.

Cinco años más tarde…

—Papá, ¿*podqué* mamá *tene* pelo azul? —le preguntó su hija señalando con su manita el escenario en el que Isabella saludaba al público.

—Porque va disfrazada, es una peluca.

—Yo *quero* peluca *tamén* —afirmó la niña mirándolo con sus enormes ojos azules, medio girada en su regazo.

—¿Y eso? —le preguntó sonriendo.

—*Pada* que Henry no me *tide de miz trenzaz* —respondió su hija antes de apartar la mirada de él y dirigirla con rabia al niño sentado dos asientos más allá. Los duques de Wyndham habían escuchado la conversación, a juzgar por sus sonrisas; y el niño en cuestión, también, puesto que elevó la barbilla, se giró hacia su hija y le sacó la lengua.

Sintió a su niña tensarse sobre sus rodillas y cruzó una mirada con Andrew. Los dos elevaron los ojos al techo. Aquellos dos iban a darles más problemas en el futuro que un simple tirón de pelo.

Fin

Agradecimientos

Muchas gracias a ti, querida lectora, por haber querido seguir paseando por Brighton y conocer a Isabella y a Michael (Martin). Espero de todo corazón que te haya conmovido la historia de esta valiente mujer gitana y de su decidido enamorado. Porque, si realmente te ha gustado, no hay nada que ayude más a que su historia llegue a más lectoras que tu apoyo. Puedes recomendar esta novela, darle estrellitas en Amazon y ya, si dejas una pequeña reseña, sería maravilloso. Muchas gracias, porque eso es lo que nos ayuda a las escritoras autopublicadas a que sigamos escribiendo y publicando.

Y continúo con los agradecimientos. Como siempre, a mis lectoras cero: Maria Eugenia, Mari Carmen y a Lourdes.
A mis compañeras de letras y lectoras beta: Desirée Ruiz, Maca Ferrerira y Pilar N. Colorado. También a Tamara Díaz, que me dio feedback de esta novela ¡cuando andaba dudando con la tercera!

A las maravillosas mujeres escritoras y lectoras que he conocido estos dos años y que, gracias a las redes, las tengo tan cerca: mis locas por el arquero, mis compañeras Nanomágicas y las del Club de lecturas grupales.

A mis compañeras y compañeros del grupo de Facebook “Cómo escribir relatos cortos y divertirse”, por su cariño y ánimos constantes, en especial a Juan Antonio y a su esposa Mamen, que leyeron La elección de Emily y me hicieron comentarios muy valiosos.

Y, por último, a dos talentosas mujeres que hacen que *El sueño de Isabella* luzca perfecta en su corrección, maquetación e ilustraciones: Marisa Sefra y Adela Aragón, de Bola Ocho ediciones.

Gracias, familia, por estar siempre ahí.

Instagram: @isabelcanovasautora
Twitter: @isabelcanovas23
Facebook: Isabel.canovas.9
Blog: isabelcanovasautora.blogspot.com
Y me quieres enviar un mail, lo puedes hacer a canovasfisabel@gmail.com